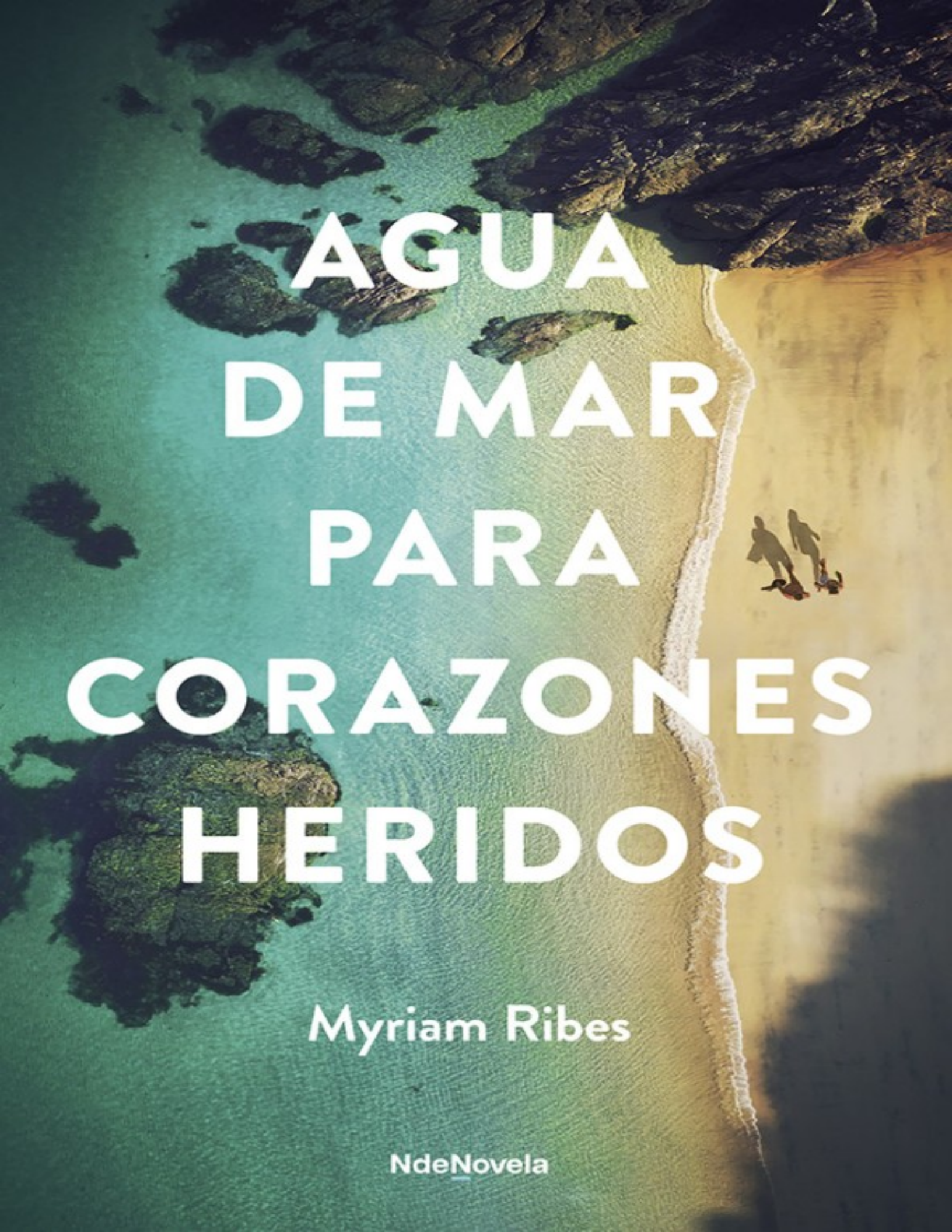

AGUA
DE MAR
PARA
CORAZONES
HERIDOS
Myriam Ribes
NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lema

Capítulo 1. ONA - Un burro amarrado

Capítulo 2. ORIOL - No recuerdo de dónde vengo

Capítulo 3. ONA - Coge mi mano

Capítulo 4. ORIOL - Aguas tranquilas

Capítulo 5. ONA - Poca agua para tanta sed

Capítulo 6. ORIOL - Y yo que decía: «Por fin, ahora la tengo»

Capítulo 7. ONA - Hueles a jazmín

Capítulo 8. ORIOL - Un fármaco precioso

Capítulo 9. ONA - Mi dulce Sara

Capítulo 10. ORIOL - Recuerdos que al final son un cruce de caminos

Capítulo 11. ONA - Al placer de reencontrar

Capítulo 12. ORIOL - Un viajero de barro que se lleva la corriente

Capítulo 13. ONA - Como las alondras por la mañanita

Capítulo 14. ORIOL - Dame tu caramelo, amor

Capítulo 15. ONA - Eres la fiera que apenas conozco

Capítulo 16. ORIOL - Qué dulce era hablar

Capítulo 17. ONA - En el oasis que me inventé

Capítulo 18. ORIOL - Vamos a querernos, mi pequeño amor

Capítulo 19. ONA - El beso de tu voz en el alma

Capítulo 20. ORIOL - Quiero estar donde tú estés

Capítulo 21. ONA - He visto el paraíso y el infierno

Capítulo 22. ORIOL - Zozobra

Capítulo 23. ONA - No soy el centro del mundo

Capítulo 24. ORIOL - El difícil arte de vivir

Capítulo 25. ONA - Dame mi alma y déjame en paz

Capítulo 26. ORIOL - Vuela al viento, espuma del mar

Capítulo 27. ONA - Duérmete al arrullo de la brisa

Capítulo 28. ORIOL - Cuando todos seamos libres

Epílogo. ONA - Déjame ser verso de amor

AGRADECIMIENTOS

CANCIONES Y CAPÍTULOS

CRÉDITOS

AGUA DE MAR PARA CORAZONES HERIDOS

Myriam Ribes

NdeNovela

A Txema, el amor de todas mis vidas.
Contigo todo es posible y tiene sentido.

La cura para todo siempre es el agua salada: el sudor, las lágrimas o el mar.

KAREN BLIXEN

Capítulo 1

ONA
Un burro amarrado

—¡Me niego a que se use todo ese dinero para sus mierdas!

Oriol grita fuera de sí y me señala con su dedo fibroso de cirujano. Este hombre es imbécil. Siempre tiene que montar alguna pelotera en la reunión semanal de directivos, pero hoy está especialmente agresivo. Debe de ser por el viento: la tramontana nos trastorna a todos, pero está claro que a los gilipollas más.

Como ya viene siendo habitual, yo soy la culpable de todos sus males, pero sus rebuznos no van a conseguir alterarme. Me concentro en mi respiración, le desafío con la barbilla y respondo muy despacio, como si no me importara nada lo que dice.

—Ni son mías, ni son mierdas: son terapias para nuestros pacientes.

—Terapias de mierda.

El capullo ni se lo ha pensado. Me ha escupido a la cara esas tres palabras y ahora me clava sus ojos negros de puro veneno. Pues no pienso ni pestañear. Le puedo aguantar la mirada sin problemas y durante horas, que no me rete. Él será muy buen cirujano, pero representa todo lo que más odio en la medicina y en el mundo: es un medicazo prepotente y creído, un gallito de corral con bata.

«Terapias de mierda», me ha dicho el tío. Si Xavier estuviera vivo, le habría abofeteado al segundo. Me pellizco con fuerza la mano para no darle yo lo que se merece. Igual del golpe se le abriría un poquito la mente, a él y a ese clan de medicosaurios que le jalean.

—Me da igual tu opinión, Oriol. La donación me la han dado a mí y punto. No hay nada más que discutir.

Le sigo hablando con calma, aunque debe de notar mi odio, porque el dedo con el que me apunta ha empezado a temblar. Titubea un segundo al darse cuenta, pero cierra rápido y con rabia la mano para volvérseme a enfrentar a gritos.

—No, no te la han dado a ti, Mariona. Se la han dado al Hospital Insular. A nuestra isla.

Y ahora va el memo y pronuncia la palabra «isla» con ese tonito, tan solemne y engolado que parece que estuviera sonando un himno de fondo. Es que no se puede ser más estúpido. Como se ha vuelto a quedar sin argumentos, apela al poder de su patria sagrada, esa de la que yo nunca formaré parte porque soy, como dicen ellos, «forastera». Me clavo con fuerza las uñas en la palma, debajo del pulgar. Acabará por salirme sangre, pero me da igual. El dolor me tranquiliza y me centra. Y no va a conseguir lo que quiere, verme alterada.

—A ver, Oriol, un par de cositas. Una: mi departamento es tan del hospital y de la isla como tú. Dos: yo me he currado esta subvención durante meses y por eso me la han dado a mí y no a ti.

—No me lo creo. Te quieres quedar con algo que es de la isla.

Y dale. Será burro, otra vez con ese estúpido patriotismo. Y lo de los demás directivos no tiene nombre: le miran embobados como si fuera Dios en traje de Armani. Vaya panda de borregos. Vale que esté bueno, no lo niego, pero solo con la boca cerrada. En cuanto empieza a graznar, no hay quien lo aguante.

—Yo no miento nunca. Díselo tú, Nina.

Los jefes se giran hacia la gerente, que tiene el tiempo justo para asesinarme con su mirada verde. Cuando nota todos los ojos de la sala fijos en ella, ladea la cabeza y nos sonríe. La sonrisa de Nina es un arma letal, y ella lo sabe: no puedes evitar devolvérsela, y una vez lo haces, te subyuga y te calmas. Será la mejor enfermera del universo, pero como directiva es una diosa. Solo ha necesitado dos segundos para tenernos encandilados y pendientes de su respuesta.

—Es cierto. Os lo iba a comentar en el orden del día, pero el doctor García se me ha adelantado, para variar. Naturbody ha donado el dinero y los aparatos de magneto y radiofrecuencia al departamento de Medicina Integrativa.

—¿Todo para ellos?

Nina asiente a Oriol y yo le vuelvo a mirar desafiante.

—Todo. Mariona nos ha cedido una parte para las obras, pero el resto es suyo. Si quieres que los pacientes de Cirugía Plástica usen la radiofrecuencia, tendréis que derivárselos a ella.

Oriol gruñe y se afloja el nudo de la corbata.

—Solo me faltaba eso. Tener que enviar mis pacientes a la Hierbas.

Los demás sueltan una risita. Me aburren. Siempre aplaudiéndole las gracias a ese pollino y tratándome de bicho raro, cuando los extraños y obsoletos son ellos. Paso de mirarlos y le replico.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que yo les guste más que tú y no vuelvan a tu consulta?

—Lo que no quiero es que acaben en tu secta de atontados, esnifando lavanda y haciendo la danza de la lluvia.

Carcajada general. Normalmente no me afectan sus burlas ni las de nadie, pero hoy es viernes, ha sido una semana muy intensa y me espera un doble turno. Respiro hondo y me vuelvo a pellizcar

para no levantarme a matarlos a todos. Vaya panda de ungaúngas, son tan cerrados y borricos como él. Abro la boca para responderles, pero me interrumpe el manotazo de Nina sobre la mesa, que retumba como un gong por toda la estancia.

—¡Oriol! —Todos se quedan mudos—. No quiero abrirte un expediente, y lo único que vas a conseguir es eso, porque con insultos pierdes toda tu credibilidad.

—¿Credibilidad? ¿Y qué coño de credibilidad tiene ella? Nada de lo que hace tiene evidencia científica.

Pongo los ojos en blanco y le contesto al instante.

—Perdona, pero creo que te falla un poco la memoria. Ya os demostré en la sesión general del mes pasado que la mayoría de lo que hacéis y recetáis vosotros tampoco tiene esa evidencia científica que me reclamas. Me parece que os lo dejé bien clarito.

Esa sesión fue épica. Muchos médicos se marcharon ofendidos del salón de actos cuando dije que hacían medicina basada en la costumbre y no en la evidencia. Se convirtió en la frase del mes. Los residentes me aplaudieron, y eso los ofendió aún más.

Oriol finge pasar de mí, no me contesta, y sigue machacando a la pobre gerente, que encima tiene la desgracia de ser su exmujer.

—Nina, ¡no podemos malgastar el dinero público en sus tonterías perroflautas!

—¡Vale ya! Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que nuestro sistema sanitario ya no es universal y no podemos cubrir todos los gastos del hospital sin los pacientes privados y las donaciones.

—Pero...

—Te guste o no, el departamento de Mariona es el que tiene los mejores indicadores de calidad y el que ha conseguido más mecenas desde que se creó. Así que los aparatos son para Integrativa y punto.

Sonrío triunfal a Oriol tras escuchar a Nina. Él me pone cara de perro y sigue protestando.

—Ya. Todo para ella, claro. Y el hecho de que la Hierbas sea tu amiguita del alma no influye en nada, ¿verdad?

Ya lo ha tenido que soltar, le pone enfermo que seamos tan amigas. Nina vuelve a pegar un manotazo a la mesa y le mira de una forma que hasta yo me acojono.

—¡Por supuesto que no! Y me ofende mucho que digas eso. Me considero amiga y compañera de todos los que estáis aquí sentados. Pero te recuerdo, y que no se os olvide a ninguno, que soy la gerente del hospital y la que decide a dónde van los presupuestos. Si tienes alguna sospecha de algo, puedes interponer una denuncia ante Gerencia Central y que valoren ellos qué servicio del hospital es el más rentable. Quizá deciden eliminar alguno que no lo es y os lleváis una sorpresa. Y, por cierto, aún no me has enviado tu memoria anual.

Estoy segura de que muchos jefes se han asustado al oírla hablar de rentabilidades, porque ya nadie pía en la sala y solo se oyen los rebuznos de Oriol.

—Qué chorradas. No estudié Medicina para hacer papeles. Tengo cosas mucho más importantes que hacer en la vida.

Nina mira al techo y sacude la cabeza antes de responderle. Está harta y lo comprendo: este tío es inaguantable.

—Pues págale a alguien para que te lo haga. Si quieres presupuesto el año que viene, tendrás que demostrarme para qué lo necesitas.

—¿Es que no está claro? Soy el mejor plástico de las islas. Dirijo un departamento que tiene prestigio en todo el país. Vienen de todas partes a operarse aquí, y eso vale mucho dinero.

Me jode reconocerlo, pero en eso tiene razón. El capullo es muy buen cirujano, aunque sea un creído, un imbécil y un gestor desastroso.

—¿Sí? Pues eso a mí no me consta en ningún sitio. Necesito que me lo demuestres con el informe anual. Lo que no está escrito no existe. Y si no te gusta gestionar tus datos, no hay problema: preséntame tu dimisión como jefe de servicio. Deja que lo haga otro.

—Ya te gustaría a ti eso. Y a tu chamana de feria más —susurra, mirándome de reojo.

Nina mira el reloj y se levanta de la silla haciendo como si no le hubiera oído.

—Nos hemos pasado de la hora. Se acabó la reunión. Vamos, todo el mundo a trabajar. Que es viernes. San Viernes.

Recoge su carpeta y me mira muy seria.

—Mariona, ven a mi despacho en cuanto puedas. Tenemos que hablar.

Después de la reunión, todos los jefes se quedan un rato más charlando en la sala. Comentan sus planes de fin de semana y me miran de reojo mientras yo, aún sentada y sin intención de hablar con nadie, acabo de escribir mis notas y cierro el iPad. Oriol se acerca a hablar con Nina y yo aprovecho para escabullirme a mi consulta. No me apetece pensar más en esta mierda de reunión ni en ese Plasticosaurio. Ya me ha puesto taquicárdica, y hoy me espera un día de aúpa.

En cuanto entro en el departamento de Integrativa, me relajo y suspiro. Qué gustazo, este es mi territorio. Todo está pensado y diseñado para infundir calma y paz. La música que suena de fondo, los colores de las paredes, la decoración y el olor de los aceites

esenciales. Inhalo profundo de nuevo y cierro los ojos. Este ambiente relaja a los pacientes y nos ayuda mucho en las terapias, pero, sobre todo, nos calma a los que trabajamos aquí todo el día. Por eso los integrativos tenemos la fama de ser las personas más tranquilas del hospital.

Miro el pequeño trozo azul que se atisba desde la ventana de mi consulta. Eso también me serena, lo que más, el mar es el mejor ansiolítico que existe. Inhalo y exhalo. Ya vuelvo a ser yo.

No me he sentado aún en la silla cuando me vibra el móvil en el bolsillo de la bata. Una, dos, tres, cuatro veces seguidas. Y otra más. Está claro quién los envía: es Nina, mi jefa y doña intensa, ametrallándome con sus mensajes de texto. Uno detrás de otro sin descanso.

> Onaaaaa.
> Ya veo que no vienes.
> ¿Café? Bueno, para ti mejor tila:D
> ¿Vienes al bar?
> Tengo diez minutos.

Suelto un bufido. ¿Es que no puede ponerlo todo en una misma frase? Tanta vibración me pone frenética. La llamo y me contesta al primer tono.

—Que vengas, pesada.

—Nina, que me da pereza —le digo—. Ven a mi despacho y tomamos un té tranquilas.

Se queda en silencio un segundo, como si de verdad se lo pensara.

—Nop. Paso de infusiones. Necesito hidratos y cafeína. No he dormido nada.

—¿Y eso? ¿Quedaste con el de LoveApp?

Se ríe. Será capulla, está claro que ha conseguido lo que quería: mi atención y ligar en redes.

—Yep. Quedé, quedé.

Ahora la que se ríe soy yo.

—Me lo tienes que contar todo.

—Pues ven, coño. Te invito.

—Ok. Dame cinco minutos.

Vuelve a carcajearse de mí. Es una escandalosa. Me aparto el teléfono de la oreja para no quedarme sorda.

—Sabía que esa era la palabra clave, Onita. Invitar. Catalana racanilla mía.

—Vete a la mierda.

Le cuelgo sin contemplaciones. Nina siempre se mete conmigo con el tema del dinero. No soy rácana, en absoluto, soy muy generosa, pero no me gusta gastar a lo loco ni en cosas que no necesito. Ella dice que eso es genético y lo llama mi hecho diferencial catalán. Yo lo llamo sensatez y minimalismo y nunca entenderé por qué le hace tanta gracia.

Al llegar al bar, la veo sentada junto a la ventana. Ella, desde luego, no es para nada minimalista. Hasta la bata que lleva es de marca y tiene su nombre bordado en el bolsillo con hilo rosa. Y seguro que no es un hilo cualquiera, debe valer más que mi fonendo. No sé qué placer obtiene tirando el dinero en esas cosas. El sol mañanero hace que su melena brille mientras da buena cuenta del desayuno que se ha pedido. Me sonríe y señala el vaso con hielo y la botella de agua mineral que hay frente a ella.

—María de la Ona. Te he pedido tu *gin-tonic* ecológico.

Es una payasa, pero no se puede no quererla, siempre está pendiente de todos. Esa agua mineral eco es lo único que tomo en la cafetería del hospital.

—Gracias.

—No te he pedido nada más porque ya te conozco. ¿O querías algo de comer?

—Ya sabes que no. Todo son procesados y...

—Ya, ya... Paso del discursito ecologista y saludable, que ya me lo sé. Y te informo de que a mi bocata lo procesaron de puta madre.

No puedo evitar echarme a reír. Me parto con ella. Me hacen mucha gracia, con lo princesa y finolis que parece, los tacos que suelta siempre. Me flipa el carácter de Nina, es una Barbie Killer auténtica. Se limpia las migas que le quedan en la comisura de la boca con la servilleta de papel y vuelve a darle otro mordisco al enorme bocadillo.

—¿Estás más tranquila, Onita?

Abro la rosca del botellín de vidrio y niego con la cabeza.

—No me he puesto nerviosa en ningún momento.

Se vuelve a partir de risa, tapándose la boca llena de pan con jamón.

—Los cojones. Le apretabas la mandíbula a Oriol como si fueras un dóberman a punto de atacar. Y hasta te has debido de hacer sangre con los pellizcos. Que te he visto. A ver esa palma.

Ni de coña le voy a enseñar el moretón que me he hecho. Dejo la mano lesionada bajo la mesa y bebo un sorbo del botellín con la otra.

—Es que tu ex es un poco gilipollas.

—Un poco no, entero y tres cuartos. Pero en el fondo es buen tío. Te lo digo yo.

—Por favor, Nina. Es imbécil. Un *cap d'ase*.

Nina vuelve a reírse y sacude la melena hacia un lado. El olor de su perfume es dulzón y sexy, como ella.

—Los insultos de aquí te molan, ¿eh?

—Este le va que ni pintado, tu ex no puede ser más burro: un *cap d'ase*. Lo dejaste por eso.

—No, lo dejé porque nos habíamos casado sin pensar.

—¡Desde luego! ¿En qué estarías pensando para casarte con ese borrico?

Casi se atraganta de la risa. Ya está en modo finde y todo se lo toma a guasa.

—Él solo pensaba en la niña. Y yo era muy joven y... Ya sabes con qué pienso siempre.

Me guiña un ojo y yo le pongo los ojos en blanco. No lo entenderé nunca. Con lo lista que es y cómo pudo caer en eso.

—Lo de follártelo lo puedo pasar, Nina, pero casarte con ese machirulo es de no tener neuronas. Y tú tienes muchas y rápidas, ¿qué les pasó? Tía, si hoy ha estado de bofetón.

Deja de reírse y menea la cabeza mirándome.

—Oriol no es un machirulo.

—¿Que no?

—No. En absoluto. No digas eso de él —repite tajante.

Resoplo. Igual me he pasado, pero es que su rollito de macho alfa me pone de los nervios.

—Pues a mí me parece un gilipollas.

—A ver, Ona, es normal que le haya sentado mal. Te han dado todo el dinero a ti.

—Se lo han dado a mi departamento.

Gira los ojos haciendo un arco hacia arriba como si estuviera harta de oírme. Aún le dará la razón, lo veo venir.

—Que sí, cansina. A tu departamento. Pero entiende que él se cabree. Él quería la radiofrecuencia para su servicio.

—Pues que se lo hubiera currado —le respondo contundente—. Yo me he dejado la piel este año en estudios y publicaciones con

Naturbody para conseguirla. Además, él solo la quiere para quitar arrugas, y yo la voy a usar para mejorar la vida de las personas.

—La vida sexual. —Y le da un mordisco al bocadillo en plan loba, soltando un gemidito.

Ya estamos, a todo el mundo le preocupa el sexo, pero luego nadie le da la importancia que merece para la salud. Solo les importa para risitas y burlas.

—Pues claro. La vida sexual. ¿Hay algo más importante? Sin salud sexual, no existe la salud ni la felicidad. El sexo es esencial. Tener una buena salud sexual es mucho más importante que quitarte las patas de gallo.

—No me cabe duda. —Sonríe y se relame—. Pero si además de follar como una reina pareces una diosa, mejor que mejor.

Se me escapa la risa y casi tiro el vaso al suelo. No puedo con ella. Mientras limpio el agua que he derramado con una servilleta, me la estoy imaginando vestida de Afrodita, con una guirnalda dorada y cabalgando apasionadamente a alguien. Me río sola porque me parece muy gracioso, pero paso de decírselo. Total, nadie entiende mis bromas, ni siquiera ella.

—Hablando de follar. Cuéntame lo de anoche, que va a ser más divertido que hablar de ese capullo. ¿Cómo fue?

—Espectacular.

—¿Espectacular? Venga, suéltalo. —Me inclino un poco hacia ella —. Pero todo.

—¿Qué quieres? Tiene treinta añitos y es un empotrador de libro. Pero de los que se preocupan de que lo goces, no de esos metesaca inaguantables. A este no se le acababa nunca ni la pila ni la imaginación. Un amor. Y me ha dejado muerta. Machacada. *Dead*.

Levanto las cejas sorprendida.

—¿Muerta? ¿A ti?

—A mí. Chica, que ya he cumplido los cuarenta y tres. Esta noche me ha valido por un mes de *gym*. Bueno, creo que hasta me convalidarían el grado de INEF.

Estallo en risotadas. Qué cosas se le ocurren. Los de la mesa de al lado me miran con mala cara, yo me tapo la boca y les hago un gesto de disculpa.

—Eso explica cómo devoras. ¿Has quedado con él otra vez?

Pone cara de susto y me lo niega sacudiendo nerviosa la mano.

—¡No! Ni hablar. Que se me engancha como el psicópata del año pasado. Ha estado muy bien, pero ya. Hay un montón de peces en el mar.

—¿Pero no dices que este es un amor? Pues prueba otra vez con él.

—Naaa. Los hombres en casa son un incordio. Yo estoy muy bien solita y con mi niña. Soy como tú de independiente, pero follando.

—¡Eh!

Nina se ríe y pone su mano sobre la mía.

—Ona, tía, que ya sé que tuviste un par de rollos al venir a la isla, pero ahora *na* de *na*. Y se te nota. Tú también deberías hacerte un perfil en Love. Un par de buenos polvos y se te quitaría ese rictus del entrecejo.

Me toco la frente sin darme cuenta y ella se parte.

—No tengo ningún rictus —le protesto.

—Sí, sí que lo tienes. Es el rictus de la falta de orgasmos. Lo podríamos llamar el signo *hiporgásmico* de Mariona. ¿Estaría basado en la evidencia o en la costumbre?

—Vete a la mierda.

Ahora es ella la que suelta la carcajada y mira a los de al lado sonriendo.

—Perdonad, es viernes.

Toda la mesa asiente y se ríe, abducida por la magia de Nina.

—San Viernes, Nina —le dicen.

Ella vuelve a señalarme la frente.

—Si lo publico, me forro. Te haré fotos del antes, te abro un perfil sexy en la app para que haya intervención terapéutica y te fotografío después de un par de citas. Eso sí que sería un pedazo de estudio interesante y no el de los síntomas de la menopausia que tú haces. Me haría famosa y rica, y a vivir del cuento.

No le encuentro ninguna gracia, pero ella se está descuajeringando sola. Y los de al lado también, que han dejado la oreja puesta y no pierden ripio de lo que hablamos. Me acerco a su oído y le susurro.

—Para ya. Que no tenga pareja no quiere decir que no tenga orgasmos.

—Pues será en sueños, porque a la vista está que te faltan unos pocos. ¿Estrenaste mis regalos? Seguro que ni los has probado.

El mes pasado me regaló todo un surtido de juguetes sexuales y lubricantes carísimos que le dieron en un congreso en Barcelona.

—No he tenido tiempo.

—Ya lo sé. Me lo está gritando tu rictus.

Me enfado otra vez y ella se desternilla, coreada por las carcajadas de los de la otra mesa, que ya ni disimulan y solo les falta arrimar las sillas para desayunar con nosotras. Aquí todo el mundo se lo pasa bien a mi costa. Nina pone la taza que ha usado encima del plato y la servilleta de papel sucia dentro. Siempre ordena la vajilla después de desayunar, para facilitar el trabajo de los camareros. Es un detalle que me encanta. Se mira los dientes en la pantalla del móvil y se despide de los de al lado antes de levantarse. Yo paso. Que les zurzan.

—Oye, Onita, ¿nos vamos de compras esta tarde? *Empotreitor* me rompió mis mejores medias y necesito otras.

—Doblo turno. Además, hoy tienes a Abril, ¿no?

Asiente moviendo la cabeza y sonríe pensando en su niña.

—Sí, y pensaba traerla también con nosotras. No creo que se compre nada, ya sabes cómo es, pero cuando estás tú, no se mete tanto conmigo.

—Yo nunca he visto que se meta contigo.

—Claro, porque tú la calmas. Te adora.

Ahora soy yo la que pone una sonrisa boba. Le he cogido mucho cariño a su peque.

—Y yo a ella, tienes una hija maravillosa.

—Maravillosamente inaguantable. Y punki.

—Es gótica. Los punkis son de los ochenta y ya se han aburguesado todos.

Me mira de arriba abajo con sorna y levanta una ceja.

—¿Aburguesado?

—O muerto, como los Ramones. Abril es gótica.

—Pues es una gótica inaguantable.

—Tiene dieciséis años.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? ¿Y mañana? ¿Y si quedamos mañana?

—Mañana perfecto. Dame un toque temprano.

Antes de irse, me coge la mano y le da rápidamente la vuelta.

—¡Lo sabía! ¡Te has hecho un señor moretón! ¡Me parto! A ver si el próximo es en el cuello. Voy a hacerte sin falta un perfil de diosa en LoveApp para que te empiecen a matchear esta misma tarde.

—Vete a la mierda.

Se ha anulado la cita de la paciente que tenía a primera hora, así que aprovecho para subir un rato a mi escondite secreto. Poca gente lo conoce y apenas se ve desde fuera, pero de la escalera de incendios de la planta de Materno-Infantil se llega al cielo.

Materno es la última planta del hospital y encima está la azotea, prácticamente ocupada al completo por placas solares y máquinas de aerotermia. Pero hay un huequito, un pequeño rellano de ladrillo desde el que se ve el mar y todo el puerto. La vista es brutal. Aquí subo a pensar, a comer la comida que me traigo de casa y a escuchar música; hasta tengo una esterilla escondida detrás de la puerta para sentarme al sol. Me he montado mi propio *chill out.*

En cuanto llego, me pongo mis auriculares y me siento con las piernas cruzadas en el suelo. No necesito nada más que mi música y mi mar.

Abro la aplicación en el móvil. Cualquiera pensaría, por mis pintas, que escucho *new age*, *healing* o como se llamen todos esos sonidos terapéuticos que pongo habitualmente en la consulta. Lo hago en mi trabajo y son sonidos maravillosos, pero si hay una música que me vuelve loca, de la que soy fan de póster, es la de El Último de la Fila.

Manolo García. Quimi Portet. Los dos. Los sigo desde que era una adolescente y me sé todas sus canciones de memoria. Todas. Son la banda sonora de mi vida. Me escapé una noche de casa para conseguir su autógrafo y me costó una paliza y un mes de paga. En el concierto de Studio 54, tuve sexo por primera vez y, a pesar de lo que pasó, no me dejaron de gustar. En el de *Human Rights*, conocí a Xavier, que, aunque nunca fue tan fan como yo, me acompañó a casi todos los bolos que hizo el grupo en Barcelona.

Xavier.

No me hago a la idea de no volver a verle.

Una mano me toca el hombro y pego un brinco. Cuando me giro, me entra la risa al ver a Miquel gesticulando desesperado. Me quito los auriculares para saber lo que me dice.

—Joder, Miquel, qué susto me has dado.

—Pues no te pongas los AirPods en supresión de ruido. Un día te asesinarán y ni lo verás venir. ¿Ya estás con esa dichosa música antigua?

Meto los aparatos en su estuche. Para él, los años de la movida son la prehistoria, claro, podría ser mi hijo. Creo que no tiene aún los treinta y, de hecho, me acaba de poner el mismo tonillo que un adolescente utilizaría para criticar a su madre.

—No es antigua: es clásica.

Ahora soy yo la que ha sonado de *boomer* total, defendiendo la música de los ochenta. Miquel me empuja para hacerse sitio en la esterilla y se sienta a mi lado.

—Llámalo equis, jefa. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado de qué?

—Coño, te has ido a la reunión de directivos y no has vuelto. Pensaba que te habían matado esas arpías. Siempre me da miedo cuando vas allí sola.

—Perdona, no te he avisado. Como he visto que la primera visita se ha anulado, me he ido al bar con Nina y luego me he venido directa hacia aquí.

—Y yo comiéndome las uñas esperando en tu despacho, pero qué insensible eres, jefa. ¿Cómo ha ido?

—Bah. Más de lo de siempre. Pero han ratificado la donación: todo es para nosotros.

—¡Bien! —Palmotea feliz—. Y el García encantado, ¿no?

—Puf. Muy cabreado. Si hasta temblaba. Creo que nunca lo he visto tan enfadado.

—Lógico. Debe de ser la primera vez que un laboratorio no le prefiere a él. Si solo le falta ponerse patrocinios en la bata.

Me río imaginando al señor Armani con la bata llena de anuncios, como un futbolista.

—Le ha sentado fatal. Me ha dicho de todo.

—Pues que se joda. Olé por ti y por mí. Y por Lluna y los demás. Nos lo hemos currado mucho, sobre todo tú.

Miro sonriente a Miquel, así sentado no parece tan alto. Está muy guapo con este nuevo corte de pelo, tan rapado por detrás y con ese enorme tupé. Me encanta tenerle a mi lado. Fue Nina la que me lo recomendó como administrativo del departamento y acertó de lleno. Creo que es la única persona que me entiende en esta isla. Vuelvo a pensar en Oriol y en cómo temblaba de ira.

—Es puro ego herido. Si solo es Naturbody. El resto va a seguir bebiendo los vientos por él, que no se queje tanto.

—El resto de los laboratorios y el resto del hospital. El otro día le pillé magreándose con la nueva de Neuro.

Hago un gesto de asco y Miquel se burla de la cara que he puesto, imitándola.

—Ya sé que te cae como el culo, pero el García está que se sale de bueno. Tiene ese rollo Clooney de madurito sexy que hasta a mí me pone, aunque sea un viejales.

—Hey, que no creo que ese ligón de saldo sea mucho mayor que yo. ¿Me llamas también viejales cuando no estoy delante?

—Nooo. Pero si tú eres una niña de cincuenta y pocos.

—Ya, ya. No me hagas la pelota ahora.

—Ona, tú no envejeces. No sé si porque eres una vampira o porque por las noches te bebes los aceites esenciales mezclados con

ginebra.

—Serás bobo. Pues muchos se pueden beber. Algunos los pongo en el agua de saborizante. Mucho mejor eso que...

Me hace una cruz poniendo sus dos dedos índices en equis delante de mi cara.

—¡Nooo! *¡Vade retro!* No me sueltes el rollo de los procesados y el cambio climático otra vez, porfi. Vale ya con eso.

Le saco la lengua y me quito un momento el coletero para recolocarme el moño. Cuando me sacudo el pelo, Miquel pega un grito agudo.

—Tíaaa. ¡Pero si el pelo te llega casi al culo! Qué pedazo de melena blanca tienes ya. Y cómo te brillan las mechas con el sol. —Me lo acaricia—. Las tienes grises, negras y blancas, como las de Cruella. ¿Por qué no lo llevas suelto?

—No me parece que sea apropiado aquí, en el hospital.

—Chorradas. Estarías guapísima, Ona. Fliparían todos, sobre todo, esas perras del comité.

No puedo evitar sentirme un poco halagada al oírlo, y le doy una palmada suave en la pierna. Qué mono es, me quiere demasiado.

—Si me lo suelto, ¿parecería menos viejales?

—Bueno, serías igual de viejales, pero con mucho más *glamour*.

Le doy otra vez, pero con más fuerza.

—Serás capullo.

—¡Ay! Que te lo digo de buen rollo. Estás muy guapa con el pelo suelto, y aún lo estarías más si te pintaras los labios de rojo. Te quedarían genial con esa piel tan morena y tus ojillos de gitana.

—No pienso ponerme nada, los pintalabios están llenos de plomo y metales pesados.

—Es el precio del *glamour*, que contamina.

—Son un veneno, Miquel.

Y ahora se me pone a cantar y a dar palmas en plan flamenco.

—Dame veneno que quiero morir, dame veneeenooo..., pero con *glamour*.

No puedo con él, me parto de risa. Es muy gracioso cantando, y además le pega mucho flamenquear con esas patillas tan largas que se me está dejando últimamente. Me recojo de nuevo el pelo en la coronilla.

—¿Tenemos mucho lío hoy? La verdad es que tengo un poco de pereza.

Abre la boca como si estuviera asustadísimo y me pone la mano en la frente.

—¿Pereza tú? ¡Dios mío! Debe de ser un virus.

—Jo, es que ha sido una semana muy intensa.

Mueve la cabeza asintiendo y me saca un par de mechones del recogido del pelo para colocármelos en la cara.

—Es verdad. Y tú te has pegado un buen tute. La que más.

Me vuelvo a meter los mechones sueltos dentro del moño mientras él mira el móvil. Qué manía tiene con despeinarme.

—La de las nueve ya sabes que ha anulado. Tienes vídeo con el hospital de Ponent a las once y con los americanos a la una. Luego, hueco hasta las cuatro y una nueva a las cinco.

Le gruño, eso no me tocaba y no me gusta nada.

—¿Por qué no se la has puesto a Lluna? Quedamos en que yo no vería más pacientes nuevas.

Se encoge de hombros.

—Ha insistido mucho, y de arriba también han llamado para que le diera la cita contigo. Solo quiere verte a ti.

Qué rollo. Bueno, si es Nina la que lo ha pedido, lo haré, pero espero que sea solo una excepción. Estoy desbordada últimamente.

—¿Y después?

—No te he puesto más, dijiste que necesitabas trabajar en el estudio de la menopausia.

Suelto un enorme suspiro de alivio, Miquel me ha salvado el fin de semana. Tengo que acabar de revisar todos los números para llevarlos al análisis estadístico. Quiero mucho a mi equipo, pero a veces se me despistan y tampoco me fío al cien por cien de los análisis de inteligencia artificial en la recogida de datos. Necesito que todo cuadre. El presupuesto del departamento depende de que este estudio se publique.

—Te amo. Menos mal, es que tengo que entregar los datos el lunes y ya me veía aquí currando hasta el domingo.

—Pues por eso lo he hecho, para que acabes y tengas tu maravilloso plan de finde soñado: aburrirte como un mejillón en las rocas de tu casa.

—Recuérdame que no te vuelva a invitar, desagradecido.

—No seas mala. Tu acantiladito es el mejor sitio para tomar el sol en bolas. No se acercan ni los drones. Como haga sol el domingo, te llamo.

—Solo te dejaré venir si me dejas estar un ratito más aquí arriba.

Me da un beso antes de levantarse para salir de la terraza.

—Todo para ti. Pero a menos cuarto te quiero sin falta abajo, que habrá que ir conectando.

Saco de nuevo los auriculares. Miro al mar y pongo cancelación de ruido con el volumen al máximo. No quiero oír el mundo. Esta es mi manera de mimarme, y ahora necesito amor. Mucho amor.

Capítulo 2

ORIOL
No recuerdo de dónde vengo

No la aguanto. Pero ¿de qué mierdas va esa tía? En cada reunión de directivos, acaba por sacarme de quicio, aunque yo esté de lo más tranquilo. Maldita forastera prepotente. Hoy ya me ha cabreado de lo lindo nada más entrar. Yo creo que esta tipa se lo prepara el día antes para joderme.

Vaya cruz. Es mi tortura semanal, no respeta ni siquiera que es viernes. Si es que no sé por qué a Nina se le ocurrió que la reunión semanal de jefes de departamento fuera en viernes. Coño, ponla cualquier otro día.

Tengo que respirar hondo para tranquilizarme antes de recoger la carpeta que he tirado en la mesa de reuniones y levantarme del asiento. Vaya mierda de semana que llevo, estoy muy harto, mucho. Y no solo de ella. No sé en qué coño se están convirtiendo la medicina y el mundo, cada vez más llenos de tiparracos así. Tampoco entiendo por qué Nina, con lo sensata y lo lista que es, le tiene tanto aprecio. Y mi hija, igual. Todo el día con ella en la boca: que si qué especial, que si qué inteligente, que si qué personalidad tan interesante... Solo espero que no estén liadas, porque me cago en todo si encima tengo que aguantar a la Hierbas en las cenas familiares.

Mírala, aún sentada en su sitio, tiesa como un palo y apuntando mierdas en su iPad. Seguro que son ideas para insultarme en la próxima reunión. Esta tía es una víbora auténtica y ensaya sus mordiscos antes, estoy seguro. Hostia, es que ni alza los ojos para mirarnos, manda huevos. No es que quiera hablar con ella, ya he tenido bastante, pero todos nos hemos levantado para despedirnos y desearnos buen finde, y ella pasa absolutamente, ni se mueve, no se digna a hablar con nadie. No, claro, ella es la señora doctora que vino de la península, y nosotros unos paletos isleños. Unos palurdos. Se le llena siempre la boca con aquello de que nos falta humanización médica y comunicación, pero ella misma es una asocial de libro. Una psicópata. ¿Se cree mejor que el resto de los mortales?

Iría ahora mismo a decirle cuatro cosas bien dichas, pero va a ser mejor que la ignore. No me pienso enfadar más por su culpa ni perder un segundo más de mi tiempo con ella. No se lo merece. Bastante complicada es mi vida ahora como para que me la amargue más esa bicha rara. No, se acabó. Punto final. Es fin de semana y ya no pienso más en ella. Finiquitado. Me voy a hablar con Nina antes de irme.

—Dime, Oriol —me exige con su tono más arisco cuando me acerco. La madre que la parió, lo que me faltaba, ahora ella también está enfadada conmigo. Qué cruz, por favor. Vuelvo a respirar hondo y trago saliva.

—Frena, cielo, que no voy a hablar más del tema. Es por Abril. ¿La vas a buscar tú al instituto?

Sonrío al nombrar a mi hija. Mi niña es lo más precioso y perfecto que he hecho en la vida. Me ha encantado tenerla conmigo estas dos semanas; me alegra la existencia revoloteando a mi alrededor, aunque sea para gruñirme y meterse conmigo. Lo ha aprendido de

su madre y ya la supera. Esta vez no tocaba que se quedase tantos días en casa, pero Nina ha tenido un montón de reuniones y cenas y por eso lo cambiamos. En realidad, casi nunca seguimos las normas del divorcio, porque mi niña hace y deshace nuestros planes como le viene en gana, así que hoy me espero cualquier sorpresa.

—No, me ha dicho que prefería venir caminando hasta aquí con sus amigas para hacer ejercicio. Pero me temo que no es por deporte, creo que cada vez le molesta más que la vaya a buscar.

—Es que ahora somos el enemigo, querida, la adolescencia es lo que tiene.

Nina pone los ojos en blanco y resopla. Esto de que Abril crezca lo está llevando mucho peor que yo.

—Añoro los tiempos en los que solo te odiaba a ti.

—Bienvenida al club de padres insoportables.

Le muestro la palma de la mano para que me la choque, pero me la aparta de un manotazo y yo me echo a reír. Me encanta que mi hija tenga tanto carácter y es obvio de quién lo ha heredado.

—Tranquila, dicen que luego maduran y nos vuelven a querer hasta la muerte.

—Será si sobrevivimos al ataque de su tormenta de hormonas, que eso no lo veo tan claro.

Vuelvo a reír con ganas y ella me acompaña. Nina tiene estilo hasta para reírse. Oír sus carcajadas de cascabel me cambia un poco el ánimo y ella se ha dado cuenta, porque también ha relajado el tono de voz y sonríe.

—Escucha, Oriol. Abril y yo tomaremos algo en el bar y luego ya nos iremos a casa. ¿Te apetece venir a comer con nosotras?

Niego con la cabeza, no puedo, aunque me encantaría. Solo ellas podrían animarme esta mierda de día.

—Lo siento, pero estoy muerto. Esta noche he estado de guardia localizada de Cirugía General y me han llamado tres veces. Voy a arreglar las cuatro cosas que me quedan pendientes del servicio y me voy a dormir.

Nina asiente, lo entiende. Creo que es la única mujer del planeta que me comprende de verdad. Sabe que después de una mala guardia soy un inútil y, además, tras una noche así, podría dormir dos días seguidos.

—Eso explica tu mala leche.

Lo que me faltaba por oír, ahora voy a tener yo la culpa de todo.

—No, mi mala leche solo tiene una explicación, y es esa bruja... ¿Dónde se ha ido?

Miro hacia donde estaba sentada Mariona hace un minuto, pero parece haberse evaporado. Nina se burla de mí, para variar.

—Ha huido de ti. Volando en su escoba mágica. Y no me extraña, lo que no entiendo es cómo no se ha ido antes, con lo bordes que sois todos con ella. Yo os hubiera mandado a todos a la mierda, empezando por ti.

Pongo los ojos en blanco, no me puedo creer lo que me está diciendo.

—¡Pero si es ella la borde y la estirada! ¿No la has oído? Es que no sé qué le ves, la verdad. ¿Qué tiene de bueno esa tía?

—Pues que es una curranta nata, ética y superhonesta. Además, es muy buena amiga y tiene un montón de manías raras que me hacen gracia. Muchas veces me recuerda a ti.

Se le ha debido de ir la olla. ¿A mí? ¿Dice que se parece a mí? Pues solo me faltaba oír eso. Le pego un bufido.

—No me jodas, Nina. Yo no tengo nada que ver con esa jipi.

Ella me mira de arriba abajo partida de la risa. Saco pecho y pongo los brazos en jarras para que se percate de lo distinto que soy

a esa imbécil. Nina se ríe aún más y no entiendo el porqué. Flipo. Yo creo que está bastante clara la diferencia, solo hay que mirarme un poco, coño. Llevo un traje que vale un sueldo y medio y huelo a perfume caro. No he engordado un gramo desde los treinta, soy pura fibra. He cumplido cincuenta y ocho, pero voy a correr cada día y entreno fuerza por las noches. Cuido mi cuerpo y mi aspecto como un tesoro. Todas me dicen que tengo un culo de infarto y se mueren por llevarme a la cama. Y la Hierbas... A esa tipa no la puede desear nadie. Es una bruja estrafalaria a la que no he visto jamás sin el uniforme blanco del hospital y ese ridículo moño gris de abuela cebolleta. Es antipática y encima creída. Nunca sale de aquí, deben de tenerla en una jaula en ese dichoso departamento de seudociencia.

—Desde luego, no compráis en la misma tienda, pero sois los dos un par de frikis cabezotas —me repite Nina mientras me coloca mejor la corbata y el cuello de la camisa.

—Lo será ella, yo de friki no tengo nada. Soy una persona absolutamente normal.

Y se vuelve a partir, la tía, me da un beso en la mejilla y se larga tan pichi. Están todos locos. Al menos, no he tenido que decirle lo de mi resonancia de esta tarde. Ya sé que es un puro trámite, por lo del temblor de las manos, pero ella se empeñaría en venir y en darme la murga con la dieta, el yoga y sus sandeces. Me saco un caramelo sin azúcar del bolsillo. Hoy solo me he tomado un batido proteico y estoy muerto de hambre. Me lo meto en la boca, arrugo el envoltorio y lo tiro a la papelera. Al hacerlo, extiendo un momento mi mano derecha y la miro de perfil. Ahora está totalmente firme, pero el otro día en el quirófano lo pasé fatal. Me costó mucho disimular el tembleque. Seguro que es emocional, de tanta guardia. Por eso se ha disparado cuando esa gilipollas me ha retado. Pero es que, joder,

se lleva todo el dinero de la donación para sus mierdas. Qué mundo. Como para no echarse a temblar.

Salgo de la sala de dirección sacudiendo la cabeza y el móvil me suena. Es un tono de mensaje. Tres veces más. No puede ser otra: Bruna.

Holiii.
He visto que hoy tienes la resonancia.
Me quedaré a acompañarte.
Y luego nos vamos a tomar algo.

Nunca entenderé esa manía que tienen algunas personas de enviar los mensajes partidos para que el teléfono suene más veces. Me pone muy nervioso. No sé si es que ahora la gente piensa así, a trompicones, o son simples ganas de llamar la atención.

No hace falta, me la hago y me voy.

Me quedo contigo, así lo valoramos juntos.

Que no, que ya se lo mirará Pedro.

No sé ya cómo decirle que prefiero que me valore su jefe. Y no porque Pedro sea el capo de Neuro, sino porque tiene un coco privilegiado y lleva años en esto. Le conozco y me fío de él al cien por cien. Bruna será muy lista, pero no es lo mismo.

Pedro no vuelve hasta el lunes.

Lo sé. No tengo prisa en saberlo.

Sí que la tienes.

Que no.

¿Quieres que te pase a buscar?

Que no hace falta. No te molestes.

No me importa, te recojo y luego me quedo a acompañarte.

Joder, no se cansa la tía. No me tenía que haber liado con ella, pero es que en la fiesta de Navidad del hospital nos desmadramos mucho todos. Ya han pasado semanas de aquello, y le he dicho mil veces que no debimos haberlo hecho, que lo dejemos estar y que yo no soy de tener pareja, pero ella insiste. Erre que erre. Y, claro, yo tampoco soy de piedra y me dejo caer con gusto en sus trampas. Pocas, pero como se entere Nina de que me he tirado otra vez a alguien del hospital, me mata. Tengo que cortar esto, pero ya.

Muchas gracias, eres muy amable, pero prefiero estar solo.

Me va bien quedarme.

No seas cansina, si te necesito, ya te llamo.

OK.

Bruna me ha dicho «OK». A secas. Y no ha vuelto a escribir. Eso es que se ha enfadado. No tenía que haberla llamado cansina, se me ha ido la olla. Abril dice que cuando alguien contesta OK en un mensaje es porque no le ha gustado lo que le has dicho. Y este OK ha sido contundente, un OK como una casa, un OK de que la he cagado de nuevo. Bueno, me da igual, me estaba hartando, mejor así. Prefiero malas caras unos días que una movida como la de aquella loca de hace unos años. Tengo que hacer caso a lo que me aconseja siempre Nina y buscarme la vida sexual fuera del hospital, que esto no es sano. El problema es que todas las mujeres con las que me cruzo llevan bata, porque me paso la vida aquí metido. ¿Dónde voy a encontrarlas si no? ¿En esas aplicaciones de mierda?

Me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta y me dirijo a mi departamento. Aspiro el aire al entrar. Qué gustazo. Esta es mi patria. Aquí huele a quirófano y a gente normal y no a iluminados sectarios como esa arpía, que emana incienso de lejos. Mireia está tecleando en el despacho común. Hoy no tiene cirugías y le toca estar de guardia localizada, así que debe de estar aprovechando el tiempo para quitarse tareas pendientes. Me saluda al verme entrar.

—¿Qué tal el comité?

—Una puta mierda.

—¿Ya te has vuelto a engarrar con Mariona?

—Coño, Mireia, que nos ha quitado la radiofrecuencia.

—Pero dicen que le podremos derivar pacientes, ¿no?

—Ya, pero me jode mucho tener que enviarle gente a esa bruja y a su aquelarre.

Suelta una carcajada y me mira por encima de sus gafas de pasta morada. Hoy parece que lo de la Hierbas le hace gracia a todo el mundo menos a mí.

—A ti lo que te jode no es enviárselos, es tener que negociarlo con ella.

—Me jode todo lo que tenga que ver con esa *peaceandflowers*. No sé quién le regaló el título a esa bicha, lo que hay que aguantar.

Mireia vuelve a reírse y baja la tapa de su portátil para escucharme mejor. Se lo está pasando pipa a mi costa. Pues yo no le veo la gracia. Ni pizca.

—No sé por qué le tienes tanta manía, Oriol, a mí me cae muy bien.

—Pero es que a ti todo el mundo te cae muy bien, niña, que eres muy buena, muy cándida y muy joven.

Es verdad. Mireia es una de las cirujanas más amables y cariñosas con las que me he topado. Nunca le he visto una mala cara ni

hemos discutido jamás. Hemos tenido mucha suerte de que se enamorase de la isla y se viniera de Catalunya. Da gusto trabajar con ella.

—No soy solo yo. Roser también lo dice. Las dos tenemos pacientes que han ido con ella a Integrativa y la adoran.

A Mireia se le suaviza aún más el rostro cuando habla de la jefa de Oncología.

—Tu mujer es tan buena gente como tú. Sois tal para cual, un lujazo de personas, pero esa tipa os tiene muy engañadas a las dos.

—Gracias por los piropos. Pero en serio, dale una oportunidad a Mariona. Creo que esa manía que le tienes te ciega. Las opiniones de sus pacientes son brutales.

Niego con la cabeza y resoplo. ¿Soy el único que se da cuenta? Esa tía está consiguiendo engañar a toda la buena gente del hospital y de la isla.

—Porque les dice lo que quieren oír, Mireia. Además, los debe de embaucar con sus pociones y esas mierdas que hace. No entiendo cómo puede haber entrado la alternativa como especialidad en el hospital. Es una vergüenza.

—Es integrativa, medicina integrativa. A mí me gusta, molan mucho las cosas que hacen. Y curran muchísimo, están publicando un montón de estudios. Y eso nos beneficia a todos, han puesto al hospital en el mapa.

—¡Claro! Tienen todo el tiempo del mundo para recoger datos porque se tocan las bolas *all day.* Pero si no hacen ni guardias, ni urgencias. No levantan el culazo de la silla. Todo el día de blablablá, con las manos haciendo pinza hacia el cielo y poniéndole incienso a Buda. Nosotros matándonos a turnos y sin nadie que nos cubra ni las bajas ni las vacaciones y ellos inhala, exhala, ohm y hablando

lentito. No me puedo creer que se lo hayan dado todo a esa panda de fumaos.

Mireia está llorando de risa y yo sacudo la cabeza, desesperado. Me cago en todo. Si es que nadie me toma en serio cuando me enfado.

—Cuando te obcecas así eres muy gracioso, Oriol. Gesticulas y pones sus voces. Es como estar viendo un monólogo de esos cómicos.

Resoplo y callo. Me siento tan incomprendido como siempre.

—¿Sabes? Me encantan los viernes, pero ya no tanto por el finde, sino porque siempre me haces reír cuando vienes de la sesión. Eres muy divertido.

—No, si ahora encima voy a ser el payaso del Insular. La próxima semana, llama a todos, les cobras la entrada y así compensas para cuando dejes de hacer guardias.

No para de reír. Se va a mear encima de la risa y más con esa barriga de embarazada que parece que le crece por minutos.

—Mireia, frena, no te rías tanto, que acabarás por ponerte de parto antes de hora.

—Qué va, si reír es buenísimo para mí y para el niño.

—No lo dudo, pero si rompes aguas de la risa, para mí no lo será, que me da un telele y te quedas sin jefe.

Ahora vuelve a llorar y da golpes sobre la mesa. Espero que tenga la bolsa amniótica de titanio, porque si no, esta va a parirme aquí mismo. Y yo seguiré sin encontrarle la gracia.

Al fin se detiene y consigue decirme:

—Pero, oye, ¿tú qué haces aquí todavía? ¿No tendrías que estar durmiendo? Te has pasado la noche operando.

—Sí, sí. Ya me iba. He venido a tomar algo antes de coger el coche.

Voy hacia la neverita del despacho y abro uno de mis batidos de proteínas, esta vez de fresa. Mireia me mira frunciendo el ceño. Siempre critica lo que como, pero hoy ya ha debido de tener suficiente dosis de Oriol cabreado y no me dice nada.

Mientras bebo de la botella de plástico, miro el *planning* del corcho y compruebo que los demás cirujanos de mi equipo están operando. Si me necesitan, pueden enviarme un mensaje, así que me largo ya a casa. Necesito un café y una ducha como Dios manda. Voy a tirar la botella a la basura, pero, al ver una nueva mirada reprobatoria de Mireia, cambio la trayectoria y la lanzo al contenedor amarillo de reciclaje.

—Nos vemos el lunes, Mireia. Buen turno. Llámame si necesitas algo.

—¡Gracias! Espero no tener que hacerlo. Hasta el lunes, jefe.

Salgo hacia el *parking* exterior del hospital y miro al cielo. A pesar del viento, hoy hace un día muy bueno, este año el buen tiempo ha venido de golpe. La primavera siempre ha sido mi estación favorita, cuando la isla se llena de luz y aún está vacía de turistas. Si no estuviera tan cansado, me iría a alguna calita de rocas a bañarme. No hay cosa que me renueve tanto tras una guardia como zambullirme con el mar como única compañía, pero hoy no va a poder ser porque me muero de cansancio. Me conformaré con una ducha relajante y un lanzamiento de plancha a la cama.

Busco mi coche pulsando compulsivamente el botón del mando. Vine de noche y no recuerdo dónde lo dejé. Cuando veo sus luces y me acerco, me acuerdo de todos los muertos del jefe de Urgencias. Es la hostia. Lo que me faltaba. El capullo de Cesc ha aparcado junto a mi coche. Y cuando digo junto es muy junto. Será cabrón. Es una

de sus particulares maneras de saludarme, joderme la entrada al coche dejando la Harley totalmente pegada a la puerta.

La intento apartar cagándome en todo y no puedo, nunca lo consigo, hay que ver lo que pesa esta burra. Espero que no me esté mirando desde algún sitio o tendré que aguantarle las bromas luego. Yo estaré cachas, pero él está tan fibrado que maneja el mastodonte este como una vespino. Y yo no puedo ni arrastrar las ruedas. Qué capullo. Me agacho a coger unas cuantas piedras de la gravilla y se las dejo esparcidas por todo el asiento, manchándole de polvo todo el cuero. No me conformo con eso y le dibujo con el dedo un cipote enorme mirando hacia atrás, hacia su culo: mi saludo de vuelta. Gruñirá al verlo sucio y después se partirá de risa y me enviará una foto de mi obra de arte.

Hace semanas que no quedamos los dos solos, ni siquiera para ir a correr. Con todos los viajes que tiene que hacer ahora a Barcelona y mis guardias, ya no coincidimos nunca. Le llamaré esta tarde; echo de menos a mi hermano más insoportable, el único que tengo. A Cesc y a mí no nos unirán los genes ni el carácter, pero nos queremos más que si fuéramos gemelos. Crecimos juntos sin saber muy bien de dónde veníamos y los dos habríamos sido más felices ignorándolo. En realidad, siempre nos hemos bastado solos, tan iguales y tan distintos. Él es soso y terco como una piedra y yo el rey de los dramas. Yo hago que su vida sea una telenovela y él es el peñasco firme al que me sujeto en las curvas de la vida. Mi hermano es mi roca, el ancla que el destino puso en mi loca existencia.

Me subo al coche por el asiento del copiloto y enchufo el navegador sonriendo. Miro la moto de reojo y el corazón se me llena, soy muy afortunado de tenerle a mi lado. Todo el mundo debería tener un Cesc en su vida. Voy a poner mi música a tope, para cantar y no dormirme por el camino.

Al salir del aparcamiento, salta automáticamente la canción «¿Quién eres tú?» de El Último de la Fila. Es la misma canción que sonaba en el coche cuando Bruna me besó el día de la fiesta. Menudo desmadre que fue esa última cena navideña del hospital. Hasta entonces no me había fijado en ella, pero le sorprendí un par de miradas lánguidas durante el postre y acabé por sonreírle. Me pareció muy mona y pregunté. Me dijeron que era la nueva neuróloga y que acababa de llegar de un hospital de Madrid.

Cuando empezó el jolgorio, se acercó a mi grupo y se me pegó como una lapa. Cumplía todos los requisitos que siempre busco: bellezón y estilosa. Vamos, mi tipo al cien por cien. La música del local era horrible, pero perfecta para que nos magreáramos de lo lindo y nos pusiéramos como motos, aunque tuviéramos que disimular un poco. Solo Cesc se dio cuenta y me miró con mala cara, no le gustan nada los líos así y menos intrahospitalarios. Por supuesto, no le hice ni caso y en cuanto Bruna me pidió que la llevase a casa, me largué con ella hacia mi coche. Ella me besó en cuanto cerré la puerta y yo ya no pude parar. No me gustó que dijese que mi música era un rollo y la cambiase por reguetón, pero el sexo es el sexo, ella un pibonazo y yo un imbécil de campeonato.

La voz de Manolo García en el altavoz de mi coche dice: «¿Qué es lo que hago aquí yo?». Asiento como si estuviera hablando conmigo. Qué frase más oportuna, Manolo: eso es lo mismo que pensé al entrar en el salón de la casa de la neuróloga, qué coño estaba haciendo allí. Tenía que haber dado media vuelta y largarme, pero no fui capaz. Como dice Nina, mi cerebro se queda sin oxígeno cuando la sangre me baja a los genitales. Y tiene razón, es verdad, aunque esa sea su manera de llamarme tonto de cojones.

Lo pasamos muy bien esa noche, no lo puedo negar, pero como siempre, la lie parda. No se lo dejé claro. Yo creía que Bruna habría

entendido perfectamente que solo era un rollo, pero no, ni lo comprende ni ha sabido dejarlo ahí y me busca continuamente por el hospital. Por todas partes. Ya ni se esfuerza en disimular. Me podría poner firme, pero uno no es de piedra, y menos con ese cuerpazo tan bien operado, que me lo enseña y ya se me enciende todo. Espero que Nina no se entere y que Bruna acabe por hartarse de mí y largarse antes que yo.

Hace un par de días, tuve la estúpida idea de comentarle lo de mi temblor en las manos y empezó a machacarme a preguntas.

—¿Se te olvidan las cosas, Oriol?

—Sí, quizá un poco más que antes.

—¿Duermes bien?

—No demasiado. Últimamente me despierto muy cansado y tengo muchas pesadillas.

—¿Notas vértigos?

—A veces. Cuando giro la cabeza de golpe.

—¿Dolores de cabeza?

—No más de lo normal. Como siempre: después de las guardias, si sopla tramontana...

Como no le gustaron las respuestas que le di, me propuso hacer una resonancia cerebral. Es lo suyo, claro. Acepté y justo me han tenido que dar la cita para hoy por la tarde, con lo poco que me apetece volver al hospital después de una noche en blanco, y encima en viernes. Pero los de Radiodiagnóstico me han hecho un gran favor dándome ese hueco y no se me ocurre ninguna excusa para escaquearme.

En realidad, casi prefiero que me la hagan ya y quedarme tranquilo del todo, porque desde que me interrogó Bruna, solo pienso en el puto temblor. Estoy tan asustado que no se lo he

contado a nadie más, ni siquiera a Nina o a Cesc. Espero no tener ninguna mierda en la cabeza.

De momento, voy a disfrutar del paseo de vuelta a casa desde el hospital y de esta música vieja que tanto odia esa neuróloga sexy. Canto la canción a voz en grito en el coche y con las ventanas abiertas. Este disco me lo sé de memoria. La letra, la música y hasta las respiraciones. Los conductores con los que me cruzo me miran alucinados, deben pensar que estoy mal del tarro, pero no, yo no estoy loco. La verdadera locura es la música de El Último de la Fila, que parece que la hayan escrito y compuesto toda para mí.

Son pura pasión.

Pura vida.

Me despierto sobresaltado al oír la alarma del móvil. Mierda, ya son casi las seis de la tarde.

No recuerdo ni haberme quitado la ropa, pero aquí estoy: espatarrado en mi cama, en bolas y empapado en sudor. Suspiro y echo el aire haciendo ruido. Estoy en la gloria, en el cielo, en el nirvana. Qué gustazo.

Miro hacia mis muslos y me río solo con verme. Menos mal que Abril está hoy en casa de su madre, porque si la pobre me pilla así, la dejo traumada para el resto de su vida. Me llevo la mano a la entrepierna y me la toco orgulloso: menuda erección tengo, está como una piedra. Sonrío satisfecho, si esto funciona así, todo el cuerpo tiene que estar bien. Está claro. No tengo nada que temer. Si tuviera algo malo en el coco, ni tendría este torreón en la mano ni me treparían estos escalofríos de placer por la columna.

Me la acaricio y cierro los ojos. Intento pensar en otra cosa, pero mi cabeza sigue dándole vueltas a lo de la resonancia. No sé por qué

me inquieta tanto si sé que va a salir todo bien. Bruna ha dicho que es pura rutina. Bruna y su cuerpo de revista porno. Me la froto un poco más fuerte pensando en eso, aprieto un poco más y se me escapa un gemido. Ya quisieran muchos tíos tener esta tranca a mi edad, empalmada y lista para el combate como la de un adolescente. Aprieto más la mano y gruño. Se nota la primavera. Mejor me levanto y me arreglo el calentón en la ducha.

Bajo el grifo, no tardo nada en eyacular y relajarme. No es que me cueste masturbarme, pero cuando estoy en el agua todo me sale mejor. Mañana me iré a una cala a pasar el día; creo que sin una orilla cerca, me moriría de pena y me secaría como una pasa.

Apoyo la cabeza en la pared de la ducha y tiemblo. Esta vez no es por nada malo, este temblor es de puro placer. Qué maravilla. La sensación que me ha quedado me recuerda el sueño que he tenido antes: sexo, oscuridad, alcohol, música, años ochenta. No recuerdo exactamente qué ha sido, pero iba de eso, de esa década, de esos años. Así me he despertado de salido: cada vez que escucho a El Último, me acuerdo de mi época de estudiante en la Autónoma y me pongo perraco. Entonces yo era joven y estaba muy loco, bueno, como todos en los ochenta. Uf, me acuerdo de esos días y se me levanta otra vez. Mi mano se va sola y hasta se me escapa un gritito.

Qué años más brutales los de Barcelona. Ojalá todos los forasteros que vienen a la isla fueran como Manolo o Quimi y no como ese palo tieso de la Hierbas. No me puedo creer que esa bruja zarrapastrosa haya nacido en la misma ciudad que ellos. La psicópata de la seudociencia.

En fin, se ha acabado mi rato de placer, ya es hora de vestirme y de volver al hospital.

Revuelvo el armario y me pongo unos vaqueros y una camiseta negra. No tengo intención de salir después a ningún sitio, salvo que

sea con Cesc, y para ir con él en moto no me voy a poner traje. Cuando me ajusto el reloj, me doy cuenta de que ya son las seis y media. Vaya mierda, si es que estoy en babia, o me espabilo, o no llego a la cita. Y para variar, ni me he acordado de comer. Me pongo las Nike a todo meter y cojo un batido de chocolate bajo en calorías para el camino. Así no tendré ni que cenar.

Ya en el coche, vuelvo a poner mi música mientras vuelo hacia el Insular. Manolo y Quimi suenan entre los zumbidos del motor de mi coche. ¿Qué más puedo pedir? Mi vida es perfecta. Subo el volumen, bajo las ventanas y canto a gritos. Lo mismo de cada día. Me vuelven a mirar como a un loco y yo me vuelvo a echar a reír. Abril siempre me dice que parezco un abuelete chiflado, pero ella también se sabe todas las canciones de El Último desde pequeña y le encantan.

Mi niña siempre ha tenido buen gusto.

Capítulo 3

ONA
Coge mi mano

Son las cinco en punto. Espero a que lo sean exactamente para abrir la puerta y dar paso a mi nueva paciente. Hace apenas unos minutos que la he oído llegar taconeando al departamento y saludar a Miquel. Al abrir, la veo sentada en uno de los sillones blancos de la sala de espera.

—Buenas tardes, pase, por favor.

—Buenas tardes, doctora Muscat.

No titubea, me hace un escaneo rápido y entra decidida en la consulta. Sonrío y le señalo la silla transparente que está frente a mi mesa. En mi despacho, todos los muebles son blancos o translúcidos. Me ayudan a crear el ambiente de calma que busco; es como si todo se llenara de aire fresco.

—Bienvenida. Siéntese allí si quiere.

—Gracias. Puede tutearme si lo desea, doctora. Debemos de tener la misma edad.

Se acomoda delante de mi escritorio y cruza las piernas. Al sentarme yo, echo un vistazo a la pantalla del ordenador para comprobarlo en su ficha.

—Tienes razón. Solo nos llevamos unos meses, aunque he de reconocer que pareces mucho más joven que yo, Isabel. Me llamo

Mariona —le tiendo la mano.

Deja su bolso de Prada sobre la mesa para darme la suya, con un enorme anillo dorado. No le he dicho lo de la edad por cortesía, realmente parece que tenga diez años menos. Me estrecha los dedos con fuerza y mira a su alrededor.

—Lo sé. Mariona Muscat Roig. Qué consulta tan bonita tienes. Y qué bien huele. Entre la música, la decoración zen y ese olor, parece que estoy entrando en un *spa* en vez de en una consulta médica.

—Gracias, es lo que pretendo, que estéis a gusto. Lo que hueles es aromaterapia. La he elegido especialmente para ti.

Le señalo el difusor de aceites esenciales que tengo en la estantería. Isabel lo mira y levanta las cejas, sorprendida. Las tiene tan bien delineadas que parece que se las hubiera pintado al óleo.

—¿Para mí? ¿En serio? ¿Y qué le has puesto?

—Varias cosas —le sonrío, me encanta que me pregunten eso—. Aceite esencial de *ylang-ylang* y de mandarina, sobre todo. Trabajan de forma conjunta, hacen lo que llamamos una sinergia. En este caso aportan calma y alegría a la vez.

Cierra los ojos y aspira profundamente.

—Sí, huelo la mandarina. Lo otro no lo conocía, pero me es familiar. ¿Cómo has dicho que se llama?

—*Ylang-ylang.* Se usa en muchos perfumes comerciales.

Vuelve a husmear el aire cerrando los ojos y asiente.

—Sí, es verdad. Me suena de algunos perfumes. ¿Y cómo sabes que necesito eso precisamente?

Esbozo una ligera sonrisa. Me siento como un detective de Agatha Christie a punto de revelar el nombre del asesino.

—Porque te has tomado muchas molestias para pedirme cita. Debes de estar bastante intranquila y no muy alegre.

Deja escapar un suspiro, descruza las piernas y vuelve a cruzarlas para el otro lado. Me mira y, antes de hablar, aprieta un momento los labios.

—He de reconocerte que es un olor muy agradable, me gusta. Y es cierto que tranquiliza. Le hace a una sentirse bien, como esa música ambiental.

Busca por todas partes de dónde sale el sonido, hasta que le señalo la lámpara del techo. Al ver los agujeritos del altavoz, vuelve a elevar las cejas, sorprendida. Como siempre, la dichosa creencia de que por ser integrativos nos oponemos a la tecnología. Somos tan científicos como el resto de especialidades y por supuesto que no negamos la ciencia: solo las gilipolleces, vengan de donde vengan.

—¿Va por Bluetooth?

—Sí. Tenemos una en cada consulta. Yo tengo varias listas de reproducción y también las elijo según el caso.

—Muy bonito. Inteligente y de buen gusto. Me has sorprendido.

Le sonrío. No parecemos mujeres de la misma especie, pero Isabel me está cayendo muy bien. Me recuerda mucho a Nina, pero sin palabrotas.

—Me encanta que te guste todo, Isabel. Pero, dime, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

Me quedo en silencio tras formular la pregunta y espero a que me responda. Nunca meto prisa y podría estar horas esperando una respuesta, pero casi nadie soporta un silencio mayor de diez segundos. La tentación de llenar ese hueco de palabras es demasiado fuerte para la mayoría de las personas. Isabel no es ninguna excepción y me contesta enseguida.

—No tengo ganas de tener relaciones sexuales con mi marido. —El cuerpo se le relaja como si le hubiese quitado un cinturón

apretado—. Ninguna. O me ayudas o al final se irá de casa.

Suspiro sin dejar de observarla. La pérdida de deseo es uno de los motivos más frecuentes de consulta en sexología y también en ginecología, pero es una terapia intensa que suele llevar mucho tiempo y muchas citas. Es apasionante pero agotadora. Por eso yo ahora derivo todos estos casos a Lluna, que además es especialista en terapia de pareja.

—Isabel, no sé si yo soy la más indicada aquí para valorar y tratar eso, quizá debería buscarte una cita con...

Me interrumpe rotunda.

—No. He pedido contigo específicamente. No quiero con nadie más.

—Pero...

—Ya sé lo que me vas a decir, y no. Si estoy aquí es porque he hablado con algunas personas que te conocen, he mirado tu currículum y he exigido que me trates tú. Sé que eres sexóloga. Me da igual que ahora solo seas naturista o lo que sea que haces.

—Hago medicina integrativa.

—Eso. Me da igual. Quiero que me trates tú: con integrativa, con agua del Carmen o con lo que quieras. Pagaré lo que haga falta, pero te quiero a ti y que me lo arregles ya.

Se me escapa una carcajada mientras me lo dice, pero al ver la cara que pone, me tapo la boca enseguida.

—Perdona. Es que me ha hecho gracia lo del agua del Carmen.

Hacía mucho tiempo que no oía hablar de ese remedio que usaban nuestras abuelas para todo, desde el dolor de regla a cuadros de nervios o diarrea.

—Te he de confesar que no sé ni lo que es.

—Pues es una especie de licor de melisa con azúcar y un montón de plantas medicinales que se usaba, y aún se usa, para todo.

—¿Y funcionaría?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero, la verdad, yo lo dejaría como última opción. Primero probaría con cosas que tengan menos graduación y más evidencia científica.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Depende.

Ahora me levanta solo una de sus cejas.

—¿Cómo que depende?

—¿Esto solo lo haces para que tu pareja no se vaya de casa?

—No entiendo a qué te refieres.

—A que si realmente quieres tener sexo con tu pareja o lo único que quieres es que esté contento y no proteste.

—Si yo estoy mejor sin sexo, ¿quieres decir?

—Exactamente eso. Imagina que tu pareja te dijera que no le importa que no tengas ganas y que le va bien vivir contigo como hasta ahora, pero sin nada de sexo. Y sin otras personas tampoco.

—¿Como si fuéramos solo amigos?

—Exacto. Si pasara eso, ¿vendrías también a verme?

Mira hacia el suelo y mueve la puntera de sus tacones, pensativa.

—Uf. Sí. Claro que sí. Querría solucionarlo. Con más ganas, incluso. Pero en ese caso habría venido también con él.

—Es que hoy podrías haber venido con él.

Me mira asustada y abriendo los ojos, como si le hubiera dicho algo terrorífico.

—Bueno, él sabe que he venido. Pero no le gustan estas cosas.

Le sonrío con sorna.

—¿Qué cosas?

Isabel traga saliva y mira de nuevo al difusor.

—Pues esto.

—¿No le gusta el sexo?

Resopla y mira al suelo. Ahora lo está pasando mal, tengo que ir más suave. No le gusta nada hablar del tema.

—Sí, sí. Claro que le gusta. Pero le molestaría que hables tan claro de todo eso. Es... Le resulta violento.

Me quedo callada un momento. A todo el mundo le gusta el sexo, pero nadie lo puede nombrar ni hablar de él. Y menos que lo expliquemos o que eduquemos en los colegios. Salvo en chistes o chascarrillos, la mayoría estúpidos y machistas, a todos les da cosa o les molesta que se hable de sexo, sobre todo del suyo. Luego bien se lo miran y comparten de todo en las redes. Y aunque tenga muchas explicaciones antropológicas y culturales, me pone mala tanta hipocresía. En fin, ella no tiene ninguna culpa de eso.

—Ya —le digo, al fin.

—Él es así, Mariona. Nuestra generación... Bueno, tú sabes.

Prefiero no ahondar más en el tema hoy. Ojalá solo fuera un problema de una generación.

—No hace falta que venga, pero si tú quieres en algún momento, coméntale que podría pasarse contigo. A lo mejor te sorprende.

Asiente y vuelve a cambiar las piernas de postura.

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Claro que sí, pero nos llevará un tiempo.

Se recoloca en la silla y aprieta la espalda contra el respaldo. Se ha quedado más tranquila.

—¿Mucho?

—No lo sé aún. Lo iremos viendo. Cuéntame primero cómo empezó todo.

Asiente, toma una bocanada de aire y se acaricia la barbilla antes de empezar a hablar.

—Eso es fácil. Empezó con los sofocos de la menopausia, hace casi un año, cuando me dejó la regla. Al principio, pensé que era por eso, porque no podía dormir y estaba siempre agotada. No tomé tratamiento porque me dio un poco de miedo lo de las hormonas y me dijeron que lo de los calores ya se pasaría. Y fue verdad. Pero ahora que ya no los tengo yo sigo igual. Con la misma pasión que una piedra pómez.

Le asiento despacio, atenta a sus gestos que me dicen más que sus palabras. Ha curvado las comisuras de los labios hacia abajo al hablar de la pasión. Está claro que pensar en ella le da mucha pena.

—¿Cuándo tuviste sexo por última vez?

—Hace una semana, pero por no decirle otra vez que no. Porque ganas no tenía ninguna.

Levanto las cejas, no es que sea inusual que se haga eso, pero en ella me sorprende.

—¿Tuviste sexo sin ganas?

—Sí —responde en voz baja y mira de nuevo el humo blanco del difusor.

—¿Pero se lo has dicho a tu pareja? ¿Sabe qué es lo que te pasa?

—Sí, claro. Bueno, más o menos. —Me mira buscando aprobación, pero yo no respondo—. Se lo insinué, harta de hacerme siempre la esquiva o la dormida para no decirle que no.

—¿Y cómo se lo tomó? —le pregunto sin dejar de mirarla a los ojos.

—Bien. Lo acepta, y parece que lo entiende, pero se debe de pensar que solo es cosa de un rato, porque lo vuelve a intentar al poco.

—Y hace una semana, cuando tuviste sexo, ¿te obligó?

—No, no, qué va.

—Le mentiste.

—No. Bueno sí, la verdad es que sí.

La tristeza le invade la cara y empiezan a llenársele los ojos de lágrimas. Pongo la mano sobre el dorso de la suya. Está helada.

—No querías más conflictos, ¿verdad? —le pregunto.

Se le escapa una lágrima y me suelta la mano para recogerla.

—No, no soporto que discutamos tanto por eso.

Vuelvo a colocar la mano sobre la suya.

—¿Cómo te sentiste?

—Nada bien. —Suspira—. Pero físicamente. A nivel de sentimientos bien. Él se preocupa por mí y es muy dulce en todo. Pero es que es como si todo se me hubiera hecho pequeño. Me dolía mucho la penetración al principio.

—¿Después no?

—No tanto, la verdad es que luego fue bastante mejor, y hasta me gustó un poco y pensé: mira, ni tan mal. Pero al día siguiente estuve fatal y las molestias abajo me han durado toda la semana. No me han quedado ganas de ceder otra vez. Por eso, decidí venir.

Asiento mirándola. La pérdida de estrógenos en la menopausia le debe de haber afectado mucho en la zona genital, y por eso nota esa sensación de pequeñez, por la sequedad y la rigidez. Ahí se ha debido de originar la mayor parte del problema.

—¿Y hace unos años? ¿Antes de los sofocos? ¿Cómo era el sexo?

—Fantástico. —Cierra los ojos y sonríe—. El sexo siempre ha sido algo muy importante para nosotros. Por eso ahora me siento tan mal y tengo miedo de perderle. Es como si yo me hubiera hecho mayor de repente.

—¿Cómo es de importante la penetración en vuestra sexualidad?

Traga saliva y mira fijamente los cajones de mi estantería. La puntera de su zapato se mueve arriba y abajo sin cesar.

—Ya sé por dónde vas. No creas que solo hacemos eso. Somos bastante creativos. Pero a mí me gustaba mucho la penetración, y ahora es que parece que me vaya a romper en pedazos cuando entra en mí. Es como un puñal. Es horrible que duela tanto y que encima no tenga ganas. Me hace sentir muy vieja. Es que me miro al espejo y veo a mi abuela, quejándose de lo cansino que era su marido con el sexo. No me imaginaba que yo también pudiera llegar a eso. No quiero. No quiero ser así.

Sigo callada mirándola. Se lamenta mucho más que al llegar, pero su cara está más relajada y ha descruzado las piernas. Necesitaba soltar toda esa angustia.

—¿Tiene solución, Mariona?

—Si quieres, sí —le respondo.

—Claro que quiero. Para eso estoy aquí.

—Lo sé.

—¿Vienen muchas mujeres con este problema con sus maridos?

Sacudo la cabeza y suspiro. Creo que sin querer le he puesto los ojos en blanco.

—Mujeres con maridos, mujeres con mujeres y mujeres sin pareja. No es un problema solo de parejas ni de parejas heterosexuales.

Ahora Isabel se ha aguantado la risa. Imagino que Nina ya le ha advertido de lo radical que soy para este tipo de cosas.

—Ya, claro. Perdona, tienes razón, solo he visto lo mío. Pero me alegra que me digas que les pasa a todos los tipos de pareja, ¿es muy frecuente, entonces?

—Sí.

—¿Y se arregla?

—Sí.

—¿A todo el mundo?

—No.

—¿Qué tengo que hacer?

—Trabajarlo. Ya te he dicho que puede ser largo. No existen píldoras mágicas ni varitas.

Se me queda mirando un instante y luego se fija en el humo que sale del difusor. Los ojos le brillan otra vez de risa retenida. Estoy segura de que está pensando que yo tengo pinta de poder sacar una varita de algún lado, pero desde luego, no va a decírmelo.

—Haré lo que haga falta —me declara contundentemente.

Abro el cajón de la mesa y saco un folio en blanco.

—Lo primero es decirte que ser vieja, si estás bien, no es nada malo. Tú no pareces haber envejecido nada mal. Además, el sexo en las mujeres puede ser mejor a los sesenta que a los veinte.

Arquea las cejas y ladea la cabeza con interés.

—Ya, sí, lo había leído. Pero, bueno, tú me has entendido. Sabes a lo que me refiero.

—Sí, pero no sé si tu cerebro inconsciente lo ha pillado. No le mientas ni le digas cosas que no quieres, porque se lo cree y acabarán cumpliéndose. Hay neuronas que van por libre.

—Ya. —Se rasca la barbilla, pensativa—. También lo he leído. Lo de los pensamientos negativos y eso. Que nos los creemos al final.

Asiento. Me encanta que lea tanto y sepa de qué le hablo. Será fácil.

—Sí. Exacto. Y deberías tratarte mejor.

—Tienes razón. Lo sé, lo sé. Vigilaré más lo que me digo.

Nos volvemos a quedar calladas. Mi propósito era que se dijera cosas positivas en silencio, pero parece que ella estaba pensando en otra cosa.

—¿De verdad, Mariona? ¿Mejor sexo que a los veinte?

Asiento. A todo el mundo le sorprende.

—En algunas cosas sí. La edad y la experiencia son un plus que se valora poco. Ya lo irás viendo.

—Perfecto. Espero poder darte la razón.

—Me la darás, pero iremos paso a paso. Cuando trabajaba en esto, tenía varias plantillas hechas para entregar a la gente, ahora te lo voy a tener que escribir a mano.

Se inclina sobre la mesa a mirar lo que escribo.

—No hay problema, hazlo a la vieja usanza.

—Intentaré hacer buena letra —le sonrío.

—Entiendo las letras de médico, no te preocupes. He trabajado mucho tiempo en Salud Pública. Ahora estoy en el Govern.

—Ah, ¿sí?

Suelta una carcajada. Ahora es ella la que me sorprende.

—Ya me dijo Nina que seguro que ni me conocías ni lo sabías. Que pasas mucho de estos temas.

—Vaya, lo siento. No presto mucha atención a esas cosas. Ni siquiera leo el periódico.

No lo digo por cumplir y justificar mi despiste. No leo la prensa ni miro las noticias ni las redes sociales, eso hace más daño al cuerpo que los procesados. Tengo redes, claro, y las miro alguna vez, pero lo justo. Si pasa algo importante, ya se encargan Nina o Miquel de contármelo.

—No, no. Si me parece perfecto. Para mí es un plus: no cambies nunca.

—Muchas gracias. No podría, aunque quisiera.

Empiezo a escribir un esquema de manejo inicial en el papel.

—Mira, Isabel, el deseo depende de muchos factores, sobre todo, el que tienen las parejas que llevan mucho tiempo juntas como vosotros. No hay solo una causa. Para empezar, me voy a centrar en la más probable, a la que tú has dado más importancia: esa

sensación de cierre, esas molestias, ese dolor en la penetración. Probablemente, es debido a la disminución de hormonas tras la menopausia, ya que coincide en el tiempo, pero también a la falta de sexo y orgasmos.

Isabel deja de mirar mis garabatos y me pregunta.

—¿Cómo voy a tener sexo y orgasmos si no tengo deseo?

—Buena pregunta. Una de las cosas por las que también tienes menos deseo es porque el sexo te produce dolor.

—¿Qué tiene que ver?

—Pues que si algo es negativo y doloroso, una no quiere repetir ese algo. Y en el caso del sexo, si se ha producido dolor antes y te fuerzas a ello, tu vagina puede contraerse como mecanismo de defensa y hacer que te duela aún más.

—Por eso parece que se ha cerrado y que cada vez es peor.

—Exactamente. Es un tipo de vaginismo, un problema que ocasiona el cierre involuntario de la vagina.

—Sí, tal cual. Cerrada a cal y canto. ¿Y eso cómo se soluciona?

—Pues primero, eliminando el dolor, y después, volviendo a sentir placer. Y luego, ya iremos viendo.

—Si no me duele y mi cerebro ve que es bueno, volverá a querer más.

—Exacto. Lo has pillado. Por eso te propongo primero mejorar la zona, después, entrenar el placer a solas y, luego, todo irá encajando. Tenemos muchas herramientas para tratarlo, muchísimas. Pero hay que ir paso a paso, poco a poco. Para empezar, quiero que te pongas esto cada día. —Le escribo el nombre de un par de productos.

—¿Por la noche?

—Cuando prefieras. ¿Tienes algún juguete?

Se me queda mirando con los ojos abiertos y no responde. Ya no me hace falta que lo haga. Sigo escribiendo en la hoja.

—Tanto si los tienes como si no, empieza a investigar más sobre ellos. Son maravillosos en terapia y en la vida en general. Te apunto también un par de tiendas *online*; curiosea, y la semana que viene hablamos. No te pido que los compres, solo que investigues. En esta página, además, tienes un blog de relatos y de audios muy interesante. Te recomiendo leer alguno.

—¿Es literatura erótica?

—Sí. ¿Te gusta leer erótica?

—Hace mucho que no lo hago.

—Pues rescata también lecturas que te hayan gustado. ¿Has leído algo de mi prima?

—¿Tu prima?

—Sí, Martina.

—¿Martina? ¿Muscat? ¡Coño! ¿Martina Muscat es tu prima?

Me río.

—Prácticamente hermanas, solo nos separa una letra.

—Es verdad. Martina y Mariona. ¿Cómo es que no lo sabía?

Me vuelvo a reír de su cara de sorpresa.

—Me encanta que no lo sepas todo.

—Ya, pero no sé. Es que es raro. Que ni lo imaginara. Bueno, claro es que, tú eres tan... Y ella es...

Isabel sacude la cabeza y empieza a gesticular sin parar.

—Quiero decir que ella... Y tú...

Le sonrío y me aguanto la risa. Está pensando en que tiene claro quién es la que gana en la comparación, se agobia porque no sabe cómo decirlo sin ofenderme.

—Mi prima es mucho más glamurosa que yo.

—A ver, sin desmerecerte, pero vaya, Martina es una diva.

—Por supuesto. Y un encanto. Yo la adoro, la admiro muchísimo.

Me sonríe y vuelve a poner las manos sobre los muslos. Ya se ha tranquilizado al darse cuenta de que ensalzando a Martina no me ofendería ni queriendo. La quiero con locura, aunque no nos veamos mucho. Ella sí que ha sido mi hermana y no el gilipollas que me tocó.

—No es porque sea de mi familia, pero escribe de vicio.

—Sí, eso dicen todas mis amigas.

—¿Tú no has leído nada de ella?

—No. Soy de novelas menos... Más... Más clásicas.

Me vuelvo a reír. Martina siempre se burla de los prejuicios del mundo «culto» a la novela romántica, sobre todo si es erótica. Apunto el nombre de mi prima en el papel de mis recomendaciones terapéuticas.

—Usaremos los libros de Martina para la terapia. El último que ha publicado es la caña.

—Perfecto. Compraré ese y te cuento.

—Estupendo.

Le doblo el papel para meterlo en un sobre que le tiendo. Ella lo guarda en su bolso.

—Miquel te apuntará para la semana que viene. Solo quiero que hagas estas tres cosas: hidratarte, investigar y leer. Ya añadiremos más tratamientos y cambios el próximo día. Ah, y nada de penetración vaginal de momento. Puedes jugar si te apetece a todo lo demás, pero penetración no.

Se ríe y me guiña un ojo.

—No creo que nadie note la diferencia porque me lo prohíbas.

—Tú sí que la notarás. Porque ahora soy yo la que digo que no, y no tú. Y, además, puedes decirle a tu pareja que es terapia. Y cuando vuelvas, me cuentas cómo ha ido y hablamos.

—¿Y ya está?

—Solo es el principio. Y recuerda lo que te ha dicho Nina, no me importa quién seas o que mi sueldo dependa de ti: pienso preguntarte sobre todo lo que has investigado y si has hecho lo que te he recomendado. Aquí dentro mando yo.

—Me encantan las mujeres mandonas.

—A mí también.

Qué larga se me está haciendo la tarde. La visita de Isabel ha sido muy entretenida y nos hemos despedido entre carcajadas, pero revisar todas las historias del estudio es tremendamente aburrido. La mayoría están introducidas por mis compañeros del servicio, pero ya les he pillado tres fallos. Esto no se acaba nunca. Ahora estoy mirando sin ver la pantalla del ordenador, debería levantarme y descansar un momento. Le estoy dando vueltas sin parar a mi anillo de casada. He debido de perder algo de peso con el ajetreo del acuerdo de Naturbody, porque estos días me baila un poco más de lo normal, y por debajo se nota el cambio de color de la piel. Aunque soy muy morena, a ese trozo no le toca el sol desde hace años.

El anillo de Xavier no pudieron encontrarlo.

Me sobresalto cuando Miquel abre la puerta de la consulta y enciende la luz.

—Te vas a quedar ciega.

Le miro y me echo a reír. Se apoya sobre el quicio de la puerta como si fuera un modelo de pasarela. Ya se ha quitado la bata y esos vaqueros con la camisa negra ajustada le quedan imponentes.

—¡Pero qué guapo estás, Miquel! ¿Te vas de fiesta?

—Por supuesto. Es San Viernes. No puedo negarle al mundo el disfrute de ver este *cuerpasso* bailando en el Up.

Y mientras dice *cuerpasso*, se toca lascivo, bajando su mano desde el abdomen a la entrepierna. Me parto de risa, pero no puedo dejar de mirarle, está de un guapo que da vértigo.

—Verte va a ser todo un espectáculo. Estás para comerte.

Sonríe porque sabe que nunca miento. Se me acerca y se sienta en la esquina de mi mesa de trabajo.

—¿Por qué no te animas a verlo tú misma? Pep viene a buscarme ahora, nos tomamos unas tapas en el Mátame y, luego, nos vamos de marcha. A ti te gusta el Mátame, solo comes allí cuando sales.

—Sí. Cocinan muy bien. Es comida de verdad y de aquí. Pero no, gracias, en serio. Disfruta de tu marido, que siempre lo tienes de viaje. Yo ya tengo planes.

—¿Y cuáles son tus apasionantes planes? ¿Leer sobre tus rocas?

—Pues para mí es un planazo.

—No es verdad, sé cuál es tu secreto más inconfesable: los fines de semana te bebes todos los botes de flores de Bach. Así te emborrachas y te curas la resaca de una tirada.

Le pego un manotazo en el costado. Se queja del golpe, chillando exagerado.

—Miquelet, no te burles de mis cosas o te quedas sin trabajo.

—No durarías viva dos días sin mí.

Sacudo la cabeza, pero tiene razón: mi vida es mucho más fácil desde que él está a mi lado. Ya no sabría vivir sin él.

—Anda, ¿por qué no te animas a venir? Socializa un poquillo, Hierbas.

Me acuerdo de la sesión de esta mañana y me cabreo al instante.

—¡No me llames así!

Me acaricia la mejilla, burlón.

—No te enfades, jefa, que te llama así todo el hospital. Y a mí me gusta mucho porque te queda muy bien. Eres Hierbas, mi

maravillosa Hierbas, la doctora Hierbas. Si suena precioso.

Le doy un bufido. Yo solo oigo el desprecio y la burla del imbécil ese. No sé qué le ve Miquel de bonito a ese nombre, si solo me lo dicen para insultarme.

—Preciosísimo. Tú lo dices de forma cariñosa, Miquel, pero ellos no. Si hubieras oído cómo lo pronunciaba el idiota del García esta mañana, ha sido muy desagradable.

—Pasa de él y de esas perras. Si nunca te han importado los demás. Socializa, pero solo con la élite: con Pep y conmigo. Sobre todo, conmigo.

No puedo evitar reírme, pero le insisto y, aunque me lo paso muy bien con los dos, me niego a salir con ellos, solo sueño con acabar el puñetero Excel para irme a mi casa cuanto antes. Olvidarme de Naturbody, de la gestión, del Excel y del cirujano gilipollas.

—De verdad que no, gracias, Miquel. Llevo socializando toda la semana. He tenido más reuniones que una ministra, y lo sabes. Estoy harta de la gente ya, hartísima. Este fin de semana quiero ser asocial, pero a nivel sociópata.

—Vale, vale, Psychokiller. Pero vete a casa, no me duermas aquí como aquel día del mes pasado, ¿eh? Que ya son las siete y llevas doce horas sin salir del hospital.

Miro el reloj. Tiene toda la razón, no he salido de aquí desde esta mañana. Menos mal que mañana me repondré con una buena dosis de sol y mar.

—Tranquilo. Me voy en nada, que ya estoy cansada. Acabo de meter los últimos datos y me largo. De verdad. Solo un rato.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Acabo y me voy.

Se señala los ojos con dos dedos y me apunta después con ellos a mí, fingiendo amenazarme.

—Que no me entere.

—Que te lo he prometido, pesado.

—¡Cúmplelo! Y buen finde, guapi. Y ahora ponte tu música vieja a tope, que ya puedes, no queda nadie en esta planta. Hasta los seguratas se han ido, tienen miedo de que les hagas un conjuro de los tuyos y los conviertas en sapos.

Le tiro un boli a la cara y lo esquiva riéndose.

—Todos te tienen miedo, Hierbitas, pero yo soy el único que sabe que en realidad eres una bruja buena, y además la mejor.

Se inclina para darme un beso en la mejilla y me reconquista. Sí, podría ser mi hijo, pero me trata como si fuera mi madre. Le adoro. Como no se vaya ya, acabará convenciéndome.

—Buen finde, Miquel. Arrasa.

—No lo dudes.

Me quedo mirando cómo se contonea al salir. Le encanta hacer el payaso, pero tiene razón: se lo van a rifar en el Up. Hoy está impresionante. En cuanto sale por la puerta, le hago caso y conecto mi música al altavoz. Quito a Enya y pongo El Último, pero no demasiado alto, que luego me pongo a cantar y aquí no mete datos ni el Tato.

Cuando acabo de repasar la última tabla de Excel, miro el reloj del ordenador y me doy cuenta de que ya son las nueve de la noche. Suena «Dulces sueños». Qué apropiado. Madre mía, es que no tengo remedio, siempre me dan las tantas. Y se lo había prometido a Miquel. Me va a decir de todo cuando se entere. Al menos, ya he acabado de revisar todas las tablas y puedo relajarme hasta el lunes. Bienvenidos, mar, sol y libros: voy a disfrutaros dos días enteros y

sin parar. Sin pantallas, sin teléfonos, sin ruido y sin reptiles prehistóricos.

Miro a mi alrededor antes de salir. Cierro bien todos los cajones, coloco los libros que están torcidos y alineo las sillas con el borde de las baldosas. Recojo mi piedra y la meto en la mochila. Esta piedra con forma de corazón me acompaña desde hace años. Debería devolverla a la playa a la que se la robé, pero me da pena. Le he cogido cariño. Entorno los ojos y miro a mi alrededor para comprobar que todo esté simétrico, ordenado y limpio. Quito una mota del borde de una de las estanterías. Asiento y cierro la puerta de mi despacho tras apagar la luz. Paso por delante del caos que es la mesa de Miquel, no sé cómo puede ser tan eficaz y tan desastre a la vez. Apago todas las luces que quedan dentro y salgo a la sala de espera.

Me sorprende encontrarla tan a oscuras, pero claro, es tarde y viernes, supongo que los guardias de seguridad han debido de apagarlo todo ya. Doy al botón de encendido del móvil para que su luz me ayude a encontrar los interruptores; si no veo, no podré poner la alarma del departamento.

Mientras el móvil se ilumina, me da un vuelco el corazón: huele al perfume que usaba Xavier. Joder, es que hasta tengo la sensación de tenerle a mi lado. Mi cerebro me debe de estar jugando una mala pasada, pero el corazón se me ha puesto a mil de repente. Creo que he escuchado demasiada música de los ochenta y estoy agotada. Resoplo mientras palpo la pared, buscando el relieve del conmutador, pero no encuentro nada.

Doy un respingo al oír una voz ronca junto a mí.

—Hola, Mariona.

Es su voz. Dios, se me va a salir el corazón. Debe de ser una alucinación. Me llevo la mano al pecho como si quisiera sujetarlo.

Los latidos me martillean la cabeza y el olor de su perfume es cada vez más fuerte. Creo que hasta le oigo palpitar. Se me está yendo la olla. Alcanzo al fin el interruptor y enciendo la luz de la sala, deseando encontrarla vacía. Tengo el pecho de Oriol pegado a la cara y grito. Él se aparta.

—Perdona, no quería asustarte.

Le miro extrañada. ¿Me ha pedido perdón? ¿Y esa voz de pena? Se me queda mirando con los ojos más tristes del mundo. Es como si a ellos también se les hubiera apagado la luz. Se está retorciendo las manos y mira a todas partes como si le estuvieran persiguiendo. No entiendo nada. ¿Qué le pasa? ¿Qué coño hace aquí?

—No sabía a dónde ir. No... No sabía qué hacer —repite continuamente, como si estuviera en trance.

Está asustado, aterrado. Su lenguaje facial es claro, sincero. Le tiembla la voz tanto como el cuerpo. No parece él.

—Oriol, ¿qué te ha pasado? —De forma instintiva, cojo su mano helada y la pongo entre las mías.

—No sabía a quién llamar. Perdón. Vi tu luz. Oí la música. Era la canción. No tenía ningún sitio a dónde ir. Ninguno al... Perdona.

Balbucea y sus ojos se llenan de lágrimas. Le agarro ambas manos y le sacudo con fuerza, pretendiendo que reaccione.

—¡Oriol! ¡Mírame! ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Les ha pasado algo a Abril o a Nina?

Me mira como si me atravesara las pupilas y la cabeza y pudiera ver mil kilómetros más allá. Está claramente en pánico, en un *shock*, y no sé por qué.

—¡Oriol! Por favor, reacciona, ¿qué pasa?

Me acerco más a él. No sé cómo hacerle responder. De repente, pestañea y me dice:

—Me... Me muero. Me acaban de decir que me estoy muriendo.

Capítulo 4

ORIOL
Aguas tranquilas

—Mira aquí, Oriol, esto podría ser un signo de la cruz.

Estamos sentados los dos en el sofá de cuero negro del despacho de Neurología. Ella sostiene su *tablet* frente a mí. Me fijo de nuevo en la pantalla. Soy yo, lo sé, pero no me reconozco en la imagen ni en todas las escalas de grises que rellenan la silueta de mi cabeza. Me parece todo muy absurdo. Tampoco reconozco a Bruna, que parlotea sin cesar, hablando de los signos y las densidades de mi resonancia cerebral. No entiendo nada de lo que dice ni de esa mierda de signo. Y creo que tampoco quiero hacerlo.

—¿Lo ves, Oriol?

Niego con la cabeza. Esta tía no acepta un no por respuesta. Nunca. Le he dicho que no viniera y aquí estaba, esperándome a la entrada de Radiología. Luego le he pedido que se fuera y no me ha hecho caso. Se ha plantado en la puerta de Radiodiagnóstico hasta que he salido del tubo y ha esperado a que me vistiera sin decirme ni pío. Mientras me llevaba con cara de funeral al despacho de su jefe, yo tenía la esperanza de que lo hiciera para hablar de lo nuestro. Pero no, se ha sentado y se ha puesto a comentar las putas imágenes de mi cerebro.

—Está claro, es una atrofia multisistémica.

La barriga se me vuelve a encoger. Me sujeto las rodillas para que no me tiemblen más las manos.

—No puede ser.

Me sale un hilo de voz. Intento toser y tragar un poco de saliva, pero la boca se me ha quedado como de arena.

—Me temo que sí. Lo siento mucho, Oriol.

¿Lo siente? ¿Qué coño va a sentir? ¿Es que siente haberme sentenciado a muerte?

—No, no puedes estar tan segura solo con la resonancia. No es seguro, ¿verdad?

Sigue sin parecer mi voz. Suena débil, suplicante y extraña. Irreal. Eso es. Es irreal. Debe de ser un sueño, una mierda de pesadilla.

—Aún debemos hacer alguna prueba más, pero tus síntomas y las imágenes son muy claras: parece una degeneración bastante avanzada.

Me fijo en sus labios, no sé por qué hace un rato me parecían tan sensuales, si son como dos hojas de guillotina salpicadas de sangre seca.

—¿Avanzada?

—Sí. Una demencia bastante agresiva. Atrofia multisistémica. Sabes lo que es, ¿verdad?

Me están entrando unas horribles ganas de vomitar.

—Sí, hablaste de ello en la sesión del mes pasado. Es esa mierda de enfermedad degenerativa.

Recuerdo las imágenes de los pacientes que pusieron de ejemplo y un calambre frío me vuelve a cruzar el cuerpo, de la coronilla hasta los pies. Noto un retortijón y vuelvo a intentar tragar saliva. No me queda ni una gota.

—Sí. En el servicio estamos haciendo un estudio con un tratamiento experimental para este tipo de demencias. Será parte de

mi tesis.

—Ya. Tu tesis.

Y me sigue hablando de las maravillas de los nuevos fármacos y de cómo los introducen en el cerebro. Se sacude la melena oscura y no deja de mover las manos como si estuviera dando una conferencia. No me mira a los ojos, solo se escucha. ¿Yo también explico así de mal las cosas a los pacientes? ¿Soy tan inhumano? Mi cabeza se ha convertido en una lavadora centrifugando imágenes y frases. Me froto la frente y los ojos mientras sigue hablando. Y no deja de soltar palabras, con esa monotonía despiadada de los nuevos médicos. Si es que es una cría.

—Podemos incluirte en el ensayo, Oriol. El lunes hablo con Pedro y empezamos cuanto antes.

Resoplo. Me rasco la barbilla con fuerza para sentir algo diferente al miedo. Me tengo que centrar, pero los latidos me van a partir el pecho. Igual estoy sacando las cosas de quicio. Centrémonos. Bruna está diciendo que puedo seguir un tratamiento. Que se lo va a decir a Pedro. Que pueden curarme.

—Explícame el tratamiento. ¿Me vais a meter ese suero en la cabeza? ¿Con células madre y todo lo demás?

—Algo parecido. Se hace una pequeña cirugía en el cráneo para colocarte un reservorio y, a través de ahí, lo iremos inyectando. La cirugía es muy fácil, tiene poco riesgo.

—Ya. Ya sé cómo va. Hemos puesto algunos para Onco, pero ¿qué garantías me da ese suero? ¿Qué porcentaje de éxito tiene?

—Bueno, muy buenas, esta semana hemos hecho los cálculos con inteligencia artificial y en muchos pacientes se podría retrasar hasta un año la aparición de síntomas graves.

—¿Un año?

—Sí, hasta un año.

—Eso es un poco mierda, ¿no?

Me mira enfadada. Cuando pone esos ojos de loca, esta mujer me da un poco de miedo.

—No, Oriol, no digas eso. Es un tratamiento muy esperanzador. Y si no hacemos nada, podrías empezar a empeorar en semanas.

—¿En semanas?

—Sí.

—Semanas... ¿Me estás diciendo que me puedo morir en semanas?

Asiente. Me está condenando a muerte con un par de movimientos de cabeza.

—Sin tratamiento sí, pero con la terapia intratecal, podríamos retrasarlo un año.

La miro de nuevo. ¿Qué debe de tener Bruna? ¿Treinta y cinco años? Supongo que, desde su perspectiva, un año es mucho tiempo.

—O sea, que con el tratamiento me puedes dar, en el mejor de los casos, doce meses de vida.

—Podría ser algo más, incluso. Aún no tenemos una evidencia clara.

Se me escapa una carcajada, recordando mi discusión de esta mañana sobre los estudios sin evidencia. Bruna me mira un poco asustada, debe de pensar que me he vuelto loco. Me justifico porque realmente he sonado bastante histérico.

—Vamos, que me vas a poner un tratamiento sin evidencia, como los que le discuto a la Hierbas.

Me protesta ofendida.

—No es lo mismo, Oriol. Lo mío es de verdad, no es medicina alternativa.

—Integrativa.

—Me da igual una que otra. Es lo mismo. Lo que hacemos nosotros es medicina seria, no folclórica. Estamos haciendo un ensayo clínico, y eso es lo que nos dará la mejor evidencia científica.

—Vaya, que la evidencia os la voy a dar yo. Y mi cráneo trepanado. Como el de una de esas cobayitas que tenéis, ¿no?

Bruna aprieta los labios y no me contesta. Da un golpecito a la pantalla, cierra la imagen de mi cabeza y abre un Excel.

—Te apunto para el lunes y empezamos. Oriol García Vinent, ¿no?

—No.

Sueno muy rotundo, pero tengo la barriga llena de dudas. Tanto que creo que voy a cagarme encima.

—¿No? ¿No era Vinent?

—Sí, sí es Vinent, pero no quiero que me apuntes. No quiero hacer el ensayo. No quiero hacer nada.

—Pero, Oriol, a ver, no te precipites, es una oportunidad brutal. Piensa que cada vial de suero vale un pastón.

Pues vaya justificación me da esta niña. Debería molarme porque es caro. Le vuelvo a negar con la cabeza. Estoy muy acojonado, pero lo tengo clarísimo.

—No, paso. Ni hablar. Busca la evidencia en otros pacientes. Te escuché en la sesión, aunque no te lo creas. Y también hablaste de los efectos adversos.

—Sí, pero no siempre son graves.

—Pues a mí sí que me lo parecieron.

—Solo son graves en algunos casos.

—Me da igual, eran una mierda. No quiero hacerlo. Está decidido.

—Oriol, merece la pena. Ganarías un año.

Vuelvo a negar con la cabeza. Ya no sé en qué idioma decírselo.

—Que no, Bruna. Si me quedan semanas de vida, prefiero aprovecharlas viviendo, no pasarlas tirado hecho papilla en una puta

cama de hospital. Ya he pasado demasiado tiempo aquí encerrado. Media vida o más.

Pone la *tablet* sobre la mesa y se me acerca un poco más.

—Escucha, cariño, creo que estás en *shock*. Es normal. Piénsalo con tranquilidad. Yo te apunto igualmente para el lunes. Lo piensas el fin de semana con calma.

Me aparto un poco de ella. Me está agobiando. Qué coño dice de cariño. Yo no soy su cariño ni el de nadie. Yo solo quiero salir de aquí.

—Gracias, pero no, de verdad. No.

Alarga la mano y me acaricia el pelo. ¿Ahora le doy pena? Me quedo inmóvil. Veo mi cuerpo desde el aire, como si me hubiera desdoblado. Me he quedado como paralizado, y ella me está tocando. Cuando se inclina para besarme, regreso a mis carnes para apartarme bruscamente de su boca y me levanto de un salto.

—No necesito tu compasión, Bruna. Estoy bien.

—No es compasión, Oriol. Te quiero y puedo cuidarte, a mí no me importa que estés enfermo. Te curaremos.

La miro de arriba abajo. Que me quiere, dice. Que me curará. Es que es una cría. No entiende nada. ¿Pero por qué me meteré siempre en estos líos? ¿Por qué no haré caso a Nina? Suspiro, pero me duele hasta el aire que entra. Bueno, está claro que ya no lo haré más. Ahora sí que se me acabó el mamoneo hospitalario. Y el extrahospitalario. Se me va a acabar todo. Intento ponerle voz amable.

—Bruna, olvídate de mí. Búscate un tipo sano y de tu edad.

—Pero, Oriol...

Me giro antes de abrir la puerta y vuelvo a mirarla. Todo me parece irreal, hasta ella. Me estoy cabreando mucho y prefiero largarme antes de soltar cualquier burrada.

—Y otra cosa más, Bruna, ni se te ocurra decírselo a nadie.

—Pero se lo he de decir a Pedro —balbucea.

Respiro hondo mirando al suelo. No quiero que lo sepa nadie. Es que ni sé cómo se lo voy a decir a Nina. Tengo que pensar. Tengo que centrarme.

—No. Te lo prohíbo. Ni a Pedro ni mucho menos a Nina. A nadie. Ya me lo gestionaré yo cuando me parezca.

—Pero...

No lo entiende. Pues bien clarito que se lo he dejado. Me estoy cabreando mucho. Vuelvo a respirar hondo para no ponerme a gritar. Como se entere Nina por otra persona, me da algo.

—No te doy permiso, Bruna. Si se lo dices a alguien, pido que te abran un expediente disciplinario y te denuncio, aunque sea lo último que haga en la vida. Acuérdate de las dichosas clases de protección de datos: esto es confidencial y yo no soy tu paciente. No deberías ni haber abierto mi historia. Y menos interpretar mi resonancia.

—Oye, Oriol, no te pases.

—Pues ya sabes, si no quieres ir a la cárcel, ni una palabra. A nadie.

—¿A dónde vas? Te acompaño.

—No.

—Recojo mis cosas y nos vamos a tomar algo.

La miro frunciendo el ceño. Pero ¿qué coño quiere celebrar la tipa esta ahora?

—Que no, Bruna. Que quiero estar solo. Déjame en paz.

Necesitaba huir de la consulta. Y de ella. Ojalá pudiera huir de lo que me ha dicho. Respiro una bocanada de aire al salir a la calle. Me

estaba ahogando en ese maldito cuarto. Miro el reloj, ya son las ocho. He estado una hora metido en ese jodido tubo claustrofóbico para que luego me digan esta mierda. Y, joder, qué mierda más grande me han dicho. Me cuesta creérmelo. Vaya puta suerte tengo.

Debería hablar con Cesc. Y con Nina. Desbloqueo el móvil y empiezo a escribir un mensaje, pero lo borro inmediatamente. He de calmarme un poco primero. He de decidir qué hacer. He de organizarlo todo. He de asimilarlo. He de pensar.

Respiro hondo y miro el hospital. El magnífico Hospital Insular. Toda la puta vida metido aquí, recorriendo las doce plantas de este mastodonte de hormigón y ladrillo. Cuando empecé a trabajar, solo existía el edificio central y era todo privado, pero después construyeron los dos edificios laterales de las consultas y metieron la fundación y todos esos servicios nuevos. He pasado más tiempo en el hospital que en mi casa, pero no quiero morir aquí dentro. En cualquier sitio menos aquí. Quizá debería irme lejos a aprovechar mis últimas semanas. A Miami. O al sur. Vaya chorrada. No me voy a ir de aquí ni de coña. Me río de la pena que me doy. Soy tan palurdo que las únicas playas que me gustan son las de mi isla, y tengo claro que donde quiero morir es en mi tierra. Pero no aquí. Me encantaría morirme en la playa. O en el mar. Podría tirarme al mar. Haré eso, al mar. Cuando no pueda más, iré a un acantilado a tirarme. Aunque en realidad, cuando empiece todo, estaré tan mal que no podré ni arrastrarme al agua. Vaya puta mierda. Me estoy poniendo otra vez nervioso. Voy a ir a mi rincón. El sol está ocultándose y desde allí se ve de coña el ocaso sobre el mar. Me sentaré a ver cómo se oscurece todo. Mi banco es el mejor lugar para pensar.

El móvil vibra, está en silencio desde que entré en Rayos. Lo saco de mi bolsillo y miro la pantalla. Es Bruna, cómo no.

¿Estás mejor? ¿Seguro que no quieres que vayamos a tomar algo?

Ignoro el mensaje sin contemplaciones. Para lo que me queda por vivir, mejor me quito todos los filtros. Solo voy a hacer lo que realmente quiera.

Si lo prefieres, vamos a casa.

A la mierda. Pongo modo avión. A la mierda Bruna y a la mierda todos. Voy a ver el mar, eso es lo que quiero. Y a lo mejor me tiro ahora. Resoplo y lo pienso mejor. No. Es muy mala idea, desde aquí no llegaría al agua. Caería de cabeza al paseo marítimo y sería un asco de cadáver. Daría mucha grima. Mejor me tiro desde una peña de la costa sur, ese sí sería un buen escenario para mi muerte. Así igual ni me encuentran. Molaría que no me encontraran. Desaparecido. *Missing*.

Llego a mi banco, mi lugar favorito del hospital, semioculto junto al gran pino y con las mejores vistas. Aunque el mar se ve desde casi todo el recinto, desde aquí no se vislumbran ni el puerto ni las casas, solo el Mediterráneo y el horizonte. Mi mar antiguo, lo que más me gusta del mundo. Hasta aquí llega su olor a sal.

Nina y yo nos escapábamos hasta este lugar en las noches de guardia. Este árbol ha visto de todo. Mi rubita sabía encenderme como nadie, me volvía loco en esa época. Ahora también, pero de otra manera. Creo que Abril se concibió bajo este árbol. Vaya sorpresa nos llevamos al saberlo. Al cabo de los años, Nina me confesó que había dudado al principio, pero yo tenía tanta ilusión que ni me lo dijo. Nos casamos un fin de semana sin avisar y nadie en el hospital se lo creía. Compramos esa casa tan grande, como si fuéramos a tener veinte hijos y a vivir juntos mil años. Al final, el amor no nos duró ni uno. Fue una época bonita, muy bonita, hasta

que se cansó de mí y me abandonó. No fue agradable, pero no me sorprendió: al fin y al cabo, no era la primera que lo hacía.

Vuelvo a acordarme del diagnóstico y se me encoge el estómago. Por un momento, se me había olvidado que me estaba muriendo. Ya vuelvo a ser pasto de esta mierda de ansiedad. Qué ganas de vomitar otra vez. Vuelvo a conectar el móvil al mundo y le escribo un mensaje de texto a Abril.

Hola, peque, ¿cómo estás?

Hola, papi, ¿qué pasa?

Nada, solo quería saber cómo estabas.

Bien, igual que esta mañana:)

Vale, vale. Es que me ha parecido que estabas seria.

No, no, solo tenía dolor de barriga. Me tiene que venir la regla.

Vaya, lo siento.

O a lo mejor algo me sentó mal.

No le digas a mamá lo de la pizza de anoche, dirá que fue eso.
Ya sabes cómo es con lo de la comida.

Tranki. ¿Todo bien, papi?

Sí, sí. Te quiero mucho, peque.

Estás muy raro.

¿Cuándo he sido normal?

Nunca.

Lo raro sería no serlo.

Ya. ¿Pero estás igual de raro que siempre?

Igual.

¿Dónde estás?

En el hospital. Trabajando.

Qué novedad:D

Te tengo que dejar. Hablamos mañana.

Bss

Mi niña. Se me han llenado los ojos de lágrimas pensando en que voy a dejar de tenerla. Joder, no voy a ver su futuro. No podré verla crecer, ni estudiar. No conoceré a sus primeros novios, ni a sus hijos. No podré ser abuelo. La mano me vuelve a temblar. No es que me dé miedo morir, lo que me aterra es no estar con ella. Vuelvo a escribir en el móvil. No me atrevo a llamarlas. Me lo notarían en la voz.

Hola, Nina. ¿Qué haces?

Entro al gym, ¿es urgente?

No, no. Solo era por si te apetece que vayamos a tomar algo los tres.

¿Qué tres?

Coño, Abril, tú y yo.

¿Y eso? Pensaba que estarías muerto después de la noche de guardia.

Ya he dormido todo lo que tenía que dormir. Y no sé, ahora me apetecía y no tenía planes.

Vaya, yo ya he quedado esta noche.
Y Abril se va a casa de una amiga.

¿Y mañana?

Mañana tengo lío también.
Mejor el domingo. Lo siento.

Tranquila, no pasa nada. Ya os llamo.

Te dejo, que tengo que entrar.

OK.

Oriol, ¿estás bien?

Sí, sí. Tranki. Hablamos el domingo.

Vale. ¿Pero seguro que estás bien?

Que sí, pesada.

Vale. Besos. Luego te llamo.

Joder, creía que hablar con ellas, aunque fuera por mensaje, me iba a tranquilizar, pero me han puesto más nervioso. Los retortijones son cada vez más fuertes. Me agacho a vomitar en el césped. Son las mujeres de mi vida y las voy a dejar solas. Y a Cesc. A él sí que no puedo escribirle, este me lo notaría hasta en el teclear. Además, es viernes, debe de estar volando ya a Barcelona. No puedo aguantarme las lágrimas. Menos mal que no hay nadie aquí. Vaya piltrafa de hombre que soy. Estoy muerto de miedo. Me limpio la boca y miro a las ventanas de las consultas. Todo está apagado menos la planta de Integrativa. La Hierbas estará currando aún. Nina dice que no sale de aquí, que siempre está trabajando. Es rara de cojones, pero es la única que puede ayudarme con esto. Nadie más lo haría.

No. Es una idea pésima. Soy imbécil, estoy demasiado aturdido para pensar bien. Soy tonto y estoy cansado. Me va a decir que no, Mariona me odia tanto como yo a ella.

Me siento en el banco y al segundo me vuelvo a alzar. Realmente, el no ya lo tengo, no pierdo nada por pedírselo. Aunque me mande a la mierda, ella seguro que no lo casca, es una obsesiva de la legalidad y todas esas chorradas. Vuelvo a vomitar. Vaya mierda, temblando así, no me va a tomar en serio. Calma. Calma. Me levanto como puedo y me encamino hacia el edificio.

Miro los rótulos de la pared. No tengo ni puta idea de dónde está su consulta. Creo que nunca he pasado por esta ala del hospital. Aquí está. Departamento de Medicina Integrativa, Mariona Muscat, despacho 22. Muscat, es verdad, nunca me acuerdo de que es la hermana del jefe del Central de Barcelona. No se parecen en nada. ¿Qué pensará él de ella? Con lo correcto y normal que parece, tener una hermana como esa tiene que ser un castigo. Subo las escaleras rápido, pero me tengo que parar un segundo. El corazón me va a mil y vuelvo a tener náuseas. Me estoy mareando. Respiro un par de veces apoyado en la barandilla y sigo. El pasillo está a oscuras. Hay un hombre en la sala de espera, está muy delgado y lleva el pelo rapado al cero. Mira a través del cristal de la puerta. Debe de estar esperando a que le llame. Este tío está muy mal, la ropa le queda enorme. He hecho bien en venir: ya veo que la doctora Hierbas es la reina de los desahuciados. Qué fuerte, en la radio se oye «Dulces Sueños». Será el hilo musical. Qué apropiado para mí. Me acerco al hombre para preguntarle si tiene cita, pero al verme, sale huyendo de la sala. No me extraña. Debo de estar horrible con este tembleque y el olor a vómito. Él olía muy bien, a un perfume antiguo que no recuerdo. Cuando me decido a abrir la puerta, se apagan todas las luces de dentro. No veo nada. Intento acostumbrarme a la

oscuridad y oigo la puerta que se abre ante mí. Es Mariona, la pantalla del móvil ilumina su cara. Mira de un lado a otro, con cara de niña asustada. Qué extraño es todo hoy. Hasta ella parece una persona normal.

—Hola, Mariona.

Enciende la luz y grita al verme. Me aparto, la pobre pensará que vengo a hacerle algo, y no me extraña. Si es que no pienso las cosas, qué burro soy, Cesc me habría dado una colleja.

—Perdona, no quería asustarte.

Me mira extrañada. Lógico. Menuda pinta debo de tener. Me vuelven a temblar las manos y me las sujeto con fuerza. Quiero hablarle, pero reaparecen las ganas de vomitar. Intento tragar saliva. Joder, no quiero echarle aquí la pota.

—No sabía a dónde ir. No... No sabía qué hacer —repito varias veces, como si hubiera entrado en bucle.

¿Por qué coño digo esto? Claro que sé qué hacer. Lo tengo claro. Clarísimo. Y ella me tiene que ayudar con eso.

—Oriol, ¿qué te ha pasado? —Me mira preocupada y me coge la mano. La pone entre las suyas, creo que nunca me había tocado. Noto una sensación muy rara.

—No sabía a quién llamar. Perdón. Vi tu luz. Oí la música. Era la canción. No tenía ningún sitio a dónde ir. Ninguno al.... Perdona.

Su tacto me es familiar, creo que es porque me recuerda al de mi hija. Tiene las manos suaves y calientes como las de ella. Mierda, Abril, cómo se lo voy a decir. Ya me vuelven a entrar las ganas de llorar. Aguanta, Oriol. Céntrate. Mariona me coge de la otra mano y me sacude.

—¡Oriol! ¡Mírame! ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Les ha pasado algo a Abril o a Nina?

La miro a la cara. Su aliento huele a jazmín. El mío debe oler agrio y asqueroso. Qué extraño mirar sus ojos tan de cerca. Me hundo en sus pupilas dilatadas, creo que me voy a desmayar.

—¡Oriol! Por favor, reacciona, ¿qué pasa?

De sus pupilas he volado a la pared y vuelvo a ver mi cuerpo desde fuera. Ya me he ido al techo dos veces hoy. Será por la demencia. O por el susto. De nuevo, estoy como paralizado y veo desde arriba a la Hierbas sacudiéndome otra vez como a un trapo sucio. Qué curioso es el destino. Mi mayor enemiga y voy a pedírselo a ella. Y no puede negármelo. Pero no sé cómo. Mierda, solo de pensarlo me entran más ganas de llorar y temblar. Quién lo hubiera imaginado. Qué ironía. Vuelvo a estar dentro de mi cuerpo, que se mueve como una marioneta con las sacudidas de Mariona. Tengo que hablar. Tengo que pedírselo. Me tiene que decir que sí. Es la única que se atreverá a hacerlo. Necesito que lo acepte.

—Me... Me muero. Me acaban de decir que me estoy muriendo.

Mariona deja de zarandearme, pero no me suelta las manos. Ahora es ella la que se acerca y se mete en mis pupilas como si buscara que le hablara desde la retina. Y algo debe de leer allí, porque vuelve a abrir la puerta del departamento y me arrastra hasta su despacho.

Miro a mi alrededor. Así que es aquí donde hace sus pócimas. Desde luego, todo huele a ella. A hierbas. A lavanda y a algo más. A jazmín y a mandarinas. Enciende una lamparita y me estira en un *chaise longue* de color blanco, frente a su mesa. No sé qué me dice, habla sin cesar, pero no entiendo una palabra, yo me dejo hacer y se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Noto como me caen los lagrimones por las mejillas, pero paso de recogerlos, estoy como borracho.

Ahora trae una bandeja con botecitos de colores. Se sienta a mi lado.

—¿Me permites? Son solo aceites.

Asiento. Sí. Que haga lo que quiera. Ella destapa los frascos de sus pociones mágicas y enseguida me llega el olor. Es agradable, aunque no sé realmente a qué huelen. Se unta los dedos con unas gotas y me frota las muñecas. Repite lo mismo en mis sienes. Ahora noto el olor mucho más intenso y arrugo la nariz.

—Lo sé, es fuerte, es esencia pura. Pero te irá bien.

No digo nada, pero no dejo de mirarla. Creo que me ha hipnotizado. Por eso me he hundido en sus ojos. Cuando Nina me dijo que sabía hacerlo, yo le dije que era una bruja, y ahora me lo parece de verdad. Una hechicera. Rebusca en su mochila remendada y saca un cuentagotas amarillo de un estuche.

—Son flores de Bach. Saca la lengua y ponla hacia arriba.

La obedezco como un autómata y me echa unas gotitas bajo la lengua. Saben a orujo.

—¡No lo tragues! Vuelve a sacar la lengua y deja que el *rescue* se absorba todo ahí, por favor.

Hago lo que me dice. Ella vuelve a poner su mano caliente sobre la mía y noto que me toma el pulso en la base del pulgar. Casi sonrío, la bruja también hace cosas de médico viejo. Me tranquiliza que me tomen el pulso, aunque puede que también haya sido por ese orujo que me ha dado. Después de echarme las gotas, me ha acariciado la piel del dorso de la mano. Eso me ha consolado mucho, creo que ese roce me ha aliviado más que nada. Cierro los ojos y suspiro para no ponerme a llorar otra vez. Mariona se levanta y llena dos vasos de agua. Pone uno a mi lado y da un sorbo al suyo. Me mira sin decir nada. Bebo un poco. Vuelve a poner su mano sobre la mía sin decir ni una palabra.

—Gracias, Mariona.

Pestañea despacio y se inclina hacia mí.

—¿Quieres contármelo?

La miro dudoso. No. No debería contarle nada. Es una desconocida a la que no le interesan mis penas y que, además, me odia a muerte. Basta con que le diga lo que quiero. Eso haré.

Pero no, no he acabado ni de pensarlo y ya estoy hablando como una cotorra y explicándole todo: los temblores, las contracturas, la pérdida de memoria, la resonancia que me aconsejó Bruna, el diagnóstico de esta tarde. Y no solo eso: me pongo a hablarle de mis miedos, de mi rechazo al ensayo y de que no sé cómo voy a decírselo a Abril. Sí, está claro que me ha hechizado con esos ojos de color Coca-Cola que no me quita de encima. En la vida me habría imaginado abriéndome en canal de este modo delante de nadie, y menos ante la Hierbas. Y encima ella me escucha atenta, como si le importara muchísimo todo lo que digo. No me sonríe, pero tampoco pone mala cara ni separa su mano tibia del dorso de la mía.

—¿Quieres que vea la resonancia?

Me encojo de hombros. No sé qué coño va a ver ella, que ni es neuróloga ni nada, pero igual le hace ilusión.

—No vengo a que me des otro diagnóstico, pero mírala si quieres. Mira lo que te dé la gana, tienes mi permiso. Te firmo todos los papeles que necesites.

—¿No has venido a buscar otra opinión?

Niego con la cabeza. No lo entiende.

—¿Qué deseas entonces, Oriol? ¿En qué puedo ayudarte?

Cojo aire un par de veces. Me vuelve a costar hablar. No me creo que vaya a decir esto. Y menos a ella, mi pesadilla, que me espera paciente sin decirme nada más. Bebo otro sorbo de agua. Pasa

mucho tiempo, creo que una eternidad, pero a ella le da igual y no me mete prisa. Al final, lo suelto.

—Quiero que me ayudes a morir.

Pestañea de nuevo, pero no me contesta. Insisto.

—Mariona, no querré seguir viviendo cuando no pueda hablar ni aguantarme el pis. Tú siempre has dicho que estabas de acuerdo.

Ahora me dirá que yo no, y que siempre se lo he discutido. Pero no lo hace. Ha apretado la mandíbula como hace en las sesiones de los viernes, pero no dice nada. Me vuelven a entrar ganas de llorar. La eutanasia ha sido un debate continuo en las sesiones de directivos del año pasado y Mariona siempre ha defendido su postura a favor de hacer un grupo en el hospital. Y yo le he dicho verdaderas barbaridades por formar parte de eso. Manda huevos, el puto karma.

—Ya sé que también hay un comité de eutanasia en el hospital de Ponent. Pero no quiero ir allí. Quiero que me lo hagas tú. Aquí.

Por fin reacciona. Me habla con esa maldita calma que normalmente no soporto, pero que hoy me sienta como un bálsamo.

—Igual no es el mejor momento para decidir eso, Oriol. Te acaban de diagnosticar.

—Pero ¿lo harás?

—Ni me imagino por lo que estás pasando. Pero me gustaría que primero viéramos los datos clínicos tranquilamente. Basarlo todo en una resonancia me parece un poco precipitado.

Me encantaría creerla. Pero ahora estoy hablando con la médica hechicera, la científica ya me ha condenado antes con una *tablet.* Seamos realistas.

—Mariona, tengo todos los síntomas. Y la imagen es clara. Bruna dice que me estoy fundiendo por momentos.

Se encoge de hombros, pero no me suelta la mano. Es curioso, yo tampoco quiero que lo haga.

—Oriol, ¿has hablado con Nina?

—¡No! —Mariona pega un respingo. Creo que le he gritado.

—Igual se lo tendrías que decir. —Ella no cambia el tono suave de su voz y yo me calmo.

—Todavía no. No puedo. ¿Podrás guardarme el secreto?

Se vuelve a meter en mis retinas con esa mirada que tiene, tan cálida como su mano.

—No me gusta mentir, Oriol.

—No mientas, solo te pido que no lo digas. Por favor.

—Si me lo pides, no puedo hablar de esto y no lo haré. —Me sonríe—. Pero deberías decírselo, creo que es bueno para ti y para ella. Además, acabará por enterarse si te hago terapia.

—No me hagas terapia, no quiero tratamientos, Mariona. Me estoy muriendo. Solo quiero que me ayudes a morir bien. ¿O es que no te crees el diagnóstico?

—No, no pretendo darte falsas esperanzas. Pero, aunque lo tuviéramos totalmente claro, hay mucho por hacer antes de acabar con todo.

—¿Para qué? Ya les he dicho a ellos que no al ensayo. No puedo curarme. Nadie puede curarme. Solo podéis alargar mi agonía.

—Yo no hablo de curarte ni tampoco de alargar agonías. La medicina no solo se trata de curar. De hecho, curamos poco y se nos olvidan las partes más importantes. Las de dar vida a los días. Las de aliviar y consolar en todos los momentos.

Coño, es lo mismo que dice siempre Nina y lo que pone en aquel libro que me dejó. Normal que sean tan amigas.

—Eso es de *sir* William Osler.

Mariona sonríe y la cara se le ilumina. Creo que nunca la había visto sonreír, es brutal cómo le cambia el rostro una sonrisa. No parece su cara. Es como si al sonreír se convirtiera en alguien cercano, alguien a quien conozco desde hace tiempo. Esto debe de ser lo que hace para enganchar a sus pacientes, ese arte que tiene para hacerte sentir en casa.

—Mariona, te dejo hacerme lo que quieras. Pero cuando llegue el momento, cuando esté mal y ya no haya nada más que hacer, ¿me ayudarás a morir?

Ella asiente, aceptando el trato, y señala mis manos.

—Mira.

Sonríe de nuevo, satisfecha como un mago después de hacer un truco genial. Extiendo mis dedos y sonrío yo también, sorprendido: ya no tiemblo.

Capítulo 5

ONA
Poca agua para tanta sed

Abro los ojos en cuanto entra el primer rayo de sol por la ventana. Da igual que sea sábado o lunes, mi cuerpo se rige por la luz que inunda mi dormitorio. Me cuesta madrugar en la oscuridad del invierno, pero ahora, con los días cada vez más largos, me despierto con el alba y con las pilas puestas.

Salto de la cama directa a ver el mar. Es lo primero y lo último que hago aquí cada día de mi vida. Mi madre siempre decía que acertó de lleno con mi nombre. *Mar i ona*. Mar y ola. Me lo puso porque le gustaba cómo sonaba, pero sin saberlo, su bautizo me marcó como un hechizo. Y es que, ya de bebé, mientras mi hermano y mis primos mayores se rebozaban haciendo pozos de arena, yo me quedaba sola y feliz en la orilla, acariciando las olas mediterráneas. Lo recuerdo, y lo sigo haciendo. Me encanta relajarme junto al mar, tocar las olas y perder la mirada en el horizonte, es algo que me hace sentir completa y muy bien, como si en vez de maldita estuviera bendecida por algún dios.

Por eso, y aunque me costó algo indecente, me gasté todo el seguro de vida de Xavier en esta casa donde vivo, un rincón pequeño y sin apenas jardín en la costa sur de la isla. Es diminuta, un cuchitril, pero su ventanal en primera línea vale millones. Y,

además, solo se ve el mar, ni playa ni gente. Frente a mi casa solo hay olas, rocas y el faro: lo único que necesito para sentirme en el paraíso. Mi paraíso.

Abro el ventanal de par en par y dejo que el aire llene la casa y rebote en sus paredes blancas. Que se limpie de todo lo negativo mientras yo salgo al frío del amanecer a hacer lo mismo, desnuda y descalza. Aquí ni veo ni me ven, así que, siempre que puedo, me paseo sin nada de ropa por las rocas, como si estuviera sola en el mundo. Solo me podrían espiar desde el aparcamiento, pero el muro que rodea la casa oculta bastante la vista y así puedo entregar sin miedo mi cuerpo a los cuatro elementos: fuego, tierra, aire y agua. Son el sol que nace, la piedra gris, la tramontana y mi adorado mar Mediterráneo.

Mi minúsculo jardín de cactus me lleva hasta las rocas. Mis rocas. Ya sé que son del mundo, pero no creo que nadie pueda correr sobre ellas como yo, que me conozco cada arista, cada grieta y todos los lugares seguros para las plantas de mis pies y los salientes de mi cuerpo. Por eso las llamo mías, porque ya son de mi familia y han aceptado que salte, que corra y que duerma sobre ellas. Y cada día lo hago más, me estoy asalvajando poco a poco.

Al poco tiempo de mudarme, en la roca más grande encontré clavados un par de ganchos de acero que me intrigaron unos días, hasta que di con la escalera de cuerda en la cocina. Los antiguos dueños la colgaban ahí para salir más fácilmente del agua, sin dejarse los pies trepando por los peñascos. Luego vi que la mayoría de las calas de roca también los tienen. En verano, la zona se llena de escaleras que se confunden con la piedra y desaparecen en octubre. Yo solo la quito cuando hay mucho temporal para que no desaparezca entre las olas. Porque la uso todos los días del año.

Hoy el sol ya calienta un poco. Me encanta esa sensación directa de los primeros rayos en mi piel. Me asomo al acantilado y, sin pensarlo dos veces, me tiro al agua. Está helada. Grito al salir a la superficie y agarro con fuerza la cuerda de la escalera. Sonrío al notar la maravillosa sensación que busco. El frío me activa y me conecta con algo, una especie de corriente eléctrica tribal y salvaje que me da calma y salud. Me pongo a respirar de forma consciente, profunda y lenta, hasta que mi temperatura se adapta, y entonces trepo por la escala y salgo poco a poco del mar.

Sin embargo, esta vez el baño helado no me ha calmado. Todo lo contrario, he salido bastante excitada y es bastante extraño, puede que sea la primavera. Me voy a la ducha a ver si se me pasa con el agua caliente. Abro el grifo para que empiece a calentarse el agua y voy frotando en mis manos un trozo de pastilla de jabón natural. Me lo acerco a la nariz. El olor a jazmín que desprende me encanta, es mi aceite esencial favorito. Froto mi piel con la espuma blanca y me enciendo aún más. Por favor, si ya me he enjabonado tres veces los pezones. Me río de mí misma y me dejo de tonterías: tiro el trozo de jabón al suelo y empiezo a apretarme la entrepierna con una mano. Madre mía, pero ¿por qué estoy tan salida hoy? Suerte que nadie puede oír mis gemidos desde aquí. Descuelgo la alcachofa de la ducha y cambio de chorro al más estrecho y potente. Abro las piernas y apunto bien, moviendo la pelvis para buscar el lugar correcto. Del gemido paso al grito y no tardo ni dos segundos en correrme. Joder. Para que luego digan de las menopáusicas. Me quedo jadeando con la frente apoyada en las frías baldosas del baño y la ducha goteando en la mano. Acaricio el aluminio con el pulgar y vuelvo a abrir el grifo al máximo. Mi clítoris quiere más y no pienso negárselo. Ahora ya le doy directo y acabo boqueando de rodillas, con el cabezal de la ducha pegado a la vulva. Telita, dos seguidos y

Nina metiéndome caña con sus juguetes de cien pavos. Viva la fontanería moderna y las alcachofas de chorros variables.

Al salir de la ducha, me miro en el espejo a ver si es verdad que ahora tengo menos arrugas. Qué va, eso del rictus es un cuento: tengo las mismas patas de gallo que hace diez minutos. Nunca sé cuándo Nina habla en serio o no. Con la toalla enrollada en la cabeza, me acerco a poner música desde el móvil, que aún sigue en la mesita de noche. Dios, cuántos mensajes de Nina en la pantalla.

¿Ya te has despertado?
Seguro que sí.
Eres como un viejo.
Ya te estarás bañando en bolas.
No sé cómo puedes.
Con el frío que hace.
Cuando acabes, llámame, anda.
O envíame un mensaje.
Tenemos que quedar para ir a comprar.
Abril aún duerme.
Ahora se acaba de levantar.
Tía, dime algo.
Espero que no te hayas ahogado.
Oye, ya me estoy preocupando.
Contesta, coño.
¿Estás viva?

Qué intensa es. Ya se ha debido de montar la película completa, con subtítulos y hasta escenas poscréditos. No me apetece nada teclear, así que la llamo y me dejo de tonterías y emojis chorras.

—No, no me he ahogado, ansias.

—Ona, escucha, no sé si quedar por la tarde en vez de por la mañana. Que ayer Oriol estaba muy raro. Pero mucho. Le dije que si estaba bien y me dijo que sí, pero me puso un OK en otro mensaje. ¡Un OK, tía! Igual le digo de ir a comer los tres. Algo le pasa.

Ostras. Oriol. Claro que le habrá notado raro, a Nina no se le pasa una. No había vuelto a pensar en él. Me he olvidado, se me ha ido totalmente de la cabeza. Hemos quedado esta tarde y debería preguntarle antes cómo está. Espero que más tranquilo.

—Por la tarde me va mal, tengo cosas que hacer.

—Bueno, cuando me conteste, te digo. Pero ahora también se me ocurre que podemos quedar más pronto y así puedo hacerlo todo. ¿Tú estás lista ya?

—En diez minutos estoy.

—Pues te paso a buscar a y media. Voy a avisar a Abril, que si no, no espabila.

—Vale. Hasta ahora.

Corro al armario y me pongo unos vaqueros y una camiseta oscura. No me da tiempo a secarme el pelo, así que me lo recojo en un moño con una goma plateada. Me pongo unos pendientes de aro y me rocío con agua perfumada con aceite esencial de jazmín. Mientras espero a Nina, me vibra el móvil y me entra una llamada. Es Oriol.

—Espero no despertarte. WhatsApp decía que estabas en línea. De nuevo, muchísimas gracias por atenderme ayer.

Si le digo a Miquel que me ha dicho esto el Plasticosaurio, y encima así de educado y meloso, me ingresa en Psiquiatría. O a él. O a los dos.

—Tranquilo, sí, hace rato que estoy despierta. ¿Qué tal has dormido?

—Pues, la verdad, muy bien. Tus pociones han funcionado.

Nunca me había fijado en su voz hablando normal, es muy grave y agradable.

—Me alegro mucho. Pero no son pociones, es ciencia. Se llama aromaterapia y está basada en estudios con evidencia.

—Era broma. En serio, gracias, de verdad. ¿Sigue en pie lo de esta tarde?

—Claro, quiero valorarte y, según lo que veamos, proponerte algunas cosas.

—¿Indecentes?

—¿Cómo? —pego un respingo. No sé a qué se refiere.

—Era broma también. Perdona. Ya me dijo Nina que tú no eras muy de chistes. Lo siento.

Qué manía con lo de que no entiendo las bromas. No soy yo, son ellos que no tienen ninguna gracia. Oigo un pitido impaciente fuera. Ya ha llegado doña prisas.

—Te tengo que dejar. Está aquí.

—¿Quién?

—Nina. Ha venido a buscarme para ir de compras.

—¿Nina? ¿Has quedado con ella?

Me lo pregunta con miedo. Debe de temer que se me escape algo.

—Tranquilo, que no le diré nada. Yo cumplo.

—Gracias.

—¿Te veo a las seis en la consulta?

—Allí estaré. Gracias otra vez, en serio. Eres muy amable, Mariona.

Cuelgo y sonrío. El García me ha dicho que soy muy amable. Alucino. Es como de ciencia ficción. He debido de caer en un agujero de gusano que me ha llevado a otra dimensión de la realidad. Un universo paralelo. Pego un respingo al oír de nuevo los pitidos del coche de Nina, pillo la mochila y salgo corriendo.

—¡Onaaa!

—¡Onaaa!

Mis dos locas. Me reciben como si no las hubiera visto en mil años. Gritos, abrazos, saltitos. Yo no soy tan expresiva como ellas, y, de hecho, al principio de conocerlas, tanta efusividad me ponía un poco violenta. No sabía qué pretendían conseguir de mí con tanto toqueteo. Ahora ya me he acostumbrado y me encanta que me achuchen y me besen. Aunque nunca les respondo, a ellas no les importa, así que yo me dejo hacer hasta que se cansan. Cuando lo hacen, entro sonriente en el coche. Abril me ha pedido sentarse detrás y yo me pongo de copiloto. La verdad es que no sé qué posición de todas me estresa más.

—Bueno, ¿a dónde vamos? ¿Al puerto? —les pregunto. En el puerto es donde están la mayoría de las tiendas de ropa de la ciudad y es la zona a la que suelen ir ellas siempre.

—Nooo. Vamos al centro comercial de Costa Norte. Abril quiere comprar maquillaje y allí está superbién de precio.

Miro a Abril y abro la boca para hablar.

—Ahórrate el sermón, Ona. Ya me has dicho mil veces lo del plomo y los metales pesados, y me da igual. Ni lo intentes. No tienes nada que hacer.

Me río. Adoro a Abril. Creo que es porque me recuerda a mí cuando tenía su edad. De negro riguroso y llena de *piercings*, no parece hija de Nina y Oriol en absoluto, los reyes de la ropa de marca.

—Pueden hacerte mucho daño, Abril. Por mucho que te molen. Y al planeta también.

—Pero yo solo me los pongo un rato y me los quito muy bien. Los pintalabios eco son una puta mierda.

—¡Abril! —replica Nina mientras se ajusta el cinturón y arranca—. No digas tacos.

—Ok. Pero es lo que es, los colores son horribles. Son para viejas. Literal. Superfeos. Y tú también dices tacos.

—Pero yo no tengo dieciséis años.

—¿Y qué? Digo tacos si me da la gana.

Abril se cruza de brazos, Nina se gira enfadada a mirarla, yo no pierdo de vista la carretera y mi mano izquierda se eleva intranquila y lista para sujetar el volante o el freno de mano. Me pone muy nerviosa ir en el coche con Nina.

—Abril, ya lo hemos hablado. Pase lo de las pintas, pero si empezamos otra vez con estas salidas de tono, te vas a un internado.

—¡Ni se te ocurra! —le digo a Nina.

—Mamáää.

Cruza los brazos, arruga el gesto y se pone a mirar por la ventana. Nina se vuelve a poner al volante con las dos manos y yo suspiro aliviada. Intento cambiar de tema.

—A mí me gustaría ver algo de ropa de verano.

Ahora se gira hacia mí, sorprendida. Pero ¿es que no puede mirar a la carretera nunca?

—¿Tú con ropa que no sean tus *jeans* y tus camisetas de la tienda de Humana?

—Bueno, solo mirar un poco.

—¡Aleluya! ¡Dios es grande! Mariona Muscat Roig se va a comprar ropa de primera mano. ¿Estás enamorada? ¿Vas a buscar ligue? ¿Te has hecho ya la cuenta de Love?

Pongo los ojos en blanco. Qué pesada, por Dios.

—No, coño. Si lo sé, no digo nada.

—¡Que no! ¡Que me encanta! ¡Feliz el que no se enamora! ¡Vamos a quemar la tarjeta! ¡Venga, sábado de chicas!

Me vuelvo a reír. Le aseguro que yo no pienso quemar nada, que solo quiero un par de cosas y le pido a Abril que me ayude a elegir la ropa cuando lleguemos. Entonces, se le olvida que estaba enfadada y empieza a enumerarme todas las tiendas nuevas del centro comercial y los conciertos que iban a organizarse allí en verano. Nina sonríe sin decir nada y yo le prometo a Abril que le acompañaré a alguno de esos espectáculos siempre que su madre nos deje.

Casi sin darnos cuenta, hemos llegado al Costa Norte. Suspiro aliviada al poner el pie en tierra. Me falta poco para besar el suelo del aparcamiento como el Papa. Pero aún me queda la vuelta.

Abril corre a ver el cartel que anuncia los conciertos de este verano. Nina se acerca a mí, pone su brazo sobre mi hombro y me besa la mejilla.

—¿Ves? Cuando estás tú, se calma. A mí me odia a muerte.

—Bueno, tú le has ido a la yugular también.

—¡Coño! Pero es que no puede decir tantos tacos, joder, que es solo una cría.

Me parto de risa con mi Barbie Killer favorita. Que no diga tacos la niña, dice.

—Habría que lavaros la boca con jabón a las dos.

—Nooo, con jabón ecológico nooo —se burla.

Le doy un manotazo y corro para alcanzar a Abril y entrar con ella en el centro comercial.

Oriol ya me está esperando a las seis menos diez en la entrada de las consultas. De espaldas a la puerta, mira el mar con una expresión ausente. Me resulta raro verle vestido de persona normal, como ayer, sin traje y en unos simples vaqueros. Aunque solo la

etiqueta de esos pantalones ya debe de valer un dineral. Y el polo tampoco es barato. Pero he de reconocer que esa ropa le queda muy bien. El tío sabe arreglarse, está claro. Al oír mis pasos, se gira y me sonríe como si a él no le pasara nada y yo no fuese su peor enemiga. También me resulta muy extraño verle sonreír hacia mí. Sin corbata y sonriendo no me parece tan dinosaurio. Le escudriño de arriba abajo buscando más signos clínicos de la enfermedad que me confesó anoche. No veo cambios. Bueno, sus ojos negros están diferentes, parecen menos tristes que ayer. Más calmados.

—Gracias por venir un sábado, Ona.

Es la primera vez que me llama por mi nombre corto. Le sonrío educada y tecleo la clave de la puerta del edificio de consultas.

—Es un placer. Espero poder ayudarte.

Tanta cortesía entre los dos es insólita, pero me resulta muy agradable. Al entrar en la consulta, le señalo el mismo sofá blanco en el que se tumbó ayer.

—¿No me siento frente a tu mesa?

—No. Prefiero que hablemos aquí.

—¿Es tu sofá de las hipnosis?

Suelto una carcajada. Me ha sorprendido.

—No. Es mi sofá de sentarse. Ya no hago hipnosis, pero si te hace ilusión, la hacemos.

Me mira con cara divertida y ladea la cabeza como un gato curioso.

—Nunca te había oído reír.

—No me lo creo, yo me río mucho.

—Pues nunca lo habrás hecho delante de mí. Yo nunca lo había visto, te lo juro.

Arrugo la frente. Puede que tenga razón. En su versión plasticosauria y gilipollas, Oriol me inspira muy poca risa, pero hoy

está diferente. Muy diferente.

—Puede ser. Bueno, vamos a lo nuestro. He revisado tu historia, tal y como quedamos.

—¿Y?

—Sigo creyendo que el diagnóstico es un poco precipitado. Podrían ser mil cosas.

—Pero Bruna es neuróloga, ya se lo habrá planteado todo.

—Seguro que sí, ella es la especialista y no pretendo contradecirla. Pero ya que tú has tomado tu decisión, si me lo permites, me gustaría probar unas cuantas cosas antes.

—Pero ¿para qué?

—Bueno, por si acaso hay algo más, pero, sobre todo, para mejorar tus síntomas.

—Está bien, acepto si tú cumples tu parte del trato cuando llegue el momento.

—Ya te dije que sí.

—Pues, entonces, haz lo que quieras conmigo. Soy todo tuyo, doc.

Me estoy metiendo en un buen berenjenal, pero no puedo decirle que no. No tiene a nadie que le ayude ni ninguna esperanza. Y no me imagino lo desesperado que tiene que estar para haber recurrido a mí con la manía que me tiene. No sé cómo se lo tomarán Nina y Abril cuando se enteren, pero es su voluntad y no la mía. Si me lo ha solicitado, él ahora es mi paciente y yo tengo un compromiso ético como médica. Todo el hospital me va a odiar, pero ya estoy acostumbrada. Ser odiada se ha convertido en mi zona de confort.

Oriol me interroga con los ojos. Creo que me he quedado un buen rato callada.

—¿Vas a decírselo a Nina y a Abril? Me cuesta mucho tener que ocultárselo.

—No estoy preparado aún. Nina quería quedar conmigo para comer, pero me he hecho el longuis. Dame unos días, porfa.

Me lo quedo mirando otra vez. Va a ser difícil, pero he de respetarlo. ¿Quién me lo iba a decir? Tengo a García de paciente. Y hasta me cae mejor. Sonrío pensando en lo raro que es esto y él me vuelve a poner cara de extrañado. Mierda, ya me he vuelto a quedar en babia. Toca disimular.

—Vale. Bueno, a ver. Aparte de lo que he leído en tu historia de Neurología, ¿has tenido algún problema de salud?

—No. Algún resfriado y poco más. Hasta ayer, todo lo tenía perfecto. Como un chaval.

—¿Tomas algún medicamento?

—No.

—¿Fitofármacos? ¿Homeopatía? ¿Alguna terapia no reglada? ¿Suplementos?

Me levanta una ceja. Imagino que es un no.

—¿Drogas? ¿Alcohol?

—Tampoco. Ni fumo ni bebo. Con mujeres sí que ando, eso sí.

Se carcajea de su propio chiste. Yo creo que lo que le pasa es que está en proceso de negación y por eso se hace el simpático y se ríe de todo.

—¿Y en eso no has notado ningún cambio, Oriol?

—¿Cambio? ¿En qué sentido?

—En tus erecciones.

—¡Doctora! ¡Qué preguntas!

Ahora levanto la ceja yo, él se ríe y yo acabo por contagiarme. Este hombre es muy raro. No se toma nada en serio.

—Céntrate, Oriol, que te estoy haciendo la historia. ¿Tus erecciones son diferentes?

—No, sin cambios. Todo funciona muy bien.

—Vale. Ahora quiero que me hagas un resumen de todo lo que comes y haces en un día normal.

—Lo que hago y lo que me como en un día. Eso puede ser un poco escandaloso, ¿estás preparada, Mariona?

No puedo evitar reírme otra vez. ¿Es que todo se lo toma a guasa?

—He conseguido dos carcajaditas de la doctora Miércoles. Me van a dar un premio.

—¿Me llamáis doctora Miércoles?

—Te hemos llamado de todo, Ona. Lo siento, pero es que, aunque lo niegues, no sonríes ni pagándote.

Le miro lo más seria que puedo, intentando imitar a Miércoles Addams para hacer la broma yo. He visto la serie y me encanta. Pero no debo de hacerlo muy bien porque, en vez de reírse, Oriol me mira preocupado y traga saliva.

—Perdona, de verdad, son bromas que hacemos, Ona. Tonterías.

Suspiro, luego dirán que soy yo la que no entiende las bromas.

—Venga, empieza a hablar de tu dieta. Que me da a mí que no me va a gustar lo que me cuentes.

Y así es. Madre mía. Cuando acaba su relato, mi cara debe de ser todo un poema.

—Pero ¿los plásticos no estudiáis nutrición? Yo lo flipo. Que eres sanitario, Oriol. Que has hecho una carrera. Y una especialidad. ¿En serio crees que te alimentas con eso?

Duda antes de justificarse.

—Bueno, yo es que como muy poco entre semana porque no me da tiempo. Por eso tomo los batidos. Y los caramelos. Son buenos, coño. No tienen azúcar. Son bebidas proteicas y bajas en calorías. Y todos son de un buen laboratorio, de calidad, si valen un dineral.

Le sigo mirando, incrédula. No me puedo creer que un médico coma así y que se crea las propagandas de según qué industrias. Él

se levanta el polo y me enseña sus abdominales.

—Mira qué tableta. A la vista está que me sientan bien.

Me quedo mirándolos y trago saliva para no mandarlo a la mierda y echarlo de la consulta. Yo soy la terapeuta, coño.

—Ese músculo es genético y está desarrollado porque tienes testosterona y haces deporte, no por esos batidos artificiales ni esos caramelos llenos de tóxicos.

—Pues todavía me quedan dos cajas de batido en casa.

—Pues tíralas a la basura, pero ya.

Creo que se lo he dicho demasiado contundente porque me mira sorprendido, pero es que me parece increíble lo que estoy oyendo. Me ha cabreado de verdad. Este hombre es listo solo para lo que quiere. Tanto cuidarse por fuera y se olvida de lo importante.

—¿Y qué proteínas como entonces?

—Joder, Oriol, pues proteínas de verdad.

Se pone a mirar al suelo y no me responde. Pobre hombre. Creo que ahora me he pasado. Miquel siempre me dice que hablo riñendo. Respiro y procuro ser más amable. Le pongo un tono más dulce.

—A ver... Huevos, pescado, legumbres, algo de carne. Mejor si son ecológicas, y aún más si son de la isla. Te haré un menú. ¿Vives solo?

Asiente. Parece que me escucha otra vez.

—Sí.

—Pues lo haré para una persona y para tu peso. Pero tira esos batidos ya. No bebas ni uno más. Y, ahora, túmbate.

Vuelve a entretenerse con las baldosas del suelo como si estuviera ausente. Definitivamente, me estoy pasando con él. Vuelvo a dulcificar mi voz.

—¿Hay algo que no te guste o que me quieras decir, Oriol?

Me mira y entorna los ojos y la sonrisa.

—Hum, decirte sí. Que usas muchos imperativos. Me abroncas, me tratas de tonto, me ordenas y ahora me mandas tumbarme.

—Lo siento, no quería...

—No, tranquila, me gusta.

—¿Qué?

—Que me gusta. Me pone y todo. Yo creo que a ti también te mola el rollo sadomaso, el BDSM, ¿eh?

Ya he vuelto a caer. Me ha vuelto a pillar y no he podido evitar la carcajada otra vez. Mierda.

—¡Oriol!

Me hace con los dedos el signo del tres. De las tres carcajadas.

—Anda, túmbate, por favor.

—Lo del por favor me pone menos. ¿Me vas a poner más aceites? ¿Un chupito de ese orujo de Bach?

—No. Voy a pincharte.

—¿Hoy toca acupuntura?

—No, voy a pincharte a la vieja usanza.

Y me levanto a por el carro de curas, sacudiendo la cabeza. Qué hombre. Creo que no se toma nada de lo que le digo en serio. Bueno, en realidad, solo está aquí para asegurarse de que cumpla mi palabra de ayudarle a morir y supongo que aprovecha para pasar el rato. No me importa. Pero yo voy a intentarlo todo: es el padre de Abril.

Me mira atento mientras le inserto la aguja y extraigo la sangre para llenar tres tubos de muestras. Los etiqueto y los envío al laboratorio por el circuito neumático.

Saco después un vial que cargo en una jeringuilla y se lo inyecto en el otro brazo.

—¿Qué me has puesto?

—Tiamina.

Ahora es él el que se sorprende y su entrecejo se llena de arruguitas. Fija los ojos en el tubo vacío para leer la etiqueta como si no se fiara de lo que le digo.

—¿Vitamina B?

—Sí.

—Pero si ya te he dicho que no bebo apenas. No me falta tiamina.

—Te sorprendería la cantidad de déficits de vitaminas que he encontrado en mis pacientes. Y no solo en bebedores. En el análisis he pedido tus niveles de vitaminas, pero también los de tóxicos y metales pesados. Con lo mal que comes y el aspecto de tus uñas, no me extrañaría que además de una vitamina B bajo mínimos, estuvieras lleno de plomo y de arsénico. Tienes alguna mancha cutánea que me dice a gritos la cantidad de nutrientes que te faltan. En África estábamos hartos de ver déficits y beriberis, y aquí cada vez es más frecuente. En el primer mundo hemos dejado de alimentarnos, solo engullimos comida vacía y venenosa.

Oriol se mira las manos y se toca las uñas extrañado.

—Pues yo las veo como siempre. ¿Has trabajado en África?

—Sí. Mi marido y yo estuvimos varios años allí.

—Eso explica que sepas sacar analíticas y pinchar tan bien. Sabes hacer cosas que no nos enseñan ya en la escuela de Medicina.

Aprieto con una gasa el lugar del pinchazo.

—Sí, allí hacíamos de todo. —Suspiro y me quedo mirando mi dedo apretando la gasa. Noto sus ojos fijos en mi cara.

—No sabía que estabas casada.

—Ya no. —No dejo de apretar su brazo.

—¿Te divorciaste?

—No..., él murió. En un atentado. Allí. —Me sale un hilillo de voz. Toso para disimularlo.

—Vaya, lo siento. Perdona.

Quito la gasa y compruebo que ya no sangra. Le pongo un apósito para proteger la herida y le pido al Universo que Oriol cambie el puto tema y deje de preguntarme.

—¿Tú estabas allí? ¿Te pasó algo?

—No, yo estaba en Girona. No... No quise acompañarle esa vez. Nos estábamos dando un tiempo.

—Vaya. Lo siento mucho, de verdad.

—Gracias. Bueno, esto ya está.

—Y ahora, ¿qué más me vas a hacer?

—Por hoy nada más. Dejemos a la tiamina hacer sus cosas. Sí que te voy a dar un *roll-on* de aceites esenciales para que te pongas en las muñecas varias veces al día.

—Lo que tú digas. Mi cuerpo es suyo, doctora. Me va a dejar marcado con su olor como si fuera su hombre lobo destinado.

Carcajada de nuevo. Mierda, no puedo evitarlo. No me imaginaba que Oriol me fuera a resultar tan divertido. Ni que supiera de ciencia ficción. Supongo que habrá visto alguna película de hombres lobo con Abril. No dejo de reírme mientras recojo la consulta y él sigue a mi lado, haciendo el bobo, aullando y llamándome doctora alfa. Le explico la terapia que haremos mañana mientras bajamos las escaleras y salimos a la calle. A lo tonto, casi nos han dado las nueve.

—Te acompaño a tu coche —me dice.

—No tengo coche.

—¿Cómo que no tienes coche? ¿Y cómo vienes a trabajar?

—Andando.

—¿Vives aquí cerca?

—En Sol del Sur.

—Pero eso está como a cuarenta minutos a pie.

—Bueno, es media horita a paso ligero.

Me mira como si fuera de otro planeta. Desde luego, no parecemos del mismo.

—¿Ayer también te fuiste andando?

—Claro.

—Pero si eran casi las doce.

—Hacía una noche preciosa.

—Bueno, pues hoy no te vas andando. Yo soy un caballero y te llevo a casa.

Pongo los ojos en blanco y protesto enérgica. Lo de caballero ya me chirría bastante, pero lo de ir en el coche con alguien que apenas conozco ni sé cómo conduce no me gusta nada. Nada de nada. Además de contaminar y destrozar la atmósfera, son las trampas más mortales que existen después de las motos.

Él insiste y a mí no me funciona ninguna excusa, qué cabezota es. A este hombre no se le puede decir que no y acabo sentada en el asiento del copiloto apretándome el cinturón y rezando a un dios en el que ya no creo. Me debe de notar nerviosa, porque pone la radio y busca una cadena de música clásica. No me sorprende. Es lógico, todo en él es clásico y de clase alta. Parece un pijo de nacimiento, el típico niño insoportable de la clase que mira a los demás por encima del hombro. Ya he soportado muchos de su calaña. En fin. Respiremos. Inhalo y exhalo despacio con la vista en la carretera.

—¿Te gusta esta música, Mariona?

Asiento. No tengo ganas de discutir sobre sus gustos de señor bien.

Le voy señalando por dónde se va a mi casa, y cuando llegamos al aparcamiento, se baja del coche corriendo, sin esperarme, y se pone a observar por encima del muro. Vaya con el caballero andante de pacotilla. ¿No tendría que haberme esperado y abierto la puerta?

Estos pijos solo son educados para lo que quieren. Salgo del coche y doy un portazo de protesta.

—¿Esta es tu casa, Ona?

—Sí.

—¿En serio?

—Que sí. ¿Qué problema hay?

—Lo flipo. Es que este sitio es una pasada. Es brutal. Brutal. ¡Me encanta! Recuerdo haber venido aquí de chaval. Antes no estaba este muro y saltábamos la valla para tirarnos desde las rocas. Es el mejor lugar del mundo y con el faro de James delante.

Sonrío orgullosa. En eso sí que le he de dar la razón, aunque me sorprende que un jurásico como él tenga tan buen gusto. Él sigue mirando el mar por encima de mi muro, tan entusiasmado que hasta da saltitos.

—Me enamoré del sitio en cuanto lo vi. La casa en sí no es gran cosa, pero las rocas... ¿Quieres entrar a verlas?

—Me encantaría.

Saco las llaves de detrás de la maceta de la entrada y las pongo en la cerradura. No imagino que invitándole a entrar estoy firmando mi sentencia de muerte.

Capítulo 6

ORIOL
Y yo que decía: «Por fin, ahora la tengo»

—¡Kampanilla!

—¿Kampanilla?

—¡Síííí!

Asiente y se pone a bailar a mi alrededor moviendo los brazos hacia atrás como si tuviera alas. La miro divertido. No es la chica más espectacular de la sala, pero me ha llamado la atención su ropa y cómo se mueve. Por eso he querido saber su nombre y me lo ha dicho sin dudarlo un segundo. Es Kampanilla, claro que sí. Va vestida igual que la pequeña amiga de Peter Pank, el protagonista de mi cómic favorito. El pelo cardado y negro le hace una cara diminuta, como si fuera una duendecilla. Lleva medias de rejilla negras, los guantes de Gilda y pintura de guerra por toda la cara. Es clavadita al dibujo de Max, solo le falta llevar el pecho revolucionario al aire para ser el calco de mi hadita sexy preferida. Le voy a pedir que me lo enseñe, pero no me da tiempo a abrir la boca.

—¿Y tú? ¿Tú cómo te llamas?

Me lo dice con una voz pequeña y dulce, como la de un dibujo animado. Supongo que imita a la que debería de tener esa brujilla diminuta, porque por la pinta y el cuerpo que tiene parece bastante

mayor que yo. Qué divertida es. ¿Cómo no me había fijado en ella antes? Yo también me pongo teatral y le saco la voz más macarra que puedo fingir.

—Pues Peter, claro. Yo soy Peter Pank.

Se ríe y me arrebata la botella de cerveza para darle un sorbo mientras sigue bailando y moviendo el culo delante de mí.

—Eres igual de alto y llevas su cresta, pero no estás tan flaco.

Creo que es un piropo, porque no deja de sonreírme ni de mirarme como si fuera algo comestible. Me encanta.

—¡Gracias!

Me acerco a abrazarle la cintura, pero otro chico se me adelanta. Deduzco que se trata de su novio, porque irrumpe entre los dos, le quita la botella y me la devuelve con cara de malas pulgas. Ahora su maromo se pone a sacudirle los hombros y le grita enfadado, pero mi hada ni se inmuta, ella se sigue partiendo de risa. Y yo también al oírla. Sus carcajadas son contagiosas como las de un niño pequeño.

—¡A ti ya te vale! Si sigues así, te vas a casa.

—Porque tú lo digas.

Él se cabrea más al oírla, me mira con cara de mala leche y acaba por llevársela a rastras hacia el otro extremo de la sala. Kampanilla debe de llevar bastantes cervezas ya, porque le da igual la bronca y sigue riendo y bailando, ajena a la bulla que el otro le pega de camino. Qué mujer. Antes de desaparecer entre la gente, gira la cabeza y me guiña el ojo. Me río al verla, le tiro un beso y vuelvo a mi cerveza y a la música de El Último de la Fila.

Me gusta este grupo nuevo, aunque no sean de mi estilo. Mis colegas se han ido más adelante, con ganas de tocar más carne, pero a mí no me gustan los empujones ni tocar lo que no quiere ser

tocado. Además, en toda la sala se oye igual de bien y yo he venido solo por eso: por la música.

No han pasado ni dos canciones cuando noto una mano tibia en el brazo que me arrastra hacia atrás. Mi diosa punki y larguirucha ha vuelto y me lleva a un rincón oscuro. Me empuja contra la pared y me asalta la boca. Le sabe a cerveza y a flores dulces.

—¿Y el tío con el que venías?

—¡Que se joda! ¡Es un aburrido!

—Pero...

Mete la mano dentro de mi pantalón y acerca su boca de duende a mi oído. Me acaricia susurrando.

—Quiero que me folles.

Arqueo las cejas, esto no me lo esperaba, pero ni se me ocurre negarme. Qué suerte la mía. La cojo en volandas y me la llevo heroico hacia los baños. Se oyen gemidos dentro de uno de ellos. Parece que no hemos sido los únicos con esa idea. Ella se ríe al oírlos y yo no puedo resistirme a esas carcajadas. La beso y con sus piernas flacas enredadas en mi cintura, me meto en el primer sitio libre que encuentro. Cierro la puerta, coloco a mi hada en una especie de repisa estrecha sobre el váter y me bajo el pantalón. Ella se queda embobada mirando lo que le descubro, con las manos agarrando las paredes para no caerse y los ojos abiertos como si nunca hubiera visto algo así en su vida. Intento hacerme el experimentado.

—¿Te gusta, Kampanilla?

Asiente y se intenta bajar las bragas. En esa postura le es imposible y yo le ayudo tirando de ellas. La piel bajo la tela le arde. Como no se las consigo quitar, le meto la mano dentro para apartar ese tejido tirante de mi camino.

—A mí también me gusta mucho esto.

Le pongo la palma entera sobre su sexo y agarro con fuerza. A su contacto, una corriente eléctrica me atraviesa la columna y se dirige al centro de mi pene, que se yergue aún más hacia su objetivo. A mi duendecilla le debe de gustar mucho lo que hago y lo que ve, porque se arquea buscándome desesperada y a mí me encanta ver cómo se mueve hacia mí. Es lo más bonito y mágico que he visto en mi vida. Lamo su piel y le aprieto de lleno en la hendidura. Eso le hace gemir aún más y yo no dudo en hundir mi índice en su carne hinchada, que me empapa al instante. Kampanilla se retuerce y se aprieta contra mi mano para metérselo aún más adentro.

—Estás como una moto, nena.

Ay, lo que he dicho. Me mira enfadada y tira de mi cresta para pegar su cara a la mía. Mientras me hundo en sus ojos, me lo vuelve a exigir, esta vez con voz mucho más ronca.

—Que te calles y me folles, joder. ¡Ya!

Qué marimandona. Vuelvo a tensar la tela de sus bragas para hacerme más hueco hasta que suena un chasquido liberador y me meto entero en ella sin perder más tiempo. Grita cuando la empalo y me tira otra vez del pelo hasta hacerme chillar a mí. Me encanta. Kampanilla gruñe y se levanta la camiseta, regalándome sus pequeños pezones rosados que se mueven frenéticos ante mí. Intento alcanzarlos con la lengua, pero mi pelvis ya va por libre. Lo que sabe esta mujer. Me ha trastornado tanto que yo ya no puedo parar y la empujo una y otra vez como un perro loco, hasta correrme en un grito.

El alarido que he dado en sueños me despierta. Madre mía. Estoy empapado en sudor y agarrándome el pene, que, por supuesto, tiene una erección de mil pares de demonios. Vaya despertares llevo

últimamente, parezco un crío. ¿Tendrá que ver con la atrofia? Quizá la degeneración de mi cerebro va a despertar todos los retales olvidados de mi memoria sexual. Este trocito era, por lo menos, del Paleolítico Medio.

Mientras tomo el café, vuelvo a pensar en el sueño que he tenido. Mi punki loca, mi Kampanilla. Lo más divertido y bonito que me pasó en Barcelona. Había olvidado su apodo y estoy casi seguro de que su nombre no me lo dijo. Menuda noche aquella. Y menudo día. Nos escapamos de la disco antes de que acabara el concierto para evitar a su novio, el que tenía tanta mala uva. Paseamos durante horas hasta llegar a su casa, un chalé con verja y jardín en el barrio de Poblenou, cerca de la playa de Bogatell. Cantamos las pocas canciones que nos sabíamos del grupo, nos besamos y nos volvimos a meter mano. Nos reímos de sus bragas rotas y de nuestras vidas. Como si hubieran sido muy largas por aquel entonces, en esa época debíamos de tener los dos unos veinte años. Yo creo que ya rotaba en Sant Pau, o estaba a punto. Pero en vez de estudiante de Medicina, que me pareció algo cutre, le dije que era pintor, un gran artista. Ella me confesó que era actriz porno, pero que nunca la podría reconocer en ninguna película porque en el cine llevaba peluca. Aún hoy me sorprende que una mujer tan alucinante se fijase en mí esa noche. Quedamos en la horchatería de la rambla de su barrio al día siguiente, pero no apareció. Le había comprado unas bragas negras de encaje como las que le destrocé. Cuando me decidí a ir a su casa a dárselas, salió su novio y me echó con cajas destempladas. Me dijo que ella no estaba y que si volvía por allí, me mataría. Ya sabía, por lo que me contaba Cesc, cómo se las gastaba este tipo de gente, y además ese hombre daba bastante miedo, así que de camino a casa, tiré a una papelera las bragas y su recuerdo. Y allí se quedaron los dos hasta el día de hoy, en el que a esta

maldita enfermedad se le ha ocurrido recuperar ese retal de mi vida. ¿Cómo he podido olvidarlo hasta ahora? Si fue una pasada. ¿Cesc se acordará de ese día? Él no vino, claro, su padre se lo llevaba los fines de semana, pero creo que se lo conté bastantes veces.

Suspiro y abro la nevera. Repleta de batidos y un poco de leche para el café. Si la Hierbas la viera... Me río solo de pensarlo y me vibra el móvil. Es una llamada de Nina.

—*Bon dia*, gerenta mía.

—*Bon dia*. ¿Estás despierto?

—*Yes.* O quizá te hablo en sueños, no sé. ¿Tú qué crees?

—Que eres un payaso. ¿Estarás en casa a las doce?

—Sí. Voy a comprar un momento, pero en media hora estoy. ¿Por qué?

—Para pasar un segundo. Abril se ha dejado el retenedor.

—Para variar. Menos mal que no puede desenroscarse la cabeza o habría que llevársela al instituto cada día.

—No sé a quién sale.

—A mí desde luego no, será a su padre.

—Imbécil. Los colores los tendrá míos, pero el resto es todo tuyo.

Tiene razón. Mi niña es rubia y con la misma mirada de color hierba que Nina, pero sus expresiones son tan mías que a veces me asusto. Es como mirarse en un espejo.

—Pues pobrecilla.

—Igual habría que llevarla al dentista a que le haga otro y que tenga uno para cada casa.

—Me parece muy buena idea.

—Sí. Mañana le pediré cita y ya lo hablamos. Te veo en un rato.

Me quedo atontado mirando la pantalla. Me acabo de dar cuenta de que no le hará falta un nuevo retenedor. En unas semanas, Abril ya no tendrá ese problema porque solo vivirá en una casa. Pensar en

eso me da dolor de tripa. Tengo que hablar con Nina ya. Tengo que contárselo. Podría aprovechar ahora que vienen las dos a mi casa. No. No. Aún no estoy preparado para decírselo. Qué va. Y menos a Abril. Mierda, es que no puedo. No quiero sentir su lástima. Aunque debería hacerlo ya, como me ha insistido Mariona. A ellas por lo menos. Y a Cesc. A Cesc también. Joder, Cesc. No sé cómo se lo voy a decir a él. Quizá el fin de semana que viene. Entonces se lo diré a todos. Sí, seguro que la semana que viene estaremos todos más tranquilos.

Ya está todo comprado. Y en el mercado del domingo, todo de aquí, de kilómetro cero. Sano sano. Fresas, manzanas, cerezas, lechugas, calabacines y hasta un brócoli. Ona no se podrá quejar, yo cumplo mi parte y ella tendrá que hacer lo mismo con la suya. Un trato es un trato. Coloco las bolsas de red sobre la mesa, que son de tela reciclada sin químicos ni plásticos, y tiro a la basura la lista de la compra que me hizo ayer. Ay, no, seré imbécil. Lo saco de ahí y lo llevo al contenedor de papel. Hagamos todo bien ya.

Abro la nevera y la cierro otra vez. Se me ha olvidado comprar leche y café orgánicos. Me da que eso no me iba a gustar, deben de saber a demonios y yo no puedo pasar sin un buen café. Mariona debe de ponerse hasta arriba de infusiones raras, no la veo muy cafetera. Me voy al patio y arrastro el contenedor amarillo hasta la cocina. Vuelvo a mirar los batidos venenosos. Me dan ganas de tomarme uno de despedida y lo abro, pero me acuerdo de lo que dijo la Hierbas que tenían y me da un poco de asco. Nada. Paso. Tengo que cumplir mi promesa. Todos fuera. Voy vaciándolos de uno en uno en el fregadero y tiro los botes al cubo al que pertenecen.

La nevera se me ha quedado pelada como las paredes de su chalé. Joder, vaya corte pasé ayer en su casa. Al ver ese salón, deduje que acababa de mudarse. Todo estaba tan impoluto y vacío como un quirófano. Y claro, como estaba tan agradecido por la terapia y por todas sus atenciones, me puse amable y le comenté que si quería algún mueble de mi trastero para llenarlo. Y ella va y se descojona. De mí. No me hizo ninguna gracia y le dije que me parecía que su decoración era un poco fría. Me llamó clásico, o sea, viejo, y me dijo que a ella le gustaba así. Que las casas llenas son para mentes vacías y que ella solo conservaba lo que realmente necesitaba o era importante.

Pues mi casa o mi despacho están llenos de cosas preciosas sin ninguna utilidad clara. Hay que ver lo rara que es esta mujer, creo que no se parece a nadie que haya conocido. Menos mal que cambió de tema rápido y nos fuimos a ver las rocas. Eso sí que no necesita ninguna decoración. Si hubiera sabido que la casa estaba en venta, me habría adelantado a pillarla yo. Hacía siglos que no veía esas piedras. Eso sí, yo me habría hecho un chaletazo como Dios manda, con dos alturas por lo menos y lleno de habitaciones, muebles y cuadros. No esa casita de Pin y Pon que tiene ella en la que no le cabe ni un gato. Y sin cosas recicladas ni minimalismos chorras de los suyos. Un casoplón enorme para vivir todo el año y ver el mar cada día.

Si no me fuera a morir, le habría hecho una buena oferta. Pero no va a poder ser. Ahora ya se me ha pasado el arroz para comprar nada.

No estuve mucho rato con ella. Después de ver el acantilado y ese pedazo de luna que salía, me ofreció un vaso de agua y me fui zumbando, antes de que se le ocurriera tirarme a la basura por considerarme innecesario.

Me echo a reír solo, pensando en cuál sería el contenedor que la Hierbas elegiría para mí. Está claro que tendría que ser el amarillo, porque soy cirujano plástico. Me parto. Se lo tengo que contar a Mireia. Y a Cesc. Devuelvo el contenedor de mi especialidad al patio, lleno de botes vacíos que al moverse resuenan como si el planeta lo celebrase con maracas.

Llaman al telefonillo. Sonrío al ver a mis chicas en la pantalla saludando y haciendo el chorra. Las dos tienen una copia de mis llaves, pero desde que un día me pillaron en plena faena con una de mis amigas, llaman primero por si acaso. Entran parloteando las dos; Nina vestida de colores y mi niña de entierro. A Abril la beso mil veces, evitando sus *piercings*.

—Papáááá. Qué pesado.

Protesta, pero no me aparta y yo aprovecho para revolverle el pelo, lo que hace que se ría y se queje todavía más.

—¡Que me despeinaaaaas!

Nina alucina al ver todas las bolsas de la compra que tengo sobre la mesa de la cocina.

—¿Y esto? ¿Tienes invitados hoy?

—No, es que me apetecía comprar comida sana.

—¿Todo esto es para ti?

Asiento y Nina me mira con los ojos tan abiertos como dos platos bajeros.

—Es la comida para toda la semana. Ahora iba a organizarlo por días.

—¿Has organizado un menú semanal? ¿Tú?

—Sí. Lo he visto en unos vídeos. Se llama *batchcooking*.

Abril se mea de la risa y Nina se me enfrenta en jarras.

—*Batchcooking*. Solo te faltaba eso. Estás muy raro, de verdad. ¿Ha pasado algo?

—Nada. ¿Qué quieres que pase? Que me cuido. ¿O no me he cuidado siempre?

Abril me suelta, abre la nevera y se ríe.

—Papi, te cuidarás mucho, pero la tienes vacía. Aquí no hay nada.

—Ahora iba a llenarla con todo lo que he comprado.

Su madre se asoma al vacío del frigorífico y me vuelve a mirar a los ojos. Debe pensar que me drogo y chequea mis pupilas como la Hierbas.

—No lo metas todo aquí. La verdura y la fruta hay que dejarla fuera si quieres que esté buena. Al fresco y lejos del sol.

Mira a su alrededor buscando un sitio adecuado en la cocina para ponerla, pero no se decide. Sacude la cabeza.

—Te tienes que comprar un frutero.

—Vale. Pero si te parece, lo pondré de momento en la nevera, que así está todo más ordenado.

—¿Ordenado? ¿Que tú quieres tenerlo ordenado?

—Claro. Sin orden, la mente no se me despeja.

Abril se va a mear encima. Nina, en cambio, no se ríe. Se asusta más y se lleva la mano al pecho. Realmente cree que estoy trastornado.

—¿Te has follado a Marie Kondo?

Ahora soy yo el que se ríe a carcajadas, Abril me acompaña y Nina se acaba contagiando y se apunta al coro. ¿Pero cómo se le ocurren estas cosas?

—No, que yo sepa. De hecho, creo que nunca he tenido una novia japo.

—Pues me extraña.

—Lo sé. Mi fama me precede, pero no. No ha surgido.

—Cada día estás peor. Nos vamos a ir a la playa un rato. ¿Te animas?

—¿A dónde vais?

—Al norte, ha parado el viento y allí se estará muy bien. Además, aún no hay muchas medusas.

Me fijo en sus cestas de mimbre, qué envidia. Les diría que sí, pero no puedo. Esta tarde toca otra sesión de terapia y no me arriesgo a que Mariona no cumpla su parte del plan.

—Hoy no puedo, tengo una presentación que preparar. Otro día, mejor avísame antes y me lo monto.

No le miento del todo, tengo pendiente enviar un PowerPoint de oncoplastias a Mireia esta tarde, aunque sé que solo me llevará unos minutos revisarlo.

—Qué aburrido eres. ¿Me das un poco de agua?

Canturreo mientras me acerco a sacarle un vaso limpio del armario.

—Sírvete entretanto lo que te apetezca.

—¿Qué?

—Nada. Chorradas mías. ¿La quieres fría?

Ella sacude la cabeza sonriendo y me quita el vaso de la mano. Ya sé que nadie me entiende nunca cuando cito las letras de las canciones que me gustan, pero a veces se me escapan y las suelto. Es verdad que soy un poco friki y debería intentar controlarme. Nina se sirve del grifo. Hace años no se podía beber, pero ahora el agua de la isla está tratada.

—¿Era otra de las letras de tus cancioncitas de abuelo punki?

—Sí, otra de esas.

—Eres un abuelillo aburrido. Lo que te he dicho.

Es el tercer día que entro en su consulta y ya me parece que llevo viniendo desde hace años. La luz que tiene el despacho y este olor a

flores y a frutas relaja a cualquiera. Esta tía es muy lista y sabe cómo hacer que los pacientes se sientan bien. Está claro. Todo lo debe de tener calculado al milímetro: los colores suaves, esa música rollo *spa*, la distancia simétrica entre los muebles y la posición de las patas de las sillas, justito en las baldosas. Nada es irregular ni está fuera de sitio. Y esa simetría y perfección da mucha paz, como la de esos jardines japoneses de arena.

Hoy, ella ya estaba aquí cuando he llegado, preparando la bandeja de inyectables. A esta mujer le encanta pincharme. Me ha vuelto a inyectar tiamina y después una cosa quelante para eliminar los metales pesados. Al parecer, y según mis iris, que ha mirado atentamente con una lupa, mi sangre tiene más plomo que Bonnie y Clyde juntos al morir.

La Hierbas pincha muy bien. No me ha dolido nada. Como siempre, ha preparado todo con mucha calma y me ha apretado un rato el lugar del pinchazo con una gasita. Me encanta mirar cómo lo hace, es muy hábil y todos sus movimientos transmiten confianza y tranquilidad. Pero lo mejor de toda la tarde está siendo ver su cara ahora. Me ha pedido que pase al baño a cambiarme, porque quiere ponerme en la espalda unas piedras negras calientes. Me ha dado una toalla y ha insistido en que me la ponga como un camarero, señalándose la cintura dos veces para que me la pusiera cubriendo mis partes. Y no he podido evitarlo. El impulso ha sido más fuerte que yo y he salido en pelota picada con la toalla bien dobladita colgando del antebrazo. Es una broma vieja de hospital, y normalmente se la habría hecho con los gayumbos puestos, pero hoy me ha dado igual. Total, para lo que me queda en este mundo... Me merezco, como mínimo, escandalizar un poco al personal.

—¿Qué le sirvo, doctora? Soy su camarero de esta tarde, dispuesto a ofrecerle lo que usted guste.

Me mira fijamente la entrepierna y se muerde los labios para aguantarse la risa. Yo no podría, pero la tía lo hace. Qué poderío que tiene esta mujer. Se nota que se está descojonando por dentro, pero no se ríe ni un poquito. Nada, ni una mueca. Esta vez me ha ganado claramente. 0-1.

—Ponte en la camilla, Oriol. Bocabajo, por favor.

Pues yo sigo con el juego, se va a reír. No sabe con quién se está metiendo.

—¿No puede ser bocarriba?

—No. Bocabajo.

Ya me pone otra vez el tonito de ordeno y mando. Hay que ver cómo le gusta. Y lo mejor es que creo que a mí también.

—Sí, ama.

Y me tumbo mirándola de reojo. Nada. Ni una risita. 0-2.

Coge la toalla y me tapa el culo. Será rancia.

—Oriol, a ti te hará todo mucha gracia, pero yo me tomo mi trabajo muy en serio.

Suspiro. Está visto que hoy no tiene el día. Me va a ganar por goleada. Más vale que me relaje o al final se enfadará de verdad y la tendremos. Me rindo.

—Ya, ya. Perdona. Es que me las pones a huevo y se me olvida que a ti las bromas no te van.

No me responde y empieza a ponerme las piedras de una en una en la columna.

—Quema un poco, doctora.

Levanto la cabeza, la miro y me pongo a hacer teatro de nuevo, gimiendo y arrugando la cara como si tuviera mucho dolor. Están algo calientes para mi gusto y molestan un poco cuando me las pone sobre la piel, pero se puede aguantar. Ella sonríe por fin, pero

me agarra la cabeza y me la coloca de nuevo apoyada sobre la camilla.

—Te acostumbrarás enseguida. Relájate y ponte así, como te he dicho.

Sus manos también están calientes. Cierro un momento los ojos y, cuando me doy cuenta, me he quedado sopa media hora. Ella me observa desde la mesa. Está escribiendo en el ordenador, pero no me quita el ojo de encima.

—Hostia, perdona Mariona, me he dormido.

—Ya. Es normal.

—¿Me has drogado con alguna de tus hierbas?

Sonríe levemente. No sé si eso cuenta como gol.

—No.

Se levanta y me empieza a quitar las piedras. Las retira y las coloca de una en una y con toda la parsimonia sobre un paño blanco. Después las mete en una caja y las deja en otro carrito que también lleva un cubo de ropa blanca. Supongo que todo va para esterilizar. Es superentretenido ir mirándola y ver cómo trabaja. He de reconocer que su manera de hacer es mucho más seria de lo que me imaginaba y la parte de atención, la humanista, es brutal. Es más médica que nosotros. Me está sorprendiendo mucho y bien, quién me lo iba a decir. Ella no se ríe mucho, pero yo me lo estoy pasando pipa viniendo a su despacho.

—Ya puedes vestirte si quieres.

—Pues ahora la verdad es que no sé si quiero, que me he quedado aquí en la gloria.

Me mira seria y no dice ni mu, así que me levanto y me voy a vestir sin que se me vaya esa sensación que me ha dejado de estar flotando. Esto que me ha hecho de las piedras negras me ha gustado mucho. Espero que me lo repita en la próxima sesión. Ahora

entiendo lo que decía Mireia. No me extraña que a la gente le guste venir aquí. Cuando salgo del baño, Mariona ya lo tiene todo recogido y arreglado. Hay que ver qué obsesión tiene esta tía con el orden. Salimos directos al aparcamiento. Igual que ayer, se quiere ir andando, e igual que ayer, yo no le doy ninguna opción. Faltaría más. Soy un señor.

Subimos al coche, enciendo el canal de música clásica que le gusta y arranco. El ruido de un avión nos hace mirar a los dos hacia arriba. Vuela muy bajo hacia el aeropuerto.

—Aviones plateados.

Lo digo sin pensar y me arrepiento al instante. Mierda, me he relajado tanto con esas piedras mágicas que se me ha ido la olla. Pensaba que estaba solo o con alguna de mis chicas y le acabo de soltar sin querer una de mis letras de los ochenta. Ahora le tendré que explicar también a ella que soy un abuelete friki, que me gusta un grupo que ella no debe ni conocer y que me sé de memoria todas las letras. Abro la boca para decir algo que lo pueda disimular y ahorrarme el apuro, pero ella me contesta primero.

—Rozando los tejados.

Me da un vuelco el corazón y paro el coche en seco. Me giro hacia ella como si se me hubiera sentado al lado la chica de la curva. ¡Ha respondido a la letra de la canción de El Último de la Fila! ¡Ha dicho la frase siguiente! ¡No me lo puedo creer!

—¡Ay! Perdona, Oriol, es que hay una canci...

No la dejo acabar. Aunque la pobre aún está temblando del susto del frenazo, me da igual, yo sigo con la letra.

—Vestido y en la cama.

Suelta una carcajada y me responde sin esperar ni un segundo.

—Vigilo tu ventana.

Ahora soy yo el que se ríe. Alucino. Alucino en colores. Me lo hubiera esperado de cualquier persona menos de ella. A la doctora Miércoles le gusta mi música. ¡Mi música! Me confiesa que le encanta El Último desde siempre y que tiene una colección de vinilos y recuerdos de todos los conciertos a los que ha ido. Madre mía, esta mujer es una caja de sorpresas y yo me siento como un niño de quince años, contándole las cosas del grupo que ella no sabía. Quito la radio y pongo mi lista de mp3. Le digo que yo pensaba que le gustaba la música clásica, que por eso se la ponía. Ella me dice que el que tiene pinta de clásico y de dinosaurio soy yo y me cabreo un poco. Otra vez llamándome viejo de forma subliminal. Bueno, muy sutil no ha sido, me ha llamado jurásico en toda la cara. Que manda huevos porque ella tampoco es ninguna niña. Si somos viejos, lo somos los dos. Pero hoy se lo perdono. Y siempre. Si le gusta El Último, le perdono todo.

Arranco de nuevo el coche y cantamos como dos adolescentes hasta llegar a su casa. Se sabe todas las letras, como yo. Me resulta muy extraño y agradable. Nos quedamos un rato hablando de la música de los ochenta, de cómo eran los conciertos entonces, de lo libres que éramos en esa época. Ahora somos dos los abueletes frikis enganchados a un montón de canciones viejas y que se cuentan sus batallitas. Esta vez no entro en su casa, pero le acompaño a la puerta y aspiro el olor salado de la brisa. Saber que me queda poco tiempo para sentir estas cosas hace que las disfrute cada vez más. Cuando eres consciente de la cercanía de tu propia muerte, la vida se vuelve más intensa. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de lo frágil que es el tiempo.

—Hasta mañana, doctora Hierbas.

—Buenas noches, Plasticosaurio.

Me echo a reír y al entrar en el coche, dejo las ventanillas abiertas para que entre la brisa. Hoy el mar me huele mejor que nunca.

Capítulo 7

ONA
Hueles a jazmín

—Bon dia!

Esas sonrisas que me regala Miquel cada mañana son como los días de enero con sol. Alegra la vida a todo el que pasa por delante de la puerta del departamento. Una vez me dijo que no cerraba porque tenía claustrofobia, pero estoy segura de que solo lo hace para cotillear.

—*Bon dia,* Miquel*.*

—¿Qué tal tu finde, Onita?

—Curioso.

—¿Curioso?

No puedo contarle todas las cosas extrañas que me han ocurrido este fin de semana, así que mejor cambio de tema. Además, no soporto mentir, se me da fatal hacerlo y él lo sabe. Se daría cuenta al instante de que le oculto algo. Decido dejar la mochila en el suelo y sentarme en la silla vacía frente a él.

—Mucho. ¿Y el tuyo?

Menos mal que él tiene mucho que contarme y además lo está deseando. Me sonríe enseñando sus dientes perfectos. Solo con mirarle, ya me relajo como si estuviera en mi casa otra vez.

—Es-pec-ta-cu-lar. Fiesta, playa, sexo, *show*. En ese orden, en el contrario y también todo junto. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Y no me lo esperaba para nada.

Parece que los dos hemos tenido un finde inesperado. Le escucho muy atenta, me encanta oírle hablar. Me describe todo lo que han hecho Pep y él desde el viernes con tanto detalle que hasta finjo escandalizarme a veces con lo que dice, pero no paro de reírme. Nadie cuenta las cosas como Miquel, debería dedicarse a escribir o a hacer monólogos.

—Madre mía, y qué energía tienes todavía, ¿no?

—No creas que tanta, ha sido brutal, pero estoy agotado. Superagotado. No sabía si podría levantarme esta mañana. Casi te llamo y te pido el día libre. Una baja por agotamiento y *burnout* social.

—Pues tienes muy buena cara.

Se hace el ofendido y se sacude, dramático, el flequillo negro hacia un lado. Hoy no se ha puesto tupé.

—¿Perdona? Estás hablando con el rey del *makeup.* A mí no se me notaría ni la muerte.

Entorna sus ojos oscuros y me hace un par de poses de *voguing*. Le respondo entre risas.

—Lo sé, lo sé.

Intento imitar las posturas que me ha hecho, para seguirle la broma, pero me lo prohíbe negando con su cabecita glamurosa. Ni siquiera a él, que me quiere, le hago gracia.

—Déjalo, *miamol*. El modelaje no es lo tuyo. Tienes muchas virtudes, pero esa no. Por cierto, te he comprado una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Un regalo?

—Sí, claro. Y no te puedes negar a usarlo.

—Ay, me hace mucha ilusión, pero tú siempre me das un poco de miedo con estas cosas. ¿Y si no lo entiendo? ¿Qué es?

Abre su bolso plateado y saca de él un paquetito envuelto en un celofán rojo brillante, con un lacito más oscuro en un lado.

—Lo vi y no pude evitarlo.

Me emociona. Me sorprende que pueda haber pensado en mí fuera del trabajo. Yo nunca me acuerdo de nadie cuando voy de compras. Aunque también es verdad que casi nunca voy de compras.

—Venga, ábrelo ya, Mariona.

Suspiro. Espero que no sea una broma, o por lo menos que, si lo es, pueda pillarla. Miro el paquete, lo sopeso y lo huelo.

—¿Qué es?

Miquel eleva sus manos al cielo y me grita.

—¡Ábrelo, coño!

—Valeee.

Le quito el lazo y el papel con cuidado. Dentro hay un paquetito de cartón. Busco cómo abrirlo sin romperlo.

—¡Que no eres cirujana, joder! ¡Destrózalo!

Lo consigo abrir sin rasgar nada y le miro levantando orgullosa las cejas. No seré cirujana, pero he podido hacerlo. Me sorprendo al ver lo que alberga el paquete en su interior: un pintalabios rojo y un pequeño pasador plateado con forma de corazón.

—¿Y esto?

—Te dije que quería que te lo pusieras, y como nunca me haces caso, pues te lo he comprado yo. No tiene plomo ni ninguna mierda. Es ecológico, vegano, orgánico y tiene todos los sellos esos que siempre buscas.

—¿Y el pasador?

—Pues para que te recojas el pelo lo justo, pero no con el moño de mi abuela. Que no es que esté mal tu moño, tiene cierto *glamour*, pero ¿siempre? Con este clip te lo puedes recoger por delante y lo llevas suelto y libre por detrás. Y con forma de corazón, como tu piedra sagrada. —Y me hace reír uniendo sus manos en un corazón mientras me lanza un beso.

—Cuando se te mete algo en la cabeza...

—¡Exacto! No paro hasta que lo consigo. Ya te lo ha dicho Pep mil veces: soy un cansino. ¿Por qué te crees que cedió a casarse conmigo y renunciar a tener un amor en cada aeropuerto? Por puro agotamiento. Así que no te resistas. No puedes.

Me levanto y me acerco a él para darle un beso en la mejilla. Me lo comería entero.

—Yo también me casaría contigo, Miquel. Gracias por pensar en mí, de verdad, muchas gracias.

—Ay, Ona, es que, aunque puedas ser mi abuela, te veo como una hermana.

Le pego un manotazo en el hombro y se burla de mí a carcajadas.

—¡Serás cabrón! ¡No puedo ser tu abuela! ¡Miquel!

—Bueno, poder podrías, que de todo hay. Que en tus tiempos la gente paría muy joven. —Se ríe de la cara que pongo y me esquiva el manotazo—. Pero es que con ese moño y sin pintar, además de poder serlo, lo pareces. Vas a ver.

Se levanta, me coge de los hombros y me empuja con fuerza para sentarme de nuevo, esta vez en su silla. Deshace el moño, sacude mi pelo gris y lo deja suelto. Coge todos los mechones de la frente, los retuerce y me despeja la cara sujetándolos con el pasador.

—Pero mira cómo queda. ¡Mira!

Ya vuelve a hacer aspavientos, me sacude el pelo para todos los lados y yo me parto.

—Tu pelo me flipa, Ona. ¡Es una pasada! Huele de vicio con esos aceites que te pones. Y suelto se te ondula y se te pone enorme. Con esas mechas plateadas, pareces una mujer loba.

Le enseño los dientes como si fuera a morderle.

—Ríete, pero estás mucho más guapa así, de lobaza sexy, que es lo que eres. Ahora los labios.

Pongo morritos para que extienda mejor el pigmento y me dejo hacer. Mientras me pinta, miro los componentes del pintalabios.

—Serás desconfiada.

—No, coño, solo quería ver lo que tenía. Huele muy bien, como a romero.

—Romero, te lo como entero.

—¡Miquel!

—A ver, ponte de pie.

Me levanto y doy una vuelta sobre mí misma para mostrarle cómo he quedado.

Él palmotea satisfecho con su obra y vuelve a sacudirme el pelo.

—Así quiero verte todos los días.

Me río y me levanto para mirarme en el cristal de la puerta.

—Mejor mírate en el espejo del baño, doctora Hierbas.

Le obedezco y miro mi reflejo. Es verdad que estoy mucho más guapa así. Me giro y le sonrío.

—Me encanta.

—¿Y eso?

—Que me gusta cómo queda. Tenías razón, lo reconozco.

—Lo sé, pero no me refería a eso, me refería al nombre.

—¿Qué nombre?

—Que no te has enfadado cuando te he llamado doctora Hierbas.

—Ah. Es que ya no me parece tan feo.

Levanta una ceja y se me queda mirando, interrogante.

—¿Y ese cambio?

Trago saliva. Es verdad que ahora ya no me parece tan feo, creo que es porque quien me lo llamaba antes me cae un poco mejor. Pero no se lo puedo decir.

—Me gusta como lo dices tú. Suena diferente.

Ahora es él el que me besa la mejilla.

—Y con ese pelo suelto te queda todavía mejor el apodo, pareces una mujer medicina, una chamana de esas sagradas.

Le acaricio el brazo dándole las gracias de nuevo.

—Pues podría serlo. ¿Sabes que en el barrio nos llamaban los indios?

—¿A tu familia?

—A mi hermano y a mí. Por la piel que tenemos los dos, así tan oscura. Nunca he sabido si era porque nos parecíamos a los nativos americanos o a los de la India.

—Nada de la India. Tú eres claramente una sanadora cherokee, una susurradora de caballos y recogedora de plantas mágicas. Que así me tienes la consulta, hasta arriba de hierbas.

Me echo a reír, qué teatrero es.

—Venga, sanadora Hierbas, ahora solo me falta llevarte de compras y tirar ese engendro de mochila a la basura.

—¡Eh! ¡Ni hablar! ¡Eso sí que no! ¡Ya sabes que no!

Le lanzo una mirada asesina, pero en vez de asustarse, se burla de mí.

—Ya, ya, no me sueltes el rollo. Ya sé que era de Xavier y que eres la viuda de España, y desde que se murió, ya ni follas ni te separas de esa mochila andrajosa. ¿No te vale con la piedra mágica del corazón y llevar el anillo de poder y darle vueltas como si fueras Frodo? Esa bolsa da mucha grima.

Suelto una carcajada. ¿Cómo puede hacerme reír diciéndome esas burradas? Es que no puedo con él. Que no se meta con mi piedra favorita y mi anillo.

—¡Miquel!

—Doctora Bolsón, le paso el plan de hoy, que lo tiene *petao*.

Le mato, ahora voy a ser el Hobbit durante todo el mes, lo veo venir.

—Dispara.

—Presenciales hasta la una, dos son nuevas, vienen de Oncología, al resto ya las conoces, son de la comarca. Hoy no viene ningún orco.

—Ya te vale. ¿Vas a hacer de Tolkien toda la semana?

Se echa a reír y me dice que, como no me quite el anillo, me despida de mi pelo de loba, que acabaré con los tres pelos del Gollum.

Gruño por no aullarle y me llevo a mi despacho las carpetas que me ha preparado. Coloco la mochila culpable en la taquilla y me acerco a la mesa para encender el ordenador. Saco mi piedra de la mochila y la pongo sobre la mesa. Sí, Miquel tiene razón, soy un poco friki, pero esta piedra me da suerte. La llevo conmigo desde que la encontré de cría y me flipó su forma de corazón. La acaricio y sonrío.

—Miquel, ¿Lluna no ha venido?

—No, se ha cogido toda la semana. Creo que no viene hasta el lunes.

—Es verdad, que tenía el congreso de fitoterapia de Madrid.

—¡Ah! Se me olvidaba. Ha llamado tu sobrina. Estaba de guardia y entraba en el quirófano, pero luego te llamará, cosa de activismo, creo. Alguien de aquí que ha escrito a la asociación.

Qué bien. Mi querida Álex. La única cosa buena que ha salido de mi hermano. Médica como todos y obligada a estudiar en Oxford como yo. Todas las Muscat tenemos adolescencias intensas y padres gilipollas con dinero.

—¿Es una I?

—Supongo.

Álex forma parte de varios grupos de activismo intersexual, la letra I de las siglas LGTBI. Ella nació intersexual, es decir, con características sexuales fuera de las normas binarias que la sociedad cree correctas y, a pesar de mis protestas, su padre, el superdoctor Joan Muscat, no dudó en asignarle el género que él decidió y protegerla como si estuviera enferma.

—¿Te ha pasado algún contacto?

—No, me ha dicho que te hace una videollamada luego y te explica, que así habláis un rato.

Me alegra oírlo. Así me pondrá al día de todo, porque con Joan paso de hablar. Es imbécil. Odio ser la hermana del príncipe encantador, del gran profesor. De grande no tiene nada, solo es un puto cirujano plástico engreído y carca.

Miro la pantalla del teléfono de la consulta. Qué raro. Nina llamándome por el fijo.

—¿Qué ha pasado?

—*Bon dia* primero, ¿no?

—Perdón, *bon dia*. Es que es muy raro que me llames. Tiene que ser algo grave.

—No, es que me apetecía oír tu voz melodiosa. ¿Qué tal el finde?

Trago saliva. Hoy todo el mundo está empeñado en saber cosas de mi fin de semana. No quiero mentirle, así que le cuento solo

parte de lo que he hecho.

—Ya sabes. Lo de siempre. Leyendo al sol.

—Para variar. Estarás ya negra, cabrona.

Ya estamos con mi piel. Siempre se queja de que yo me bronceo al primer rayo de sol, mientras que ella solo consigue ponerse roja o, como mucho, *beige* clarito.

—Alguna ventaja tiene que tener no ser rubia.

—Esa y que te queda mejor el chichi con la depilación brasileña. Más apetecible.

—¡Nina!

—Nosotras fuimos a la playa el domingo. No te dije nada porque no sabía si vendría Oriol, y como vosotros dos...

Contengo el aliento asustada.

—Nosotros dos, ¿qué?

—Que no os podéis ver, coño, y paso de estar separando púgiles en mi día libre. Ya tengo bastante con hacer de árbitra en las sesiones en las que coincidís, que me tenéis frita.

—Ah. Ya.

—Por eso no te avisé. Aunque al final, él tampoco vino. Tenía no sé qué.

—No pasa nada. Ya sabes que yo prefiero las rocas a la arena.

—Ya. Una cosa.

Lo sabía. Había un motivo para su llamada, y ahora viene el meollo de la cuestión.

—Dime.

—¿Le puedes preguntar a Miquel si sabe de algún cotilleo de Oriol?

Esta sí que no me la esperaba y me vuelvo a poner nerviosa. Esto de mentir es un estrés.

—¿Qué cotilleo?

—No sé, está muy raro.

—Bueno, siempre está raro, ¿no? Tú dices que es superfriki.

—Le dijo la sartén al cazo... A Oriol le pasa algo, está raro. Más de lo normal.

—Pero ¿raro por qué?

—Yo creo que debe de tirarse a alguien del hospital y no quiere que lo sepas.

Doy un suspiro de alivio.

—¡Ah! Pues no sé, no creo. Yo no he oído nada.

—Ona, perdona pero tú no te enterarías ni aunque te follara a ti, que estás siempre en babia. Es Miquel el que se entera de todo.

—Vale, ya le preguntaré luego.

—No, pregúntale ahora, porfa.

—¿Ahora?

—Sí, *please*. Hazme el favor, anda.

—Mejor lo hablas tú con él, que yo espero unas llamadas y paso de que me tengas de correveidile.

—Pues casi mejor, que tú eres una rancia y él seguro que me da todos los detalles.

Me levanto mientras la mando a la mierda y le llevo el teléfono inalámbrico a Miquel.

—La jefa suprema, que te quiere preguntar cotilleos.

—Uuuh —responde Miquel, feliz. Le acaban de pedir que haga lo que más le gusta.

Me vuelvo a mi consulta mientras oigo salsear a mi maravilloso asistente sugiriéndole a Nina que es posible que Oriol siga enrollándose con Bruna, o tal vez se tira a la nueva residente de Onco. Cierro la puerta. Prefiero no escuchar nada para que no se me note en la cara. Miquel me conoce demasiado.

—¡Estás guapísima, tía!

Me hace reír, ella sí que es guapa y maravillosa, y se lo digo. Me encanta que me haga videollamadas desde cualquier sitio donde esté. Estos meses hemos hablado bastante menos por la diferencia horaria y sus horarios interminables. Está preciosa, vestida con un pijama azul que resalta su piel morena. Por lo que veo por detrás, me llama desde el vestuario del hospital.

—En serio, tía, píntate más los labios. Te queda muy bien.

—Gracias, Álex. Tú estás guapísima. Llevas el mismo pijama que los de *Anatomía de Grey,* pero a ti te queda mucho mejor.

Se ríe y empieza a hacer poses de modelo entre las taquillas para que vea lo bien que le queda. Y es verdad que está preciosa. Nunca he visto una persona a la que le quede mejor el pelo al cero que a ella.

—¿Cómo estás, peque? ¿Qué tal en Nueva York?

—Bueno, la ciudad mola mucho y en el hospital hacen cosas alucinantes, pero no me quedaría a trabajar aquí, la verdad. Echo de menos muchas cosas. Aquí no saben vivir. Estoy pensando en presentarme a la plaza de ginecología del hospital de Ponent, allí en tu islita. Ya me he cansado de dar vueltas.

—¿En serio? ¡Sería maravilloso!

—Se lo he comentado a papá y me ha dicho que le encantaría y que así nos podría venir a ver a las dos.

Me cambia la cara en cuanto menciona a su padre.

—Papá ha cambiado mucho, tía. Si no, me obligaría a quedarme aquí.

—No puede obligarte a nada. Ya no.

—No, pero lo intentaría. Se lo montaría para convencerme, y no. Está muy diferente, de verdad. Desde que se murió el abuelo y se

separó de mamá es otra persona. Es increíble.

Resoplo y no le contesto por no decir una burrada de su padre ni de su abuelo.

—En serio, tía. Si hasta ha participado varias veces en las charlas para el colectivo y acepta totalmente mi modo de ver la vida y las relaciones. Bueno, más que aceptarlas las comparte y todo. Creo que tú ya sabes de qué hablo, él me ha dicho que siempre ha sido así y que tú lo sabes.

Se echa a reír y me mira esperando que yo también lo haga, pero no puedo. No me sale. Si ahora quiere volver a ser diverso, pues me alegro. Pero que no intente camelar a Álex con que me quiere, porque no es verdad. Yo siempre le he sobrado.

—Me alegro mucho de que sea muy feliz y que haya cambiado contigo, cariño. Pero entre nosotros es diferente. Él no quiere nada conmigo y ya estamos bien así.

—Sí que quiere, tía. Él te adora.

Hace un puchero y pone cara de niña buena. Ahora sí que consigue hacerme sonreír un poco.

—Álex, no es verdad. Y no me pongas tu cara de gato.

—Me encantaría que le dieras una oportunidad. En serio. Se la merece. Lo ha pasado muy mal con lo de mamá y después con lo de la bolsa.

No le contesto. Me da igual. No voy a preocuparme por sus problemas de amor y de salud, cuando a él le dieron igual los míos y solo le ha funcionado que estuviera lejos. Algo querrá ahora. Paso de entrar en su juego.

—¿Sabes lo que ha montado? ¿Lo que ha hecho con el dinero del hotel? Es una pasada. De verdad que se merece que le escuches. Tía, por favor.

No puedo responderle a lo que yo creo que se merece su padre. Cojo uno de mis botes de aceite esencial de paz y calma y me lo paso disimuladamente bajo la nariz.

—Ya hablaremos otro día de eso, Álex. Ahora, dime, ¿qué era lo que necesitabas?

—Vale. Pero prométemelo. Promete que hablaremos de eso en la próxima vídeo.

—Que sí. Pero hoy no. Venga, dispara.

—Es una mamá de la isla, ha enviado un correo a la asociación, su peque es una persona intersex no binaria y todo había ido genial en el colegio y en pediatría. El protocolo más que perfecto.

—Sí. Funciona genial, los pediatras y los profes de esta isla son una pasada. Ya quisieran en muchos otros sitios.

—Lo sé. Y por eso consultaba. Le ha sorprendido. Se va a ir en verano a un campamento religioso en la península y no permiten que se inscriba sin poner la cruz de la casilla de sexo y elegir uniforme. Chándal azul o chándal rosa.

—¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Pero por qué la envían a un sitio así?

—Porque van sus compis y es de fútbol. Al parecer, le gusta mucho. Y es concertado, que eso es lo que más me alucina.

Me quedo pensando. Lo que me pide el cuerpo es rogarle que no la envíe allí, si ya empiezan obligándoles a eso, que le ahorre aguantar a según qué personas. No es la religión ni la política, son los imbéciles de turno. Personas grises, opacas, que no soportan a los que brillan con todos los colores. Pero esa madre ya debe de saber todo eso. Quien tiene que cambiar no es nadie de esa familia, sino la estupidez de los demás. En fin. Si quiere ir, que vaya. Solo faltaría que no pudiera.

—Les haré un informe y se lo enviaré con la copia de la ley y de las jurisprudencias de otros juicios con campamentos. Y dile que la asociación tiene una abogada que hará la denuncia a los organizadores si hace falta. Ya pueden empezar a coser chándales amarillos y morados.

—Esa es mi tía. Yo no puedo hacerlo porque estoy al otro lado del charco. Pero tú la tienes en la isla. Te paso el contacto para que quedéis.

—Ahora mismo la cito y se lo hago todo.

—Gracias, tía Ona. Te dejo, que entro otra vez a quirófano.

—Adiós, cariño. Ve contándome.

—¡Sí! Y piensa en lo de papá, por favor.

Doy al botón rojo como si no hubiera oído la última frase.

En ese mismo momento, abre la puerta Miquel y se sienta frente a mí. Debía estar esperando fuera a que colgara. Él también está involucrado en grupos activistas de la isla. Está empeñado en que vaya con él y hable con los medios, pero Nina no me deja, dice que tengo muy mala prensa y que la liaría.

—Era sobre una persona intersexual, ¿no?

—Sí. Lo de siempre. Le obligan a elegir casilla de sexo para ir a un campamento.

—Debería haber una tercera cruz para el tercer sexo y problema arreglado.

—No. Ni arreglaría el problema ni hay tres sexos. Los sexos y los géneros son infinitos. Y la intersexualidad nos demuestra el universo tan diverso y maravilloso que somos los seres humanos. Como todas las especies, coño.

Miquel ladea la cabeza y me mira atento, invitándome a seguir.

—No debería obligarse a nadie a elegir casilla. Si quieres identificarme, mira mi foto y elige tu mierda de casilla mental, pero

déjame vivir sin cajas. Yo no entro en ninguna.

—Me encanta cuando dejas de ser la Rottenmeier y hablas de tus cajitas. Te vuelves otra persona, en serio. Me enardeces. Deberías estar en la junta con nosotros.

—Bah. No os haría ningún favor, ya viste lo que pasó con la tele.

Hace unos años me hicieron una entrevista en la televisión local. En ella expliqué que meter a las personas en cajitas para clasificarlas era solo algo ficticio para hacer ciencia, pero que en la vida real no había cajas. Que los sexos, los géneros, las identidades y las orientaciones eran infinitas y que, si fuéramos estrictos, no habría suficientes cajitas en el mundo para meternos a todos.

Por supuesto, nadie lo entendió, pero a la gente le debió de hacer gracia cómo lo dije, y los memes de las cajitas infinitas de la médica del Insular se hicieron virales. A Nina no le gustó nada la repercusión que tuvo y los *haters* que generó y me prohibió dar más entrevistas. Yo encantada, pero Miquel no.

—Eres una artista incomprendida. La Björk de la isla.

Le tiro la caja de los *kleenex*.

—Vete a la mierda.

Él se vuelve a su despacho imitando los gorgoritos de la cantante islandesa.

Antes de que me cierre la puerta, le respondo:

—¡Pues que sepas que Björk mola mucho! ¡Y está forrada!

Ha debido de pasar un buen rato cuando Miquel vuelve a abrir la puerta de mi despacho tras dar dos golpecitos en ella. Tiene cara de circunstancias, de muchas circunstancias, y las cejas alzadas hasta media frente.

—Ona, preguntan por ti.

—¿Quién?

Se abre la puerta del todo y detrás de Miquel asoma la cara de Oriol en plan «soy divino». Parece una *vedette* entrando al escenario.

—Yo.

Entra en mi despacho de tres zancadas y se sienta frente a mí sin decir hola ni pedir permiso. Se fija en mi mesa y luego se me queda mirando, poniendo esa sonrisa de superioridad que tanto odio. Y ahora me escanea de arriba abajo como si me estudiara, igual que Joan. Plásticos. Son inaguantables. Debe de estar pensando de qué me operaría para convertirme en una de sus *barbies*. Arrugo la cara, enfadada. Joder, este tío un día es casi divertido y al siguiente vuelve a ser el mismo imbécil machirulo. No lo entiendo. ¿Y de qué va presentándose aquí, a horas que pueden estar Miquel o los otros? ¿No me había dicho que no se lo podía decir a nadie? Con lo que odio mentir. Cierro de golpe la carpeta que tenía delante y le hablo con muy mal tono.

—¿Qué pasa, doctor García?

Ahora es él quien frunce el ceño. Me parece que le he sorprendido, pero me responde enseguida.

—Siento presentarme así, doctora Muscat. —Y resalta la palabra «doctora» arrastrando las vocales para que suene todo más lento—. Era para preguntarte si la reunión que tenemos esta tarde se puede aplazar a mañana. Estoy de guardia, pero creo que me podré escapar.

—No hay problema.

Y me pongo a mirar la pantalla del ordenador como si fuera lo más interesante del mundo. No me apetece mirarlo a la cara. Será gilipollas. Él sigue hablando.

—Me ha surgido algo, Mariona, pero vendré. No creas que me escaqueo de nuestra reunión.

Yo ni le miro ni le respondo, pero Miquel sí que va a hacerlo. Él no se ha ido de nuestro lado, aunque no nos habíamos dado cuenta hasta ahora. Nos mira alucinado, primero a mí, luego a él y otra vez a mí. Al final, se encoge de hombros y protesta.

—A ver, pero ¿de qué coño de reunión estáis hablando? Yo no tengo apuntada ninguna reunión con Cirugía hoy, Mariona.

Joder. Ahora sí que me toca mentir a Miquel.

—Porque es algo informal, Miquel, el doctor García y yo tenemos que hablar de...

—La radiofrecuencia —acaba Oriol al notar mis dudas.

—Eso, el protocolo de la radiofrecuencia. Estamos negociando qué nos va a dar Plástica a cambio de compartirla con ellos.

Oriol arquea las cejas y Miquel asiente como si le pareciera lo más lógico del mundo. Y seguramente lo es, por muy raro que le parezca ahora al doctor divo.

—Vale, pero lo apuntaré igualmente, Ona. Todo tiene que constar, que luego me pides la memoria anual y nos falta de todo. Hoy estás muy descentrada. ¿A qué hora habéis quedado?

—Seis y media. Pero ahora el doctor García lo quiere retrasar a mañana.

—De acuerdo. Déjalo todo apuntado en el acta, que a esas horas yo no estaré.

—Lo sé.

—¿O quieres que haga horas extra y me quede a la reunión?

—No hace falta, Miquel.

—Mejor, porque tengo pelu.

Y se va a su ordenador a escribirlo. Oriol no me quita los ojos de encima. Se inclina un poco hacia mí y me susurra.

—Oye tú, descentrada, ¿qué es eso de darte algo a cambio? ¿Ahora tendremos que pagar por usar la radiofrecuencia? Pero cómo te pasas, doctora Hierbas.

Será capullo, no sé de qué se sorprende. Él haría lo mismo. O peor: no me dejaría usarla.

—No vamos a discutir eso ahora. Pero en gestión de departamentos nada es gratis, Oriol.

—Vaya con la negociante catalana. Igualmente, nos vemos mañana, hoy tengo que ir con Abril al dentista, que Nina no puede acompañarla. Por eso te lo he venido a decir, para que no me puntúes negativo. El trato sigue en pie.

—Vale. Pero otra vez me llamas para decírmelo, no hace falta que vengas hasta aquí y se entere todo el mundo. Eres tú el que me ha pedido discreción. Me estás obligando a mentir y yo no lo hago nunca.

—Es que me pillaba de camino, doctora Sinceridad.

—¿De camino?

—Claro, de camino a la eternidad.

Me echo a reír, será bobo. Se inclina un poco más hacia mí y me husmea en el cuello.

—Hueles a jazmín. Y a lavanda.

Mierda, ya me ha hecho sonreír otra vez. No se puede discutir con él cuando se pone a hacer el payaso.

—Me pongo esos aceites. Son terapéuticos y me gustan.

—A mí también. Te veo mañana.

Me guiña un ojo y yo volteo los míos hacia arriba. Será engreído. Se va caminando tan divo como ha entrado, pero, antes de salir del departamento, se gira y me dice en voz alta desde la puerta.

—Por cierto, te queda muy bien el pelo suelto y esos labios rojos, doctora. Pareces una jefa comanche.

No puedo evitar sonreír otra vez, aunque no quiero. Qué cabrón es. Miquel suelta un gritito observándome satisfecho.

—¿A que sí? ¡Y no quería! ¡Es mérito mío! Yo la he maqueado y se lo he dicho también. Estás guapísima así, Mariona, créetelo. Eres otra vez la india del Poblenou.

Oriol da un respingo y me vuelve a mirar intrigado.

—¿Del Poblenou? ¿Eres de Poblenou?

—Sí. De toda la vida.

Me mira con una expresión extraña y huye despavorido, dejando la puerta abierta, como si hubiera visto un fantasma.

Capítulo 8

ORIOL
Un fármaco precioso

—¿Vas a entrar a operar, Oriol?

Nil, el enfermero que nos instrumenta hoy se sorprende al ver que me estoy lavando en el antequirófano.

—Sí, claro. Es una paciente mía. Quedé con ella en que lo haría yo.

—Ya, pero como el otro día te pasó aquello... ¿Estás mejor?

Extiendo las dos manos hacia delante como prueba y las giro, palmas arriba y palmas abajo.

—Mira. Firmes y duras como todas las partes de mi cuerpo.

Nil se parte de risa por detrás de la mascarilla. Hace años que trabajamos juntos en el Insular y aunque repetimos siempre las mismas bromas los dos, nos seguimos descojonando.

—¿Pero por qué el otro día te temblaban tanto? Me preocupaste mucho, y además te quedaste del color de una vela. Pensé que te ibas a caer al suelo redondo.

Yo también me habría preocupado. Trabajar en el quirófano saca lo bueno y lo malo de cada persona. Siempre hay minutos dramáticos y muchas veces inesperados en los que la respuesta de cada uno importa y refleja lo que de verdad tienes dentro. Por eso en los equipos se crean lazos que van más allá de la amistad, es

algo como de hermanos, como lo mío con Cesc. Por eso me está costando ocultarles a mis compañeros lo que me pasa, pero no me atrevo aún a confesárselo a nadie más. Y menos aún antes de que lo sepa Nina.

—Supongo que era estrés, pero ya se ha pasado. Un buen baño de sol, un poco de mar, y nuevo.

No le miento del todo. Sí que se ha pasado bastante. Las dos sesiones que he hecho con Mariona me han dado mucha energía. Nunca imaginé que esto de la Integrativa me gustara tanto. Ayer no pude ir a su consulta, pero hoy me escaparé de la guardia a verla. Me da la sensación de que me cura y todo, aunque sea solo placebo. Ya me dijo Bruna que esto iría a brotes, me advirtió de que habría días en los que me encontraría perfecto, pero que, en cualquier momento, aparecerían otras cosas más llamativas que un temblor. Puede que la cosa empiece con no poder hablar bien, o que no entienda lo que me digan. Lo malo es que cuando ocurra eso, ya no habrá vuelta atrás, empezará el deterioro y todas mis capacidades se irán derrumbando, una detrás de otra. Entonces sí que se lo tendré que decir a todo el mundo y dejar de trabajar. Pero hasta ese momento, prefiero que mi vida siga como siempre. Lo que dure. Como si no pasara nada.

—Pues no me extraña, Oriol. Está claro que sufres mucho estrés. Has tenido un montón de guardias este trimestre. Demasiadas. Y por edad, ya no te tocaría hacer ninguna.

Me hago el ofendido con muchos aspavientos y él arruga los ojos de la risa.

—Bueno, por edad tampoco debería tener una hija adolescente, y mira. Y encima gótica.

—Porque te pusiste tarde.

—Y porque siempre he estado hecho un chaval. ¿O es que no me veis?

Cierro el grifo con el codo y me dirijo hacia él contoneándome como si estuviera desfilando en Cibeles. El resto de personal de quirófano también se ríe al verme.

—Que sí, que sí. Que te vemos estupendo. No hace falta que sigas.

—Y no me habéis visto en bolas.

Se le vuelven a achinar los ojos.

—Ni quiero.

—Yo menos.

—Eso que os perdéis.

—Dicen que los sesenta son los nuevos cuarenta.

—Ya te digo. Pero no te pases, que aún me queda un poco para cumplirlos.

Hostia, me acabo de dar cuenta de que no llegaré a los sesenta y se me retuerce algo en el pecho. Mejor pienso en otra cosa. Canturreo para disimular mi agobio mientras me acabo de secar y me pongo la bata y los guantes. Miro a mi ayudante y le sonrío. Nota que lo hago, aunque tenga la boca tapada por la mascarilla. En el quirófano todos nos entendemos con los ojos.

—Vamos a ello. Ya pinto yo.

—Me encanta que hayas recuperado el buen humor, Oriol.

Sonrío y desinfecto la piel de la paciente con la solución de clorhexidina tintada de rosa. Le hago un gesto con la cabeza al auxiliar circulante para que ponga mi música. Al cabo de un momento, ya están sonando la guitarra de Quimi y la voz de Manolo García y empiezo a trabajar.

—Oriol, ¿vas a ir a ver a Muscat?

El corazón me pega un brinco en el pecho y casi se me cae la pinza de la mano. ¿Y este cómo ha sabido que voy a la consulta de la Hierbas?

—¿A Muscat?

—Coño, ¿no te has enterado? Esta semana es el curso de cirugía en vivo en el Hospital de Ponent. Creía que lo sabías. Al final viene todo el equipo del Central de Barcelona. Han conseguido traer al jefe.

Vaya. Se me había olvidado lo del taller completamente. Me matriculé hace tiempo, pero no me lo apunté en la agenda y se me ha pasado. Debe de estar en algún *mail* perdido. Lo que no sabía era quién venía. Menuda sorpresa.

—Joder, no me acordaba. Y creo que estoy matriculado. Gracias por decírmelo. Bueno, por recordármelo. Sí que voy a ir. Claro que voy a ir.

La intervención ha ido genial. Me da la sensación de que no ha pasado nada y que ya no voy a morir. Siento como si el diagnóstico y toda esa mierda hubieran sido un sueño. Ojalá lo fueran.

Me estoy quitando el pijama quirúrgico cuando se abre la puerta del vestuario. Ya me vienen a recordar que la pesadilla es real. Qué cruz de mujer. ¿No podría olvidarme?

—Bruna, mira que te gusta verme en pelotas.

Se ríe y se da la vuelta. Viste una falda tan corta que parece que solo lleva la bata y los tacones. En otro momento ya le estaría diciendo alguna barbaridad, pero desde que me condenó a muerte, esta niña ya no me pone tanto.

—Hola, Oriol.

—Mejor así. Si entra alguien, pensaría mal.

—Como si no lo supieran ya.

—Será por ti, yo he sido una tumba todo el tiempo que nos ha durado.

Se gira de nuevo y se me enfrenta con los labios apretados. No le ha gustado que hablara en pasado. Pero es la verdad, es lo que es, puro pretérito, yo ahora ya no tengo ganas de ningún lío más. Ni con ella ni con nadie. No lo necesito. Anda que, a buenas horas me empiezo a portar bien yo.

—Escucha, tenemos que hablar.

—De lo que quieras menos de amor y salud. No son mi fuerte últimamente.

—Te han aprobado para entrar en el ensayo —me suelta sonriendo y me empiezo a cabrear.

—Joder, Bruna, te dije que no quería participar en eso —intento decírselo lo más suave que me sale.

—Tenía que ponerte en la lista. No puedes no hacer nada.

Suelto una bocanada de aire haciendo ruido, intentando no enfadarme.

—Sí que puedo. Tengo todo el derecho.

—Pues estás apuntado —me dice como si nada y encima sonríe.

—¿Has puesto mi nombre allí?

—Sí.

Me la cargo, yo la mato. Es que esta tía es imbécil. Nina se revisa todas estas cosas y lo descubrirá, me verá en la lista o se enterará de alguna manera. Me cago en todo.

—Pues ya lo estás borrando. No quiero que nadie lo sepa, joder. Te lo dije.

—Los datos están encriptados. Solo eres un número.

—En tus archivos, pero Dirección puede ver los datos originales. Te lo prohibí. Te dije que te denunciaría si lo hacías. Como Nina lo

vea, te juro que te la cargas. Bórralo ya.

Me giro y me pongo la camisa, no quiero ni mirarla a la cara. Ella se acerca y me pasa la mano por la mejilla mientras me abrocho los botones.

—Oriol, no voy a tolerar que te suicides.

Le aparto la mano y me agacho a por el pantalón.

—Pues eso es precisamente lo que voy a hacer. Voluntaria y conscientemente. Así que deja de darme la murga con eso. Olvídame.

Pasa de la decepción a la ira en un segundo.

—¡Que no lo voy a tolerar! ¿Me estás oyendo? ¿Pero tú de qué vas?

Me subo la cremallera y le contesto despacio como hace Mariona en las sesiones.

—No me grites, doctora.

Alucino, lo de hablar lento funciona porque se ha calmado y le ha cambiado la cara. Qué fuerte, lo que estoy aprendiendo con la Hierbas.

—Si he significado algo para ti, te pido...

Apunto con mi dedo índice a su nariz. Le sigo hablando poco a poco.

—No me chantajees, Bruna. Respeta mi decisión.

Me pongo la chaqueta y ella vuelve a fruncir el ceño.

—Es una decisión estúpida.

Uf. Ya se me está acabando el depósito de calma, está claro que yo tengo menos que Mariona. Me aguanto las ganas de decirle que la estupidez fue liarme con ella, porque no se lo merece. En el fondo es una cría que todavía cree en cuentos de hadas. Desde el principio se lo dejé claro, pero no hay manera de que lo entienda. Tenía que

haberle puesto freno desde el primer día, pero soy imbécil. La culpa de todo esto es mía. Sigo con el modo lento.

—Bruna, es mi decisión. La ley me apoya y ya he solicitado que me asistan cuando decida que sea el momento.

—¿Qué? ¿La ley? ¿Estás loco? ¿Me estás hablando de que has pedido la eutanasia? ¿Pero cómo se te ocurre? ¡Tú estabas en contra! —vuelve a gritar. Al final entrará alguien.

—Ya. Estaba en contra de lo que estaban montando y de quienes participaban. Pero estaba muy equivocado.

—Pero ¿por qué la has pedido?

—Joder, Bruna, pues porque pienso. —Intento mantener el modo conciliador y lento, pero creo que no me está funcionando.

—¿Tú qué vas a pensar? ¿Se te ha ido la olla o qué? ¿Quién te ha convencido?

Se acabó. Ya no me queda más paciencia.

—Tú te crees que soy imbécil, ¿verdad? ¿Te crees que no me he mirado la mierda de enfermedad esta? Si eres tú la que me has dicho que es muy rápida y que me quedan unas semanas. Anda, no me jodas.

—Podrían ser unos meses.

—¿Y qué diferencia hay?

Se pone en jarras y me mira enfadada.

—No pienso dejar que lo hagas.

—No tienes ningún poder en eso.

—Nadie en el hospital te va a ayudar.

—Estás muy equivocada. Ya tengo quien me ayude.

—No creo que nadie se atreva a...

Tiro el pijama al cubo y me voy directo a Urgencias, dando un portazo y dejándola con la palabra en la boca.

—¿Qué ha pasado?

Cesc me frunce el ceño. He irrumpido en el paraíso impoluto y silencioso que es su despacho de Urgencias y no hay nada que le cabree más.

—*Bon dia* primero, ¿no?

—*Bon dia*. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Que pasaba por aquí y he venido a saludarte.

Me siento en la silla que siempre le mira vacía frente a su mesa. Él se cruza de brazos sin quitarme ojo ni emitir ningún sonido.

—Hoy pensaba en el quirófano que debería hacer testamento.

—¿Vital?

—Sí. Y del otro también.

Pestañea como hace siempre que piensa y coloca mejor el boli que estaba utilizando cuando le he interrumpido, perfectamente alineado al lado de su agenda. Estoy rodeado de maniáticos.

—Ya te va tocando, Oriol, tienes una edad.

—Y tú qué, capullo, que tienes la misma.

Le cojo el boli y se lo cambio de sitio. Él me gruñe y lo vuelve a colocar como estaba.

—Yo ya lo tengo hecho.

—Coño, ¿y a quién le dejas tus cosas? ¿A la moto?

Me mira como si tuviera un láser asesino en los ojos y sacude la cabeza sin descruzar los brazos. No me contesta, ya ha debido de gastar su cupo de palabras diario.

—Ya llevas el uniforme nuevo —le digo, cambiando de tema.

Asiente. Los de Urgencias se han mudado del pijama blanco a uno de color rosa chicle. Ahora a Nina le ha dado porque cada servicio vaya de un color diferente. Las enfermeras polivalentes van a volverse locas buscando uniformes. O las pondrán de arcoíris.

—Te queda muy sexy, Paquito. Fresas con chocolate. Te van a comer vivo.

Me parto de risa solo, pero es la verdad, le queda muy bien el rosa con su tono de piel. Cesc es medio africano por parte de madre, y de su padre solo heredó los ojos porque tiene la piel como un tizón. El iris tan claro y ese musculamen oscuro siempre las ha vuelto a todas locas, pero el tío es como un cura.

Cesc me sacude la cabeza y creo que ha sonreído un pelín, pero sigue sin abrir la boca.

—¡Ja! O sea, que ya te han tirado los tejos a cuenta del pijama. ¿Quién es la afortunada?

—Sabes que no me interesan esas cosas aquí.

—Qué desperdicio. Si es que Dios da pan a quien no tiene hambre.

—Es dientes. Dios da pan a quien no tiene dientes.

—Es hambre. Tú tienes dientes para dar y tomar debajo de ese pantalón rosa.

Me echo a reír y vuelvo a jugar con su boli hasta que me lo quita de la mano.

—Ya vale, Oriol.

—No te enfades, joder. Ya sé que tú solo follas en la Península y que en el hospital eres el casto Francesc.

Gruñe. No le gusta nada hablar de sexo, es que no parecemos hermanos. Este hombre cada vez tiene más problema con esto y no sé qué va a hacer cuando yo no esté. Le tengo que pedir a Nina que me lo cuide y me lo saque alguna noche de juerga o de verdad acabará dando misa.

—¿Me quieres decir a qué vienes?

—A verte, coño. ¿Te apetece salir a tomar algo un día de estos? De tíos solo.

—¿Entre semana?

—¿Por qué no? La vida es breve.

Tan breve como cuestión de días. Y me apetece disfrutarlos con los míos antes de que lo sepan y me miren con lástima. Y mi familia ahora mismo es muy pequeña: Abril, Nina y él.

—Te ha pasado algo, está claro. Habla.

—¿Quedamos o no? Con una caña de por medio te cuento todo lo que quieras y más. Aquí no mola nada.

Me vuelve a escanear de arriba abajo y asiente.

—Mañana y pasado tengo libre.

—Pues te doy un toque cuando tenga un rato, fresita mía.

De vuelta a mi despacho, miro en el ordenador las intervenciones pendientes. Hay un montón de anulaciones y cambios por el curso del Central. Joder, es que estoy gagá, se me había ido totalmente de la cabeza. Y mira que hemos hablado de él en el servicio durante meses. Lo que no sabíamos ninguno es que venía Joan Muscat, esa sí que ha sido una sorpresa de última hora. Él debe de ser también de Poblenou, claro. Su hermana dijo que eran de allí de toda la vida.

Qué curioso que haya soñado con Kampanilla y que después me entere de que los Muscat son de Poblenou. Eso sí, ahora que la he recordado, me molaría localizar a mi hadita dulce y ver cómo es ahora de mayor. Cuando Miquel ha dicho eso antes, se me ocurrió pensar que Mariona la podría conocer, vaya gilipollez, como si Poblenou fuera una ciudad de la isla. Si es que soy un paleto de libro. Aquí sí que acabas por conocer a casi todo el mundo, pero en Barcelona... Un barrio de Barcelona puede tener más gente que toda la isla en verano. Además, Mariona en aquel entonces debía de ser una niña. Quizá Joan sí. Abro Google Maps y busco rambla de

Poblenou. Ojalá hubiera existido internet cuando Cesc y yo buscábamos a Maica. Quizá hubiéramos llegado a tiempo. A ver. Poblenou. La rambla, la horchatería. No recuerdo bien por dónde fui a la casa. Quizá por aquí. Sí. Por aquí es. Esto ha cambiado mucho. Creo que es esta. La de al lado se parece también un poco. Pongo el *street view.* Sí, sí, es esta. Creo. Hay una placa. Clico en ella. Es un hotel *boutique*. Lógico. Menuda zona VIP que es todo este barrio ahora, tan cerca del mar. No pone de quién es el edificio, se anuncia como de una cadena de hoteles *boutique*. De todas formas, igual entonces era una casa alquilada y ella vivía allí con el novio. O la habían ocupado, vete a saber. Pero sí, esta es la puerta, seguro. Cien por cien. Es más bonita de lo que recuerdo. Así que un hotel. Podría reservar una habitación para pasar una noche de las que me queden. Qué bobo, no sé de qué me serviría. En fin. Por aquí no encontraré a Kampanilla. Qué chasco. No sé en qué pensaba. Ni que fuera a salir saludándome en una foto del coche de Google.

Me quedo mirando la imagen de la verja del hotel. No la han cambiado. Es la misma que había, con esas espirales de hierro que parecen humo. Las resigo con el dedo. Igual ella ha muerto ya. Era mayor que yo y además me dijo que era actriz porno. Seguro que se la rifaban con lo preciosa que era, pero un trabajo así en los ochenta podía ser mortal. También tuvimos una pandemia entonces, aunque la gente miraba para otro lado. Muchos amigos nuestros cayeron por el sida y la heroína. Igual ella también. Mierda, seguro que ha muerto. Pobre Kampanilla. Espero que en el momento estuviera tan satisfecha de haber vivido como lo estaré yo cuando me toque.

Ahora que lo pienso. Si estaba metida en drogas, quizá Cesc podría averiguarme algo de ella a través de los contactos que tiene su familia. No pierdo nada con pedírselo, aunque seguro que me mandará a freír espárragos. Mierda, soy imbécil, si no sé ni su

nombre, no sé qué coño voy a pedirles que busquen. ¿Una actriz porno de los ochenta que llevaba peluca?

—¡Oriol! ¡Que no me escuchas! ¡Estás en Babia!

Me giro hacia Mireia, que parece que hace rato que intenta que le responda.

—Perdona, estaba concentrado.

—Ya, ya.

Se acerca y se pone a mirar la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué es tan interesante?

Me aparto para dejar sitio a su barriga y le dejo ver la foto del hotel *boutique*.

—Oye, qué chulo. ¿Vas a hacer una escapadita?

—Lo estoy pensando. Estaba mirando este hotel. Tiene muy buena pinta. ¿Qué te parece?

—Vaya, pues sí que la tiene, qué buen gusto. Vaya monada de sitio. ¿Es Poblenou?

Me aparta, coge el ratón y bichea un poco más. Tiene mucha más habilidad que yo para eso. En nada ya ha visto cómo se reserva habitación, el tiempo que lleva abierto y ha puesto un 365º de las habitaciones para que las veamos. Realmente son espectaculares.

—Mira, es una casa antigua rehabilitada. Algún ricachón catalán que lo ha convertido en hotel para tener aún más *money*. Suelen ser espectaculares ese tipo de hoteles. Y se suele comer de vicio. Pásame la ubicación para cuando vaya a Barcelona. Igual le doy la sorpresa a Roser el mes que viene.

Podría poner al Último de la Fila en mi honor, pero no. Siempre tiene esa música clinclanclín de centro de yoga. Un día vamos a acabar los dos levitando.

Parece mentira, pero ya echaba de menos venir aquí. El lunes acabamos tardísimo del dentista y aunque habría querido escaparme ayer en la guardia, me fue imposible. El busca no me dejó de sonar en toda la tarde. Ella no me lo ha recriminado, pero venir a hacer sus terapias formaba parte del trato y no quiero que ella se excuse con mis ausencias para luego no ayudarme a morir.

Ya me ha enviado a desnudarme. Hoy no le he querido hacer más bromas, pero tampoco me he puesto la toalla. Me encanta cómo se fija en mi entrepierna sin querer y luego desvía la mirada rápido hacia mi cara como disimulando. Es muy divertido ver los gestos que hace. Va de seria y sabelotodo todo el tiempo y luego se transforma en una niña pequeña jugando a los médicos.

—Túmbate.

Una niña, sí, pero muy mandona. Me tumbo bocabajo y me miro de reojo el culo respingando sobre la camilla. Tengo un culazo. He cuidado mucho de mi cuerpo, aunque al cabrón le haya dado ahora por traicionarme. Será desagradecido.

—¿Has notado algún cambio, Oriol?

—No. Ninguno. Pero Bruna ya dijo que iría a brotes.

—Mmm...

Me coge una mano para mirarme las uñas. Su tacto es muy agradable, siempre tiene la piel muy caliente. Me toca muy suave el pulpejo de los dedos.

—Está mejor. Mucho mejor.

Después me mira la nuca y empieza a palparme a ambos lados de la columna. Me da un escalofrío.

—¿Sigues temblando?

—No, eso ya no. Esta mañana he operado y ha ido de puta madre, la verdad.

Ahora se ha puesto a mirarme las cutículas del pelo con esa lupa suya con luz. Espero que no dure mucho más, porque con tanta caricia me estoy empezando a poner un poco tonto.

—Ajá. ¿Y duermes mejor?

—Lo cierto es que sí. Como un tronco. Y con sueños preciosos, la verdad.

Pone las manos sobre la camilla y me mira burlona.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—Pues que igual sí que ha habido algún cambio, ¿no?

Qué tía. Estos alternativos siempre ven magia en todas partes. Ahora resultará que me ha curado con cuatro piedras negras y un chute de tiamina.

—Vaya, vaya. ¿Me has dado un fármaco precioso?

—Varios. Pero no creo que pueda convertir en realidad todos tus sueños.

Joder, ya me ha desarmado. Me acaba de contestar otra vez a la letra de una canción de El Último. Me resulta muy raro que alguien entienda lo guapo que es eso. Y ella lo hace. Nos miramos sonriendo como dos gilipollas, si es que hasta me están dando ganas de darle un beso. Estoy imbécil, de verdad, pero es que en este departamento todo es tan de paz, flores y amor libre que se me contagia. Besar a la Hierbas. Quién me ha visto y quién me ve.

—Estás mejor, Oriol, está claro que tenías un buen problema nutricional.

—O quizá lo que pasa es que se me ha pasado el primer brote.

Sacude la cabeza y no replica. El olor a jazmín de su pelo se me mete en la nariz. No sé si es terapéutico como dice ella, pero me encanta y creo que le estoy sonriendo otra vez como un gilipollas sin darme cuenta.

—¿Te van a volver a ver en Neuro?

—No. No pienso volver allí.

—Deberías.

—¿Para qué?

Me pone la toalla en el culo. A esta mujer no le gustan las buenas vistas.

—Para que sigan evaluándote. Eres su paciente.

Me giro un poco para hablar con ella y se me cae la toalla. Me lo debe de estar viendo todo así de lado, porque no hace más que echar esas miradillas de reojo suyas. ¿Le pondré nerviosa?

—No, ahora soy tuyo, solo tuyo, tu paciente.

—Yo no compito con nadie. Que vengas aquí no te impide ir donde desees.

—¿Eres una médica poliamorosa?

Pone los ojos en blanco y no me responde.

—¿Pero por qué quieres que vaya? —pregunto—. ¿No va en contra de tus ideas?

—¡No! Qué manía tenéis todos con eso.

Y se agacha a recoger la toalla. Al hacerlo, se le abre un poco el escote. Vaya, nunca me había dado cuenta de lo voluptuosa que es la doctora Hierbas. Ella también ofrece unas buenas vistas desde ahí. Noto cierto movimiento entre mis piernas y rápidamente me vuelvo a colocar bocabajo. Espero que todo lo que me tenga que hacer sea sobre mi espalda o la tendremos.

—Pero tu rollo es alternativo.

—No. No es ninguna alternancia, no hago elegir a nadie. Es medicina integrativa. Se trata de ver a las personas más allá de un órgano. De sumar, no de restar. No niego tratamientos, aunque no esté de acuerdo con algunos.

Ahora parece que se ha enfadado y me vuelve a colocar la toalla de malas maneras. Menos mal que sigo bocabajo, porque esta tía me pone mucho cuando se cabrea y esto no se calmará.

—Pero la jefa de Gine dijo que le habías puesto a una paciente en su contra.

—No, ni mucho menos. Ella no le había dejado hablar ni decir lo que quería. Yo solo ayudé a que la paciente le dijera todo lo que se había dejado en el tintero.

—¿Y eso no es enfrentarlas?

—No. Eso hizo que se entendieran más. Sigue yendo con ella. ¿A que eso no os lo ha dicho?

—No.

—Pues eso.

Me deja tumbado y va a buscar uno de esos carritos sorpresa que tanto le gustan. Este es nuevo, tiene unas copas de cristal encima.

—¿Qué me va a hacer hoy, ama?

Se ha reído. No me lo puedo creer. 1-0. Espero que no me mande ponerme bocarriba o va a haber goleada.

—Qué manía tienes con llamarme ama.

—Es que me das mucho rollo BDSM.

—Pues no lo soy nada.

—Pero sabes muy bien lo que es.

—Sí, claro.

—¿Y no te gusta?

—Lo respeto mucho y la estética es muy bonita, pero no.

—Yo creo que sí que te va.

No me contesta y me muestra una de las cúpulas de cristal.

—Esta terapia se llama *cupping*. O ventosaterapia.

—Suena mejor *cupping*, o al menos huele mejor.

Gira los ojos otra vez. No le ha hecho gracia. Hoy no tiene el día. 1-1.

—Se llama así porque son ventosas. Hacen vacío. Te las voy a poner en la espalda.

—¿Y para qué sirve?

—El *cupping* puede ayudar a muchas cosas. Y tiene cierta evidencia para el tratamiento del dolor muscular, aunque no es eso para lo que te lo quiero poner. He supuesto que no te importaría, pero si no quieres, hacemos otra cosa.

—Haz lo que quieras, tenemos un trato.

Calienta con una especie de encendedor la cúpula y la pone sobre mi espalda. Noto una sensación de calor.

—Te quedarán marcas durante unos días, pero son sitios poco visibles.

—¿Como chupones?

—Bueno, un poco más grandes que un chupón, pero se van más rápido.

—Ah. ¿Es como lo que llevan algunos atletas?

—Exacto.

—Va a parecer que me he tirado a un pulpo.

2-1. Solo una sonrisa, pero es que hoy en esta mujer reír contaría como un triple.

—Durará poco. Te daré un aceite después para que te pongas.

—Aún no me has dicho para qué me lo pones.

—Para eliminar tóxicos. Y para regenerar tejidos. No es nada mágico, se basa en estimular algo que ya sabe hacer tu cuerpo: la capacidad de repararse. Al producir el efecto ventosa, el cuerpo se pone en modo reparación.

Me encanta en modo profesora. En las reuniones, solo grita y se pone borde. Pero aquí parece la locutora de un documental. Casi me

está convenciendo.

—Normalmente no lo hago yo. En el departamento lo hacen las fisioterapeutas, pero he imaginado que tú querías seguir con la discreción que me pediste. En el momento en el que lo digas, te cito con ellas. Lo hacen mucho mejor que yo.

—A mí no me parece que lo hagas mal.

—Hace muchos años que no lo hacía.

—Pues me encanta.

—¿El qué?

—Que hagas cosas conmigo que hace muchos años que no haces. —Le guiño el ojo.

Triple. 3-1. Se ha reído con carcajada y hasta me da una palmadita en el muslo. Con eso ya he ganado.

—¡Oriol!

—Mmm, ama —gimo como si me hubiera encantado el golpe.

Sacude la cabeza y sigue colocándome parsimoniosa todas sus copitas en mi espalda.

Me estiro entero de nuevo y me relajo. Me va a dejar la espalda llena de lunares gigantes, pero me encanta. Estoy enganchadísimo a estas tardes de terapia.

Le abro la puerta del Audi. Hoy no me ha protestado al hacerlo ni al ofrecerme a llevarla a casa, pero se sigue poniendo tiesa como un palo al arrancar, como si no se fiara de mí al volante. Cuando nos ponemos a cantar con la música, se relaja un poco, aunque no pierde de vista la carretera. A esta le ha pasado algo gordo en un coche.

Aparco delante de la puerta de su casa.

—Me hizo gracia lo de que fueras de Poblenou. ¿Sabes que Manolo García también es de allí?

—Sí, aunque yo nunca le he visto en el barrio.

—¿No? ¿Nunca?

—No. Me fui de allí muy joven a estudiar fuera.

Ya me dijo Nina que había estudiado Medicina en Oxford.

—Pero me dijiste que fuiste a muchos conciertos, ¿no?

—Sí, a todos los que podía. Cuando volvía a Barcelona.

—¿Estuviste en el de Studio 54?

Asiente sonriendo. Mira, estuvimos juntos sin saberlo.

—Sí, y tengo una cinta de casete grabada de ese concierto.

—¿Una casete? ¿Y tienes el aparato para escucharla?

—No, ya no. Pero guardo la cinta.

—Pues te debió de gustar mucho ese concierto, con las pocas cosas que guardas.

Se queda callada mirando el mar a lo lejos.

—No. La verdad es que no me gustó nada.

Vaya. Eso no me lo esperaba. ¿A qué fan no le gustó ese concierto?

—Pues a mí sí me gustó, y mucho. Yo estuve allí también.

Se encoge de hombros y no me responde. Ya ha vuelto a poner su cara de miembro de la familia Addams.

—Mañana no creo que llegue a tiempo al hospital para nuestra sesión. Voy a ir a ver a tu hermano a un curso que da en Ponent. ¿Te apetece que te lleve a verle?

Abre los ojos sorprendida. No me puedo creer que no sepa que viene.

—¿A mi hermano? ¿Viene a la isla?

—Sí. Creo que ha sido algo de última hora. Opera en el curso de Cirugía que imparten los de su hospital allí.

—No lo sabía.

—¿No te lo ha dicho?

—No hablamos mucho.

—Tu hermano es un tío brillante. Estarás orgullosa.

Se queda mirando sus pies como si alguien la estuviese riñendo. No me dice nada.

—¿Vendrás?

—No.

Ni una sonrisita. Hoy está muy seria. Al final parece que sí le ha sentado mal que ayer me fumara la terapia, pero no fue culpa mía.

—Me tengo que ir. Gracias por traerme. —Me suelta sin esperar que la conteste y sale del coche sin mirarme a la cara.

Veo cómo saca las llaves de la maceta y abre la puerta de su casa, tiesa como el palo de una escoba. Ahora se gira y me hace un gesto seco de despedida con la cabeza antes de cerrar. Madre mía. Le agradezco lo que me hace y me encanta su gusto musical, pero esta tía es más fría que la tramontana de marzo. Desde luego, la Hierbas no ha sido amiga de ninguna actriz porno en su puta vida. Ni de nadie.

Capítulo 9

ONA
Mi dulce Sara

Si hubieras hecho lo que te tocaba hacer, no habría pasado.
Si obedecieses un poco, no habría sucedido.
Si tuvieras más cuidado, estarías entera.
Si no hubieses conducido, no se habría muerto.
Eres mala.
Eres tonta.
Eres débil.
Eres fea.
Estás mal hecha.
Eres un desastre.
Eres una puta.
Eres culpable.
Tú tienes la culpa.

Otra noche de insomnio. Y la voz ronca de Xavier sigue resonando en mi cerebro repitiendo sin cesar lo mierda de madre que fui. Y luego suena la de mi padre. Y la de Joan. La de todos los putos hombres que me han hecho llorar y agachar la cabeza de alguna forma. Todos me gritan. A todos los odio y los quiero, si es que se puede hacer eso a la vez sin volverse loca.

Me levanto y me pongo a limpiar de nuevo. Coloco los muebles unos milímetros más simétricos. Me pellizco la palma de la mano. Pongo música. La apago. Lloro. Me lavo la cara. Bebo agua del grifo. Me pongo aceite esencial de menta, tantas veces que me quemo la nariz. Salgo al jardín. Me quito los calcetines. Voy a las rocas. Me desnudo. Me tiro al agua. Rezo para que mi cabeza se estampe contra una roca y se acabe todo. Ojalá se abra en mil pedazos y desaparezcan todas las voces que me atormentan y la angustia de mi garganta. Quiero poder dormir en paz y para siempre. Para siempre.

Pero no pasa nunca. Nado demasiado bien. Y cuando mi cuerpo se envuelve en el agua oscura, me tranquilizo, sobrevivo y acabo tirada en la roca salada, esperando a descongelarme al sol. Como una sirena varada tras la marea. Después, el negro se vuelve naranja y dibujo a mi niña Sara entre las sombras. Mi dulce Sara. La pinto como podría haber sido, como yo me la invento si estuviera aquí. Con los ojos claros de su padre y la piel oscura de su madre. Mi niña preciosa. Recuerdo su cuarto azul de mar y todas esas noches en vela delante de su cuna estéril. Los cuentos que le hubiera contado. Y Xavier esperando en nuestra cama. Yo le insultaba. Le culpaba. Y él a mí. Nos llegamos a odiar como animales. Él se alejaba cada vez más y yo ya me había ido.

—Me han ofrecido volver a Somalia.

—¿Vas a irte?

—Lo estoy pensando.

—O sea, que te vas.

—Creo que es lo mejor para los dos.

Él siempre sabía qué era lo mejor para todos y sobre todo para mí. Y se fue, como Sara, y yo me quedo aquí, sola y encallada en

esta roca hasta que la marea, que debe de ser también un tío, se decida a hundirme en el océano.

Caminar hacia el hospital me devuelve toda la vida que me ha quitado la noche. En esta isla, la luz del sol es diferente, terapéutica, como un Prozac luminoso. Y estos días, la primavera empieza a inundar de esmeralda el paisaje. Es un espectáculo ver cómo cambian las paredes de piedra del camino. Aunque vaya al ritmo de mi música, no puedo evitar detenerme a fotografiar todo lo que me parece bonito. Las rocas viejas y las flores nuevas, los algodones del cielo que parecen de un cuadro. El *ullastre* seco que se desmaya sobre un muro. Y los burros y los gallos, que se giran a saludarme. Es un orgasmo visual tan bestia y sanador que cuando llego al Insular, ya se me han ido el cansancio y las ojeras.

Entro en el despacho y dejo la mochila sobre la mesa. A pesar de mis paradas fotográficas, he llegado demasiado pronto. Me suelto el pelo para que Miquel no me riña y me pinto los labios en el baño. Aprovecharé este rato para ir a mi lugar secreto. Cierro la puerta del despacho y me escabullo a la azotea.

Con los ojos entornados, pienso en la terapia de Oriol. Me deja hacerle de todo, pobre hombre, pero no para de preguntarme sobre mi vida y eso no me gusta nada. Me molesta. Creo que lo hace para entretenerme y que le haga menos tratamientos, aunque a mí me da la sensación de que le están gustando. Tampoco es que haya muchas más cosas que hacer. Me he repasado todo lo que hay sobre la atrofia multisistémica en integrativa y no hay casi nada. Es una enfermedad horrible, pero yo sigo pensando que además tiene un importante déficit nutricional. Debería empezar a notar cierta mejoría con las inyecciones de vitaminas, los quelantes y el cambio

de alimentación, yo he visto cambios y él dice que tiembla menos, pero insiste en considerarse condenado. Buscaré hoy más cosas en la base de datos. Igual llamo a mis excompañeros del hospital de Girona, por si acaso ellos tuvieran más experiencia en enfermedades neurodegenerativas. Sé que tienen ahora un presupuesto muy potente para Integrativa y este año han publicado varias cosas de demencia.

Pego un grito al notar una mano en mi hombro. Oriol me quita un auricular.

—¡Que no te enteras!

Me quedo resoplando con la mano en el corazón.

—Hostia, Oriol, qué susto me has dado. No te he oído.

—No hace falta que lo jures.

Se burla de la cara que he puesto y se sienta a mi lado con el auricular en la mano.

—Llevar el modo de cancelación de ruido es muy peligroso, Ona. ¿Lo llevas así cuando vienes caminando?

—Voy por sitios seguros.

—No existen los sitios seguros. Por favor, no lo hagas.

Se pone el auricular. Coge mi móvil sin pedirme permiso y cambia la canción. ¿De qué va ahora? Ya ha vuelto a mutar a su modo divo-machito. Su modo capullo. Se pone a mirar el horizonte. Él no necesita estirarse para hacerlo, hasta sentado me saca una cabeza.

—Buen gusto. Buenas vistas. No conocía este sitio.

—¿Me has seguido?

—Sí. Te vigilo de cerca.

—¿En serio?

Canturrea la canción que suena mientras asiente.

—Claro. Para que cumplas tu parte del trato.

—¿No te ibas al curso de Joan?

Mueve su cabeza al ritmo de la música y va acercando cada vez más su cara a la mía.

—Sí. Venía a buscarte por si has cambiado de opinión y al final te vienes conmigo.

¿Por qué se acerca tanto? Debería apartarme, pero no puedo. No sé por qué no puedo. Yo estaba aquí primero. La piel le huele muy bien, como a jabón antiguo. Ahora me mira la boca y me estoy poniendo un poco nerviosa. Joder, se está inclinando cada vez más a mí. Ya noto su aliento en los labios. Y yo sin moverme. Me he quedado como paralizada.

Nos separamos de golpe al oír el chirrido de la puerta al abrirse. Miquel nos mira como si fuera un juez sobre un estrado.

—Oriol, hola. Ona, te llaman.

Oriol me devuelve el auricular y me ayuda a levantarme.

—Estábamos hablando de...

—La radiofrecuencia —respondo.

Nos quedamos los tres callados. Acabo por hablar yo.

—Gracias por venir, Oriol, pero no voy a ir al curso.

Él traga saliva y no deja de mirarme a los ojos como si quisiera preguntarme algo más.

—Lo lamento. —Y pone cara de verdadera pena.

—Pásalo bien —le digo, algo seca.

—Lo haré. —Pestañea, mira a Miquel y luego al horizonte—. ¿Quieres que le diga algo a tu hermano?

—No —le contesto tajante y sin más, salgo de la terraza seguida de Miquel rumbo a la consulta.

En la escalera nos cruzamos con Bruna, la neuróloga, que me mira con cara de pocos amigos. Lo raro sería que alguien en este hospital me pusiera buena cara algún día.

Miquel cruza la puerta del departamento y se pone en jarras.

—Lo flipo, Ona. ¿Os estabais morreando?

Me escandalizo y se lo niego rotundamente.

—Nooo. Joder, Miquel, solo oíamos música. Lo último de Manolo García. A él también le gusta.

—No sé, Ona. Porque sé que no le puedes ver, que si no, ha sido como para ponerte en el reporte diario de Nina.

—No se lo digas, por favor.

Me ha salido un tono un poco suplicante. Miquel me mira extrañado. Otra vez, ya tengo que mentir de nuevo, Oriol es una mala influencia y un liante.

—Es que luego ella mete baza con lo de la radiofrecuencia. Y yo prefiero que lo negociemos nosotros. Ya la conoces, Miquel.

Parece que se queda conforme. Al final, me va a salir bien esto de decir mentiras.

—Sí, Nina puede ser muy pesada. Tranquila, no pensaba decirle nada. Además, ya está claro a quién se tira Oriol: sigue con la de Neuro. Los vieron juntos otra vez en el vestuario de Cirugía.

—Genial.

—¿Genial?

No sé por qué he dicho eso, la verdad. No es ninguna genialidad. Pensaba que ese imbécil ya no era tan gilipollas como me parecía, pero no, ya veo que sigue en su modo machito alfa ligón. Qué imbécil. Suspiro y se lo aclaro a Miquel.

—Bueno, lo digo porque así se queda Nina tranquila, ¿no?

Noto que me vibra el móvil con una llamada y, al ver quién es, me meto en mi despacho para contestar. Miquel sigue mirándome intrigado, intuye que le oculto algo, seguro.

—¡Mariona! En dos minutos te pongo con la gerente de Naturbody que está esperando. Contesta lo que sea, pero rápido.

—Vale.

Cierro la puerta y me pongo los auriculares.

—Dime, Oriol. —Me sale tan seco que creo que se da cuenta, porque tarda unos segundos en contestar.

—Perdona por lo de antes. Se me ha ido un poco la olla.

—Ya. Es normal. No te preocupes. Pasa a veces.

—¿Cómo que es normal? ¿Cómo que pasa a veces?

—Has tenido una transferencia terapéutica. No pasa nada.

—¿Qué? ¿Una qué?

No le estoy mintiendo. De hecho, creo que lo que me ha pasado a mí también es lo mismo, porque lo de la transferencia puede ser recíproco. Pero eso no voy a reconocérselo. Ni hablar. Carraspeo antes de contestar.

—Cuando se hacen terapias intensas y rápidas como las que estamos haciendo nosotros, a veces, se pueden proyectar sentimientos hacia el terapeuta que no son reales. Igual te lo tenía que haber recordado, lo siento. Se llama así, transferencia terapéutica.

—Vaya. ¿Y eso te ha pasado más veces?

—Sí. A los psicólogos les pasa mucho más, pero en los integrativos es relativamente frecuente. Más que para el resto de médicos.

—¿Y cómo pasa, cómo es? ¿Los pacientes se enamoran de ti o algo así?

—Sí, tal cual. Es un enamoramiento platónico, pero se les pasa enseguida. Te durará muy poco.

—Joder, pues qué chasco. Qué poco romántico es eso, Ona.

—Ya. Lo siento. Perdona.

—Pues que sepas que te has librado por muy poco de que no te comiera la boca.

Me echo a reír, llena de alivio. Menos mal que él se lo toma todo a chufla, me estaba preocupando.

—Ya. Ya me he dado cuenta.

—¿Y qué hubieras hecho?

—Pararte. Apartarme. Y explicártelo. Como hago ahora. Pero no me ha hecho falta frenarte porque se me ha adelantado Miquel.

—Miquel te ha fastidiado el mejor beso de tu vida.

—¡Serás creído!

—No sabes lo que te has perdido.

—¡Oriol!

No paro de reírme. Y no sé por qué me resulta tan gracioso, la verdad. Qué tontería me ha entrado hoy.

—Oye, ¿seguro que no quieres venir conmigo a ver a tu hermano?

Ahora se me corta la diversión de golpe.

—No. Seguro.

La reunión con la gerente de Naturbody ha sido muy intensa, pero realmente productiva. El estudio le ha entusiasmado y ha logrado despertar el interés de varias revistas de impacto. Ahora solo queda redactarlo, pero esta vez sin agobios y con su apoyo. Qué descanso. Hoy voy a dormir como una reina.

Miquel se ha ido a comer algo al bar con Cati, la administrativa de gerencia. Hoy nos quedaremos un par de horitas por la tarde, para hacer inventario y tormenta de ideas. Las obras para la sala de radiofrecuencia empiezan en dos semanas y hay que organizarlo todo. A ver si a mi experto en *makeup* y decoración se le ocurre

alguna de sus geniales ideas para no perder espacio en las otras consultas.

A mí no me gusta nada la comida del bar, así que me he traído un par de manzanas y cuando ellos se han ido, me he acercado hasta el mirador de detrás de Urgencias. Es un gustazo sentarse a comer en ese banco de madera que hay bajo el pino grande, con el mar enfrente.

El jefe de Urgencias ha tenido la misma idea. Se le distingue fácil de lejos y más con ese pijama rosa chuche. Sonríe al verme y me señala con la mano el espacio del banco a su lado.

—Hola, Mariona, veo que compartimos menú y restaurante.

Su voz siempre me hace sonreír. Es como oír uno de esos om tibetanos graves y vibrantes que te retumban entre las orejas. Miro su táper, lleno de trozos de fruta pelada multicolor.

—El mío es menos variado.

Cesc asiente y sigue comiendo en silencio con los ojos fijos en el mar. Miro sus pies, se ha quitado los zuecos y está tocando la hierba con las plantas desnudas. Le imito y empiezo a dar mordiscos a mi manzana. Durante varios minutos solo se oye nuestro masticar y el graznido de las gaviotas. Le miro de reojo. Dicen que es familia de Oriol, aunque no se parecen en nada, ni en físico ni en carácter. Nada. Cesc es serio, pacífico y tranquilo, aunque en más de una ocasión lo he pillado con expresión de sufrimiento. Quizá él también sabe lo de la atrofia.

De repente se gira hacia mí y recoge su busca que vibra sobre el banco.

—He de dejarte, Mariona. Gracias por la compañía.

Le sonrío mientras recoge sus cosas. Qué pena que tenga que marcharse ahora. Me encantan sus silencios. Hay algo en él que me calma como un bálsamo. Creo que es la única persona del hospital

con la que hubiera podido tener algo, pero a él no le veo mucho por la labor. Miquel cree que es asexual, aunque yo no lo tengo tan claro.

—Un placer, Cesc.

Aprovecho que me he quedado sola para llamar a Martina. Hace días que no sé nada de mi famosa prima y Miquel tampoco me ha comentado nada de ella. Él la sigue en redes y me retransmite todas sus novedades. En Londres solo cenan y desayunan, así que no la pillaré comiendo.

—Hey, *yupiyei*.

—Hey, *yupiyei*.

Uy, le pasa algo. Se lo noto en la voz.

—¿Cómo estás?

—Mejor por delante que por detrás.

—En serio, Tina.

—Que estoy bien, coño.

No me lo creo para nada. Las Muscat no estamos configuradas genéticamente para mentir.

—¿Seguro?

—Te lo juro por Snoopy.

—Júramelo por Joey Ramone o no te creo.

Martina se queda callada un segundo. Cualquier silencio en ella es peor que un grito.

—Deja a Joe tranquilo en su tumba.

—Tina, por favor.

Sigue sin hablar. Oigo como respira en el teléfono.

—Tina, ¿qué ha pasado? ¿Ha ido mal la revisión de Onco?

Martina ha pasado por un cáncer de mama. Pese a que intentó por todos los medios que no se supiera, la noticia ha sido viral en prensa y redes durante los últimos meses. Me he enterado de más cosas por Miquel que por ella. Su pareja, un conocido actor inglés, se erigió en abanderado de la causa rosa y ha ido contando toda la peregrinación médica de mi prima por los platós.

—Del alien todo bien. Test negativos y ya seis meses libre. Estoy tomando más pastillas que Dani el Drogas, pero me sientan mejor que a él.

Respiro aliviada. Por un momento me había asustado.

—Qué bien, Tina. Es una gran noticia. Me alegro de que eso esté bien.

—Claro, claro. Estoy muy bien. ¿Y tú? Álex me dijo que igual se iba a la isla.

—¡Sí! ¿Te imaginas? ¡Qué ilusión! Ojalá consiga la plaza.

—Lo hará, es una crack.

—Espero que no se aburra en la isla.

—Álex no necesita entretenimiento. Ella es la *entertainer*. Pero va a escandalizar a los nativos.

Me echo a reír. Tiene razón. Mi sobrina es arrolladora y su vida es tan diversa y poliamorosa que a muchas personas les va a explotar la cabeza.

—Joan está encantado. Qué bien le ha ido separarse de la santita. No sé qué pintaba con ella, si Joan siempre ha sido igual de alocado que su hija. ¿Has hablado con él?

Qué cansinos están todos con que hable con ese imbécil.

—No. Y vale ya. No me cambies de tema. Hablábamos de ti, que no te siento tú. Si no es el alien, ¿qué coño ha pasado? ¿La editorial?

—No me meten prisa. Pero estoy bastante seca y eso es una mierda.

Martina suele escribir libros como si fuera una impresora, pero desde el cáncer ha dejado de publicar. Siempre ha sido muy productiva, lo que le ha supuesto el desprecio del sector literario más erudito, que considera que no se puede ser buen escritor si se escribe mucho. Además, escribe erótica, el género más denostado. Aunque los cultos la pongan a parir, las editoriales se la rifan, vende libros como churros y tiene más admiradoras que Taylor Swift.

—¿Te agobia eso?

—No, ya me pasó cuando se murió papá. Mi cabeza necesita estos descansos a veces.

—Ya.

—Ya ¿qué?

—Que sigo esperando que me cuentes qué te pasa.

—Ya.

—¿Adam? Solo me queda eso.

Suspira y no contesta. Bingo.

—¿Qué te pasa ahora con Adam? ¿No estabas tan enamorada de él? Joder, este te había durado más que ninguno.

Mi prima es tan intensa como sus personajes y se busca parejas que le duran como el fuego a una cerilla.

—Lo estoy. Lo estoy. Estoy muy enamorada de él.

—Ya.

—¡Que sí!

—¿Entonces?

—Es él.

—¿Qué pasa con él?

—Que ya no le gusto.

—¿Estás segura? ¿No te estarás montando una de tus películas?

—No. No le gusto. Creo que me pone los cuernos. Y es normal, estoy horrible.

—¡Tina! Tú jamás estás horrible. Eres la bruja con tacón de aguja.

Vuelve a suspirar. A mi prima le han afectado mucho los efectos estéticos del tratamiento. Siempre se ha querido mucho y es una mujer de bandera, pero la autoestima se ve muy mermada en los procesos oncológicos, y más estando tan expuesta como ella.

—Cuando se pasa por lo que has pasado, pueden sentirse esas cosas. Y malinterpretar gestos que...

—No, Mariona. Estoy segura. No me ha tocado desde el diagnóstico, nada.

—A lo mejor también le ha afectado, piensa que a ellos también...

—No. Noto una perturbación en la fuerza.

Me echo a reír. Y luego soy yo la friki.

—Una perturbación en la fuerza.

—Sí, algo malo ha ocurrido. Lo sé...

—¿Y qué vas a hacer, maestra jedi?

—Pillarle. Estoy segura de que está con alguien.

—¿Qué?

—Había pensado en poner una cámara o contratar un detective.

—No hagas eso, Tina, no es ético. Pregúntaselo directamente a él.

—¿Cómo? ¿Qué le digo? *Hello, my darling*: ¿a quién te follas?

—No, boba. Dile que echas de menos su contacto, que le notas más frío.

Se echa a reír y me dice que la boba soy yo.

—Adam siempre ha sido más frío que los huevos del yeti, Ona, que es inglés.

—¿Entonces?

—Echo de menos el empotre. Lo de los cariños me da igual, ya sabes que yo paso de esas mierdas.

—Pero Adam parece muy cariñoso contigo. Yo pensaba que por fin...

—Mi *amorsito* es un actor como la copa de un pino. Si tiene un BAFTA encima de su chimenea falsa. Nunca ha sido cariñoso lejos de la prensa, pero follaba muy bien hasta que apareció el puto alien.

—Vaya. ¿Pero tú le has buscado?

—Claro. Nivel megazorra.

—¿Y?

—Rechazo nivel megacobra.

—Vaya. No me lo imaginaba.

—¿Y qué opinas?

—¿La verdad?

—Afilada y directa.

—Creo que no hace falta que te gastes el dinero en espías.

—¿No?

—No. Mándale a la mierda directamente. Y lárgate de allí. Vuelve a casa. Yo también noto esa perturbación en la fuerza: se llama capullez integral.

—Sabía que lo entenderías, mi pequeña padawan.

No la he oído entrar. Vaya día de sustos. Estaba concentrada en mis cosas y me ha sobresaltado su tosecilla.

—Ay, Abril. No me he dado cuenta de que entrabas. Perdona.

—No quería asustarte.

—Tranquila, soy yo, que me concentro demasiado y no me entero.

La miro. Siempre he pensado que era igual que Nina, pero hoy veo muchos rasgos de su padre en ella. Está guapísima, pero se retuerce los dedos nerviosa.

—Siéntate si quieres —le señalo la silla frente a mí—. ¿Esperas a tu madre?

—Sí, está en una reunión. Y papá se ha ido a un curso.

Cierro el portátil y me inclino hacia delante sonriéndole.

—Me alegra mucho que hayas venido a verme.

Se queda callada. Mira mi piedra corazón sobre la mesa y la coge. Desea decirme algo, si no fuera así, no habría venido. Estaría chateando con sus amigas desde el despacho de Nina. Se debe de haber enfadado con ella y quiere que interceda.

—Siempre me ha parecido muy chula. ¿La cogiste de tus rocas?

—No, en Barcelona. Me acompaña desde hace años.

Resigue su silueta de corazón y levanta una ceja.

—¿Es tu corazón? ¿Tu corazón de piedra?

No puedo evitar reírme. Menuda metáfora.

—Un poco sí.

La deja sobre la mesa y vuelve a quedarse callada. El enfado debe de haber sido de aúpa.

—¿Quieres un poco de agua, Abril?

—Sí.

Me levanto a servirle agua fresca y aprovecho para sentarme a su lado, sin nada que nos separe. La observo beber despacio. Me devuelve el vaso.

—Gracias.

—¿Qué te preocupa, Abril?

Pongo mi mano sobre la suya, la mira un momento y rompe a llorar desconsolada. Le doy un abrazo.

—Desahógate, cariño. Sabes que te ayudaré en lo que necesites.

—Soy imbécil, Ona. Soy una imbécil.

Me lo va repitiendo sin cesar entre hipos, suspiros y mocos. Le acerco la caja de pañuelos.

—No lo eres, cariño. Eres muy inteligente.

Fija sus enormes ojos tibios en el suelo.

—No. No lo soy. No usamos condón.

No le respondo.

—Y no me ha venido la regla.

Sigo callada. La miro suspirar entrecortada y pienso en lo mal que lo debe de estar pasando, conociendo lo protectores que son sus padres con ella, que se piensan que aún sigue siendo una niña pequeña. Me levanto y cierro la puerta de la consulta con el pestillo. Vuelvo a sentarme a su lado.

—¿Me vas a echar la bronca?

—No, Abril. Ya te la estás echando tú.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Responsabilizarte. Tomaste una decisión y corriste un riesgo. Ahora has de buscar soluciones para arreglarlo.

—Jo, la he liado parda, Ona. No sé qué hacer. ¿Qué hago?

—¿Me dejas examinarte?

Ya exploré a Abril hace tiempo en la consulta, Nina la trajo por un dolor de regla terrible que no se le pasaba con ibuprofenos. Todo estaba bien aparentemente. Le enseñé a calmar el dolor con respiración consciente y cambiamos un poco su alimentación. Desde entonces, no me ha vuelto a decir nada.

—¿Como la otra vez? ¿Por dentro y eso?

—Sí. He de hacerte una exploración, una ecografía y unos análisis.

—Pues lo mismo que la otra vez.

—Sí.

Resopla un poco y se muerde los labios, pero no protesta. Mira hacia donde está el ecógrafo.

—Ona, si me he quedado embarazada, quiero abortar.

Me quedo un momento en silencio. Imagino todo lo que le debe de estar pasando por la cabeza y lo que le debe de haber costado decidirse a venir aquí a decírmelo.

—Puedes hacerlo si lo deseas.

—Pero no quiero que se lo digas a mis padres.

—Tienes dieciséis años, casi diecisiete.

—Ya. —Asiente como si le dijera algo evidente—. Me queda un año para ser mayor de edad. ¿Eso es porque al ser menor se lo tienes que decir?

—No. Todo lo contrario.

—¿Cómo? —me mira extrañada.

—Legalmente eres una menor responsable, Abril.

Levanta las cejas y repite:

—Menor responsable. Bueno, ahora no lo he sido mucho.

—Pues mira, solamente por reconocerlo, ya lo eres.

Ahora es ella la que se queda en silencio, pensativa.

—Ya. Bueno. Mis padres no lo verían así.

—Ellos son tus padres. Va en el lote.

—Ya.

—Abril. —Pongo mi mano sobre la suya—. Con dieciséis años tienes derecho a ir sola al médico, a solicitar métodos anticonceptivos y también una interrupción de embarazo.

—¿Sin que vengan ellos?

—Sí. Sin necesidad de autorización.

—Creo que una vez te oí hablar por teléfono de eso con mamá. Por un caso que tuvisteis.

No recuerdo el caso. Pero me preocupa que oiga nuestras conversaciones. Menos mal que yo nunca digo nombres.

—Sí. Ella ha defendido ese derecho siempre.

Asiente y suspira mirando al suelo.

—Ya.

—De verdad, deberías hablar con ella. Y con tu padre.

—No, Ona. —Me suelta la mano.

—Ellos te adoran.

—¡Que no! —insiste, alzando el tono de voz.

—Abril —insisto, lo más dulce y lento que puedo—. Tus padres te apoyarían en todo. Son muy sensatos.

Vuelve a negar enérgica.

—Que no. Para los de fuera son muy modernos, pero cuando se trata de mí, no.

—Tus padres te quieren mucho, Abril. Te apoyarán en todo.

—¡No quiero que lo sepan! ¡Y ya! Los conozco y se enfadarían mucho. ¡A ti que ni se te escape! ¡No se lo digas!

No insistiré más o perderá la confianza. Ya lo hablaremos más adelante.

—Tranquila, yo no puedo ni pienso decir nada si tú no quieres.

—No quiero.

—Está bien. ¿Lo miramos?

—Vale.

La acompaño al baño, le pido que se desnude y le doy una sábana para cubrirse. Le aseguro de nuevo que todo quedará entre nosotras y se prepara. La exploración y la ecografía son normales, pero le pido un test de embarazo en sangre y todas las pruebas de enfermedades de transmisión sexual.

—Aunque salgan negativas, hay que repetirlas en unas semanas. En un par de días lo tendré todo.

—Mis padres no verán nada en la nube del hospital, ¿verdad?

—No. Ellos no pueden ver tu historia.

—¿Seguro?

—Incumplirían la ley. Y tu madre nos machaca siempre con eso.

Me mira, ya sentada en la camilla, con la enorme sábana dándole tres vueltas a su cuerpo.

—¿Me visto ya?

—Tengo que pincharte otra vez, esta vez en el culo. Voy a ponerte un tratamiento por si acaso.

—¿Para abortar?

—No, para las infecciones.

—¿No crees que esté embarazada?

—No me lo parece.

Da un suspiro de alivio.

—Abril, eso no quiere decir que no haya un problema.

—Bueno, si no estoy embarazada, ya no hay problema.

—Yo creo que sí lo hay. Vístete y lo hablamos tranquilamente.

—Que sí, Ona. Ya me lo has explicado muchas veces. El sexo tiene que ser inteligente.

Juguetea con la piedra con forma de corazón que tengo encima de la mesa del despacho.

—Lo es. El sexo es una dimensión humana y los humanos somos seres inteligentes, aunque algunos no lo parezcan.

—Lo dices por mí. Yo he sido totalmente imbécil.

Le doy un beso.

—No me refería a ti. Tú eres inteligente, has hecho una locura, pero has venido a verme.

—No lo haré más, qué susto he pasado. Ona. ¿Debería tomar pastillas?

—Si lo deseas, sí. Pero no para sustituir el preservativo. El preservativo es el mejor método para evitar las infecciones para las que te he dado el tratamiento.

—¿Y cuando no se pueden controlar y no les da tiempo a ponérselo? Él me dijo que le pasaba.

—Pues a ese chico habría que tratarlo.

—¿Tratarlo?

—Claro. Si no es capaz de controlar sus impulsos, habrá que estudiarlo. O ponerlo bajo custodia.

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Sí y no. Lo que te ha dicho no me parece de una persona muy lista. Ni muy madura.

Se queda pensando.

—Es un poco patético, sí.

—Al menos, ¿te lo pasaste bien?

Abril niega con la cabeza.

—Pues dale pista. Fuera. Quédate solo con quien te haga reír y disfrutar. Con quien sume más que reste. Con quien se dé cuenta de lo maravillosa que eres.

—¿Tu marido era así?

No me atrevo a responderle.

—Perdona, te he puesto triste.

—No, no te preocupes. Estaba pensando en ti, en que tú me sumas y me haces reír y disfrutar. Así que me quedo contigo.

Capítulo 10

ORIOL
Recuerdos que al final son un cruce de caminos

Transferencia terapéutica. Pues vaya chasco. Pensaba que me iba a decir lo típico: nos hemos dejado llevar, no deberíamos hacerlo, hagamos como si no hubiera pasado nada. Vamos, lo que me suelen decir todas cuando me lanzo.

En unos días, habría hecho un segundo intento, o un tercero, y gol. Como siempre. Pero no, con ella todo tiene que ser distinto, y ahora resulta que lo que tengo es un problema psicológico. Joder, y lo triste es que igual es verdad, porque si hace una semana me dicen que iba a intentar besar a la Hierbas, me descojono vivo.

Coloco mi chaqueta bien doblada en el asiento de atrás para que no se arrugue, y entro en el coche. Ya sabía que no iba a querer venir conmigo, pero cuando la he visto entrar en el hospital, no he podido evitar seguirla. Iba canturreando como una cría y dando saltitos con los auriculares puestos. Me ha hecho gracia ver cómo se escabullía por la escalera de incendios hacia la azotea. Se olía su perfume de jazmín desde la puerta, ese que dice que es terapéutico.

Me habría gustado besarla y comprobar si sabe tan bien como huele. Pero eso debe de ser también por la dichosa transferencia. Vaya mierda de enfermedad. Y vaya mierda de rollos psicológicos.

En fin. Dejo el móvil en el asiento del copiloto, me pongo las gafas de sol, arranco el coche y le ordeno que haga sonar mi música. En tres cuartos de hora, me planto en Ponent.

La carretera general en esta época es una pasada. El campo se llena de todos los tonos de verde y las flores que existen: margaritas, algaidas, *vinagrellas*... Me parece que en cualquier momento va a salir Julie Andrews por alguna ladera cantando «The Sound of Music».

Le pido al *carplay* que cambie a Manolo y Quimi por la banda sonora de *Sonrisas y Lágrimas* y me pongo a cantar a gritos con la familia Trapp. Enseguida, veo aparecer el azul del mar en el horizonte, coronado por la silueta de las montañas de la isla vecina. Ya estoy en el Hospital de Ponent.

Atravesar la isla es un suspiro. Parece mentira que quepa tanta belleza en tan poco sitio.

Al salir del coche, me doy cuenta de que tengo un mensaje de Bruna esperando desde hace rato. ¿Qué querrá ahora? Le respondo y comienza a mensajearme sin parar, qué pesada puede llegar a ser esta mujer. ¿No entiende que no quiero nada más con ella? La llamo, si me pongo a escribir, llegaré tarde al curso.

—Hola, Oriol.

—Dime, estaba conduciendo —le respondo lo más seco que puedo, a ver si lo pilla.

—He ido a verte a tu despacho y me han dicho que te habías ido.

—Sí, estoy entrando en un curso en el hospital de Ponent.

—Eso me han dicho.

Pongo los ojos en blanco como si me pudiera ver. Qué poca gracia me hace que vaya al departamento preguntando por mí.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás.

—Pues muy bien. Estupendo. De muerte.

—Te he visto esta mañana con la Hierbas.

—¿Ah sí? Yo no te he visto.

—¿Qué hacías con ella?

Resoplo. Ya empezamos. ¿Ahora me vigila?

—Me hace terapias de las suyas.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Claro. Y enfermo. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Sus tratamientos son un fraude, solo sirven para sacar dinero a la gente.

Lo de ella sí que tiene delito, no sé quién se cree que es. Respiro hondo para calmarme.

—Pues a mí me los hace gratis, serán un fraude, pero me están sentando muy bien.

—No me mientas.

—No te miento, no me cobra nada.

—Estás con ella por lo de la eutanasia. Ella es la única que estaba dispuesta a montar un comité en el hospital. Y tú siempre te has enfrentado a ella por eso. La odias.

No puedo evitar sonreír. Qué irónico. Hay que ver cómo un revés de la vida te puede cambiar las ideas y hasta los gustos.

—Pasa de mí, Bruna, por favor. Déjalo ya.

—Aunque no entres en el ensayo, déjanos tratarte como es debido.

Se me está volviendo a acabar la paciencia.

—Escucha, por favor. Ya lo hemos discutido y no hay nada más que hablar.

—Al menos, déjame repetirte la resonancia y ver si hay cambios.

—Voy a entrar, llego tarde. Ya hablamos en otro momento.

Le cuelgo sin darle más opciones. Esta tía está muy mal. Ahora va siguiéndome por el hospital para vigilar lo que hago. Es lo que me faltaba. ¿No tiene una vida? ¿Tiene que ir persiguiendo a viejos moribundos? Pongo el teléfono en silencio y entro en el salón de actos. Vamos a ver actuar al hermanísimo.

Qué docente es Joan. Es hábil, sí; opera de puta madre, también; pero es que, además, lo explica de una forma que te hace vivirlo, como si fueras tú el que tiene la pinza en la mano. Es como un dios y encima es guapete. No me extraña que todos mis chicos estuvieran tan emocionados por venir a verle. Los oigo comentar la intervención en los asientos de al lado, casi babeando.

—Tía, lo hace sin ligar la arteria primero. Qué bestia.

—Yo tardo dos siglos en dar ese punto, y él lo ha hecho mientras hablaba a cámara, lo flipo.

—Yo me apunto a su máster. Sin duda. Nos podríamos apuntar todos y pedirle que viniera a hacer las prácticas aquí.

—Ha dicho que le encanta la isla. Seguro que acepta.

—¡Oriol, tío! Convéncele.

—Lo que queráis, pero a quien tenéis que liar en esto es a Nina.

El curso es para promocionar el máster que dirige Joan en el Central de Barcelona. El programa es una pasada y sería genial poder hacer las prácticas en el Insular. Así se beneficiarían nuestros pacientes. Yo había pensado en matricularme antes de saber lo de la mierda esta. Y si me hubieran dado un año de vida, en vez de unas pocas semanas, lo haría ahora mismo, aunque solo fuera por el gustazo de operar con él.

Al ver cómo se mueve y se explica, me acuerdo de Mariona. Incluso con la mascarilla puesta, se parece mucho a ella. Es curioso. Siempre que hemos coincidido, ambos teníamos la sensación de conocernos de algo. Los dos creíamos que era porque nos habríamos visto en algún congreso de Cirugía, pero no, está claro que a mí me sonaba por todo lo que se parece a Mariona. Si es que son clavados. Los dos tienen rostros muy mediterráneos, con esa piel tan oscura y los ojos color Coca-Cola. Y son muy larguiruchos, aunque ella es bastante más menuda y rellenita que él. Ona es alta para ser una tía, pero Joan le saca por lo menos una cabeza. Es casi tan grande como yo. En el carácter sí que no se parecen nada. Pero nada de nada: ella es casi tan siesa como Cesc, y él, la alegría personificada, un seductor y un *showman* total. Nos tiene ahora a todos con la boca abierta siguiendo cada paso que da. El tío te mantiene atento como si fuera la diva de un musical, pero es que además te hace sentir parte del espectáculo. Te hace reír y te mantiene al quite. Además, regala una palabra amable y una sonrisa a todo el que le mira.

Me acerco a él en el descanso del café. Está rodeado de gente que le felicita y le pregunta dudas. No sé cómo no se agobia con tantos fans, pero el tío atiende a todos. A pesar de eso, en cuanto me ve, se escabulle de todos y se acerca hacia mí con una botella de agua en la mano.

—¡Oriol! Qué alegría me da verte. No sabía que estabas matriculado. ¡Qué ilusión! ¿Cómo estás?

Dios. Este hombre es un encanto. ¿Cómo pueden ser hermanos?

—Estupendo. Te veo fantástico, Joan. Como siempre.

—No me puedo quejar. Pasé una mala época con lo del intestino, pero ahora con la ostomía y esto de las clases, soy feliz.

Y se toca el abdomen con la mano. Yo asiento y sonrío. Joan siempre cuenta en sus charlas su experiencia con la enfermedad de Crohn y cómo, desde que se operó y le pusieron una ostomía, su vida no solo ha mejorado, sino que tiene un sentido. Desde luego, con la foto que se hizo sin camisa para el calendario de la asociación de ostomizados, han babeado unas cuantas y unos cuantos. Dan ganas hasta de hacerse una.

—Siempre me sorprende lo bien que hablas de lo de la bolsa.

—Es que es la verdad. A veces, las mierdas que ocurren pueden ayudarte a ver la vida de otra manera.

—Nunca mejor dicho.

Suelta una carcajada y me da una palmada en la espalda.

—Siempre me parto contigo. A todo le sacas punta. Ven. Acompáñame afuera, que quiero tomar un poco de la vitamina D de la isla.

—Vamos, vamos, que la de aquí es la mejor del mundo.

Salimos a la enorme terraza que hay detrás de la sala de actos y se queda mirando el horizonte azul con la misma expresión que su hermana tenía esta mañana. En eso sí que son iguales.

—Qué privilegio tienes de vivir aquí, Oriol. Estoy pensando en comprar una casa en la isla. Si supieras de algo...

—Claro, te cuento. Pero tu hermana ya pilló el mejor sitio.

Ya se lo he soltado. No podía perder esta oportunidad para saber más. A ver qué consigo averiguar de ella.

—¿Sabes dónde vive mi hermana?

Sabía que le iba a sorprender. Se ha girado y me mira con mucha curiosidad.

—Sí, la he llevado un par de veces a su casa.

Su cara es un poema. No me extraña, me sorprende hasta a mí.

—¿En coche?

—Sí, claro.

Frunce el ceño, pensativo. Supongo que debe de ser por la manía que le tiene ella a los coches.

—Ya sé que no le gustan los coches.

—Nada.

—Mariona es una mujer muy peculiar.

Asiente, vuelve a fijarse en el mar y da un sorbo de la botella.

—Ya. Mucho.

—Esta mañana he ido a verla por si se quería apuntar a tu charla, pero no podía.

Se gira otra vez, sorprendido. Aunque pone sus mismos ojos, él no tiene ese rictus de enfado eterno de la Hierbas.

—¿Te llevas bien con ella?

—Bueno, antes no mucho, pero últimamente quedamos bastante. Y aunque es un poco especial, ya lo sabes, me cae muy bien. Sabe un montón de lo suyo y es un placer escucharla. Es muy amiga de Nina, mi ex.

La verdad es que no estoy mintiendo. Ona me está sorprendiendo mucho.

—Vaya. ¿Y te ha hablado de mí? ¿Sabía que venía?

—No, no lo sabía, se lo dije yo. Se sorprendió.

—Ya. No tenemos mucho contacto.

—Es una pena. Yo no quedo mucho con mi hermano y no nos parecemos en nada, pero le adoro. Hemos pasado por mil cosas, pero lo que nos une está por encima.

Traga saliva y vuelve a mirar el mar.

—¿Es tu hermana pequeña?

—Sí, por diez minutos.

—¿Sois mellizos? Vaya, eso sí que no me lo imaginaba.

—Nadie. Siempre he parecido bastante mayor que ella. Yo nací enorme y ella con un peso muy bajo. A la pobre le costó mucho remontar después de nacer. Al parecer, la placenta me lo daba todo a mí.

—Pero se recuperó bien, ¿no?

—Sí. Pero se pasó meses en la incubadora. De cría siempre fue canija y matona. Siempre se estaba metiendo en líos con gente poco recomendable. Cuando no eran *rockers*, eran punkis. Tenía a mi padre desesperado, daba por hecho que acabaría fatal; y mírala ahora. Todo lo que ha conseguido ella solita.

Estoy flipando. Le encanta hablar de ella. Y lo hace con mucho orgullo y cariño, con lo borde que ha sido Mariona cuando se lo he nombrado. Ahora se ha vuelto a quedar en silencio mirando el mar. Debe de ser algo típico de los Muscat.

—Oye, Joan, me está encantando el curso. Eres un *crack* total.

Sonríe sin quitar los ojos del horizonte.

—Gracias. No iba a venir a la isla, pero a última hora me convencieron.

—Pues me alegro mucho de que lo hayan hecho.

—También era porque quería... ¡El timbre! Vamos, siéntate a mi lado ahora, que no estaré en el debate de esta primera parte y quiero comentarte una cosa tranquilamente.

Le abro la puerta del coche a Joan. Su agencia le buscó un hotel cerca del hospital del curso, pero se confundieron y le instalaron al lado del Insular, en la otra punta de la isla. Esta mañana se ha venido en taxi, y no voy a dejar que coja otro ahora.

—Gracias por llevarme, Oriol.

—Solo faltaría. Si lo llego a saber, te traigo antes. ¿Seguro que no necesitas mi coche mañana?

—No, tranquilo. Mañana teletrabajo y luego me relajaré en el hotel. Gracias, de verdad.

Abro la guantera y rebusco en ella.

—Te voy a apuntar mi móvil para que me llames si necesitas cualquier cosa. Por aquí tiene que haber un boli.

—Deja, dímelo y te hago una perdida, y así tienes el mío.

—¡Perfecto! Buena idea.

Guardamos nuestros teléfonos y arranco rumbo al este de la isla.

—Ha estado genial todo. He disfrutado muchísimo. Debería ser obligatorio para todos los sanitarios hacer un curso al trimestre, por lo menos. Da energía y ganas de crecer. Mira cómo han salido mis chicos de entusiasmados. Que sepas que quieren matricularse al máster todos y que les hagas las prácticas en el Insular. ¿Podrías?

—Claro que sí. Tienes un gran equipo, debe de ser un gustazo trabajar con ellos. Si tu gerente está de acuerdo, no creo que haya ningún problema con hacerlas en tu hospital.

—La gerente dirá que sí, que para algo es mi ex.

—¿La gerente es tu ex? ¿La que dices que es amiga de mi hermana?

—Sí, la misma. Nina.

—Vaya palo tenerla de jefa, ¿no?

—No, qué va. Nos llevamos muy bien.

—¿SÍ? Joder, qué suerte. A la mía solo le falta enviarme un sicario.

Me echo a reír al oírle decir eso.

—¿En serio? ¿Alguien puede odiarte a ti?

—Si tú supieras.

Ahora se ha puesto serio. Imagino que piensa en su hermana.

—Nina no te va a odiar, ya te lo digo, y como directiva es brutal.

—Ya tengo ganas de conocerla. ¿Y qué opinas de lo que te he dicho? ¿Te apetece?

Joan me ha ofrecido participar como profesor en su máster. Yo pensando en matricularme de alumno y el tío me quería como profesor. Me he emocionado y todo. Pero no he sabido decirle que no sé si llegaré a junio. Ya se lo diré cuando no me quede otra.

—Me apetece mucho, Joan. Es todo un honor.

—¡Bravo! Cuento contigo, entonces.

—Será un placer.

Mira el paisaje y sonríe. Le cuento historias de cada sitio que cruzamos.

—Qué luz tenéis aquí. Es alucinante.

Sonrío satisfecho. Estoy muy orgulloso de mi tierra y me encanta que la alaben.

—Sí, es un lujo ser de aquí.

—Desde luego.

—Ona me dijo que vosotros erais de Poblenou, ¿no?

Noto cómo se gira a mirarme, de nuevo debe de estar alucinando. No sé si es porque la haya llamado Ona o porque ella me haya contado algo de su vida.

—Sí, nuestra familia siempre ha vivido allí.

—Es un barrio bonito. Y ahora está súper de moda.

—Sí. En nuestra época no era un barrio tan *cool.* Pero mi padre no quiso irse nunca de allí, aunque con lo que ganó con la fábrica, podía haberse instalado en la zona alta de Barcelona. Adoraba el barrio y lo que hizo es hacerse allí una buena casa.

—¿Y tú? ¿Sigues viviendo allí?

—Yo me subí a Sant Gervasi con mi mujer. Aunque ahora, después del divorcio, estoy pensando en volver.

—¿A la casa de tus padres?

—No sé si volver a esa misma casa, la verdad. Ahora hemos hecho un hotel y es bastante rentable. Un hotel *boutique* de esa cadena que está tan de moda.

Pego un volantazo al oírlo. Un hotel *boutique*.

—Perdón, me he cegado con el sol.

Joan se ha asustado un poco, pero se ríe a carcajadas. Su hermana ya se habría infartado.

—Oye, que me molaría morir en la isla, pero mejor dentro de unos años, ¿eh? Dame tiempo a empadronarme.

Me río para disimular lo nervioso que me he puesto con lo que ha dicho.

—Y... ¿dónde tienes el hotel? ¿Cerca de la rambla?

—No, más cerca del cementerio, al lado de la playa de Bogatell. ¿Conoces la zona?

—Un poco.

Trago saliva. Es la puta casa. Creo que no había ningún hotel *boutique* más en esa zona. No me lo puedo creer.

—¿Y por qué decidiste lo del hotel? ¿No hubiera sido mejor vender o alquilar?

—No. No podría. Y lo del hotel me ha costado mucho emocionalmente, no creas, hasta entonces solo habíamos vivido allí nosotros.

Joder. Joder. Solo han vivido allí ellos. Esto quiere decir que yo fui a su casa. Y que su hermana es... Kampanilla. Todo coincide. Hasta lo de los punkis. Hostia, me va a dar algo. ¿Cómo puede ser?

—La verdad es que era un chollo vivir allí, teníamos bastante libertad. Nos escapábamos los dos a la playa por la noche, aunque estaba bastante asquerosa en esa época. Pero Ona siempre ha tenido esa locura por el mar. A mí me gusta, pero lo de ella es brutal.

—Sí, lo sé. Pues ya verás. Te va a flipar su casa cuando la veas.

—Debería ir a verla. Sí. Iré a verla. Joder, quién me lo iba a decir.

Le miro de reojo mientras conduzco. Yo me habré puesto nervioso, pero Joan mucho más. Hasta le ha cambiado la expresión de la cara. Parece un niño esperando a los Reyes Magos. No me imaginaba que le iba a hacer tanta ilusión que le hablara de su hermana y de su casa. Ni a mí.

He dejado a Joan en el hotel disimulando mis nervios. Me ha dado las gracias mil veces por haberle recomendado que fuera a hablar con su hermana. Yo no recuerdo haberlo hecho, pero quizá es porque aún estoy flipando. Esto es como el argumento de una de esas novelas que saco de la biblioteca de pacientes para leer en las guardias. Que se llamarán románticas, pero a mí me ponen muy cachondo.

Mientras entro en casa, mi cabeza no para. ¿Qué hago? ¿Se lo pregunto? ¿Se acordará ella de mí? ¿Me habrá reconocido alguna vez? No creo, no me hubiera tratado así. Ni yo tampoco a ella. Pero se tiene que acordar. Va a flipar cuando se lo diga.

Miro el reloj. Es tarde, ella ya no estará en el hospital y no me voy a presentar, así como así, en su casa. Abro la nevera y pillo una manzana. La voy mordisqueando y me siento en el sofá con el móvil. Vuelvo a ir a Google Maps. Le doy al *street view*. Es la casa. Está claro. Bueno, las casas, son dos iguales. Hermanos gemelos, casas gemelas. Lógico. Tienen el logo del hotel *boutique* las dos. Yo debí de ir a la casa en la que ella vivía con su novio, el que me echó. ¿Sería ese el muerto, el de África? Yo creo que me tomó el pelo con lo de que hacía porno. Yo también le mentí diciendo que era pintor. Qué fuerte, los dos éramos médicos y nos dio vergüenza decirlo.

Vaya par. Ona ya debía de estar estudiando en Oxford y habría venido de vacaciones.

Miro en la web del hospital a ver si hay una foto de ella. Nada. Anuncia su departamento con piedrecitas, flores de loto y pacientes que sonríen como en éxtasis. Nada de fotos de ella ni de los demás del equipo. Qué sosos son estos integrativos.

Abro el Instagram de Nina. Alguna tendrá. Qué va, mil *selfies* de ella en cada rincón de la isla, poniendo morritos. Más que un Instagram, parece un Tinder. ¿Y Abril? A ver. ¿Quién es este pavo con el que se da un pico? Creo que tendré que hablar con ella. Aquí. Abril tiene una con Mariona. ¡Y sonríe de lado a lado! Flipante. Veo que mi hija es la única capaz de sacarla en una foto y además sonriendo. Capturo la imagen y la recorto para que salga solo Mariona. ¿Cómo se llamaba aquella *app* que me descargó Abril? Aquí está. CreaFacePro. Le pinto los ojos y los pómulos negros. Le cambio el pelo. Así enorme, y cardado. Negro entero. Y los aros. No hay duda: es ella. Tal y como la recuerdo. ¿Y si me rapo el pelo yo y me pongo una cresta postiza? Le podría enviar una foto que ponga Peter. O presentarme con esa pinta en su casa.

Tiro el móvil al otro lado del sofá y pongo los pies sobre la mesa. Madre mía. ¿Quién me lo iba a decir? Se lo diré mañana en la terapia. Antes. O después. No sé cómo hacerlo aún. Hostia, estoy muy nervioso. Pero mucho. Voy a lavarme los dientes. Me miro al espejo. Bah, no me va a reconocer ni aunque me creciera otra vez la cresta. Han pasado treinta años. Y estas arrugotas de viejo. Y ya no voy de negro ni con cadenas, ni siquiera me queda el rastro del agujero del imperdible que llevaba en la oreja.

Me enjuago la boca y miro fijamente mi reflejo. Voy a ensayar.

—Hola, ¿qué tal, Kampanilla? Soy Peter, al fin te he encontrado.

Ahora pongo voz de falsete.

—Oh, Peter, al que tanto amé. Aún te recuerdo, muchas veces pienso en ti.

¿Se acordará de verdad? ¿Habrá pensado en mí alguna vez durante estos años? Tengo mil mariposas en el estómago. Es que es muy fuerte. No puedo aguantarme. No lo voy a hacer. Mañana puedo estar muerto. Esta vez la doctora Hierbas no se va a librar de que se lo diga y la bese, ni transferencias terapéuticas ni pollas en vinagre. Tiro el cepillo al lavabo. Yo voy ahora a decírselo. Soy Peter y te voy a dar un beso que te voy a dejar temblando.

He conducido como un loco hasta Sol del Sur. Me late el corazón a mil. Esto va a ser algo épico, legendario; un argumento de novela, de serie. Es que es hasta disparatado como argumento. La realidad supera a la ficción. Golpeo su puerta tres veces y abre, sorprendida de verme. Pues ya verás cómo te vas a quedar cuando te lo cuente todo. Esto lo vamos a recordar toda la vida.

—Hola, Mariona.

—Hola.

—¿Puedo entrar?

—Claro. ¿Ha pasado algo?

—No, bueno, sí. Tengo que contarte una cosa.

—¿Otro brote?

—No, no, nada malo.

Me siento en su butaca vieja. Es muy bonita, pero como todo, la debe de haber reciclado de algún mercadillo.

—Quería hablarte de aquel concierto que comentamos.

—¿Cómo?

—El de Studio 54.

Levanta una ceja. Debe de pensar que me he fumado algo o que he empeorado. Ay, menuda sorpresa se va a llevar. Me muero de ganas de ver su cara cuando se lo diga. Me la voy a comer.

—Ah, sí. El de la cinta. Ahora te la traigo.

Se levanta y se va a un rincón del salón. La veo moverse y la recuerdo aquel día, mi punki larguirucha. ¿Pero cómo no la había reconocido antes? Mi hadita dulce.

—Bueno, no era por eso, pero sí. Me molaría verla.

Aún no sé exactamente cómo voy a decírselo. Ya surgirá. Veo cómo aprieta la pared y se abre una puerta oculta.

—Hostia, no me imaginaba que tuvieras los armarios escondidos así.

Me sonríe divertida. Ay, esa sonrisa de niña traviesa.

—Armarios hay que tener.

Y abre tres más con el mismo sistema, dando un par de golpecitos a la pared.

—Ona, me parece que lo tuyo es un zen un poco falso, un minimalismo lleno de trampantojos.

Se ríe de nuevo y rebusca en los estantes de uno de ellos.

—Hombre, algo tengo que guardar, pero sí que soy bastante minimalista. Solo conservo lo que de verdad importa.

Saca una caja de cartón decorada con fotos de los discos de El Último de la Fila.

—Ese concierto fue muy importante para ti, entonces, si tienes la cinta.

—No lo fue. Ya te lo dije. —Se pone muy seria—. Pero me gusta mucho el grupo y por eso lo guardo.

—Ya veo. Esa caja es muy bonita. ¿La hiciste tú?

—Sí.

—Es superchula.

Saca la cinta de casete y me la enseña. La abro. Que la haya comprado y guardado significa mucho, diga lo que diga mi hada rancia. Dentro hay un *ticket* doblado, debe de ser la entrada del concierto. Al desdoblarla, me quedo congelado. Se lee K&P, aunque la tinta esté casi borrada. K&P. Uf. El corazón me va a estallar. La miro. Me mira interrogante. Le señalo las letras. Ella arquea las cejas. Ni se lo imagina. Es el momento. Lo tengo que soltar. Lo suelto.

—Kampanilla y Peter. Lo escribiste.

Se me queda mirando con unos ojos tan abiertos que me mareo. Le sonrío. Imagino que me devolverá la sonrisa y preguntará que cómo lo sé. Yo le diré entonces que soy Peter y se lanzará a mis brazos. A lo mejor hasta me besa. O puede que me lance yo y la bese. A lo mejor solo se ríe y me llevo un chasco. Esperemos. Se ha quedado quieta, y me sigue mirando sin pestañear, con una expresión rara.

—Kampanilla y Peter.

Se lo repito. Me mira de arriba abajo, pero sigue muda. A mí se me está congelando la sonrisa como a un payaso triste. Hago un esfuerzo por recuperarla.

—¿No te acuerdas, Ona? Tú ibas vestida de Kampanilla. La punki. De Max. El del cómic.

Nada. Ni se mueve. No entiendo nada. Le ha dado un pasmo o algo.

—Mariona, tú dijiste que eras Kampanilla y yo te dije que era Peter. Te gustaba. Me gustabas. Acabamos haciéndolo en el baño de la discoteca.

Ahora aprieta los labios. Se está acordando.

—Y luego nos metimos mano en la playa. Nos fuimos paseando. Lo pasamos superbién. Tienes que acordarte.

Se mueve. Menos mal. Coge el *ticket*, lo dobla y lo vuelve a meter en la carcasa de la cinta. Ahora pone la cinta en la caja y la cierra. Me mira y, por fin, habla.

—No recuerdo nada de eso, Oriol. Te equivocas.

La madre que la parió. ¿Qué le ha dado ahora? Si está clarísimo. ¿Se cree que soy tonto?

—Ona, ahí pusiste K y P.

—Eso es lo que tú crees. Puede ser cualquier cosa. Las letras están borrosas. Hace muchos años de ese concierto.

—No. Es K de Kampanilla y P de Peter. Tienes que recordarlo.

—No. No recuerdo nada y te equivocas. No es mi letra.

—Que no me equivoco, joder. K y P. Lo escribiste. También recuerdo tu casa.

—Ah, ¿sí? ¿Recuerdas mi casa?

Ahora se pone borde. Menudo tono ha puesto. Pues no creo haberle dicho tampoco nada malo. ¿A qué viene esto?

—Sí, la recuerdo. Claro que la recuerdo. Y la he visto en Google, sé que ahora es un hotel. Me lo ha confirmado tu hermano.

Se levanta de golpe y me mira como si estuviera poseída.

—¿Qué cojones le has dicho a mi hermano? ¿Le has contado esta puta teoría de mierda que tienes?

Hostia. ¿Qué le pasa? Nunca la había oído gritar, y menos hablar así.

—No, coño, Mariona, pero ¿qué te pasa? Solo le dije que te conocía y que conocía Poblenou. Él me ha dicho que la casa era un hotel. Y cuando la vi en Google Maps, la reconocí.

Se vuelve a sentar. Respira acelerada y mueve los ojos como buscando algo. Ahora los cierra.

—Bueno, pues te equivocas. Yo estuve en Studio 54, pero fue todo muy aburrido, el peor concierto de mi vida. Nada destacable.

La miro desconcertado. ¿Cómo puede decir eso? Será borde. Igual no fue el mejor polvo de la historia, pero fue muy bonito. Coño. ¿Se ha olvidado de todo?

—Pero ¿cómo no lo vas a recordar? No me fastidies, Ona.

—Hace muchos años de ese día, Oriol.

—Pues yo no lo he olvidado.

—Ah, ¿no? ¿Lo has recordado toda tu puta vida?

Otra vez está chillando de pie como si me quisiera matar. Pero ¿qué cojones le pasa? No entiendo nada. Me estoy agobiando mucho, no sé qué le he hecho, pero me están entrando ganas de llorar.

—Bueno, no, en realidad, no me acordaba. De nada. Pero el otro día tuve un sueño sobre esa noche.

No me responde. Sigue respira que te respira mirando al suelo.

—Creo que, al hablar contigo, mi cerebro me lo recordó y por eso soñé con ello.

—Un sueño no es un recuerdo. Tu cerebro se lo inventaría.

—Ona, que me acuerdo, coño. Que no era un sueño, era un recuerdo. Eras tú. Eras Kampanilla.

—No sé de qué me hablas.

—¡Mariona! ¡Joder!

—Te imaginas cosas irreales. Como lo del beso.

—Anda, no me jodas, tía, ¿pero qué te pasa?

—Vete a descansar. Esto no es bueno para lo tuyo.

¿Por qué es tan hija de puta ahora conmigo? ¿Qué coño le ha dado?

—Por favor, Ona, que tú me pediste que te follara y yo te lleve al baño, y además te encantó. ¿No te acuerdas de eso? Estabas como una moto y te encantó.

Se levanta y me señala la puerta.

—Lárgate de mi casa.

—Pero, tía, no puedes haberlo olvidado.

—Pues sí. Lo he olvidado. Debí de estar con más tíos en ese concierto y seguro que lo hacían mejor que tú, porque de ti no me acuerdo. Así que no te lo creas tanto.

No sé si llorar o mandarla a la mierda. No tenía que haber venido. Es una cabrona. Joder, si siempre lo he sabido, no sé en qué estaba pensando al venir. Qué cansado estoy de todo. Así que me ha olvidado.

—O sea, que ya entonces eras así de hija de puta.

Cierra el puño. Me aparto un poco. Esta cabrona es capaz de pegarme.

—Lárgate, imbécil.

—De bruja engañabobos a vendehúmos de la seudociencia. Pues vaya carrera. Pobre Joan, lo que ha debido de aguantar contigo.

—¡Que te largues!

—Claro que me largo. Y no quiero volver a verte.

—¡Márchate ya! —grita histérica y me echa del salón a empujones. Cierra de un portazo. Aún la oigo insultarme detrás de la puerta.

—Cabrón. Ya me has jodido bastante la vida, capullo engreído. Imbécil. Gilipollas.

Me acerco a la puerta y le grito:

—Eres tú la que se la jode a todo el mundo, zorra amargada.

Capítulo 11

ONA
Al placer de reencontrar

—Hola.

Asoma su cabecita rubia por la puerta. Está preciosa, peinada con dos trenzas de raíz. Parece salida de un cuento de hadas.

—Buenos días, Abril.

—Ay, perdón, Ona, buenos días.

Es la niña más educada que conozco cuando sus padres no están delante.

—No es obligatorio darlos. No lo decía por eso.

—Ya. Perdona.

—No hay de qué. Pasa, anda.

Entra sonriendo y se sienta en la silla después de pedirme permiso. Acaricia la piedra corazón que reposa sobre la mesa. Yo escondo la palma de mi mano izquierda apoyándola sobre el escritorio. El frío del cristal me alivia. Esta noche me la he destrozado a pellizcos, está morada y me arde. La cabeza me está estallando, para variar, pero el dolor más grande lo tengo detrás del esternón, justito en el centro del alma.

—No le has dicho nada a mi padre, ¿verdad?

Su padre. Intento disimular la rabia que me sube a la garganta como si fuera un vómito. Solo con que me lo mencione ya me entran

arcadas. Respiro hondo.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque está inaguantable. Me acaba de traer en coche. Le he pedido que me dejara aquí más pronto y que luego ya me iría andando al insti. Y me ha pegado una brasa que no te imaginas; que si había visto mi Insta, que si salía con un tío dándome un pico, que si me iba a enviar interna. Pero supermosqueado. No sé qué coño le pasa hoy conmigo.

—Estará preocupado por el trabajo, Abril. Estamos todos muy saturados.

Mi pobre niña no tiene la culpa de que la mitad de su código genético sea de un gilipollas.

—Sí, pero hoy estaba muy capullo. Mucho. No le aguanto.

No se lo voy a negar. Le diría que sí, que su padre es un capullo integral y un imbécil, y que yo tampoco le aguanto, pero ella no se lo merece.

—No será por ti, cariño. Estoy segura.

Me coge las manos y me susurra como si me contara un secreto.

—No te lo he dicho.

—¿El qué?

—¡Me ha venido la regla esta mañana!

—¡Qué bien! Sabía que acabaría por venirte.

Sonríe feliz y me aprieta las manos. Mi palma dolorida se resiente de dolor al contacto, pero disimulo por ella. ¿Cómo ha podido ese engendro crear algo tan bonito como Abril?

—Jo, Ona, es que me había rayado mucho.

—Lógico.

—Menos mal. Ahora ya está todo arreglado.

—Bueno, no del todo.

Le sirvo un vaso de agua y yo me pongo otro. Mira cómo lo hago y se vuelve a mí asustada.

—No me jodas. Tú siempre bebes agua para tranquilizarte. Han salido mal las pruebas. ¿Es eso?

Bebo un sorbo y ella me imita tomándose el vaso entero.

—Sí. Menos mal que hicimos el tratamiento.

—Pero ¿qué tengo? ¿Qué me ha pegado ese capullo?

—Han salido dos pruebas positivas, la de gonococo y la de clamidia.

Se echa más agua de la jarra, bebe otro poco y resopla.

—Joder, Ona, es que es un cabrón. Los tíos son un asco.

—Ya te digo.

Se me ha escapado y me mira sorprendida. Con ella siempre soy la mujer más moderada y calmada del universo. Pero hoy no es mi mejor día.

—Quiero decir que estoy de acuerdo con que es un cabrón y no voy a justificarle. Pero has de llamarle y decirle que lo es, un cabrón y un capullo, y que vaya a su médico a tratarse y a hacerse las pruebas. Por él y porque se lo pegará a otras personas.

—Claro que se lo diré. Y me va a oír. ¿Y yo? ¿Tengo que hacer alguna cosa más?

—De momento, no. Con lo que hicimos, debería estar cubierto todo. Pero repetiremos todos los test en unas semanas.

—Y si dan negativo, ¿estaré curada?

—Sí, claro. Yo creo que ya lo estás. Pero, a partir de ahora, preservativo, ¿eh?

—No te preocupes, no pienso acercarme a un tío nunca más. En mi vida. Nunca.

—Bueno, por si acaso.

—Ni a una tía. ¡No me va a tocar nadie nunca más! ¡Qué asco!

Hoy no se lo voy a discutir. Le sonrío y acabo mi vaso. No dormir me da muchísima sed.

—Una cosa, Abril. Tengo que hacer la declaración obligatoria de la infección. Es algo que se envía a salud pública, no tiene que verlo nadie.

—¿Seguro que no lo verán?

—Nadie debería verlo salvo los epidemiólogos a quienes va dirigido.

—No quiero que lo sepan mis padres, por favor. No quiero que me envíen interna, como a ti.

Suspiro. No le tenía que haber contado ese episodio de mi vida. Se ha obsesionado y ahora no querrá estudiar fuera jamás. Ya hablaré más adelante con ella.

—Si no quieres, no se lo diré. Pero piensa que tus padres te adoran, lo entenderían todo. Y les encantaría que tuvieras la confianza de decírselo.

—No. Ni hablar. No quiero que lo sepan.

—Ya, ya. No insisto. Tranquila. Solo está escrito en tu historia y en el papel que te he dicho. Y nadie puede verlo sin tu permiso, sería un delito. Los podrías denunciar y les caería un buen puro.

—Vale. Gracias, Ona.

Mira el reloj, se levanta y me da un abrazo apretado. Tengo tanta angustia encima que casi me emociona. Cómo adoro a esta niña.

—Que tengas muy buen día, Abril.

—Igual para ti, Ona. Te quiero mucho, que sea el mejor día de tu vida.

Mientras espero que venga Isabel, pienso en lo que ocurrió ayer por la noche. Me faltó poco para romperle la cara a ese imbécil. Y creo

que lo debería haber hecho. Llevo mucho tiempo queriendo pegar un puñetazo a todos los tíos mierdas que me han jodido la vida, empezando por él. Ellos son los que me han metido en esta cáscara de miedos y dolor en la que mi psicóloga dice que estoy. Y parece que no hay terapia que me la rompa. Lo ha intentado todo, pero la dichosa cáscara es como una cebolla, llena de capas que me separan del mundo.

Anoche, después de echarle de casa, me senté en la butaca a mirar mi vieja caja de recuerdos, destrozada en el suelo tras mi ataque de rabia. Creo que estuve horas mirándola. Mi pobre caja, ella no tenía ninguna culpa. Y yo tampoco la tenía esa puta mañana después del concierto.

Que si me acuerdo de ese día, me decía el cabrón. Como si pudiera olvidarlo o anestesiar esa mierda de recuerdo.

Yo estaba loca por ese punki flaco. Ya le había visto en otros conciertos. Me hacía mucha gracia que tuviera amigos tan pijos con las pintas que llevaba. Pero él no me hacía ni puto caso. Nada. Mira que lo intenté, pero fui invisible a sus ojos hasta ese maldito día. Se me ocurrió vestirme de Kampanilla y le hice gracia. Había bebido un poco, pero no demasiado. Lo justo para provocarle y conseguir lo que yo quería: que me follara.

Peter fue quien escribió nuestras iniciales en la entrada, decía que para que no olvidáramos ese día nunca. Que así tendríamos un recuerdo de nuestro comienzo. Manda huevos, y ahora el capullo no se acordaba ni de haberlo apuntado él. Cuando llegué a casa por la mañana, yo flotaba de felicidad y Joan me esperaba hecho un basilisco. Gritaba como un poseso. «Loca. ¿Dónde estabas? Papá te ha ido a buscar con su amigo el guardia civil. Cámbiate, que no te vean con esa pinta». Pero no me dio tiempo. Al llegar, mi padre vio mi falda corta, mis medias de red y mis bragas rotas. Lo vio todo. Y

yo no vi nada porque del primer golpe ya se me llenaron los ojos de sangre. Con el segundo, me tiró al suelo y me los tapé para no ver nada. Solo se oían los gritos de Joan y los chasquidos de mis huesos. Y yo no grité ni una sola vez porque ya sabía que, si lo hacía, me pegaría más fuerte. Solo gritaba Joan. «Papá, para. Por favor, para». Me hice una bola para aguantar y que no me matara. Pero me desmayé y entonces me dio donde quiso.

Me sirvo otro vaso de agua antes de que Isabel pase y relleno la jarra. Saco un papel en blanco y lo alineo con el borde de la mesa. Después coloco el boli perfectamente paralelo a la hoja. Espero que no note lo hecha mierda que estoy.

—Hola, Isabel.

—Hola, Mariona.

—¿Estás bien?

Suspiro. No se le escapa una.

—He pasado mala noche. Migraña.

—Oh, son terribles. Qué mala suerte. Mi marido también las tiene y lo pasa fatal. ¿Quieres que venga otro día que estés bien?

Agarra el bolso para irse y yo intento ponerle una sonrisa, pero no sé si me sale. Pensaba que los políticos no eran nada empáticos, pero Isabel debe de ser la excepción. O quizá es que ella es una política de verdad y el resto no son más que cantamañanas.

—Muchas gracias, pero ahora me siento mucho mejor, solo estoy un poco cansada de la mala noche.

—Pues por eso te lo digo. Para que descanses.

—No te preocupes, de verdad, Isabel, si hablar contigo es un placer.

Suelta el bolso en la mesa y me sonríe.

—Contigo también, doctora Hierbas.

Le arrugo la nariz como si me oliera algo mal.

—¿Ahora tú también me llamas así?

—Es que te queda como un guante. Es un apodo precioso.

Me encojo de hombros.

—Lo que prefieras. Tampoco es que Muscat me haga mucha ilusión.

Se me queda mirando interrogante, pero afortunadamente no indaga más allá. Se recoloca en la silla y cruza las piernas.

—Vale. ¿Qué quieres que te diga?

—Cuéntame qué has hecho. ¿Te pusiste el tratamiento que te receté?

—Cada noche.

—¿Has notado algún cambio?

—Sí. Tengo más flujo.

—Bien, bien. Eso es que la zona se está reactivando. ¿Te ha picado en algún momento la vulva o la vagina?

Me lo niega regalándome una sonrisa. Yo apenas tengo fuerzas para devolvérsela.

—No, no me ha picado nada.

—Perfecto, pues. Ahora pasaremos a ponerlo dos noches a la semana.

Lo garabateo en el papel. Mejor que escriba cuatro notas de la visita y otro día las tecleo, no quiero mirar el ordenador con lo que me duelen los ojos.

—¿Solo dos?

—Sí.

Me encanta que le parezca poco. Eso quiere decir que le ha ido bien.

—¿Es porque es peligroso, Mariona? He visto que uno de los productos que me diste es hidratante, pero el otro lleva hormonas. Me las he puesto porque me fío de ti, pero la gente dice...

La miro y me invade aún más el cansancio. Qué pocas ganas tengo de volver a soltar el discurso de la hormonofobia, pero he de hacerlo.

—Isabel, las hormonas ni son buenas ni son malas. Lo único malo es usarlas sin sentido ni coherencia y sobre todo pensando más en el bolsillo que en los pacientes. Pero en tu caso, el tratamiento que te he dado, como ya te expliqué, es de acción local y no entra apenas al sistema. Su dosis es muy muy baja, ten seguro que te metes muchas más hormonas en el cuerpo con alguna comida procesada y los cosméticos que llevas.

Se toca la cara y me pone un gesto de asco y de susto a la vez.

—Pero... ¿qué me estás diciendo?

—La verdad. Nuestro planeta está infestado de hormonas externas, lo que se conoce como disruptores endocrinos, que vienen de los plásticos, los pesticidas, los contaminantes. Son químicos legales e ilegales que están por todas partes. No sabemos del todo qué impacto van a tener en nuestros cuerpos en un futuro, pero me temo que no será nada bueno. Se relacionan con problemas endocrinos, de esterilidad y con algunos cánceres.

Me sigue mirando con los ojos y la boca abiertas.

—Pero eso que dices es terrible, Mariona. ¿Y desde cuándo se sabe esto?

—Hay estudios publicados desde hace varias décadas, pero nunca han trascendido.

—Me parece muy fuerte. Habría que hacer algo, ¿no?

—Ojalá. Pero no veo a nadie por la labor.

—Lo investigaré.

Me sorprende que comparta mi preocupación. Normalmente todos se ríen de mis manías hacia los productos procesados y los cosméticos, pero Isabel me está escuchando.

—¿Entonces las hormonas de esa crema no son peligrosas?

—Los estudios dicen que no. De todas formas, siempre recomiendo ser minimalista en todo, y en los fármacos más: usa lo justo y necesario. Por eso, ahora bajamos de dosis y vemos a ver qué tal te sientes.

—Vale. Me has convencido. Seguiré. Y también investigaré sobre los...

—Disruptores endocrinos.

—Eso. Disruptores.

—¿Miraste las páginas que te dije?

—Sí, sí. He hecho todo lo que me mandaste.

—¿Y qué te parecieron?

—Bueno, el libro de tu prima es un poco intensito. Engancha mucho y está muy bien escrito, pero telita las cosas que describe.

Pone cara de escandalizarse y yo me intento reír. Me duele todo al hacerlo.

—Lo sé. Martina es muy cañera, pero abre muchas mentes.

—Abre de todo en ese libro, la madre del amor hermoso. Y yo me consideraba creativa. Qué cosas. Pero qué cosas.

Se vuelve a reír y se inclina hacia mí como para preguntarme un secreto.

—Oye, y ella, Martina, ¿ha probado todo lo que escribe?

—No sé si todo. Puede. Ella tiene mucha vida, pero sobre todo es la persona más curiosa que conozco. Se empapa de todo. Lo pregunta todo.

—Por favor, si viene a verte, quiero que vengáis a cenar conmigo. Y Nina también, si quiere. Puede ser una conversación épica.

—Estoy segura. Será un placer.

Me encanta escuchar a Isabel, es muy inteligente y sensata. Me está rompiendo los esquemas de lo que creía que eran los políticos. No sé de qué partido es ella, pero me da igual. La votaría sin dudarlo.

—Los audios me encantaron, creo que es lo que más me gustó de todo.

Me lo apunto para recordarlo en su terapia. La literatura erótica es fantástica para excitar y provocar deseo, pero cuando hay un poco de bloqueo, la imaginación también se congela. Estimular el oído puede ser muy útil para empezar.

—Los escucho de camino al trabajo. Aunque llego como una moto. Creo que sería mejor escucharlos a la vuelta.

Vuelvo a intentar reírme, pero sueno muy falsa al hacerlo tan suave. Si muevo mucho la cabeza, me mata el dolor. A ver si empieza a funcionar la menta que me he untado en las sienes.

—Lo que me cuentas es fantástico, Isabel. Yo creo que está claro que hay cambios, ¿no?

—Sí, he de reconocer que sí, y bastantes.

—¿Y las páginas de juguetes?

—Están bien, pero no me he atrevido a comprarlos. Ya sabes que aquí nos conocemos todos y yo... Aunque a ti no te importe como al resto, estoy metida en política. Si el repartidor los ve...

—¿Quieres que te los compre yo?

—Ah, qué bien. Pues me harías un favor. Cómprame el que a ti te parezca mejor y yo te lo pago.

—Claro. Lo haré. Y te regalaré también dos libros. Uno es de una amiga sexóloga; precisamente sobre el deseo perdido. Tiene una portada divina con un corazón rosa.

—¿Y el otro?

—Es otro de Martina, el primero que publicó. Es menos intenso y menos diverso. Aunque a mí me gustan más los nuevos, ahora creo que es mejor que empieces por el primero y luego ya seguirás si quieres.

—Lo que digas.

—Te avisaré cuando llegue todo. Los tengo que pedir también. Mientras, te voy a poner un par de actividades más para casa.

—Todo me lo das en lotes de dos. Dispara.

Le explico lo que quiero que haga. Esta vez es una lista de lo que más la excita y otra de sus recuerdos más eróticos.

—Madre mía. ¿Y lo tengo que poner todo en un cuaderno?

—Sería lo ideal, y mejor en papel, a mano. La escritura manual va más directa al cerebro. Puedes escribirlo medio en clave si te da cosa. Solo para que lo entiendas tú.

—Vale. Ya veré cómo lo hago. Cuántas cosas.

—Nos vemos en unos días.

Se marcha haciéndome de nuevo bromas sobre la intensidad de la novela de mi prima y dejándome en la consulta la estela de su perfume caro. Echo un par de gotas de lavanda en el difusor. Me irá mejor para este tipo de dolor de cabeza, de sobredosis de gilipollas.

Me siento y miro la hoja que he escrito mientras hablaba con mi querida paciente. Sin darme cuenta, la he llenado de corazones tachados.

Me paso la vida diciéndoles a mis pacientes que se escuchen, que el cuerpo les habla, que su cerebro les habla. Y yo me he vuelto sorda conmigo misma. Absolutamente sorda.

Mira que ya sabía que Oriol era un imbécil desde el minuto uno, todo mi cuerpo lo sabía. Algo en mí lo reconoció el primer día, y por

eso me ponía tan frenética. Joder, y yo pensando que ya había pasado página. Tantos años de terapia para nada. Sigo en mi cascarón, revolcándome en mi propia mierda. Esto es como *El día de la marmota*. Como si no tuviera más problemas en mi vida de los que preocuparme.

Tenía casi diecisiete años y estaba enamorada como se enamoran los adolescentes: dramática e intensamente. No me importaba morir si era por su amor y, cuando por fin me recuperé de la paliza y salí de la UCI, me sentía toda una heroína. Mientras me recuperaba con la pierna en alto y la mandíbula cosida, me imaginaba que él aparecía en la habitación del hospital, abriendo la puerta de golpe para rescatarme. «Kampanilla, he venido a por ti, te amo». Otros días pensaba que entraría por la ventana imitando a Peter Pank y dándole golpes a su sombra. «Kampanilla, vámonos volando al país de Punkilandia». Yo me reiría de sus tonterías y él me abrazaría y me llevaría volando en sus brazos, como en la discoteca. Nos iríamos lejos de los golpes de mi padre y los sermones de Joan. Yo estaba segura de que iba a venir. Peter era el hombre de mi vida: creativo, listo, sensible, inteligente, gracioso. Además, sabía dónde vivía yo. Me había acompañado a casa. No podía haberlo olvidado. No podía haberme olvidado. Pero pasaron las semanas y no apareció. Le pregunté a mi padre si alguien había preguntado por mí y me volvió a llamar puta.

El día que comprendí que Peter no vendría nunca, lloré. Lloré todo el día y toda la noche. Mi padre me quería pegar otra vez, decía que era una niña y una imbécil. Y Joan lloraba también y me pedía que me callara para que no me pegase de nuevo. Y, al final le hice caso, me callé. Del todo. Nunca volví a llorar así. No se me escapó ni una lágrima cuando por culpa de Joan me enviaron a Oxford. Ni cuando perdí a Sara. Tampoco cuando llamaron para decirme lo de Xavier. Si

he llorado algo, ha sido con llantos que no consuelan, con esas lagrimitas pequeñas que ni llenan ni satisfacen, las que se quedan en la comisura del ojo como una mota brillante de maquillaje. Entre mi padre y ese punki me rompieron el cuerpo y el corazón. Xavier me quitó el alma. Y Joan... Joan me robó la alegría. Me he quedado sola, envuelta en un cascarón que no deja salir ese agua dolorosa y salada que me inunda.

Miquel da dos golpecitos a la puerta y abre.

—Dime.

—Tienes visita.

Otra vez su cara de circunstancias. Le miro interrogante y furiosa. Como vuelva a ser el capullo de Oriol, le abro la cabeza con la grapadora en cuanto se asome.

—Dice que es tu hermano.

Joder. El corazón se me ha parado. ¿Qué hace aquí el otro capullo? Me levanto de golpe y me acerco a la puerta.

—Joan.

—Hola, Ona.

Miquel se acerca a mí, de espaldas a Joan, y me susurra:

—Sois clavados. Y tu hermano tiene un polvazo. No sabía que era el doctor buenorro del calendario de ostomías, cabrona. ¿No me lo podías haber dicho?

No le contesto. Hoy no me hace gracia. Miro a Joan sin saber muy bien qué hacer. Él no me quita ojo. Cualquier otro día lo habría echado con cajas destempladas o le habría dicho una burrada, pero estoy hecha una mierda. ¿Por qué tiene que aparecer precisamente hoy, que soy un despojo de persona?

—¿Puedo pasar?

Miquel mira a Joan. Yo me encojo de hombros y abro más la puerta. Mi hermano entra a la consulta y mira a su alrededor.

—Me gustaría que habláramos, Ona.

—Voy a buscaros agua —dice Miquel, recogiendo las jarras vacías.

Le señalo el sofá, y yo me siento en la butaca frente a él. Se acomoda y acaricia el cuero blanco del *chaise longue* con la mano.

—Es precioso. Y enorme. ¿Haces hipnosis?

Dios. Qué manía tiene todo el mundo con eso.

—Casi nunca.

—Es un sofá muy bonito.

—Gracias. Lo es. Me lo traje de Girona.

Cuando volví de Inglaterra, me instalé con Xavier en Girona. Alternábamos el trabajo de cooperación en África con la clínica alternativa de allí. Creo que fuimos algo felices durante un tiempo. Luego me vine a la isla.

Nos quedamos callados otra vez. Me mira las manos. Supongo que se fija en que sigo llevando el anillo. Él no se llevaba bien con Xavier. No me incomoda el silencio, y sé que a él tampoco. Está relajado. Y yo. Mucho. Es curioso, creo que hacía tiempo que no estaba tan tranquila.

—Te echo de menos.

Joder. Me lo suelta así. Sin anestesia. Don Perfecto me echa de menos.

—¿Me echas de menos ahora que tu mujer te ha dejado y tu hija se ha ido de casa?

Ya me salió el monstruo. Es que no puedo dejar de decirle burradas. En el fondo sí que me pone mala que sea tan bueno en todo y que haya conseguido en la vida todo lo que yo me he ido cargando aposta. El mellizo fuerte. El mellizo perfecto. El mellizo

santo. El preferido de su padre. Y yo, como siempre, la mala, la puta y la tonta. Ahora me insultará y se irá. Y vuelta a empezar.

Pero no lo hace. No se va. No se enfada. Al revés, me mira con tristeza.

—No, Ona. Te echo de menos desde mucho antes, desde el día que te fuiste a Inglaterra.

Miro a la ventana y me rasco la nuca. Las hojas del pino empiezan a moverse. Va a saltar tramontana. Me encanta el viento del norte. Le respondo sin mirarle.

—Pues parecías encantado de que me fuera.

—Desde luego que lo estaba. Porque sabía que era lo mejor para ti, aunque me partiera el alma.

Me sorprende lo que dice, pero niego con la cabeza y no me giro.

—Todos sabéis siempre lo que es mejor para mí.

No quiero mirarle. Sigo con los ojos en la ventana. Él no me contesta. Siento su respiración conectando con la mía. Lo está haciendo aposta. De pequeños siempre jugábamos a respirar a la vez como si fuéramos la misma persona.

—No me mientas. Te alegraste de librarte de mí.

—No. En absoluto. Pero ya no sabía qué hacer para protegerte. Cada día estabas más desatada y tú no eras Martina. Papá hubiera terminado por matarte.

Suelto todo el aire de mi pecho. En eso tiene razón. Mi prima y yo éramos las reinas del barrio. Nos volvía locas todo lo que se salía de lo normal. Como Peter. Y el día del concierto casi no lo cuento. Tres operaciones y la pelvis hecha añicos. Y se creyeron que había sido por la escalera. Como lo de mi madre. Vuelvo a mirar el árbol. Me fijo en todas las ramas bifurcándose, de dos en dos. Como nosotros. Joan sigue hablando y a mí se me va pasando el dolor de cabeza.

—Cuando desapareciste de la discoteca, me asusté mucho. Pensaba que te habrían violado y matado y que nunca volvería a verte. Papá me encontró llorando desesperado.

—Y te chivaste.

—Ona, éramos unos críos. Estaba muy asustado. Y cuando te pegó, creí que me moría contigo. Creí que iba a pasar otra vez lo de mamá. No podía permitirlo.

Me giro y le miro a los ojos. Eso es verdad, le recuerdo aterrorizado y gritando como un loco. Se puso delante de mi padre para que parase y recibió también unos cuantos golpes. Siento que algo se me resquebraja por dentro.

—La que casi se muere fui yo.

—Lo sé. Y no olvidaré nunca lo mal que lo pasé esperando en esa puta sala de hospital. Juré que no volvería a pasar. Y desde luego, no pasó. Tú ya no estabas. Desde ese día, solo recibí yo.

—¿Tú? ¿A ti también te pegó? ¿A su hijo preferido?

—Sí. Hasta que me fui a Stanford. Yo prefería seguir en Barcelona, pero a él tampoco le gustaba mi manera de amar ni de ver la vida. Si estábamos los dos, tu carácter me eclipsaba, pero cuando te fuiste, empezó a darse cuenta de mí. Y a controlarme. Y me pilló con Denise.

Arqueo las cejas. Mi hermano tampoco sabe elegir pareja. Denise era el capullo prepotente y egoísta por el que estaba colado. Si mi padre los pilló, le debió de dar una buena tunda. ¿Ha dicho que le eclipsaba?

—¿Te hizo daño?

—No. Siempre he sido más grande que tú. Y más rápido. Pero era una tortura vivir así y sin ti. Por eso pedí la beca.

—Y no había nada más lejos que Stanford.

—Lo mío solo eran kilómetros. Tú ya estabas muy lejos. Yo pensaba que al estudiar lo mismo hablaríamos más y volveríamos a estar bien. Pero te pareció horrible que siguiera con mi decisión de estudiar Medicina.

Claro que me lo pareció. El plan era hacerlo juntos, no competir. Éramos iguales, pero de repente Joan cambió, se alió con papá y empezó a querer superarme en todo. Siempre un puntito más que yo, siempre el primero. Yo Oxford, él Stanford. Yo Gine, él Plástica. Yo me caso por lo civil y él se monta el bodorrio padre en la catedral con la más pija de Barcelona. Iglesia, mujer y pija. Eso ya no era mi hermano. Mi Joan se había muerto y me había quedado sola.

Me levanto a abrir la ventana. Necesito un poco de aire. Me estoy ahogando con cada palabra que dice y no parece tener la intención de callarse. Hacía mucho tiempo que no oía su voz. ¿Por qué ha tenido que venir hoy, que estoy tan blandita? Siento mucha pena. Menos mal que ya no sé llorar.

—Te lo he intentado decir mil veces, Ona, pero nunca me dejas hablar. Solo te metes conmigo, con todo lo que digo y con cada cosa que hago. Y cuando vivía tu marido era peor aún.

Exhalo todo el aire de mis pulmones. Es cierto. Al conocer a Xavier, me alejé aún más de todos, menos de Martina, que se montaba mil películas para esquivarle y contactar conmigo. Al resto solo iba a verlos en Navidad y poco más. Pero es que estaba mucho mejor sin ellos. O eso creía. Miro el mar a lo lejos. Se están levantando muchas olas.

—Te daba por perdida, pero ayer, viniendo del curso, me di cuenta de lo que te quiero y lo que te añoro. No podemos seguir así. ¿No nos podemos perdonar? Tenemos que cambiar.

—Tú siempre me has querido cambiar. Nunca te he gustado. Ni a papá tampoco. De pequeño te parecías a mí, pero luego no. Luego

te volviste papá. Querías que fuera una buena mujer como nuestra madre. Pero yo siempre he querido ser como las mujeres que papá llamaba malas. Las que hacen cosas. Las que son libres. Las que se lo pasan bien. Las que os dan guerra. Pero claro, cuando las mujeres somos un problema, es mejor matarnos o enviarnos lejos. Como hiciste con Álex.

Se levanta de golpe del sofá. Cierro los ojos, ahora sí que se ha enfadado. Las patas han hecho ese ruido tan horrible al arrastrarse por la baldosa. No me quiero girar. Ahora me insultará, o me pegará, o yo qué sé. Pero ya me da igual. Son todos iguales. Que me mate ya.

—¿Pero qué dices? Mariona, te adoro como eres. Eres mi melliza, eres igual que yo. No, igual no, eres mejor. Eres admirable. Eres alucinante. Mira todo lo que has conseguido teniendo al mundo en contra. Eres la mujer más inteligente y luchadora que conozco. Si envié a Álex a Oxford fue para que se convirtiera en ti, coño. Quería que fuera como tú. Y lo he conseguido, porque sois las dos jodidamente iguales. No hay quien pueda con vosotras.

Me doy la vuelta para mirarlo. Se está acercando a mí poco a poco. Mi corazón está disparado.

—Ahora él ya no está. Papá no está. Ni Xavier. Nadie puede hacernos daño.

Suelto un gemido ronco. Él me abraza. Yo no hago nada. Me aprieta muy fuerte y yo me quedo quieta. Joan huele a familia, huele a él. Ya no me acordaba de cómo olía mi hermano. Dejo que mi cara se aplaste contra su pecho. Quiero sentir, sentirle. Cuando me separo, veo que su camisa está mojada. Empapada. Estoy llorando. Joder, estoy llorando como una niña pequeña. Sollozo, tiemblo, moqueo y suspiro como si volviera a tener cinco años. Joan también llora, me acaricia la cara y me la llena de besos.

No sé cuánto tiempo me paso llorando en sus brazos. Me muevo al oír suspirar a Miquel, apoyado en el quicio de la puerta. Tiene lágrimas en los ojos y una jarra de agua, que ya no debe ni estar fría, en la mano.

—Dios, trabajar en esta consulta es como vivir en un *reality*. No quiero irme nunca. Voy a por más *kleenex*.

Capítulo 12

ORIOL
Un viajero de barro que se lleva la corriente

—¡Oriol! Pero ¿qué coño te pasa hoy?

—Perdona, he dormido muy mal. Estoy algo despistado.

Mireia acaba de apartar de un golpe mis tijeras y ya se me han caído dos pinzas al suelo durante la intervención. Si pudiera leerme la mente, ya me habría echado del quirófano hace una hora, porque estoy pensando en todo menos en lo que tengo que pensar. Me frunce el ceño y me imagino el resto de su cara furiosa bajo la mascarilla.

—¿Algo despistado? Tío, estás fatal. Menos mal que no te he dejado cortar eso. ¿Pero dónde tienes la cabeza hoy?

Que dónde la tengo, dice. Licuada, la tengo. Con lo bien que estaba ayer, coño, y esa bruja me puso tan de los nervios anoche que ya he vuelto a temblar y a aturullarme. Me habrá echado un conjuro o algo. Cabrona.

—¿Has desayunado? Seguro que nada sólido, solo comes esas mierdas.

Esta mujer siempre achaca todo lo malo del mundo a la comida insana, se parece cada vez más a mi abuela. En fin. No voy a seguir. Me voy. Me aparto de la mesa quirúrgica y todos se giran hacia mí.

Nil, el instrumentista, me mira aún más sorprendido que mis dos compañeros. Tiro con rabia los guantes sucios y la bata a la cubeta del suelo.

—Se acabó.

—¿Qué haces? Oriol, pero no te enfades.

—¿Se te ha ido la olla?

—No. Que se acabó. Seguid vosotros.

—¿Pero qué te pasa? ¿Tan mal estás?

—Mal no, fatal. Mejor me voy o acabaré liándola más.

—Pero Oriol...

—No tengo buen día. Tenéis razón en enfadaros conmigo, no hago más que molestar.

—Ni estamos enfadados ni molestos —Mireia siempre tan conciliadora—, pero nos tienes un poco preocupados. ¿Seguro que es solo despiste?

—¿Son tus manos otra vez? ¿Has tenido más temblores?

—No, no, tranquilo Nil, solo es falta de sueño. No he dormido nada hoy. Cero.

—¿De juerga?

Ahora se echan a reír todos. Lo achacan a mi fama de fiestero. Me río, ya me gustaría que fuera eso.

—No, que va. Ya sabéis que antes de operar, nunca hay juerga. De ningún tipo.

—¿Y entonces?

—No me podía dormir. No ha habido manera. Me he pasado la noche dando vueltas.

—Pues vaya rollo —interviene de nuevo Mireia—. Eso del insomnio es una mierda, a Roser le pasa mucho. Ve a tomarte algo para relajarte y te metes en la cama.

—Eso, descansa. O busca a ese pibonazo de Neuro para que te desestrese un poco.

Le levanto una ceja a Nil y se vuelven a reír todos. Mejor. Prefiero que me crean un crápula y no un moribundo, aunque sea por poco tiempo.

—Creo que me iré a casa. Además, me está empezando una migraña.

—Es que hay tramontana.

—Ah, pues igual todo es por eso. Que tú eres muy meteorológico, jefe.

—Sí. Eso va a ser. Hasta mañana, chicos.

Salgo muy cabreado del quirófano. Joder, es que no he dado una a derechas en toda la mañana. Hoy soy el caos y no es solo por la migraña, es que no puedo dejar de pensar en lo de anoche. ¿Cómo se puede ser tan mala persona? No sé, vale que no se acuerde de un pobre paleto o que no quiera reconocer que estaba muy salida en esa época, pero podría disimular, cojones. Si a mí esas cosas me dan igual. Pero si a ella le agobia, pues podía haberme dicho que iba borracha, que no se acordaba bien, que vivía a tope, que es una casualidad que nos hayamos vuelto a encontrar. No sé, algo agradable y educado. Tampoco hacía falta que se me tirara a los brazos, aunque reconozco que me había montado toda una película. Pero no, ni eso, la tía va y me dice que no se acuerda y que yo debía de follar como el culo o que mi cerebro está fundido por la demencia. Vaya puta bruja. La odio. La odio muchísimo.

Abro la puerta del vestuario de una patada. Menos mal que no hay nadie dentro. Estoy hecho una mierda y no me apetece nada hacer de Oriol el simpático. Si es que me paso la vida haciendo teatro para que se rían todos. Y no sirve para nada, da igual lo que haga, que sea gracioso o amable, o que no lo sea, siempre acaba todo de la

misma forma. No importa lo que me esfuerce, lo que las quiera o lo que les regale: acaban por tirarme a la basura. A la puta basura.

Me saco por la cabeza la casaca del pijama y la arrugo con rabia hasta hacerla un gurruño de tela verde. Creo que me estoy imaginando que se lo hago a ella. Lo que más me jode es que no supe reaccionar bien y he quedado como lo que soy: un pobre tonto infeliz al que las neuronas se le están deshaciendo. Por eso hoy he sido un peligro en el quirófano. He operado mil veces con migraña y nunca ha pasado nada. Duele, pero no me afecta al trabajo. Lo de hoy es distinto. La mano me ha vuelto a temblar y no he sido capaz de concentrarme en nada. Mi pensamiento rebotaba sin sentido de una cosa a otra. Ya me dijo Bruna que los brotes volverían y que no iban a mejorar. Y esa arpía diciéndome que veía cambios positivos. Dándome esperanzas para que me hiciera ilusiones. Es una farsante, una mentirosa y una deshonesta. Y ahora me ha dejado tirado. Como siempre que me dan esperanza. Es la historia de mi vida.

Me siento en el banco de madera y me quito los lagrimones con una mano y los zuecos con la otra. Los estampo contra la pared de un par de patadas. Voy a llamar a Nina. Ha llegado el momento que tanto temía: ahora he de ser responsable, tengo que dejar de trabajar, y ellas deben ser las primeras en saberlo. Ya veremos cómo lo hago con Cesc y cómo se lo digo al resto.

—Hola, Nina.

—¿Pasa algo?

Cojo aire. No. No se lo puedo decir por teléfono. No me lo perdonaría. Ha de ser cara a cara.

—Ehm. No.

—¿Habéis tenido algún lío en el quirófano?

—Que no, coño, solo quería saludarte.

—Pues tienes voz de mala leche.

—Porque me duele la cabeza.

—Sí, hay tramontana. Ya me he imaginado esta mañana que hoy te dolería. ¿Pero qué ha pasado?

—Que nada, coño. Pero qué manía, ¿por qué piensas que ha pasado algo?

—Porque tú solo me llamas por la mañana cuando algo va mal en el hospital.

No se le escapa ni una. Con lo lista que es, no sé cómo no se ha dado cuenta aún de lo que me está pasando.

—Pues hoy no. Todo va bien. Era porque quería quedar con vosotras para contaros una cosa.

—¿El qué?

—Joder, Nina, si te digo que quiero quedar es porque no lo quiero decir por teléfono.

—¿Te vas a casar?

—¿Pero qué cojones dices? No. Ya sabes que no creo en esas cosas.

—Te casaste conmigo.

—Por la niña.

—¿Has preñado a alguien?

—¿Pero cómo coño voy a preñar a alguien con la vasectomía hecha?

—Todo es posible.

—¡Pues no!

—¿Te ha pasado algo con Bruna? ¿O con la nueva residente de Onco? ¿Te han denunciado?

—Vale ya, Nina, por favor. ¿Podemos quedar luego, cuando salga Abril del instituto?

—Hoy es un poco complicado, nos va fatal. Ella se va a quedar a dormir en casa de Lina, que tienen un trabajo de Sociales que hacer

por la tarde. Y yo he quedado.

Suspiro en silencio. Bueno, así me da margen a prepararme un poco. Igual es mejor así.

—Vale. Bueno, pues cuando vosotras me digáis.

—¿Te va bien mañana? Oye, si quieres, le digo a Abril que no vaya y yo cancelo mi plan. Todo puede esperar.

—No, no. No hace falta. Déjala. Que haga el trabajo, que lo mío también puede esperar.

—¿Seguro?

—Que sí.

—Bueno, si no ya me dices.

—Tranquila. Mañana tengo el día libre, podemos comer juntos y así lo hablamos. ¿Os iría bien comer en casa a las tres?

—Genial. Mañana recogeré a Abril a mediodía y nos vemos en tu casa.

—Fantástico.

Mañana. Se acabó ya la tortura, mañana se sabrá todo. Y vaya pedazo de mierda que va a ser.

Después de colgar, me he quedado un rato mirando el teléfono como ido, bloqueado. Tengo la sensación de que se ha puesto en marcha mi cuenta atrás. Que lo ha hecho, está claro, pero es que casi oigo el tictac del reloj, como aquel de las preguntas del *Un, dos, tres*. Seguro que a los que he dejado operando ahora ni han visto ni conocen ese concurso de la tele. Esa musiquilla de reloj de cuco era agobiante y mientras sonaba tenías que dar el máximo de respuestas a una pregunta hasta que sonaba la sirena del final. Ellos tienen aún todo el tiempo del mundo para contestar, pero yo ya no.

Se me acabó todo lo que tenía. Y lo peor es que no he acertado una puta respuesta en mi vida.

Me quito el pantalón y lo tiro, junto con la casaca arrugada, al cubo de ropa sucia. Ni siquiera me sale bien el enceste. Siempre suelo hacer este gesto con cierta alegría, esa que se tiene después de acabar una intervención en la que, bien o mal, lo has dado todo. Pero hoy no ha sido así, hoy lo he tirado muy cabreado y con mucha rabia, porque he operado como un verdadero zoquete. Y lo peor es que puede que esta sea la última vez que tiro el pijama al cubo. Vaya mierda de despedida del quirófano y del vestuario.

Abro mi taquilla para vestirme y oigo cómo se abre la puerta a mis espaldas.

—Oriol.

—Esto ya se está convirtiendo en una costumbre, Bruna.

—En el quirófano me han dicho que estabas aquí. Que aún te alcanzaría.

Ya me imagino las risas que se deben de estar echando. La neuróloga que me han recomendado como ansiolítico ha aparecido a buscarme a los diez minutos de irme.

—Pues aquí estoy, doctora. Para lo que usted necesite.

Ahora me toca mantener el tipo, aunque no tengo ganas de nada. Con lo a gusto que estaba yo solito aquí, revolviéndome en mi propia mierda.

—Me han dicho que estabas un poco aturullado hoy.

—Sí. Estoy cansado. He dormido mal y hay tramontana.

Se queda callada. Yo también. Solo se oye el ruido metálico de la hebilla de mi cinturón al cerrarse.

—Oriol, los dos sabemos que lo que te pasa hoy no es por el viento.

Cierro la taquilla de golpe y me quedo mirando la puerta fijamente, como si pudiera leer la mierda de futuro que tengo en la rejilla de ventilación. Resoplo y me dejo caer en el banco de madera.

—Joder, Bruna, yo pensaba que ya estaba mejor. Ayer por la mañana no tenía ni un solo síntoma. Pero hoy me ha vuelto a temblar la mano y no me he podido enfocar en nada. ¡En nada! No puedo concentrarme en el trabajo ni pensar bien. Se me han caído las pinzas, casi corto la arteria... Creo que ya no debería operar más. Se acabó. Tengo que decirlo, no me queda otra.

Se sienta a mi lado y pone la mano sobre mi hombro.

—Te lo dije.

—Ya.

Me empieza a acariciar la mejilla con su mano helada. Cierro los ojos. Se la estoy llenando de lágrimas.

—También te dije que para lo único que sirven las mierdas de la Hierbas es para sacar el dinero a la buena gente. Has hecho el tonto. Solo te ha entretenido y no teníamos tiempo que perder.

—Ya, ya. Es verdad. Soy imbécil. Gilipollas perdido.

—Esa tipa se aprovecha de la gente y le da falsas esperanzas. Como ha hecho contigo.

—Bueno, en realidad, a mí no...

Ahora pone su dedo gélido sobre mis labios para que me calle.

—Sí, sí, Oriol. A ti no te lo parece porque ella es muy hábil y tú muy inocente, pero sí. Te ha engañado. Tú eres el hombre más bueno del mundo. ¿Sabías que tiene un posgrado en hipnosis?

—¿En hipnosis?

—Sí, ha impartido clases en un máster y todo. Le he preguntado a una amiga mía de Madrid que trabaja en Girona. Dicen que es una de las mejores, una experta. La mejor.

—¿Insinúas que me ha hipnotizado? Anda, no me jodas.

—No, no. Pero quiero decir que sabe convencer a la gente de lo que quiere. Además, también es experta en PNL y CNV.

—¿Qué coño es eso?

—Programación neurolingüística y comunicación no verbal.

Levanto las cejas. No tengo ni pajolera idea de qué coño me está diciendo. Bruna sonríe al ver mi cara y me lo aclara.

—Que te puede adivinar lo que piensas con los gestos involuntarios que haces con el cuerpo y la cara, y usarlos para manipularte mejor.

—Eso son chorradas.

—No. ¿Cómo te crees que ha conseguido todo lo que tiene?

Me quedo callado. No acabo de entender lo que me dice.

—Hace sentir bien a la gente con sus mierdas y sus trucos psicológicos, y convence. Es como cuando te meten en una secta. Te hacen sentir bien, te enganchas y cuando te quieres dar cuenta ya no puedes salir.

Arrugo la cara. Eso es justo lo que me pasaba estos días en su consulta. Pero lo que me dice es una chorrada. Yo no soy tan tonto.

—Hostia. Pero a mí no me ha hecho eso. Me habría dado cuenta. Además, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué saca ella de todo esto?

—Pues puede que lo haga por venganza, pero también por fama y dinero. Mira todo lo que le ha sacado a Nina y a los de Naturbody. Más que nadie del hospital. ¿Qué le ha dado la gerencia a tu servicio? Nada. ¿Y a ella?

—Eso es verdad. Le están dando de todo.

—Me gustaría saber lo que cobra al mes entre sueldos y patrocinios. Seguro que gana más que tú y que yo, y sin guardias ni responsabilidades, porque no hace nada serio. Solo dar aceititos y masajes.

He sido un gilipollas. Un auténtico bobo. Por eso me sentía tan bien y solo pensaba en ella y en volver a su consulta. Y lo del cuento de la transferencia. Seguro que usó esas técnicas conmigo para atontarme. Y con Abril y con Nina. Y con Cesc, que siempre me dice lo bien que le cae. Qué cabrona es. ¿Pero cómo la pueden dejar trabajar? Joder, me estoy poniendo muy nervioso y mis dedos vuelven a tener vida propia. ¿Sabría hacer estas cosas ya entonces, en los ochenta? Seguro que fui una de sus primeras víctimas.

Bruna me coge las manos y las aprieta entre las suyas para que dejen de temblar. Pega su cara a la mía.

—Oriol, aún no es tarde para que entres en el ensayo. Ya sé que te parece poco, pero si conseguimos alargar tu vida un año, tendrás tiempo para muchas cosas. No es la cantidad de días, sino todo lo que puedes hacer con ellos.

Pestañeo. Esa bruja me dijo algo parecido, pero diferente, lo sacó de contexto. Para engañarme, seguro. Bruna me acaricia de nuevo la cara.

—Imagina. Podremos disfrutar de un año juntos. Un año conmigo.

—Un año más. Un año de Abril.

Bruna me suelta de forma algo brusca y asiente.

—Claro, un año de Abril. ¿No lo harías por ella?

Dios, sí. He sido un egoísta total. Abril acabará el instituto, tendrá que decidir qué estudiar. Y a lo mejor con tratamiento llego a acompañarla a su primer día de grado, sea lo que sea lo que quiera hacer. Aunque para entonces sea un hombrecillo dolorido y patético, podría acompañarla. He estado haciendo el imbécil, pensando en que mi vida iba a ser como la de una novela romántica. Y solo es un puto drama barato. ¿Por qué se me va tanto la pinza? Soy un cobarde y un egoísta. Agacho la cabeza y se me escapa un sollozo.

—Por ella haría cualquier cosa. Pobre niña mía, he sido un pedazo de burro.

—No te agobies, cariño. Es normal. En circunstancias como la tuya, uno busca soluciones en cualquier sitio, y la mala gente se aprovecha.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas y me siento fatal. Estoy muy triste, soy un imbécil. Qué tonto. Soy un inútil.

—Déjame que te ayude, Oriol.

Coge de nuevo mi cara entre sus manos y me besa suavemente. La dejo hacer. Necesito que alguien me bese. Necesito que alguien me consuele en este vertedero del que no he sabido salir nunca.

Me está costando un mundo no ponerme a llorar a gritos. Las lágrimas que se me han escapado me han hinchado los ojos, que me pesan una tonelada. Solo me apetece dormir. O morirme ya y no pensar en nada más. Bruna me ha arrastrado a su despacho y allí he firmado sin leer todos los consentimientos que me piden para el ensayo clínico. Haré todo lo que diga. Me da igual. Después, me ha llevado al laboratorio para que me sacaran un montón de tubos llenos de todos los fluidos de mi cuerpo. Parece que tengo las venas tan hechas mierda como el cerebro, porque la enfermera me ha tenido que pinchar mil veces hasta conseguir de mis brazos toda la sangre que quería obtener. Me va a quedar la piel de color funeral. Total, pronto iré a juego.

Tras dejarme exangüe, Bruna me ha llevado a Medicina Interna. Y eso ha sido lo peor: la punción lumbar. Tengo confianza en los médicos que trabajan allí y tampoco es que sea algo que duela mucho, pero notar esa aguja apuñalar mi espalda me ha dado mucha grima y un poquito de miedo.

La siguiente excursión ha sido a Rayos, donde parece que estoy abonado. Otra tomografía de la cabeza y del cuerpo entero y después me han metido de nuevo aquí, en este tubo estrecho de la resonancia magnética, que ya me parece el salón de casa. Intento poner la mente en blanco, pero estos golpes metálicos de la máquina no me dejan. Si al menos fueran rítmicos, podría intentar dormir un poco. Pero si no he podido en la cama, dudo que pueda en este cilindro helado. Me pongo a pensar en canciones que cuadren con ese ritmo, pero eso me recuerda a la maldita bruja y se me revuelven el estómago y el corazón.

—¿Todo bien, Oriol? Dale al timbre si te agobias.

Se ha dado cuenta. Sonrío intentando no moverme. El técnico de radiodiagnóstico me ha tratado con mucho cariño. No sé si porque el hombre es así o porque sabe lo que tengo, pero se lo he agradecido muchísimo. Me ha tocado el hombro antes de entrar como para darme ánimo y casi rompo a llorar otra vez. Acaricio con el meñique el timbre que me ha dejado al lado de la mano. No, no me agobio por estar aquí dentro. Todo lo contrario. Lo que me gustaría de verdad es quedarme en este tubo de acero para siempre y no salir, ya podría morirme aquí arropadito en metal. Así me evitaría tener que hablar mañana con mis chicas. Que se lo explique todo Bruna sobre mi cadáver.

Pienso en la eutanasia. Ahora sí que se me ha jodido el invento. La única que me lo podía hacer era Mariona, y ahora ya no querrá. Lástima, porque con lo que me odia, seguro que me iba a matar de puta madre. Mejor que nadie. Pero yo tampoco quiero ahora. Paso de que su cara sea lo último que vea en mi vida. Si es que tenía que haberle hecho caso a mi instinto. ¿Por qué no me escucharé? Esa tía nunca me cayó bien. Nunca. Desde el primer día que la vi.

No acabo de comprender lo que dice Bruna.

—Oriol, que lo que te estoy dando es una buena noticia.

—¿Pero cómo va a ser bueno que no me dejéis entrar en el ensayo?

Estamos de nuevo sentados en el sofá de luto del despacho de Neurología, viendo otra vez la resonancia de mi cabeza en su *tablet*. Esto ya es como un *déjà-vu.* Y aunque yo no veo muchas diferencias con la última prueba que hicimos, ella insiste en que sí las hay y muchas.

—No. Mira aquí, y aquí. Ya no cumples ninguno de los criterios de inclusión. Lo siento. El signo de la cruz no se ve tan claro, ni tampoco las lagunas. Así que no se puede. No entras. Está claro que tu resonancia ha cambiado.

—¿Estoy mejor? —Se lo pregunto esperanzado, pero ella vuelve a condenarme con una de sus sacudidas de cabeza.

—No. No me malinterpretes. No digo que estés mejor, solo que la enfermedad no ha evolucionado como pensábamos, puede que sea menos agresiva de lo que parecía al principio.

—¿Y puedo curarme?

—Quizá puedas tener más tiempo.

—¿Pero no has dicho que no entro en el grupo para tratar?

—En el ensayo no. Pero hay otros tratamientos paliativos.

—¿Paliativos? Anda, no me jodas.

No entiendo su alegría. Me lo dice como si me hubiera tocado la lotería, pero yo solo escucho que ya no entro en el ensayo y que no hay tratamiento curativo real. Ni del experimental ni del otro. Y en vez de semanas, serán meses de agonía sin ninguna esperanza terapéutica. Pues yo no veo la buena noticia por ninguna parte.

Bruna se ha empeñado en acompañarme a casa. Le he dicho que no estaba de humor, pero le ha dado igual. No me quedan ganas de discutir con nadie más. Conduzco en silencio. Ella me acaricia el pelo.

—Buscaremos remedios, Oriol. Yo te cuidaré.

—No quiero que pierdas el tiempo cuidándome, eres muy joven, tú tienes toda la vida por delante.

—Yo quiero hacerlo.

—Yo solo quiero aprovechar lo que me quede.

—Pues te ayudaré con eso.

Asiento. Me rindo. Para qué vamos a discutir más. Ya se largará cuando se dé cuenta de que soy un desecho. Ahora estoy muy cansado.

—¿Pedimos algo?

No tengo nada de hambre y estoy a punto de decirle que no, pero pienso en Mariona y cambio de opinión. Que se joda esa mentirosa. Ahora voy a comer lo más insano y procesado que encuentre. Si todavía tuviera los batidos de chocolate en la nevera, me los metería uno detrás de otro como un pavo. Y los caramelos.

—Sí, vale, pide lo que quieras.

Abre una aplicación en su móvil y desliza el dedo sobre la pantalla.

—¿Qué quieres? ¿Mexicano, chino, búrguer?

—Lo que sea. Me da igual. Pide un poco de todo. Pero que tenga mucha grasa trans, mucho colorante, mucho conservante y mucho azúcar. Glutamatos, siliconas, conservantes, pesticidas y metales pesados. Los más pesados que haya.

Se echa a reír. Le parece muy divertido, ya ves, para partirse.

—¿Y eso? ¿Qué te ha dado?

—Pues que ya me he cansado de la comida orgánica que me hacía comer la Hierbas.

—Puaj.

—Eso, puaj.

He disfrutado comiendo porquerías. Tengo la barriga repleta de venenos y tóxicos asesinos. Le doy un sorbo a la tercera cerveza y enciendo la televisión. No quiero ver nada, pero pongo un canal de música de los míos, de los que están hechos para viejos locos como yo. Si hubiera fumado alguna vez, ahora me encendería un cigarro, aunque solo fuera para joder a esa imbécil integrista de lo sano y lo orgánico. No será el tabaco lo que me mate. Ni el colorante de los nachos tampoco.

Miro a Bruna.

—Has tenido muy buena idea. Hoy voy a dormir como un rey, que me hace falta.

Bruna sonríe, se acerca a mi lado, me roba el mando y apaga la televisión.

—Tengo otra idea aún mejor.

La miro sonriendo. Conozco esa mirada perversa. Y, mira, para lo que me queda en el convento, allá que vamos: mejor lo paso comiendo y follando como un loco. La neuróloga se lanza a mi regazo a comerme la boca como una posesa. A ella le sabe a salsa barbacoa picante. Me pide que le baje la cremallera del vestido y lo hago muy lento. Acaricio su piel suave y le paseo mi lengua por la nuca. Bruna es blanca y fría como un helado de nata. Me deja hacer y luego se pone frente a mí. Ya sé lo que viene ahora. Me empuja y yo me dejo caer en el sofá riendo. Ella se quita la goma del pelo y sacude la melena a un lado y a otro. Yo silbo y le regalo una de esas

sonrisas malvadas que sé que le ponen. Me repanchigo en el sofá y le guiño un ojo, dispuesto a disfrutar del espectáculo.

Esta niña sabe mucho y me encanta. Se baja poquito a poco el vestido sin dejar de mirarme y lo desliza hacia sus tobillos hasta salir de él sin quitarse los taconazos. No lleva sujetador ni lo necesita. Su pecho es precioso y muy simétrico, casi ni se nota que está operado. Se lo toca poniendo su cara más lasciva, y yo ya empiezo a calentarme, sobre todo cuando veo que se pellizca los pezones erectos. Uf. Los botones de mi pantalón van a salir volando. Bruna mira el pantalón, luego a mí y después se relame, sabe que me pone a mil que haga eso con la lengua. Yo gruño y ella se quita las bragas y me las tira a la cara. Se lleva la mano a su sexo y yo ya no puedo más. Me quito el pantalón y libero a la bestia. Me levanto a por ella, pero no me lo permite. Se acerca y me vuelve a empujar de malos modos contra el respaldo del sofá. No se ha quitado los tacones la muy peliculera. Es lo único que lleva puesto. Me separa las piernas.

—Quieto. No te muevas.

Se arrodilla y me lame, provocándome un escalofrío que me sube hasta la coronilla. Me arqueo hacia atrás y ella salta como una gata sobre mí, metiéndose mi erección entera. Joder, qué falta me hacía esto. Agarro sus caderas escuálidas y dejo que me galope mientras veo danzar su pecho sobre mí. Esto sí que es vida. Cierro los ojos para disfrutarlo más, pero Bruna deja de moverse de repente y mira hacia abajo.

—¿Qué te pasa, Oriol?

—¿Qué me pasa?

Abro los ojos para mirar yo también y me da un ataque: mi pobre pene yace muerto entre nosotros.

—Hostia.

Intento reanimarlo con la mano, pero no da signos de vida. Bruna lo coge entre las suyas y tampoco reacciona. Está como para apuntar la hora de defunción. ¿Pero qué mierda me está pasando?

—Perdona, Bruna, no lo entiendo.

—No te preocupes.

—Déjame seguir de otra manera.

Meto mi mano entre sus piernas y me la saca de ahí sin contemplaciones.

—Que no. No te preocupes. Da igual. No pasa nada.

Se levanta y recoge su ropa para vestirse. Me siento fatal. Vuelvo a tocármela, pero no hay manera.

—Lo siento, de verdad.

—Que te digo que no pasa nada.

—Hostia, es que esto es muy raro.

Se sienta a mi lado, suspira y me da un beso en la mejilla. Ahora le doy otra vez pena. ¿En qué mierdas me estoy convirtiendo?

—Perdóname, Bruna, es porque he tenido muy mal día. He dormido fatal.

—Cariño, no es por eso, es otro síntoma.

—¿Cómo que otro síntoma? ¿Qué quieres decir?

—La disfunción eréctil forma parte de la evolución de tu atrofia.

—¿Qué dices?

—Que tienes otro brote.

—Anda, no me jodas.

—Sí, lo siento.

—¿En serio? Pero esto de la impotencia no me lo dijiste.

—No sabía que iba a ser tan pronto.

Me levanto y me aparto de ella. Empiezo a dar vueltas por la habitación. Pues solo me faltaba esto. Qué asco de enfermedad. Me tiro al mar ya.

—Déjame solo, Bruna. Vete a casa.

Se levanta y me fulmina. Normal. Está decepcionada conmigo, claro. Es que no sé qué coño hace aquí, con un viejo al que le quedan dos telediarios y que no sabe follar, ni hoy ni hace treinta años. Soy un inútil, una mierda de hombre.

—No. Me quedaré a cuidarte y a dormir contigo.

Ahora quiere ser mi canguro. Yo a esta chica no la entiendo, que se vaya, que yo ya solo quiero llorar.

—Por favor, vete. Quiero estar solo.

—Bueno, pero mañana vengo a buscarte y empezamos el tratamiento paliativo.

No me entiende. No comprende nada. No es capaz de sentir cómo se me desgarra el alma.

—No, Bruna. Ahora sí que lo veo claro. No insistas, que no quiero hacer nada. Vete. Disfrutaré dignamente de lo que me quede de vida sin hospitales ni mierdas. Con mi música y mis chicas.

Vuelvo a encender el altavoz a tope y a tirarme sobre el sofá. Ella me mira cada vez más enfadada y coge su bolso. Creo que no le ha gustado nada que dijera lo de mis chicas.

—No voy a permitirte que hagas esto. No voy a quedarme sentada viendo cómo te suicidas.

Le señalo la puerta, me pongo a cantar y pega un portazo al irse.

—Soy un accidente...

Nadie me va a responder hoy, pero ya me da igual: mejor cantar solo que mal acompañado.

Capítulo 13

ONA
Como las alondras por la mañanita

—¿Ya estás en el aeropuerto?

—Sí. Pero no me iría, Ona. Me apetece mucho más quedarme contigo.

Hoy he madrugado más que nunca para llamar a mi hermano antes de su vuelo. Me parece que floto entre esas pocas nubes que se ven en el cielo. Ayer fue uno de los mejores días de mi vida, y sé que para él también. Nos fuimos hasta mi casa caminando de la mano, como cuando éramos niños. Cenamos en las rocas frente al mar y estuvimos hablando hasta las tantas de lo bueno y de lo malo. De todo. Hablamos de Álex, mi sobrina. De lo lista que es y lo claras que tiene las cosas. Él está encantado de que se venga a la isla y yo también, aunque a mí me gustaría más que viniera al Insular y no a la otra punta. También nos acordamos de Martina. A los dos nos preocupa mucho lo que le está pasando ahora con Adam, ella es muy fuerte, lo ha sido siempre, pero lo pasa fatal. Pronto empezará a desaparecer del mapa y acabará por llamarnos Lola, su editora, para que la encontremos y la centremos. Lo bueno es que esta vez lo podremos hacer juntos. Los dos. También hablamos de mamá y de lo poco que recordamos de ella. Charlamos, reímos, nos abrazamos, lloramos. No me había dado cuenta de cuánto echaba

de menos a Joan. Al Joan de verdad, a mi Joan. Cuando repitió aquello de que me admiraba, volví a gimotear como una tonta. ¿Cómo es posible que una frase, un segundo, te pueda cambiar tanto la vida?

—¿Volverás?

—Claro, pronto. Me ha encantado tu casa, pero mucho más tus rocas. Pienso invitarme a nadar aquí contigo un montón de findes. Este rincón es una pasada. Pero tú también has de venir a verme. ¿Has pensado en lo que te dije ayer?

—¡No me has dado tiempo!

—No pienso dártelo. Dime que sí.

Joan quiere que trabaje con él en Barcelona. Además de todo lo que hace para su asociación de personas con ostomía, ha creado una fundación para financiar intervenciones de cirugía plástica a personas vulnerables. Mutilaciones genitales, heridas de guerra, cicatrices... Allí va la mayoría del dinero que da el hotel. Me emocioné cuando me lo contó. ¿Quién lo iba a decir? Con lo cuadrado y monocromático que me parecía estos últimos años. Su hija tenía razón. Joan ha cambiado. Bueno, no, lo que ha pasado es que ha vuelto a ser el mismo. Mi hermano mayor multicolor.

—Ona, necesitamos una integrativa allí.

—Es muy tentador. Pero aquí estoy bien. Nina me aprecia mucho, como amiga y como profesional. Me daría mucha pena dejarla.

—Pues podríamos compartirte. Pídele media jornada, eso es lo que va a hacer Álex si le dan Ponent. Ona, ahora quiero tenerte cerca. Te necesito.

Se me ha llenado el pecho de paz al oírle esas últimas frases. Sonrío al cielo como si Joan me pudiera ver ahora desde alguna nube.

—Yo también quiero estar cerca de ti. Y sí, lo de la media jornada es muy buena idea. Se lo diré a Nina.

—Me he quedado con ganas de conocer a la famosa gerente, parece que la quieres mucho. Es la ex de tu otro amigo, ¿no? De Oriol.

Aprieto la mandíbula, aunque hoy ya no me importa tanto lo de la otra noche. Es como si Joan me hubiese puesto un bálsamo para el alma.

—Oriol no es mi amigo.

—Vaya, pues por cómo me hablaba de ti, me pareció que te apreciaba mucho. Que sepas que ha sido él quien nos ha unido de nuevo. Fue lo que me contó de ti lo que me hizo ir a verte. Me hizo darme cuenta de todo lo que te echaba de menos. Y que merecía la pena hacer lo que fuera para volver a estar juntos.

No le respondo. No quiero que nada perturbe lo que Joan y yo tenemos ahora. Que le den a ese gilipollas, no quiero pensar en él.

—Le he propuesto ser profesor en mi máster —continúa mi hermano—. Es un tío muy bueno, de mucho nivel. Tenéis suerte de tenerle en la isla. A Oriol se lo rifaban en Barcelona, pero como está tan enamorado de su tierra, se volvió aquí. Y la verdad es que eso le da aún más nivel, le admiro por ello.

Me quedo callada. Me dan ganas de decírselo, de decirle quién es de verdad ese cabrón y su puto nivelazo, pero no merece la pena. Solo le pondría de mal humor.

—Creo que tiene un concepto de la amistad bastante diferente al mío.

—Es igual, yo lo que quiero es que vengas tú. Me voy infinitamente más feliz que cuando vine, pero quiero más de ti. Pide esa media jornada a tu jefa, por favor.

—Sí, sí. Y tú pon el modo avión ya, que estoy oyendo la demostración de seguridad y no quiero que te detengan. No pienso pagarte la fianza.

Le oigo reír antes de colgar y me entra la risa tonta a mí también. Lo hablaré con Nina. En cuanto llegue al hospital. Tengo que contarle todo esto que me ha pasado. Va a flipar. Ha vuelto Joan. Mi Joan. Es alucinante.

—¡*Bon dia*, Miquel!

Entro tarareando una canción de El Último de la Fila. Miquel está subido en una silla colocando archivos en las estanterías del pasillo.

—¡Uep, Ona! Cómo se nota que hoy eres la mujer más feliz del mundo. Qué bonito lo de ayer, ¿eh?

—Sí. —Entorno los ojos, mirándole con cara de boba—. No era consciente de todo lo que le echaba de menos.

Miquel se acerca y me recoloca el pelo.

—Tengo que encontrarte unos pendientes que te vayan. Y yo también pienso lo mismo, por cierto.

—¿El qué?

—Que no era consciente de todo lo que echaba de menos a tu hermano.

Le miro fingiendo confusión, aunque ya sé por dónde va.

—¿Cómo le vas a haber echado de menos, si ni le conocías hasta ayer?

Echa la cabeza hacia atrás y me mira en plan diva, negando con el dedo índice de lado a lado.

—¿Peeerdooonaaa? —me suelta con voz aguda y yo no puedo aguantarme la risa—. Te voy a decir dos cosas. Una: hasta ayer no me había dado cuenta de que le llevo añorando toda mi vida. Y dos:

la de cosas que he hecho pensando en el *daddy* de febrero, y tú sin decirme que era tu hermano, pedazo de perra.

Está como una cabra. No me acordaba del dichoso calendario solidario en el que participaba Joan. Me lo dijo Álex, pero yo ni lo había visto. Está claro que Miquel sí. Y muchas veces.

—¡Por Dios, Ona! ¡Qué polvazo tiene! Y qué peligro, ¿no?

Me echo a reír de nuevo y le guiño un ojo.

—Sí que tiene peligro.

—¿Sí?

—Joan ha vuelto a ser él.

—¿Al completo?

—Ajá

—Uuh.

—Estoy más contenta, Miquel. Qué pena que no sea ya sábado. Se me va a hacer muy largo el día.

—Disfruta, cielo, que hoy lo tienes muy tranquilo y en nada estarás en tus rocas. Solo hay una pareja nueva que envía Roser, de Oncología.

—Ya, pero después tengo la dichosa reunión de directivos.

No me gusta nada ir, pero hoy menos que nunca. No quiero que se me quite esta sensación de ser la reina del mundo que tengo hoy encima. Y solo de pensar en ver de nuevo a ese imbécil engreído y a su séquito de aduladores se me revuelve el estómago.

—No, Ona, la han suspendido. No hay reunión de arpías. Podrás leer tus cosas y hacer tus trabajitos en Excel hasta que vengan los pacientes.

No me lo puedo creer. Me pongo a dar saltitos de alegría y Miquel me acompaña divertido.

—¿En serio? ¿No hay reunión?

—Nop. No la hay.

—¡Qué bien! —Sigo saltando feliz—. Esto es un regalo del universo, no me apetecía nada ir. Y los Excel ya están acabados. No pienso repasarlos más.

—¿Qué te ha pasado? ¿Reencontrarte con ese pibonazo de tu hermano te ha vuelto normal?

Le tiro la goma de borrar que tengo sobre la mesa y él la esquiva como siempre hace.

—¡Yo soy muy normal!

—Sí, sí. Como las sargantanas negras. Pero me encanta verte tan feliz. Estás en racha, jefa. Te ha cambiado el destino. Hoy va a ser un gran día. —Y me canta—: Plantéééatelo asíííí.

—¡Sí, sí! Ya es hora de que me pasen cosas buenas en la vida. ¿Pero por qué la han suspendido? No he visto ningún correo.

Saco el móvil de la mochila y reviso de nuevo los mensajes para ver si hay alguno de Cati, la secretaria de gerencia.

—Pues no lo sé. Han anulado esta mañana a primera hora, pero ni idea. Ha llamado Nina personalmente para decírmelo. También me ha preguntado a qué hora venías y qué hacías hoy.

Nina debe de querer quedar para comer, como hacemos muchos viernes. Le envío un mensaje.

¡Bon dia! ¿Quedamos luego?
Tengo que contarte una cosa. Vas a flipar.

Me muero de ganas de decirle lo de Joan. La próxima vez que venga a la isla, nos iremos a cenar los tres para que se conozcan. Si Nina le conoce, será más fácil que me deje hacer lo de la media jornada. Joan es capaz de convencer hasta a una piedra.

No puedo evitar sonreír pensando en mi hermano de nuevo. Ha conseguido que lo del imbécil de Oriol desaparezca de mi mente. Que le zurzan. Le pido a Miquel que me pase a los pacientes y vuelvo a mirar el mensaje que le he enviado a Nina antes de que

entren. Es raro que no me conteste al instante y en metralleta, como hace siempre. Lo ha leído, pero me ha dejado en visto. En fin. Estará liada. Es viernes.

Tonia y Xec se sientan en mi sofá blanco. He leído su historia, viven en el campo y están juntos desde que eran unos críos. Tienen cuatro hijos y un montón de nietos. Lo del cáncer les ha debido de trastocar la vida, porque he leído que ninguno de los dos había tenido nada importante de salud hasta ahora. Están bastante tensos, pobres. No sé qué pensarán que les voy a hacer, pero se los ve asustados. Miran hacia mis pies, luego hacia los suyos, después a su alrededor.

—Es muy bonita la consulta, doctora, y el sofá. —Ella es la que decide romper el silencio y él solo asiente—. Y huele muy bien, la consulta.

—Gracias, es aceite esencial de lavanda. Lo pongo porque calma y relaja. Me podéis llamar Mariona.

—Sí que huele a lavanda. Me recuerda a la casa de mi madre, que siempre tenía plantas aromáticas en el jardín. Y la música que tiene puesta también relaja mucho, docto... Mariona.

—Gracias. Yo estoy encantada de que hayáis venido a mi consulta. Os ha recomendado una doctora a la que quiero mucho. Decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—Bueno, nosotros estamos muy bien, pero la doctora... Roser nos ha dicho que nos vendría bien hablar contigo.

He colaborado en varios cursos de Oncología. Son un servicio con una gran visión holística de los pacientes. Las oncólogas siempre han sido las más abiertas del hospital a trabajar conmigo. Saben que no interfiero nunca en sus diagnósticos ni en sus terapias. Cuando

surge alguna duda con un caso, me reúno con ellas para comentarla. Y deben de estar muy contentas de cómo lo hacemos en Integrativa, porque son las que más pacientes nos derivan al departamento.

—¿De qué os trata Roser?

Se miran. Él es el que toma la palabra ahora.

—Me han operado de la próstata, de un cáncer.

—Y ya está curado —puntualiza ella.

—Supongo que ha sido un proceso muy duro.

—Sí, Xec lo ha pasado muy mal.

Él musita un sí, mirando a la ventana. Ella pone su mano sobre la suya.

—Imagino que tú también lo habrás pasado mal, Tonia.

—Sí, yo también he sufrido mucho, pero ahora ya estamos bien. Los dos. Todo está bien. Ha merecido la pena. Está curado.

Él no dice nada. La mira un momento y devuelve la vista al árbol al que asoma la ventana de mi consulta.

—¿Y por qué creéis que Roser quería que habláramos?, ¿qué os preocupa?

Se quedan los dos en silencio. Escuchamos unos segundos la música hasta que ella se decide.

—A mí nada, no me preocupa nada, yo estoy muy bien y muy feliz de que todo se haya arreglado. Es él, que ahora le ha dado por decir que me tengo que buscar a otro que esté sano.

Ya lo ha soltado. Yo asiento y miro a Xec. Espero hasta que es él el que no soporta más el silencio.

—Es que ya no puedo satisfacerla, doc... Mariona, me la han dejado muerta con la intervención. Ya no sirve para nada.

—¿No tienes erecciones?

—No. Ninguna. —Niega con cara de pena y mira de reojo a Tonia.

—¿Ni por la mañana tampoco?

—Bueno, por la mañana sí. —Se vuelve hacia su mujer y ella asiente—. Pero en cuanto me despierto del todo, nada.

—¿Y con Tonia tienes erecciones?

—Tampoco. Jamás —responde contundente.

—¿Nunca? ¿Desde la intervención nunca?

—Casi que no. Prácticamente. Solo alguna vez.

—¿Pero alguna vez sí?

—Sí. Alguna vez.

—O sea que sí tienes erecciones a veces.

Me vuelvo a quedar callada unos segundos y espero su respuesta.

—Pero antes era siempre, Mariona.

—Ya. Eso te preocupa. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Un inútil —se lamenta al instante.

—¡No eres un inútil!

Tonia ha saltado a responderle, muy enfadada. Me dirijo ahora a ella.

—¿Por qué dices eso, Tonia?

—Porque no lo es. A mí no me importa que se le... Yo solo quiero que esté bien y estar juntos y que me abrace.

—¿Y te abraza?

—Ya no.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Vieja y fea. Creo que ya no me quiere.

Ahora es Xec el que se enfada.

—¡Claro que te quiero!

—Pues no lo parece.

Se vuelven a quedar callados y miran el árbol.

—Tras un tratamiento como el que has pasado, son muy frecuentes los problemas de erección. Pero esto es algo que a

cualquiera puede sucederle, simplemente por la edad —empiezo a explicarles el problema con calma.

—Sí. Ya nos lo dijeron. Que no solo tenía que ser por eso.

Asiento y sigo hablando despacio, pendiente de sus gestos.

—Aunque no siempre hacen falta, también hay fármacos que pueden ayudarte,

Xec traga saliva y mueve la cabeza afirmando.

—Sí. Y ya me han dado cosas, Mariona, pero no ha funcionado nada.

—A lo mejor hay que dártelas de otra manera. O cambiar algunas cosas en la forma de tener sexo. ¿Queréis que lo probemos de otras formas?

—Si me lo arreglas, me tomo lo que me des —responde esperanzado.

—¿Harías lo que fuera?

—Lo que sea.

—No te voy a dar ninguna pastilla mágica, Xec. Ni va a ser fácil ni rápido. Pero si os apuntáis a mejorarlo, puede ser muy divertido.

—¿Qué hay que hacer?

—Tendréis que venir cada semana a verme y, además, te citaré para unas sesiones de ondas de choque. Las hacen los fisioterapeutas.

Se miran y asienten entre ellos.

—¿Os apuntáis?

—¡Claro!

—Bien. ¿Sabéis lo que es el placereado?

—No.

—Os lo voy a explicar.

Les he contado lo importante que es toda la piel en el sexo y que podríamos empezar por buscar sensaciones nuevas, o al menos

aquellas que no recuerden haber sentido antes. Les he propuesto tocarse desnudos un buen rato, pero sin pasar por los genitales. Usar las manos, pero también la lengua, la punta de la nariz o lo que les apetezca. Poner música, usar aceites o incluso golosinas. Jugar con la nuca, la espalda, las orejas, los párpados, la cara posterior de la rodilla, los dedos de los pies...

Creo que nunca había tenido unos alumnos con la cara más seria y atenta que ellos. Pero, sobre todo, nunca tan colorada.

Ha entrado como un huracán en la consulta mientras recogía los vasos de agua de Tonia y Xec, que se han caído al suelo rompiéndose en mil pedazos.

—Pero ¿tú de qué coño vas?

—¿Qué te pasa, Nina?

—¿Que qué me pasa? ¿Que qué me pasa?

Me está asustando. Me grita con la cara desencajada y me va dando empujones hasta la pared del fondo. Miquel entra en la consulta y se pone en medio.

—Chicas, por favor.

Nina le pega un manotazo y lo aparta de mi lado.

—¡Tú no te metas! Que no te enteras de una mierda.

Miquel abre la boca alucinando y ella me pone cara de asesina en serie. Yo trago saliva.

—Oriol me lo ha confesado. Le acabo de llamar y me lo ha contado todo.

—¿El qué? ¿Qué te ha contado?

A saber qué le habrá contado ese gilipollas. No sé si me está hablando de la terapia, de Studio 54, de que le eché de mi casa o de qué. Nina se puede haber enfadado por todo, pero, coño, que se

enfade con él, no conmigo. ¿Qué culpa tengo yo de que se haya casado con ese pedazo de imbécil?

—No te hagas la mosquita muerta. ¿Pero cómo se te ocurre?

Me vuelve a poner esos ojos de psicópata y me arrincona contra la estantería escupiéndome insultos y gritos. ¿Me ha llamado mosquita muerta?

—¡Tiene una enfermedad grave! ¿Es que se te ha secado el cerebro? ¡Tenía que entrar en el ensayo, coño! Ahora puede ser tarde. ¿Pero cómo le convences de eso?

¿Qué? ¿Ahora soy yo la que le ha convencido? Igual también yo le he provocado la demencia y he arruinado el sistema sanitario del país. ¿De qué va este imbécil? ¿Qué mierdas se ha inventado?

—Nina, yo no le he convencido de nada. Él ha elegido todo solito.

Ella sigue chillándome. Uno de los guardias de seguridad se ha asomado a la consulta, pero al reconocer a Nina, no se mete.

—¡No me mientas! ¡Bruna me lo ha contado todo esta mañana!

¿Bruna? ¿Dice que se lo ha dicho Bruna? ¿Y qué sabe ella de todo esto? ¿Tanto secreto y no querer volver a Neuro y ahora ese capullo se lo ha contado a todo el mundo? Es gilipollas perdido.

—No te miento, Nina. Fue decisión de Oriol. Él solo me pidió que...

—¿Qué mierdas va a decidir él? Le has engatusado con tus rollos y le has hecho renunciar al tratamiento. ¿Te querías vengar de él?

—Nina, ¡eso no es verdad!

—Ni Nina ni hostias. Eres una falsa.

—¿Pero qué mierda estás diciendo? Nina, no te pases. Entiendo que te enfades porque no te lo haya dicho, pero él me lo prohibió. Sabes que si un paciente no quiere...

—¿Qué coño te va a prohibir? ¡Que te digo que me lo ha contado todo Bruna! ¡Todo! ¡No me mientas! ¡Falsa!

—Joder, Nina, pero qué te pasa, tú me conoces.

—No. No te conozco. Creía conocerte. He tolerado todas tus mierdas porque dan mucho dinero al hospital, pero esto se pasa del castaño oscuro.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—¡Que esta vez te has pasado!

—¿Que toleras mis mierdas porque dan dinero al hospital?

—Sí, tus mierdas nos financian todo lo demás. Tolero que hagas esto como terapia de tus problemas y para darnos dinero, pero Oriol tiene una enfermedad grave que se tiene que tratar con medicina de verdad, no con tus hierbas y tus olorcitos.

Me estoy enfadando mucho. No me esperaba esto de ella. ¿Qué le ha pasado? No le tenía que haber contado lo de Girona.

—No me dedico a esto como terapia. Soy yo la que hace terapia. Soy médica, Nina.

—Serás médica, pero no haces medicina. Estás peor de la cabeza de lo que pensaba.

No me creo lo que me está diciendo. No puede ser. Joder, que somos amigas. Que nos hemos contado todas nuestras mierdas. O a lo mejor la única que ha contado la verdad soy yo, que como siempre, soy la tonta del grupo.

—Si crees eso de mí, más vale que me vaya. No tiene ningún sentido que trabaje en este hospital.

—No te vas a ir.

—Claro que me voy a ir, pero ahora mismo, además. Quita.

Ya me he enfadado. Se acabó la puta calma. Le pego un empujón y la aparto de mi lado. Empiezo a desabrocharme los botones de la casaca.

—No te lo permito, tienes un contrato. Si lo incumples, te meto un puro que no podrás trabajar en ningún otro sitio.

—Me la suda tu puro y tu contrato. ¿Y qué más te da a ti? Me acabas de decir que esto no es medicina y que yo no soy médica.

—No, pero tu departamento es el más rentable del hospital. Nos das mucho dinero y no vamos a perderlo.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. Miro a Miquel, pegado a la mesa, pálido y quieto como una estatua de mármol y tan alucinado como yo.

—No te vas. No te lo permito. Pero a Oriol ni te le acercas. Ya sé que quedabais por las tardes y te aseguro que ya no va a venir más. He hablado con la jefa de seguridad y tu clave de la consulta está anulada. Solo entrarás y saldrás a las horas establecidas. Y voy a supervisar todo lo que hagas en tu consulta. Todo lo que hagas y todo lo que escribas.

Ha salido tan rápido como ha entrado, taconeando y llevándose toda mi calma y mi buen humor. Con la de veces que hemos criticado juntas el mercantilismo de algunos médicos y resulta que a mí me había contratado para eso. Para sacar dinero. Qué tonta soy. La estúpida de siempre. No cambio.

Me dirijo a la ventana y me pongo a respirar de forma consciente. Quiero frenar los latidos de mi corazón y sentirme mejor. Necesito pensar, porque ahora el cuerpo me pide romper todo lo que hay en esta mierda de consulta en la que nadie cree. Fijo la mirada en el azul del horizonte y le doy vueltas a mi anillo. Inhalo en una vuelta a la izquierda. Exhalo en seis a la derecha. Inhalo. Exhalo. Inhalo. Exhalo. Pienso. Vuelvo a respirar.

Noto cómo Miquel se acerca en silencio. Imagino que debe de estar tan en *shock* como yo.

—Creo que me iré a casa, Miquel. Ya no me quedaba ninguna visita, ¿verdad?

Me responde con un no tan pequeño como un suspiro y me pone la mano en el hombro. Le miro a la cara. Está muy preocupado.

—Estoy bien, Miquel. Tranquilo. No me lo esperaba de ella, pero tengo un máster en decepciones. No me matará una más.

No es del todo verdad. Nina y Abril han sido mis pilares en la isla, y esta hostia me ha dolido mucho, pero sé que pasará. Al final todo se pasa. Una nueva capa para la puta cebolla.

—Ona, ya la conoces. Nina es como una botella de cava agitada. Lo saca todo sin pensar en el daño que puede hacer, pero luego se desbravará y vendrá a pedirte disculpas.

—Las disculpas no lo solucionan todo, Miquel. Ya sabes lo que pasa cuando rompes un jarrón.

—No, ¿qué pasa?

—Que, aunque lo intentes reparar, aunque lo pegues, nunca será el mismo jarrón. Tendrá grietas que te recuerden la rotura para siempre.

Me encuentro mejor. La respiración consciente es ciencia, pero parece magia. Me quito la bata y la cuelgo en la taquilla. Él se rasca la barbilla, pensativo.

—Me encantan esos rollos zen que sueltas.

Esbozo una sonrisa. Le voy a echar mucho de menos.

—Me queda muy poco aquí, Miquel. Me aburro de luchar siempre en la misma batalla.

—No, joder, Ona. No me digas eso. Ni se te ocurra pensar en irte.

Me encojo de hombros y no le contesto. Él insiste.

—Nina se va a arrepentir y vendrá a hablar contigo. La conozco. Todo volverá a ser como antes.

—No lo creo. Además, está lo de Oriol. No sé qué mentiras le ha contado ese imbécil, y ahora me culpa de todo lo que le pasa.

—¿Pero eso que ha dicho es verdad? ¿Está tan grave?

—Sí.

—¿De morirse?

—Al parecer, sí. Eso dice su neuróloga, que tampoco sé qué pinta en toda esta movida. Le ha diagnosticado una enfermedad degenerativa, una demencia rara muy grave.

—Ostras. Qué putada. ¿Y tú qué piensas?

—Nada.

—¿Te pidió una segunda opinión?

—No, no venía por eso.

Abre los ojos como platos y acerca su cara a la mía.

—¿No?

—No.

—Serás perra, os habéis liado. Lo sabía. Os pillé morreándoos en la terraza.

—Qué dices, qué asco. Yo no besaría a ese imbécil ni borracha. Vino porque quería que le gestionase el proceso de eutanasia.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Esa es la verdad, y no la mierda que se está inventando Nina. El gilipollas ese solo quería que le gestionase una muerte digna. Y yo acepté, porque... Joder, estaba hecho polvo y yo soy médica, coño. Le propuse hacer terapia para mejorar sus síntomas. Y él aceptó a cambio de que lo ayudara a morir. Nada más. Me exigió que no le dijera nada a nadie de lo de la eutanasia ni de que venía conmigo. Y todo está escrito. Si ahora Nina me va a fiscalizar todo lo que hago, pues que lo mire en la puta historia de ese cabrón. Yo todo lo escribo y lo firmo. Todo. Precisamente, para evitar estas putas mierdas.

Miquel me mira con la boca abierta sin decir nada.

—¿Y ahora qué cojones te pasa? ¿Qué he dicho?

—Nunca te había oído hablar tanto, tan seguido ni con tantos tacos.

—Es que me tienen hasta el puto coño.

Se parte de risa y me empieza a llamar poligonera y macarra de Poblenou. Me cuelgo la mochila a la espalda y le doy un beso.

—Me voy a largar a Barcelona, Miquel. Que les follen a todos. Vente conmigo.

—No me lo digas dos veces, sobre todo, si está tu hermano cerca.

—Lo estará.

—Oye. Y si ahora no le haces la eutanasia tú, ¿qué va a hacer Oriol?

—Francamente, querido, me importa un bledo.

Creo que es la primera vez que he llegado a casa tan pronto del hospital. Pero hoy no estaba para nada más. Que se coma Nina todos los Excel que he hecho, la gestión del departamento y la dichosa informática del hospital con patatas. Ya he empezado a pensar qué cosas me llevaré a Barcelona y cuáles dejaré aquí. Echaré de menos este paraíso, pero vendré cuando pueda. Y sin saludar a nadie. Solo a Miquel. Y a Abril, si no me la ponen en contra.

Conseguiré que me rescindan el contrato y me indemnicen. No necesito ninguna recomendación para trabajar con Joan y podría irme mañana mismo, pero el cuerpo me pide venganza. No me voy a ir tan fácilmente. Acabaré las terapias que quedan, mis pacientes estarán bien con Lluna y los demás, pero haré que el departamento deje de serle rentable conmigo en cero coma. Tendrá que

despedirme y poner a Lluna de jefa para sobrevivir. Y yo me iré a Barcelona a pasármelo bien con Joan. Y con mis primos. Volveré a parrandear con Martina, aunque tenga que ir a Londres a por ella. Cuando le he soltado todas esas palabrotas a Miquel, me he sentido muy bien y me he acordado de las aventuras de barrio con ella. Nadie nos ganaba a macarras y malhabladas. Si tiene razón y Adam es un capullo como parece, le pediré que vivamos juntas en Barcelona y nos vengamos aquí los findes. Miquel se volvería loco, con lo que le pirran sus libros.

La verdad es que las dos tenemos un imán para los gilipollas. Igual resulta que esa habilidad también es genética.

El sol empieza a ponerse, voy a sentarme un rato en las rocas a ver el crepúsculo. Los cactus de mi jardín me miran al pasar. Sobreviviréis sin mí, hijos míos, sois igualitos a mí: pincháis a quien se acerca y engordáis del aire.

Pongo la música bajita para escuchar las olas rompiendo en la roca. Esto sí que lo echaré de menos. Barcelona no es lo mismo. Quizá podría buscarme algo en Cadaqués, allí también hay tramontana. Llevo dos noches en blanco, hoy dormiré como una bendita escuchando este sonido.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo las ruedas de un coche sobre la gravilla de la entrada de casa. Me giro y cuando lo veo, no me lo puedo creer, es el Audi blanco de Oriol. ¿Vienen ahora a pegarme los dos como unos pandilleros?

Se abre la puerta del coche. Solo sale él. Mira hacia aquí y me agacho antes de que me vea. Me arrastro a la esquina de roca que oculta la casa y me pongo los auriculares en modo cancelación de ruido. De espaldas al mundo, miro el mar y canturreo por si acaso. No quiero oír sus golpes en la puerta, paso de que me joda más el día. Que se largue. Que se vaya. Que me deje sola y en mi sitio.

Pego un brinco al notar una mano en el hombro. Pero qué huevos tiene. Ha saltado el muro. Y me mira con cara de mala hostia. Está claro que me va a pegar. Cojo una piedra del suelo y me levanto de un salto. Nos haremos daño, pero antes me va a oír.

Abro la boca para decirle todo lo que le he odiado desde hace más de treinta años y que hoy aún le odio más, por falso y mentiroso. Y que no se preocupe, que no me va a ver más porque me marcharé para siempre y buscaré de nuevo mi paz. Le quiero soltar todo de una tirada, lo que me ha hecho y cómo me ha jodido la vida. Pero no puedo decírselo. No me sale ni una sola palabra. No puedo hablar porque ahora está tapando mi boca con la suya y me besa como si fuera la última persona sobre la faz de la Tierra.

Capítulo 14

ORIOL
Dame tu caramelo, amor

No puedo dormir ni dejar de mirarla. Ha caído rendida en la cama, y no me extraña después de lo de anoche. Me encanta verla respirar así, tan lento y tan rítmico. Podría estar mirándola siempre. Es ella, la eterna protagonista de mis sueños, la musa que he perseguido toda mi vida. La pena es que me quede tan poco tiempo para disfrutarla.

Duerme como un bebé feliz. Qué distinta es cuando su cara está relajada y pone esa media sonrisa, Mariona riendo se transforma en otra persona. Hace gestos dormida. ¿Con qué estará soñando ahora? Acerco la nariz a su pelo y un escalofrío me recorre la espalda. Me encanta cómo huele a esos aceites y cómo le cae ondulándose sobre el hombro desnudo. Es como si llevara una joya de plata, una escultura de olas recorriéndole la espalda. Mi musa, además de un hada, es una sirena.

Lo que ocurrió ayer fue muy extraño, como de una película romántica de domingo por la tarde. Nina me despertó hecha una furia, gritaba como una loca diciéndome barbaridades. Bruna le había ido con el cuento y se lo soltó a pelo, sin anestesia. Se lo dijo todo: lo que tenía en la cabeza y que no había querido tratarme. Y claro, me puso a caer de un burro. Que si era imbécil, que si un

insensato, que si un puto egoísta, que no me funcionaba el cerebro. Cuando le hice la broma de que claro, que ese era el problema, que se me estaba fundiendo el bolo, se enfadó aún más. Me dijo que estaba harta de que me lo tomase todo a guasa y que si no pensaba en ella y en Abril.

Entonces sí que me puse serio. Le dije que precisamente era en ellas en las que pensaba siempre. En que no iba a pasarme las semanas que me quedaban en una cama, jodiéndoles la vida a ellas y a mi hermano. Ni hablar. Que había hecho el testamento vital y pedido la eutanasia con Mariona. Me dijo que ya lo sabía, que era un cabrón por eso y me montó otra vez el pifostio padre. Que cómo se me había ocurrido, que era un falso y que siempre había estado en contra de la muerte asistida. Le repliqué lo mismo que a Bruna, que una cosa es ser responsable de hacerlo y otra estar en el otro lado. Y que por eso se lo había pedido a Ona. Entonces soltó pestes de ella, la llamó traidora, falsa y aseguró que la iba a matar. A mí me pareció muy bien porque en ese momento la odiaba con toda mi alma, por eso le pedí que se asegurara bien de hacerlo, pero que yo igualmente no pensaba tratarme y seguiría con lo que ya estaba firmado y decidido, aunque fuera con alguien del otro hospital. Ella proclamó que eso solo pasaría por encima de su cadáver, y antes de que me colgase de malas maneras, le dije que me daba igual que fuera la gerente del puto universo, que la ley estaba de mi parte y que se tenía que aguantar. Y le recordé que habíamos quedado para comer en casa, que teníamos que contárselo todo a Abril.

Mi pobre niña. Desde el primer plato se dio cuenta de que estábamos enfadados, pero eso no es ninguna novedad para ella. Le dijimos que yo estaba enfermo, pero su madre no me dejó confesarle que lo que tengo es incurable. Como Bruna dice que está progresando más lento de lo esperado, ha decidido unilateralmente

que podemos ir diciéndoselo poco a poco. Como si hirviésemos una ranita empezando con el agua fría. La tía se lo dijo de una forma tan suave que Abril no le dio la más mínima importancia. Ahora debe de pensar que tengo un catarro cerebral o alguna mamonada que se me quitará con el tiempo. Yo no sé si eso va a ser lo mejor para ella, la verdad, pero manda su madre. Ella lo ha decidido y ya se espabilará cuando yo esté muerto.

Menuda comida nos dio Nina. A mí me dijo de todo menos bonito y a la niña la riñó por las pintas que llevaba y la volvió a amenazar con enviarla interna. Hasta ayer no sabía por qué eso la aterraba tanto.

Ona se ha movido. Ahora me da la espalda. La tiene llenita de lunares. Por todas partes. No me extraña, Nina dice que está todo el día al sol como una lagartija. Espero que se los vigile, son un peligro. Me pongo a contarlos. Ni siquiera le he rozado y ya vuelve a moverse. Ha debido de notar en sueños que yo también lo he hecho. Esta cama es muy pequeña para los dos juntos, sobre todo, para mí, que se me salen los pies. Pero me encanta, estoy en el cielo con su piel tostada tan pegada a mi cuerpo. ¿Habrá dormido alguien con ella aquí antes? Si es de mi talla, debe de haber estado muy incómodo. Creo que esta mujer nunca ha previsto tener más pareja fija que el muerto. ¿Sería grande el tipo? ¿Flaco? ¿Habrá dormido aquí también? Ahora que lo pienso, Mariona va a ser como una viuda negra, porque yo también la voy a espichar en breve. Dos fallecidos en su cama. Podría hacer un par de muescas en la pared. Me muero por tocar su piel, pero no quiero que se despierte. Cierro los ojos un momento para olerla en silencio. Esa esencia suya es adictiva. Y terapéutica, como sus aceites.

Todo pasó cuando le iba a dar el beso de despedida a Abril. De repente, lo entendí todo: la reacción de Ona, el odio que me tenía,

las burradas que me dijo en su casa y por qué la cara de Joan me resultaba tan conocida. No llegué ni a abrir la puerta del cuarto de mi hija. Hacía una videollamada con sus tres amigas y se oía todo desde fuera.

—Buah, tías, Blanca se va a estudiar a Estados Unidos.

—¿Sí?

—Sí, le han dado la beca de Atletismo.

—Qué pasada, luego la llamo.

—Jo, qué suerte, ¿no?

—Qué va, tía, lo de ir a estudiar tan lejos a mí no me mola tanto.

—¿Por qué?

—Pues porque no puedes volver más que una o dos veces al año. Aunque hagas vídeo estás como supersola, ¿no?

—Pues a mí sí me molaría, en plan, si fuéramos todas juntas. Podríamos mirarlo.

—¿A Estados Unidos?

—No, tan lejos no, pero fuera de España.

—Sí, tía, a Irlanda o a Inglaterra. La pelirroja de segundo se fue a Dublín...

—Dublín vale, pero chicas, yo de Inglaterra paso, que sé lo que es.

Abril había estado callada hasta entonces, pero decidió sentar cátedra, como si ella hubiera viajado mucho. Es tan chula como yo. Me tapé la boca para que no me oyera reír.

—¿Por qué?

—Porque a una amiga de mi madre la mandaron con nuestra edad castigada allí y creo que fue un puto asco. Los ingleses son muy bordes.

Dejé de reírme. No me gusta nada que mi hija diga tacos y además me estaba imaginando a quién se refería. Sus amigas se

revolucionaron y no paraban de preguntarle.

—¿Castigada?

—¿Qué hizo?

—Ni os lo imagináis.

—¿Qué?

—Su hermano la llevó a un concierto y se escapó al baño a follar con un tío mayor que le gustaba: un pintor.

—¿Un pintor?

—Sí, y no le conocía de nada.

—¿Y follaron? ¿En el baño?

—Sí, tía. Y ella no lo había hecho antes ni nada.

—¿Y de verdad que no le conocía?

—No.

—La hostia.

—Qué tía. ¿Y qué pasó? ¿Que la pillaron?

—Sí y eso es lo más bestia: me contó que su padre le metió una paliza que casi la mata. Estuvo meses en el hospital.

—¿Su padre? Qué fuerte.

—Muy fuerte.

—¿Y el pintor?

—Ese desapareció y la dejó tirada, solo quería follar.

—Como todos.

—Ya te digo.

—Qué cabrón.

—Sí, un cabrón.

—Pues mejor Dublín.

Parecía que me hubiera electrocutado con el pomo de la puerta del cuarto de Abril. Me quedé paralizado mientras me llegaban cientos

de bofetadas mentales, pero sopapos a mano abierta. Cómo podía ser tan tonto, joder. Imágenes, reales e imaginarias, sacudiéndome sin piedad. Sus piernas larguiruchas de niña saltando a mi alrededor, el Joan imberbe mandándome a la mierda, sus gemidos en el baño, el paquete de bragas en la papelera... Cuando me imaginé la paliza de su padre, me encendí de rabia y de culpa. Dios, dijo que estuvo meses en el hospital. La debió de romper entera. Ya no me extrañó que me odiara. Ni que Joan me enviase al infierno cuando fui a buscarla a casa. Era él. No me sonaba porque se pareciese a ella, es porque era él el que me envió a la mierda ese día en su casa. Él era el macarra que me quería matar. El que la alejaba de mí en el concierto. Yo habría hecho lo mismo si hubiera tenido una hermana pequeña. O mayor. Lo que no sé es por qué no la había recordado a ella. Y yo pensando que era actriz porno. ¡Y era como Abril! Soy un imbécil. Más que eso: capullo y gilipollas.

No recuerdo si llegué a despedirme de mi hija. Volé hasta su casa. Tenía que pedirle perdón. Estaba tan lleno de culpa que quería vomitar. ¡Cómo no me iba a odiar! Madre mía, bastante bien me trató al enterarse. Desde el coche, me pareció distinguir su silueta al llegar, pero cuando aparqué, ya había desaparecido. No me importó. Sabía que estaba aquí, coño, siempre está aquí. Debía de haberse metido en casa, por eso aporreé la puerta. Estaba cerrada, no encontré la llave y no era cosa de romperla, así que, tras cansarme de dar golpes, salté el muro. Y entonces la vi, recortando el horizonte como si fuera un hinojo marino.

La llamé, pero no me oía, esos putos auriculares aislantes la matarán un día. Así que me acerqué. Le pedía perdón, se lo gritaba, le chillaba, pero no me oía. Cuando le puse la mano en el hombro, se levantó de un salto, cogió una piedra y me miró con esa cara de niña asustada que pone a veces. Y no pude controlarme. No le dejé

ni preguntarme a qué había venido. La besé. Y se me paró el mundo.

Después de besarnos, se quedó callada. Yo no sabía qué decirle ni por dónde empezar. Ella se quitó los auriculares muy despacio y se los metió en el bolsillo. Abrí la boca para volver a pedirle perdón y entonces me dio una hostia que casi me tira al suelo.

—Perdón. Me lo merezco. Lo siento, lo siento. De verdad, perdóname.

—¿Qué coño le has dicho a Nina? Lo has jodido todo.

La miré extrañado. Por un momento, no supe a qué se refería.

—Ah. Bruna se lo había dicho. Yo también se lo conté luego. Yo... Pero yo no sabía...

—¿No sabías qué?

Me levantó la mano de nuevo. Cerré los ojos esperando un nuevo bofetón sin hacer ni amago de defenderme.

—No sabía lo que te había pasado aquel día, Mariona. El día del concierto. Y lo cabrón que debes de pensar que soy. Lo siento, de verdad, por favor. No lo sabía. ¡No tenía ni idea de nada!

Siguió con la mano en alto. Y yo explicándome.

—Fui a buscarte a tu casa, Ona. Pero Joan me echó. Yo no sabía que era él, que era tu hermano, yo pensaba que era tu novio. Y que yo solo había sido tu rollo de esa noche. Joder, me dijiste que eras actriz porno. Y él dijo que me iba a rajar si volvía. Me asusté. Joan daba mucho miedo. Pensé que erais de una mafia o algo. ¡Yo solo era un estudiante de medicina medio panoli!

Se quedó mirándome en silencio y bajó la mano.

—Perdóname, por favor. No sabía lo que te pasó después. Hostia, ni que fuera la primera vez que... Joder, si eras como Abril. Me siento un tonto y un puto cabrón. No lo hice aposta. No quería

dejarte tirada. Yo te fui a buscar. No lo sabía. No lo sabía. Lo siento mucho. Tenía que haberlo intentado más, pero no lo sabía.

Y seguía sin hablarme y sin apartar sus ojos de los míos.

—Solo quería pedirte perdón. Ya está. Siento haber saltado el muro, pero no podía aguantarme. Tenía que decírtelo. Aunque no me perdones. Tienes derecho a no perdonarme. Y a darme otra hostia. Yo no me perdonaría. Y me la daría. Lo siento. Siento lo que pasó. Siento haber venido a molestarte. Pero tenía que decírtelo.

Y me giré para irme. No me da vergüenza que me vean llorar, pero tampoco era cuestión de ponerme a berrear allí delante de ella. Y yo ya estaba sollozo tras sollozo y con los ojos desbordados. Entonces fue cuando me agarró del cuello y me arrastró a su boca. Y, aunque me joda reconocerlo, su beso fue mucho mejor que el mío.

Me he quedado dormido. Cuando abro los ojos, mi Kampanilla ya no está a mi lado. Su aroma a flores y hierbas permanece en la almohada. Hundo mi cara en ella y suspiro. Ese olor me está dando la vida. Me doy la vuelta y estiro los brazos y las piernas bajo las sábanas. Me siento tan bien que parece que me hubiera curado. Se podría parar el tiempo ahora, en este puto momento. Para siempre. ¿Por qué no me matas ahora, puta atrofia? Mis células se pudrirían absolutamente felices.

La luz del sol entra por el ventanal y se refleja en las paredes blancas y limpias. Esta mujer vive en un quirófano. No tiene cuadros, ni fotos, nada. Debe guardar lo poco que tiene dentro de esos armarios ocultos tras la pared. Ahora que sé que existen, ya veo las leves líneas oscuras del hueco de las puertas en las paredes. Todas se deben de abrir apretando. Me muero de ganas de saber

qué es lo que guarda allí, qué es lo que de verdad le importa a Mariona.

Me arrodillo sobre la cama y miro a través del cristal. Ella no me puede ver, la luz de fuera no deja ver lo que hay dentro de la casa. Ni estos vidrios raros tampoco. No se calientan con el sol. Creo que son de esos que anuncian ahora en las redes sociales, que bloquean la temperatura. Qué cabrona es y qué lista. Su casa parece mágica, como su consulta, pero en realidad las dos están llenas de trucos ocultos. Como ella, que también estaba oculta a mis ojos. Mírala, es preciosa. Está sobre una esterilla haciendo yoga. Lleva una camiseta de tirantes negra tan enorme que no se le ve el pantalón. Y se dobla como si fuera de chicle, ya me lo demostró anoche. Es curioso. Tiene un cuerpo de lo más normal, salvo por esa colección de cicatrices del abdomen. No es para nada el tipo de mujer que me gusta. Pero, joder, solo de verla agacharse como ahora... Enciende las partes de mi cerebro que aún no están atrofiadas.

Se ha quedado quieta. Creo que ha oído crujir el somier al moverme en la cama. Le voy a regalar una cama mejor y más grande, porque a este pobre catre, como sigamos como ayer, nos lo vamos a cargar.

Salgo a su encuentro en todo mi esplendor.

—*Bon dia*, Kampanilla.

Se gira hacia mí y me sonríe. Dios, ¿cómo puede cambiarle tanto la cara una sonrisa? Le brilla. O al menos a mí me parece que lo hace, porque me lo ilumina todo.

—¿Dándole las gracias al Universo?

Levanta una ceja y me mira brevemente la entrepierna y luego a los ojos.

—¿Por qué se las he de dar?

—Por regalarte unos cuantos orgasmos, nena.

De nuevo me pone esa mirada de Rottenmeier perdonavidas. Vuelve a ser la Hierbas en estado puro. Creo que no le gusta nada lo de «nena».

—Perdona, ni soy tu nena ni los orgasmos son tuyos, son solo míos. De nadie más.

Me inclino ante ella doblando la rodilla. Ahora debo de estar para foto, adorándola en pelota picada.

—Todos suyos, doctora. Pero algo de mérito también tendremos yo y este amigo que te apunta, ¿no?

Está muy guapa cuando se ríe. Tendré que hacerle más reverencias en bolas.

—Vale, te daré un poco de mérito. Pero no te pases. Ni me vuelvas a llamar «nena».

Lo sabía. Pues lo lleva claro. La miro de arriba abajo y le guiño un ojo. Me encanta cómo se cabrea también cuando hago eso. Ha puesto hasta los ojos en blanco.

—¿Por qué te has vestido? No hace frío. Y Nina dice que siempre estás desnuda en tus rocas.

—Por... Pues... Porque estabas tú. Me daba cosa.

—Después de lo que hicimos anoche no sé qué puede darte cosa.

Musita un ya, se encoge de hombros, se quita la camiseta y entonces yo me muero. Ella me vuelve a mirar de refilón lo que se está hinchando, que me va a explotar de verla así.

—Kampanilla, haz el favor de mirarme a los ojos, que se te van a los dulces.

—Si te estoy mirando a los ojos —me dice, aguantándose la carcajada.

—Se te escapan.

—Que no.

—No mientas. Ya lo hacías en la consulta, no podías dejar de mirarme la polla. Como ahora.

—¡Yo no te miraba nada!

—Que no sabes mentir ni disimular. Se te hacía la boca agua.

—Es que tú eres un poco exhibicionista, ¿no te parece?

Empiezo a caminar hacia ella con la erección en pleno apogeo.

—Lo que se tengan que comer las gusanas..., que lo disfruten las humanas.

Se echa a reír y huye fingiendo estar aterrorizada. Yo me acerco a ella, haciendo el Frankenstein, con los brazos y el pene hacia delante, como si fuera un enchufe trifásico.

Gruño como un oso y ella grita. La persigo impávido por las rocas aullando porque la piedra me está machacando las plantas de los pies. Ona camina hacia atrás, con cara de terror, acercándose peligrosamente al borde de la roca. Me da miedo que se caiga, pero cuando estoy a punto de atraparla, salta hacia un lado, me da un empujón y me tira al agua.

Buceo hasta los peñascos del fondo y me agarro a ellos. Noto el tacto suave de las algas y las acaricio con los dedos. Debe de hacer más de cuarenta años que no estaba en este rincón, pero hay que ver qué poco cambia el mundo aquí abajo. Todo está en calma. Aquí la vida es como debe ser, pura y perfecta. Si no hubiera que respirar, me montaría un piso aquí abajo. Un sargo perdido sale de detrás de una piedra, se queda inmóvil mirándome y huye nadando. Suelto unas burbujitas de aire por la nariz y las observo subir hacia la luz de la superficie. Aún puedo aguantar un buen rato. Veamos lo que tarda en zambullirse a por mí. Uno, dos, tres..., ya. En cuanto veo la espuma, me lanzo a por ella como un tiburón y la arrastro de una

embestida hasta la escalera de cuerda. Me agarro a la roca, tomo una bocanada de aire y la beso.

—Hostia, Oriol, me has asustado. Pensé que te habías dado un golpe. Tardabas mucho en salir.

—Me conozco este rincón mejor que tú, Kampanilla *meva*.

—¿Kampanilla tuya? ¿Te tengo que llamar Peter mío?

—Llámame como quieras.

Y mientras me sujeto con una mano en la escala de cuerda, le bajo las bragas con la otra. Ella se deja hacer.

—Ya veo que has estado muchas veces aquí. ¿Le hacías eso a todas con las que venías?

—A todas. He escrito hasta un protocolo, el manual de actuación erótico-festiva en rocas.

Tiro su ropa interior por encima de la roca. Me inclino sobre ella y empiezo a darle pequeños besos en el cuello, en el canalillo y en el estómago. Me vuelve loco su sabor, tengo la sensación de que llevo siglos hambriento de ella. La necesitaba. Y ahora la tengo aquí delante, desnuda al sol y bañada en el trozo de mar que más me gusta del mundo. Es como un sueño. Algo he debido hacer muy bien en la vida para que me regale esto al final. Lamo su piel salada hasta el ombligo y le sonrío perverso al ver cómo sus pezones apuntan al horizonte, tan oscuros como la piedra sobre la que me la estoy comiendo.

—Kampanilla, eres peor que yo. Ya estás como una moto.

—Nadie es peor que tú, punki salido.

Me río a carcajadas y le lamo esas rocas oscuras con la punta de la lengua. No separo mis ojos de ella ni del espectáculo que me regala con sus reacciones. Es que es solo rozarle un pezón y ya me tiembla en los brazos como un pececillo. Cuando se lo mordisqueo gime y abre las piernas, buscándome para abrazarme con ellas. Me

vuelve loco cuando hace eso, cuando se acerca y se me pega como si estuviéramos imantados. Se está frotando contra mi piel y noto como la suya le arde, casi tanto como mi alma.

—¿Te he dicho que gané un campeonato de apnea?

No espero a su respuesta y me meto bajo el agua a rebuscar entre sus piernas. Le abro más los muslos y tras un lametón rápido, vuelvo a asomar mi sonrisa entre la espuma del agua revuelta.

—Estás como un cencerro, García.

—*Yes.* Y creo que a ti te encanta que lo esté, ¿o me equivoco?

Como respuesta, me agarra del pelo y vuelve a meter mi cabeza en el agua. Cada vez la adoro más. Rebusco con la lengua y le acaricio con ella, palpando sus pliegues y haciendo círculos y circulitos hasta encontrar el clítoris. Es fácil saber que he acertado porque le responde de forma inmediata como si me saludara. Saco la nariz fuera del agua, respiro y apoyo la barbilla en su monte de Venus.

—Está la cosa muy interesante por aquí, doctora. Para que luego digan de las ancianas.

Me mira con la boca entreabierta. Sujeta con fuerza la cuerda de la escalera, no sé si por el calentón que lleva o porque me quiere pegar una hostia. Probablemente, son las dos cosas. Sus jadeos hacen que el pecho se le mueva arriba y abajo. Ese bamboleo me está poniendo aún más frenético y creo que el agua a nuestro alrededor hervirá en cualquier momento. Yo, desde luego, estoy a punto de combustionar.

—Tú eres mayor que yo, capullo.

—No creas que tanto.

Y vuelve a tirarme del pelo para meterme la cabeza bajo el agua, esta vez, de forma bastante más brusca. Me he arañado la barbilla con la roca, pero el premio merece la pena. Mariona ha separado

completamente las piernas apoyando sus pies sobre la piedra: está abierta, expuesta y empapada de mar. Me tira del pelo para que siga. La estoy poniendo a mil y me encanta verla así. Ahora mismo tengo el cuerpo tan electrizado que podría soltarme y salir despedido hacia las nubes, pero no, no quiero estar en otro sitio que no sea entre sus piernas. Me agarro a las rocas y empiezo a darle más fuerte con la lengua, golpetazos. Succiono y muerdo frenético todo lo que pillo. Vuelvo a salir. Necesito aire y sobre todo me muero por ver su cara.

—Dameee tu caramelo, amor....

—¡Calla!

Gruñe y me vuelve a hundir en el agua. Deseo, excitación, cabreo... Tiene un menú erótico completo en la mirada. Esta vez solo le doy un pequeño toque en el clítoris. Lo tiene hinchado, a punto de estallar. Salgo y me relamo.

—No sé si he de seguir. Me lo estoy pensando. Me aprietas demasiado. ¿Y si me ahogo?

Me mira enfadadísima, y yo le sonrío inocente mientras pongo mis dedos dentro de ella y los abro. Gime como si la fuera a matar y se arquea sacando medio cuerpo fuera del agua. Los arrastro sin piedad por la parte anterior de su vagina y de repente los abro y los dejo quietos.

—Dime, Kampanilla, ¿qué quieres?

Gruñe cabreada, gime y se retuerce. Saco lentamente mis dedos, pego mi cara en su barriga y se lo repito con mi boca tocando su piel.

—Kampanilleta *meva*, tesoro, que qué quieres.

Me mira desesperada y me agarra otra vez del pelo. Yo me echo a reír a carcajadas cuando clava sus ojos en los míos y me grita lo mismo que me dijo hace más de treinta años.

—Que te calles y me folles, joder. ¡Ya!

—A sus órdenes.

Y aunque me estoy destrozando las manos y los pies con las aristas de la roca, tengo que obedecerla.

Capítulo 15

ONA

Eres la fiera que apenas conozco

Como cada mañana, abro los ojos con el primer rayo de sol. Estoy en mi casa, en mi rincón, pero enseguida me doy cuenta de que no es un día habitual. Además de no tener que trabajar, Oriol me está roncando en la oreja y no sé si voy a poder aguantarme la risa para no despertarle. Ha pasado de punki escuálido a cirujano glamuroso, pero ronca como un oso pardo y me está empezando a babear el cuello.

Me giro con cuidado para verle bien, le recordaba más moreno y larguirucho. No sé si he mezclado mis recuerdos con el cómic de *Peter Pank* o si realmente Oriol era así en aquel entonces. Desde luego, ahora no lo es. Su cuerpo es muy grande, musculoso, y lleva el pelo corto, casi blanco. No me lo podría imaginar ahora con cresta. Tiene bastantes arruguitas, sobre todo, en los extremos de los ojos. Ha debido de sonreír mucho en la vida. Sus pestañas son enormes, como las de Abril. La barba recortada le enmarca esos labios carnosos tan característicos de ella. Nunca se los había visto tan de cerca, se parecen bastante los dos. Supongo que por eso me inspira esa ternura extraña que me tiene tan desubicada.

Me separo despacio de su cuerpo, abro el armario y me pongo lo primero que pillo. He de vestirme, no vaya a ser que se le ocurra

pensar que no lo hago para él. Solo le faltaría eso.

Entro en la cocina para poder mirar el móvil tranquilamente, hay un montón de mensajes de anoche.

Unos son de Miquel.

Hey, ¿cómo estás?
Porfa, dime algo
Tía, ¿estás bien?
Espero que sea que estás borracha de flores de Bach.
Uep
Eo
Contesta, porfi

Otros de Joan.

¿Qué tal tu finde? He sacado billetes para el viernes que viene por la noche.
Una semana y volvemos a estar juntos. Fiesta de pijamas.
Álex también se apunta. Ha venido de sorpresa.

También de Álex, por supuesto.

Tíaaa. ¡Lo sé todo! He llorado como una gilipollas. Qué bonitooooooo.
Nos vamos a ver el finde, ¿Te lo ha dicho papá?
He dejado lo de NY, ya tengo el máster y paso de trabajar más con ellos. Son un muermo. ¿Me llevarás a ver Ponent? Necesito que me encuentres gente con moto.

Y de Abril.

Holiii. Quería ir a verte mañana, pero mamá me ha dicho que estás mala. ¿Estás mejor?

No podía faltar Martina.

Hey yupiyei! Álex me ha dicho lo de Joan!!! Te llamaría, pero son las 5 am y voy al aeropuerto. He mandado a la mierda a Adam y me voy al escondite dos semanas. Me desconecto del mundo, de todo, al menos lo justo para no ver el pifostio que se va a montar con la prensa. Que me busquen. Gracias por tus consejos, yoda.

Contesto a todos, aunque estarán durmiendo a estas horas. Y Martina volando. Miquel es un cielo, cómo le adoro. Le digo que no se preocupe y que no me voy a matar por ahora. Que ya nos vemos el lunes. A Abril solo le he respondido que estoy mejor, sin entrar en más detalles, porque no le quiero mentir, ya se lo explicará su madre cuando me vaya. A mi Tina le he enviado doscientos emojis de corazones y brazos poderosos. No le he dado ningún consejo que no tuviera ya claro. Genial que desconecte y tire el móvil a la basura, porque se va a montar un buen pollo mediático. Pero ella es la Muscat más fuerte y la que lo tiene todo más claro, es un ave fénix. Volverá de su piso franco en unas semanas con otro churri y otra novela en marcha. Como siempre.

Los mensajes de mi hermano y Álex me han llenado de alegría y casi se me escapa un grito al leerlos. Tenerlos aquí a los dos, no me lo puedo creer. Es un sueño. Abriré los dos sofás cama y dormiremos todos juntos en el salón. Tenemos millones de momentos que recuperar.

Salgo al jardín como si fuera un ninja para que Oriol ni me oiga ni me sienta. No lo hago solo por cortesía, es porque si se despierta, no sé qué coño le voy a decir. Lo de ayer fue muy intenso y me encantó, no me arrepiento de nada, pero de día las cosas siempre se ven distintas y puede resultar muy violento. Ya me imagino la escena: que si ha estado bien, que si ya te llamaré, que si la noche nos confunde... Lo he vivido muchas veces. Si me quedo aquí, cerca

de las rocas y haciendo yoga en plan distraído, a lo mejor aprovecha y se larga en silencio, sin despedirse ni decir nada. No sería la primera vez.

Antes de empezar a hacer los asanas, me pongo la mano en la entrepierna. Por favor, cómo me escuece. Me temo que anoche nos juntamos el hambre con las ganas de comer. El sexo siempre ha sido una parte muy importante en mi vida. Y me parece que Oriol es un poco de mi estilo, practica un sexo bastante inteligente. Es como yo, aunque yo no me iría con chavalines ni con compañeros del trabajo. No entiendo cómo alguien, fuera de la ficción de una serie médica, puede pensar en tener sexo en el hospital. No me parece nada erótico.

Aguanto la postura varias respiraciones. Ahora no estoy quemando calorías ni entrenando músculo, estoy conectando y sanando. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Lo vuelvo a intentar de nuevo. Venga, cabeza, relájate, coño. El yin yoga siempre me abre la mente y me la calma, pero hoy me está costando mucho. Estoy nerviosa, no soy capaz de retener mis pensamientos y se me desbocan de nuevo a todas las escenas de anoche. Ese beso tan peliculero que me dio. Qué dramático es, debería haber sido actor. Me encantó darle la hostia que se merecía. Por chulo, por arrogante, por cabrón y por reptil. Hacía años que deseaba dársela. Pero, después, tener a ese engreído a mis pies, pidiéndome perdón, uf, me derritió. Y más cuando dijo que había venido a buscarme. No me encontró, pero había vuelto a por mí. Me dijo que lo sentía con los ojos brillantes de lágrimas. La sensibilidad en un tío me pone como una moto. Y claro, al verle llorar, pasó lo que pasó. Si es que el hombre hacía pucheros y todo, y menudos lagrimones. No me pude controlar. Ninguno de

los dos imaginaba que íbamos a acabar así. La cara de sorpresa que puso cuando le metí la mano dentro del pantalón, como en Studio 54, fue para grabarla, aunque no tardó nada en recuperarse del susto y apuntarse a la fiesta. Igual que entonces.

Está claro: en eso nos parecemos bastante, pero en nada más.

Cierro los ojos al oír el crujido de la cama dentro de la casa: se ha despertado y yo no quiero verle. Se me ha acelerado el corazón de los nervios. Deseo que huya, que se vaya, que no me diga nada y se oiga la puerta de la calle cerrarse de golpe. En cuanto oiga el motor de su coche, descanso, me tiro al agua y me relajo. Cambio de postura y me quedo quieta a escuchar. No, no se va. ¿Qué estará haciendo? No oigo la puerta ni el motor. Lo que se oye ahora es el gozne de la puerta de cristal del jardín. Ha salido y debe de andar cerca. No me queda otra que girarme a saludarle y escuchar cualquier tontería de despedida. Inhalo profundo, lo hago y cuando le miro, no me puedo aguantar la risa: apoyado en el quicio del ventanal, en bolas y con la espada en alto. Yo pensando en qué decirle, y él ya me viene pidiendo más guerra. Este hombre me va a matar.

—*Bon dia*, Kampanilla.

Después de nuestro interesante chapuzón, se ha vestido, ha preparado café para los dos y ha empezado a rebuscar en mi cocina. Me mira inquisitivo con los brazos en jarras.

—Tu nevera parece la de Carpanta. ¿Es que tú no comes?

—Claro que sí. Pero solo compro las cosas del día. Y ayer no estaba para muchas historias.

Nos quedamos callados. No sé en qué parte del día de ayer se habrá quedado pensando, porque tiene para elegir. Y de algunas no

debe de estar tan orgulloso como de otras.

—Tu café es muy bueno. Y eso que es ecológico. Me ha sorprendido. Saldré a cambiarme y compraré un par de cosas para comer.

—¿Te vas a quedar a comer?

—Si me dejas, sí. Me gustaría hablar un rato contigo y ver la puesta de sol.

Sí. Hablar, lo que se dice hablar, hemos hablado muy poco. Igual por eso nos ha ido tan bien. Veremos qué pasa luego, nuestras conversaciones no suelen acabar bien. Miro hacia el mar, que hoy está muy azul y plano. Hay muy pocas nubes en el cielo.

—Claro, genial, las vistas desde aquí son una pasada.

Me mira de arriba abajo. Me ajusto la toalla. ¿Me ha guiñado el ojo?

—Sí, las vistas desde aquí son una pasada. Y las del mar también.

Intento, sin éxito, ponerme seria.

—Serás tonto. Eso es un piropo de abuelo total.

—Pero te ha gustado. Te has reído. Me encanta que te rías, estás preciosa.

Pongo los ojos en blanco y él se acerca a darme un beso en la frente.

—No sufras, Kampanilla, que vengo en un rato. Aguanta. Que tú puedes.

Me esquiva el manotazo que le intento dar al salir. Incluso con la puerta cerrada se oyen sus carcajadas contagiosas. Sacudo la cabeza. Joder, no es propio de mí reírme con esas tonterías alcanforadas, a mí nunca me han ido ese tipo de cosas. Si le hubiera oído algo parecido a lo de las vistas en una sesión, habría vomitado en la mesa. Me deben de haber afectado tanto orgasmo, tanta oxitocina y tanta endorfina. Me ha goleado con todas esas

neurohormonas del placer, pero ya está, fin, ahora me voy a controlar. Me vuelvo a tocar la vulva y aprieto con los dedos. Uf, si antes me molestaba, ahora, con la sal del agua, me está matando. Qué escozor tengo. Voy a darme una ducha helada y me pondré una de las muestras de hidratantes que me guardé de Naturbody. Después ya recogeré la casa, que Oriol me la ha dejado hecha un desastre. Nina ya se quejaba de lo desordenado que era y...

Nina. Me duele pensar en ella y en lo que dijo. No sé si seré capaz de perdonarle las puñaladas de ayer. Tampoco sé qué va a pensar de esto que me ha pasado con su ex. La Nina que conozco se descojonaría, lo tengo claro, pero la de ayer... No sé. Es como si fuera otra persona. Miro en el móvil a ver si hay algún mensaje de ella. Nada. Cero. Pues no voy a escribirle. Es ella la que lo tiene que hacer.

Mierda, no me puedo resistir, la quiero mucho. Me da igual.

Buenos días, Nina.

Espero un rato. Lo ha visto. Pone que está escribiendo. Ya no. Otra vez escribiendo. Ya no. Graba un audio. Espero un rato. Sigo esperando. Nada. Pues fin, punto final. Qué difícil es hacer una amiga y qué fácil es perderla. Dejo el móvil sobre la mesa y me llevo la mano al corazón, que también me está escociendo mucho.

Ha abierto con la llave que dejo tras el macetón de la entrada. Me ha encontrado al sol, sentadita al lado de mis cactus, con un libro y el vestido blanco de vuelo que me compré con su hija. La ducha fría y la hidratante de hialurónico me han sentado genial.

—Hola, lagartija. ¿Es que tú no tienes miedo al melanoma?

—¿Con mi piel?

Me encanta cuando pone esa cara de asombro. Se le levanta una ceja y la boca se le convierte en un círculo casi perfecto.

—¿Perdona?

—Llevo protección, bobo. Y además es primavera.

—Aun así, creo que te pasas un poco, ¿no?

—Solo en mis días libres, y en verano me tapo.

Le señalo el toldo, aún recogido sobre la pared encalada de la casa.

—Tiene una tela bloqueante especial, no pasa ni un UVA. Pero, además, yo no soy nada blanca. Mira mi piel es...

—Un tipo cuatro por lo menos. Pero da igual, has de cuidártela, Ona, estás llena de lunares.

—Siempre los he tenido.

Deja la ceja levantada y no responde. La verdad es que me halaga que se preocupe por mí, pero no se lo voy a reconocer, así que me encojo de hombros, cierro el libro y miro detrás de él. Me ha entrado un poco de hambre.

—¿Qué me has traído?

Se inclina y me da la mano para que me levante de la silla. Ya apareció otra vez el galán de cine. Me rechina, pero le dejo que me ayude. Parecemos dos personas distintas, dos fieras que se han domesticado a polvos. Hay que ver lo que hacen las hormonas del sexo con las emociones, atontan hasta a los más listos. Menos mal que nos durará poco. Al darme la mano tira de mí y mi nariz se acerca a su cuello. Huele muy bien, a gel de ducha y a perfume caro. Y a él. Ya me estoy poniendo otra vez en celo. Me separo un poquito para que no lo note o vamos a parecer conejos.

—Ven a verlo, Kampanilleta.

Doy un gritito de asombro al ver la cocina. Está repleta de bolsas con el logo del centro comercial.

—Pero, tío, ¿has dejado algo en el Costa Norte?

—Nada. Han tenido que cerrar por mi culpa.

Me giro y le encuentro pegado a mí, invadiendo todo el espacio entre los dos. Me acaricia la barbilla y me mira en silencio, como un corderito. Nunca me había fijado en lo oscuros y profundos que son sus ojos. Uf. Neurohormonas, parad.

—¿Y esto de vaciar centros comerciales lo haces con todas las...?

Ladea la cabeza, divertido.

—¿Que me follo? No. Esta es la primera vez.

—Mentiroso.

—En serio, no es que sea de los que se escabullen después de follar, pero me despido cortésmente. ¿Y tú? ¿Tú qué haces después de follar?

—Yo me escabullo.

Y le doy la espalda para evitar ver cómo se desternilla. Me pongo a rebuscar entre las bolsas.

—Eres un poco exagerado, ¿no? Has traído comida preparada para un regimiento.

—No me riñas, es ecológica, orgánica y todas esas chorradas que te gustan.

—Pero...

—Lo que sobre lo comemos mañana.

Vaya, veo que pretende quedarse todo el fin de semana. Iba a protestar, pero como en el fondo me encanta la idea, me callo. No voy a renunciar a un finde de buen sexo.

Voy colocando las bolsas vacías a un lado y su contenido en otro. Encuentro un bote de sirope de chocolate y otro de nata.

—Oye, esto no es orgánico ni saludable.

—Ya. Pero eso no lo vas a comer tú.

—Ah, ¿no?

—No, tú solo serás el plato. De postre. Tú serás el plato de postre. Mi postre.

—Ya lo había entendido a la primera.

—Te lo aclaraba. Como a veces te cuesta un poco...

Le tiro uno de los botes directo a la cara, pero lo coge al vuelo. Lo coloca de nuevo en la mesa y se apoya en la pared. Me observa abrir las bolsas y me jalea como si esto fuera un espectáculo y yo la *vedette*. Qué teatral es. Le falta aplaudir. En la siguiente que miro, hay preservativos como para regalar a una clase de secundaria.

—¿En serio? Vaya expectativas tienes, ¿no?

—He calculado en base a nuestro ritmo.

Me tapo los ojos fingiendo que me avergüenza lo que dice y le tiro unos cuantos condones por encima. Voy colocando en la encimera un vino de la isla, fresas, bombones, gominolas, una botella de cava y una caja de color rojo con un lazo.

—¿Y esto?

Lo huelo, lo sopeso y lo sacudo en el aire. No tiene olor, no pesa apenas y no suena.

—Es para ti.

—¿Para mí? —me río—. ¿Un regalo? ¿Tanto te he impresionado?

—Uf. No lo sabes bien. Pero no te lo he comprado por eso.

—¿Entonces?

—Te debía este regalo. Te he comprado lo mismo que te compré el 6 de junio de 1986 y que acabó en la basura. Lo tiré cuando Joan me dijo que me rajaría si volvía a intentar verte.

Pienso en aquel día horrible. Hace una semana le hubiera contestado pestes de mi hermano, pero hoy todo es bastante diferente.

—Joan estaba muy asustado. Volvía de dejarme en el hospital.

—Lo sé, lo sé. Pero tu hermano fue un poquito macarra, la verdad.

—Ya.

—Vaya pareja.

—Habló el punki de Armani.

Ahora es él quien me tira los preservativos. Tengo el suelo de la cocina lleno de paquetes de condones y no puedo dejar de reírme. Me pongo a abrir su regalo. Son unas braguitas diminutas de encaje negro, que dudo que me vayan a valer. Me echo a reír.

—¿Me compraste unas bragas aquel día? ¿En serio?

—Claro, te las había roto. Te prometí que te iba a comprar otras.

—¿Y las otras eran también así, de encaje negro?

—Sí. He buscado por todo el centro comercial hasta encontrar las que más se parecían.

Me acerco a él y le doy un beso suave en los labios.

—Gracias. A la Kampanilla del 86 le hubieran flipado.

—¿A que soy más encantador de lo que pensabas?

Me coge de la cintura y me aprieta contra él. Le vuelvo a dar otro beso, bastante menos casto que el anterior.

—No te creas. Follarás muy bien, pero me sigues pareciendo un poco capullo.

—Dios, qué cruz la mía, es que solo me queréis por mi cuerpo.

Hemos empezado a comer muy educadamente en la mesa, pero la formalidad nos ha durado muy poco. Primero se ha empezado a burlar de cómo usaba los palillos y se ha acercado a enseñarme. Aprovechando la excusa de la docencia, se me ha pegado como una lapa. Anda que no sabe ni nada este hombre. Entre la risa que me ha entrado con sus tonterías y el roce de su aliento en la nuca, ya

me ha ido llevando donde él quería. El corazón se me ha empezado a acelerar y los palillos a temblar. Con la tontería de pillar dos fideos que me han volado por los aires, ya me ha tocado tres veces las tetas.

—Perdón. Otra vez sin querer.

Y me ha señalado la silueta de mis pezones bajo el vestido.

—Mira que eres sensible, Kampanilla. En cuanto me hueles, ¿eh?

No le he contestado. He intentado volver a pillar otro bocado de fideos para demostrarle que sé usar los palillos, pero la comida ha acabado en la falda de mi vestido, dejando un manchurrón de grasa. Ahí era donde quería llegar él. Me ha informado de que la grasa hay que lavarla enseguida para que no deje cerco y me ha ayudado amablemente a quitarme el vestido y la ropa interior. Mientras yo lavaba la mancha en el fregadero, él también se ha quitado la ropa.

—Es que todo es de Armani, como sabes. Mancharlo sería un pecado.

Y aquí estamos los dos ahora, comiendo *yakisoba* en el suelo, desnudos y riéndonos con cada tontería que se le va ocurriendo. Y no son pocas, no sé de dónde las saca, pero ya me están doliendo los músculos de las mejillas de lo poco acostumbrados que los tengo. Cuando acabamos con el plato principal, se levanta a traer el arsenal que pretende usar de postre.

—¿Lo de nueve semanas y media no está ya muy visto, Oriol?

—Los clásicos nunca mueren.

—¿No me vas a vendar los ojos?

—Hoy no.

Me enseña el bote de sirope.

—¿Te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Pues te aguantas, porque no lo vas a probar, que no es ecológico ni orgánico: me lo voy a comer yo todo.

Me tumba en el suelo y me dibuja un círculo perfecto en el borde de mis dos areolas. Me impresiona lo rápido y preciso que ha hecho el trazo.

—Tienes muy buen pulso.

Pretendía decírselo como un piropo, pero él debe recordar ahora su temblor, porque se mira las manos.

—Pues es verdad. Creo que follar contigo me cura.

—Qué poético eres.

—¿Y por qué no? Follar es pura poesía, y yo sé que tú piensas lo mismo. En eso sí que eres igual que yo. No me engañas.

Y se inclina a lamer las líneas que me ha dibujado. El ramalazo de electricidad que me produce su tacto es brutal. Menudo gemido he soltado. Y mi mano se ha ido volando a apretar mi hendidura, siento que me va a explotar. Le miro sorprendida.

—¡Joder!

Es lo único que se me ocurre decir. Aún noto réplicas de ese placer eléctrico por todo el cuerpo. ¿Qué coño me ha hecho? Oriol me mira curioso y me aparta las manos, sujetándome las muñecas por detrás de la cabeza.

—Por favor. Si no te estás quieta, no puedo hacértelo.

Hasta que no lo ha dicho, no me he dado cuenta de que me estoy retorciendo como una culebra. Me quedo lo más inmóvil que puedo para que me dibuje una nueva línea de chocolate por encima del pubis. Otra línea perfecta. Me calmo, pero en cuanto su lengua me toca la piel, millones de calambres recorren mi cuerpo y me hacen gritar. Intento liberar mis manos porque el clítoris me va a estallar y quiero tocarlo. Oriol me observa como si fuera un espécimen de estudio.

—Eres increíble.

Y no sé si es el calentón que me ha provocado o esa voz ronca con la que me lo dice, pero noto como si me poseyeran Lilith y toda su horda de divinos demonios. Me suelto de sus manos, le tiro al suelo de un empujón y me clavo a su cuerpo sin darle tiempo ni a asombrarse. Cierro los ojos y empiezo a moverme con su erección dentro. Estoy muy descontrolada, no puedo pensar en nada más que en arquear la columna y moverme. Noto que me agarra suave de la barbilla.

—Ona.

No le hago caso y sigo frenética, agitada, subiendo y bajando sobre él.

—Ona, mírame.

Niego con la cabeza. No, no quiero mirarle. Solo quiero sentir, morirme de placer. No quiero parar.

—Por favor, Ona.

Entreabro al fin los ojos y me hundo sin remedio en el calor de los suyos. Me calma, freno, todo está bien. No separa su mirada de la mía y toca mis caderas para ayudarme, pero no le da tiempo a hacer nada. En cuanto me pone los dedos encima, suelto un quejido inmenso, estallo y me largo del mundo. Se me llenan los ojos de lágrimas y me quedo jadeando y agotada, con las manos en el suelo y la cabeza gacha.

—Joder.

Me acaricia sin responderme.

—Perdona, lo siento, no he podido parar.

Sigue callado y moviendo su mano por la curva de mi cintura a la cadera. Sigo hablando sola.

—Ha sido un poco bestia, no... No lo entiendo.

Él no dice nada. Sonríe y noto cómo se mueve dentro de mí.

—Oriol, ¿no me habrás puesto algo en la comida?

Estalla en carcajadas y me hace rebotar sobre él con cada una de ellas.

—¿Sí? ¿Lo has puesto?

—No —habla al fin—, y menos mal; si encima te pongo algo, me matas como una mantis.

Me tapo la cara con la mano.

—Perdona, perdona, de verdad.

—Tendrás que compensarme.

—Claro, pídeme lo que quieras.

Y me alcanza el *spray* de nata.

Nos hemos quedado medio dormidos en el suelo. Está todo pegajoso y lleno de nata y chocolate. Tengo la cabeza en su hombro y la pierna abrazando su cadera. Estoy agotada, pero aún seguiría: ese olor que destila me trastorna bastante. Me siento tan bien que no me importaría morirme en este momento. En pleno posorgasmo. Sería un buen final, el mejor. Y creo que él se siente igual que yo. Me acaricia la cara sin dejar de mirarme. Todo es muy raro. Muy irreal. Estamos borrachos de sexo.

—Al coger el coche, me he cruzado con ese paciente tuyo tan raro. Para mí que te acosa un poco.

—¿Qué paciente?

—El que salió de tu consulta el día que yo entré la primera vez. El día del diagnóstico.

Me quedo callada pensando un momento. No me suena nada de lo que me dice.

—Pero esa tarde yo no pasé consulta. Miquel se fue de fiesta y yo me quedé revisando los datos de Naturbody.

—Pues en tu sala de espera había un tío que se largó cuando entré. Ya sé que yo no estaba muy centrado ese día, pero me acuerdo perfectamente.

—¿Y cómo era?

—Muy delgado, con un gorro negro hasta las cejas y pinta de guiri enfermo.

—Yo no tengo ningún paciente así.

—Pensaba que sí. Pues hoy estaba en el camino de la entrada.

Me incorporo y me siento.

—¿De la casa? ¿Aquí? ¿Me quieres meter miedo?

—Claro, quiero quedarme a protegerte esta noche.

Me besa suave los labios y yo me echo a reír. Qué mono es.

—No hace falta que te busques excusas de caballero andante. Me encantará que te quedes, aunque no me protejas. Yo me sé defender sola.

Se incorpora a mi lado y me planta otro beso en la mano.

—¿Sabes? Antes pensaba que si las cosas hubieran ido de otra manera, ahora podríamos ser una pareja de esas que llevan treinta años juntos. Y tendríamos un montón de hijos y nietos.

—Qué horror.

—¿Horror? Pero si a ti te gustan los niños, Abril te gusta.

—Abril me encanta. Los hijos de los demás me gustan. Y los perros de los demás también. Pero no quiero hijos ni mascotas. Me vale con mis cactus. Yo solo quiero seres independientes a mi lado, paso de preocuparme por nadie.

Me llama punki *destroyer*. Yo me encojo de hombros.

—En serio, ¿no te hubiera gustado tener hijos?

—No. No hubiera sido una buena madre.

Me toco la barriga instintivamente. Debo haberle sonado tan triste que deja de preguntarme y pone su mano al lado de la mía.

—Llevas una buena colección.

—Sí. Toda mi vida en cicatrices.

—Qué poética. Cuéntame esa vida, a ver.

Agacho la cabeza para mirarme la tripa y empiezo a explicarle la historia de cada uno de mis remiendos. Le señalo el más viejo de todos.

—Esta cicatriz es de la paliza. La de aquel día. Me tuvieron que quitar un trozo de hígado y casi el bazo. Fractura de pelvis, cúbito y radio. Tuve suerte.

—No sé si suerte es la mejor palabra para definir eso, pobre niña mía. Déjame verla bien.

Me empuja suavemente y me tumba en el suelo bocarriba. Resigue la cicatriz con los dedos y le da pequeños besos repitiendo cuánto lo siente. Cuando acaba, me mira interrogante esperando que le explique la siguiente. Creo que esto me va a gustar.

—Esta me la hice en África.

—¿Un león?

Hace el gesto de morderme y me echo a reír.

—No, algo menos épico: la quemadura de una plancha.

—¿Planchabas desnuda y no te mordió ningún león? Qué leones más tontos.

Repite el recorrido, acaricia despacio el trayecto de la herida y cubre de besos toda la cicatriz africana.

—Siguiente.

—Esta es una puñalada de barrio. Verídico. Mi prima Martina y yo nos metimos en una pelea. Me clavaron un cuchillo, fue leve, pero me quedó mucha marca.

—Martina... Muscat. ¡La hostia! ¿Martina Muscat es tu prima? ¿La escritora?

—La que viste y calza.

—Joder, me encanta.

—No pienso presentártela.

Me hace un puchero y le niego con la cabeza.

—Me estoy dando cuenta de que todos los Muscat sois bastante macarras.

—Lo dijo el finolis. Pero sí, ten mucho cuidado con nosotros. Somos un clan.

—No lo dudo. Te voy a besar un poco más por si acaso.

Cierro los ojos para sentir sus labios con más intensidad. Ahora pasa la lengua por toda la piel marcada. Estoy disfrutando de lo lindo y ya me está calentando otra vez.

—Esta de aquí es de una apendicitis, ¿no?

—Sí. Y me tocó pasarla en Inglaterra sola. Fue horrible.

—Vamos a darle un poco más de mimos, entonces.

Y sigue acariciando, lamiendo y besando. Creo que solo nos queda la última. Esta se la podía saltar, la verdad.

—¿Y esta brutalidad?

La señala, es la cicatriz más grande, un trazo vertical irregular que recorre mi abdomen, del ombligo al pubis.

—Una histerectomía. Me quitaron el útero.

Prefiero no explicarle nada más. Él la resigue con el dedo.

—Qué desastre. ¿Una laparotomía media y tan a saco? En África, supongo.

Suspiro. Sí que fue un desastre, una auténtica mierda.

—No, fue en Girona. Sangraba mucho.

—Una histerectomía de urgencia y por sangrado. Eso solo lo había visto en cesáreas.

No le respondo y vuelvo a cerrar los ojos mientras me la besa. No quiero que diga nada más. Le acaricio la cabeza y le pregunto yo para cambiar de tema, y de herida.

—¿Y tú? ¿Tú tienes cicatrices?
Me sonríe perverso y se tumba de espaldas.
—Solo una. Fimosis.

Capítulo 16

ORIOL
Qué dulce era hablar

Vuelvo a tener su cuerpo dormido entre los brazos. Me relaja sentir esta piel, tan cálida y segura, y escuchar su aliento pausado. Esto es mejor que meditar y esas sandeces que le gusta hacer a Nina. Oler a Mariona sí que me abre la mente. Y el apetito. Merece la pena aguantar lo incómoda que es esta mierda de cama. ¿Se enfadará si le regalo la que yo quiero?

Se ha quedado grogui en un segundo, igual que ayer. Me recuerda a Abril cuando era un bebé: dice que tiene sueño, bizquea y cae en coma al momento. Ni se ha enterado cuando la he arrastrado a la cama. Claro, así cualquiera se levanta con el sol. No tiene ningún mérito. Yo voy al revés que ella, no hay dios que me despierte por la mañana, y ahora parezco un búho marchoso.

Qué guapa es cuando sonríe dormida. Me gustaría hacerle una foto, pero no quiero levantarme y separarme de ella. Pego los labios a su pelo. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes de lo bien que huele?

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien como este fin de semana. Está siendo una pasada. Menos mal que los dos tenemos las cosas muy claras y sabemos que solo buscamos buen sexo, porque somos tan distintos que nunca encajaríamos como

pareja. Solo nos parecemos en lo sexual, en eso sí que somos iguales. Qué coño, creo que ella me supera, es bastante mejor que yo; aunque le gusta follar tanto como a mí, tiene mucho más claro lo que quiere. No busca satisfacer y quedar bien para la foto, como hace Bruna. O como hago yo. Ella va a jugar, a gozar. A lo suyo. Y da gusto verla disfrutar. Hasta cuando me devolvía lo que me ha quedado a deber después de su subidón, se lo ha montado bien. Me la ha embadurnado de nata y, mientras lamía y estrujaba mi glande entre sus labios, buscaba la manera de lograr su propio orgasmo. Eso sí, menudo manotazo me ha pegado cuando se me ha ocurrido agarrarla del pelo. Pensaba que me iba a partir el pene en dos con los dientes. Hay que ver qué larga tiene la mano y qué mal lleva que la controlen. Tiene muy claro que es ella la que tiene que mandar siempre. Para mí que le va el rollo dominatrix, por mucho que me lo niegue. Y está claro que a mí también, porque su mala leche me ha excitado mucho más y en un segundo ya me estaba corriendo.

Bajo un momento la sábana que la cubre y me la imagino de cuero negro. La vuelvo a tapar o me tendré que ir al baño para no despertarla. Y no quiero quitármela de encima. Dios, qué preciosa es. Cierro los ojos.

Ojalá todos los días que me queden de vida fueran como el de hoy.

—Oriol... Oriol...

Creo que me lo ha dicho varias veces, pero me cuesta reaccionar. Debe de ser muy pronto aún. Abro los ojos lentamente y le sonrío. Su cara está frente a la mía. Madre mía, es que no se puede ser más guapa.

—Oriol, te está llamando Nina.

Y me enseña la pantalla de mi móvil, que vibra insistente con la foto robada que más odia mi ex. Me encanta poner las peores fotos que tengo a mis contactos, así siempre les contesto de mucho mejor humor. Hoy no hace falta ningún truco para mejorármelo. Estoy exultante. Con una mano agarro el teléfono que me tiende y con la otra a ella. Tiro hasta que consigo tumbarla junto a mí.

—Hola, Nina.

—Hola.

Ona se intenta zafar del agarre para dejarme hablar a solas, pero niego con la cabeza y no la suelto. Como no para quieta, me pongo a horcajadas sobre ella para que no se mueva a ningún lado. Estoy totalmente en bolas y recién levantado, así que le muestro lo mejor de mí mismo y en su mejor momento. Le entra la risa al mirármela, pero aguanta como puede para que no la oiga Nina.

—¿Qué tal? —digo a modo de saludo.

—¿Estás en casa?

—No, he pasado el fin de semana fuera. De relax.

—Ya, hemos ido a buscarte al piso y no estabas. Por eso te llamaba. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Ni te lo imaginas.

Exagero la última frase, diciéndola sílaba a sílaba a la vez que muevo la pelvis. Ona pone los ojos en blanco y se tapa la cabeza con la almohada. Lo está pasando fatal.

—¿Y eso?

—Ya te lo contaré.

—¿Vendrás a comer?

—No sé qué hacer.

Miro a Ona interrogante. Ella asiente con la cabeza, no sé si me da permiso o es que ya quiere que me largue.

—Bueno, sí que iré, que además os quiero contar una cosa.

—Espero que sea una cosa buena.

—Mucho. Muy buena. Te voy a contar una cosa muy buena. Muy muy buena.

Y vuelvo a resaltar las últimas palabras sacándole la lengua a Ona, que niega con la cabeza mientras murmura que ni se me ocurra contar nada.

Por supuesto que lo voy a contar. Me apetece. Me queda muy poca vida para tener que esconder algo que me está haciendo sentir tan bien. Quiero que lo sepan mis chicas, que lo sepan todo. Que no tengan secretos que descubrir cuando falte.

—Vale, te esperamos en un rato.

—Ahí estaré.

Cuelgo y tiro el teléfono por los aires.

—Ven aquí, cosa buena que voy a contar. Que aún tenemos un rato. ¿Cama? ¿Sofá? ¿Suelo? Elige tú el menú, mi vida.

Nina deposita un beso en mi mejilla antes de abrir del todo la puerta. Está estupenda, como siempre, con uno de sus vestidos de marca y la melena rubia perfecta. Yo estoy bien guapete, acabo de pasar por el piso y me he puesto de punta en blanco. Me mira con cierta preocupación.

—¿En serio estás bien?

—Muy bien.

—¿De verdad?

—Absolutamente.

—¿No has tenido más síntomas?

—Ninguno.

Es verdad, no sé si es por la maratón de sexo, pero me encuentro mejor que nunca, o al menos mejor que en muchos años. Nina

parece no fiarse y me escanea de arriba abajo hasta dar su aprobación.

—Sí. Se te ve bastante más relajado y hasta pareces más joven. ¿Dónde dices que has estado el finde?

—Bordeando la costa.

—Siempre te ha sentado bien el mar.

Sonrío, no le miento, la casa de Ona bordea claramente la costa. Pero ella debe de estar pensando que me lo he pasado navegando con Cesc. No se lo quiero decir a ella a solas. Tienen que estar las dos.

—¿Se lo has dicho a Cesc?

—Aún no. No he tenido el momento.

—¿No has tenido un momento en todo el fin de semana?

—No. No lo he tenido. ¿Y Abril? ¿Dónde está?

—Se está duchando, se acaba de levantar. Ven, abriré un vino.

Mi hija es otro ejemplar de búho. No hay quien la haga madrugar y menos en fin de semana. Deben de ser los genes. Entramos en el enorme comedor, que está integrado con la cocina, como en la casita de Ona. Nina saca una botella de tinto de la isla y sirve un par de copas.

—He encargado arroz negro.

—Fantástico.

—Siéntate, lo tengo en el horno. Cuando venga la peque lo saco.

Es uno de mis platos favoritos. Es evidente que mi ex me está mimando. Le estoy sacando provecho a lo de estar terminal.

—¿Sigues encabezonado en no hacer el tratamiento de Neurología?

Y dale. Qué manía con el puñetero tratamiento, la única que lo entiende y no me da la brasa con eso es mi doctora Hierbas.

—Que no hay, Nina. No hay tratamiento.

—Bruna dijo que sí.

—No. Solo es sintomático. Paliativo. Y yo no tengo síntomas. Y para el ensayo además no cumplía criterios, al parecer para que intenten curarme tendría que haber estado mucho peor. Ya ves qué cosas. Me estoy muriendo, pero no lo suficientemente bien.

Se sienta frente a mí y tabalea con los dedos en la mesa. Ahora viene un sermón.

—¿Y qué hacías con Mariona, entonces?

—Ya te lo dije, pero no me escuchas. Yo solo quería que me aceptase la solicitud de eutanasia.

—Manda huevos. Y de todo el hospital, ¿solo se te ocurre ir con ella?

—Joder, Nina, ¿me la ibas a aceptar tú?

Sacude la melena. Sabe perfectamente que nadie lo iba a hacer.

—No sé. A lo mejor. Yo qué sé.

—Ella es la única dispuesta a hacerlo. Solo ella se prestó a hacerlo aquí, y además te salvó de una buena, porque los del Govern te habrían montado un pollo si no conseguías a nadie. Es obligatorio por ley. Y Mariona se enfrentó a todos por ti.

—Por mí, no. Porque ella está a favor de esas cosas.

—Coño, y yo. Y tú. Pero lo que no nos mola es hacerlas. A ella tampoco, pero se aguanta porque le puede el ayudar.

—Ya.

—Pues por eso se lo pedí.

—Ya.

—Y que conste que siempre me insistió en que te lo contara.

Se queda callada. Insisto.

—Como si no la conocieras.

—¿Pero por qué dejaste que ella sí te hiciera algo? Te estaba tratando, y con Bruna no quisiste hacer nada.

—No quería ni con Bruna ni con ella. Pero Ona no estaba muy de acuerdo con el diagnóstico. Y sigue sin estarlo. Ya sabes, ella cree que es un problema nutricional, venenos en la comida procesada y sus paranoias chipiritifláuticas. Así que hicimos un trato.

—¿Qué trato?

—A cambio de que ella aceptase mi solicitud de muerte digna, yo me dejaba hacer análisis y terapias de las suyas.

Me escucha atenta. Por fin. Creo que esto le cuadra más que lo que le habrá contado Bruna. Y se está dando cuenta de que la ha cagado malinterpretándola. No hace más que mover la pierna.

—¿Y qué cosas te hizo?

—De todo. De primeras, me sacó sangre. Ella sola.

Nina asiente, consciente de que sabe hacer de todo.

—Después me pinchó un vial de tiamina y de no sé qué quelantes para limpiarme la sangre y el hígado.

—¿Tiamina? ¿Creía que eras alcohólico?

—Yo le dije lo mismo. Que no bebía tanto. Pero no, creo que sospechaba de un beriberi.

—¿Un beriberi? Esta se piensa que sigue en África.

—No sé. Sí, supongo. Yo me dejé, además, lo hace con muy buena intención. Se le nota. Cree fervientemente en esas cosas.

Me mira con el ceño fruncido y aprieta los dientes.

—Muy buena intención, sí, pero lo hizo todo a escondidas.

—Que no, cansina. ¡Pero si sabes cómo es! Me pidió permiso para escribir todo en mi historia. Que si no se lo daba, no me hacía nada. Y me insistió en que te lo contara todo. Varias veces. Yo le dije que no y le prohibí comentar nada a nadie. Por eso íbamos a deshoras.

—Es igual. Me lo tenía que haber dicho. Soy su amiga y su jefa.

—No me jodas, Nina. Sabes que no. Yo le dije que no. Si nos has machacado a todos este año con lo de la mierda de la

confidencialidad, y nos la ponías a ella de ejemplo. Si yo digo no, es no. Has leído mi historia. Seguro que ella lo ha reflejado todo ahí.

Se queda callada de nuevo. La conozco. Claro que lo ha leído. Y ahora está buscando excusas para justificarse por algo. Debió de decirle de todo y ahora está arrepentida.

—La pusiste a caldo, ¿no?

Resopla y se bebe otro trago.

—Joder, sí, se me fue mucho la olla. Pero mucho.

—Me lo puedo imaginar.

—Le dije muchas burradas. Miquel estaba acojonado. Y ella me dijo que se iba a ir de la isla.

—¡No me fastidies! No se puede ir. No puedes dejar que se vaya, coño.

Me mira sorprendida. Yo me he puesto un poco nervioso, ojalá no sea verdad. Espero haberla convencido estos dos días para que se quede conmigo, al menos hasta que me muera. Acaricio suave la mejilla de Nina.

—Es tu amiga. Y es como una tía para Abril.

—Ya.

Mira el fondo de la copa, se la acaba y se sirve otra.

—Coño, Oriol, es que esto que te ha pasado es una puta mierda.

—Ya, pero ella no tiene la culpa de nada.

—Pero el ensayo...

—Lo del ensayo es una caca de vaca, Nina. Es solo un estudio, y con suerte, me iban a dar unos meses más de agonía, pero estudiándome como a una rata. En el fondo es mejor que no valga como candidato. No podré evitar morir de esta enfermedad, pero sí puedo decidir cómo desaparecer de este mundo.

—Ya.

Se ha vuelto a rendir rápido. Está claro que también ha leído los datos del ensayo y sabe que tengo razón. Nina nunca da puntada sin hilo. O casi nunca.

—Deja que yo elija lo que quiero hacer y haz las paces con tu amiga de una vez.

Nina suspira resignada.

—Lo tuyo va a ser muy duro, Oriol.

—Lo sé. Pero lo llevaremos bien. No será tan terrible si tengo a mis chicas en el equipo.

Ella solloza y yo sonrío pensando en que ahora ya son tres en el Oriol Team.

—No sé.

—Nina, llama a Mariona. Habla con ella de una puta vez y arregla las cosas.

Me mira sin decir nada.

—Ella os adora a las dos. Te perdonaría cualquier cosa, incluso que matases al Dalai Lama.

—¿Qué ha pasado en esas reuniones clandestinas que habéis tenido? ¿Ahora te llevas bien con ella?

—De hecho, lo que quería contarte es...

Me interrumpe Abril, que entra en la cocina corriendo y con el pelo empapado. Viste de negro riguroso, como siempre, y lleva un nuevo *piercing* en el labio.

—¡Hola, papá!

—Ven aquí, mi amor.

La siento en mi regazo como cuando era pequeña y me la como a besos. Ella protesta, pero se deja achuchar.

—¡Que no tengo tres años!

—Y no veas la pena que me da, con lo mona que eras entonces. Mírate ahora, en qué horror te has convertido de grande.

—¡Papá!

Me río y le aclaro, aunque ya lo sabe, que es una broma y que está preciosa incluso vestida de Marilyn Manson. Ella se escabulle de mis brazos, me llama antiguo y se sienta en su silla.

—¡Qué hambre!

Nina retira el envoltorio de papel de plata que cubre la paella de arroz negro y empieza a servirnos a los dos.

—Huele brutal, gerenta.

—Sí, es del restaurante de abajo. Lo hacen superbueno.

—¿Hay alioli? —pregunta Abril. Su madre se lo pasa y yo sirvo agua en los tres vasos.

—Bueno, ¿qué tal vuestro finde, chicas?

—Muy bien, súper, lástima que ya sea domingo —me responde Abril con los dientes negros de tinta y mira a Nina—. Está muy bueno, mami.

Su madre le sonríe y me mira después a mí.

—Yo no he hecho mucha cosa. Cuatro compras. ¿Y tú? ¿Qué tal con Cesc?

Es el momento. Respiro hondo antes de soltarlo.

—No he estado con él. Cesc está en el Raval por lo de su padre. Yo me he pasado todo el finde con Ona.

Las dos dejan caer el tenedor en el plato. Ha sonado como si fueran campanas.

—¿Con Ona? —pregunta Abril.

—Pero yo te había dicho... —empieza Nina—, te había prohibido...

—No ha sido para hacer terapia.

—Pero, papá, ¿tú no te llevabas mal con ella?

—Sí, pero ahora me llevo bien. Tanto que llevo desde el viernes por la tarde sin salir de su casa.

Me miran alucinadas. Abril no puede abrir más la boca. Da un respingo al entenderlo.

—Nooo —dice Abril, mirando primero a su madre y luego a mí—. No me jodas, papá, ¿os habéis liado?

—¡Abril! ¡Esa boca! —la riñe su madre, que inmediatamente me pregunta—. No me jodas, Oriol, ¿os habéis liado?

—Sí. Nos hemos liado. Del todo.

Hala, ya lo he dicho, qué descanso. Tengo que empezar a decir más las cosas y no esconderlas, vaya gustazo que da.

Abril rompe a reír a carcajadas y su madre se bebe su tercera copa de vino de un trago.

—Qué fuerte, papá. Qué fuerte. Es que lo flipo. Con Ona, qué fuerte.

—Joder, joder —repite Nina.

Yo sigo comiendo el arroz a dos carrillos mientras las miro. Sí que está bueno, sí.

—Papi, ¿y cómo os ha dado por enrollaros? Si no os hablabais. Si os caíais fatal.

Me relamo la tinta de los labios y bebo un poco de agua antes de contestarle.

—Pues mira, fue un poco por ti.

—¿Por mí?

Me mira sorprendida y bebe ella también sin quitarme los ojos de encima.

—Sí, el viernes, cuando iba a darte el beso de despedida, te oí hablar con tus amigas por vídeo. Les contabas lo de la paliza que le habían pegado a Ona de joven por culpa de un tío, un pintor.

Mira a su madre. Por la cara que le pone, creo que ella también conocía ese episodio de la vida de Mariona. Me vuelve a mirar.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Te dio pena por lo que le hizo ese pintor cabrón?

—Ese pintor cabrón era yo.

—La hostia puta.

—¡¡Abril!!

Al salir de casa de Nina, veo que tengo tres llamadas perdidas de Bruna. He dejado el móvil en silencio sin darme cuenta, y, en el fondo, me alegro de haberlo hecho, porque hemos estado tranquilísimos los tres toda la tarde. Estoy feliz de haber venido y de haberles contado todo. Y no me cabe duda de que Nina querrá arreglar las cosas con Ona ahora que sabe la verdad. La próxima vez que comamos será los cuatro juntos. Será raro y precioso.

Me quedo mirando la pantalla del móvil. No me apetece nada hablar con esta cría. Podría mandarle un mensaje de texto y decirle que no puedo atenderla, pero sé que hemos de zanjar la situación. Mira, igual hoy es el día de cerrar todas las cosas pendientes. Marco su número mientras camino a por mi coche. Me contesta al primer tono.

—Hola, Oriol.

—Hola, Bruna, he visto que me has llamado.

—Sí, varias veces.

—Lo tenía en silencio, perdona.

—Quería saber cómo estabas.

Joder, soy un egoísta. Ella se preocupa por mí y yo la rehúyo como si fuera la peste, con lo bien que se ha portado, y más con toda esta mierda de la enfermedad. Le he cogido manía y no sé por qué.

—Estoy muy bien, Bruna, gracias por preocuparte.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

No sé cómo decirle que lo único que me apetece está esperándome en Sol del Sur.

—No puedo, Bruna. Tengo bastante lío hoy.

—¿Lío?

—Sí.

—¿Qué lío? ¿Y con quién?

Esto es lo que me pone más nervioso de ella. Ese afán que tiene por controlar todo lo que hago. Al principio de enrollarnos, me hacían bastante gracia sus celos, pero ahora ha llegado a ser un poco obsesiva.

—Bruna, eso son cosas mías.

—Tengo derecho a saberlo.

—¿Qué? ¿Cómo que tienes derecho?

Lo he dicho muy alto. Una señora que estaba pasando justo a mi lado se ha girado asustada. Le pido perdón con un gesto y bajo el tono.

—Bruna, por favor, lo hemos hablado muchas veces. Y la última creo que fui muy claro.

—Estás otra vez con ella, ¿no?

Madre mía, ahora se está poniendo en modo paranoico.

—No sé de quién me hablas, Bruna, pero los dos podemos estar con quien nos venga en gana. Lo nuestro no era...

—¿Me estás dejando?

Joder, esto ya parece *Atracción fatal*, aunque seguro que ella ni había nacido cuando se estrenó esa peli. Espero que no la haya visto, no sea que coja ideas.

—¿Dejando? Bruna, coño, no se puede dejar lo que nunca se ha cogido.

—Yo pensaba que teníamos algo muy bonito.

Ahora es Glenn Close total. Me estoy acojonando.

—Bruna, ha sido muy divertido, hemos pasado muy buenos ratos. Pero ya lo dejamos claro desde el principio, los dos tenemos nuestras vidas y son muy diferentes. Y ahora más.

—Es ella, la vieja esa, que te ha sorbido el seso.

Se le ha ido la olla. ¿A qué viene esto?

—¿Perdona?

—La Hierbas.

—Se llama Mariona.

—¿Estás con ella?

Me quedo callado y pienso en qué es lo mejor. Ya se lo he dicho a Nina y a Abril, que es lo único que me importaba, así que no hay razón para callarlo.

—Pues sí. Ya que lo quieres saber, estoy con ella.

Se queda en silencio. Igual he acertado diciéndoselo así de clarito y ya me deja en paz.

—Eres un hijo de puta y se lo voy a decir a Nina.

Esta tía está peor de lo que yo pensaba. Me grita con un tono tan agudo que hace daño. Me aparto el auricular del oído.

—Estás loca, tía. Por favor, pasa de mí ya.

—Tú eres el que está loco. Ahora mismo la llamo.

Pongo los ojos en blanco como si me pudiera ver.

—Pues llámala. No va a ser ninguna novedad. Nina ya lo sabe.

—¿Se lo has dicho? ¿Le has dicho a Nina que estás con la Hierbas?

—Sí.

—De mí no le dijiste nada. ¿Es que te ha pillado follando con ella?

—Bruna, por favor. —Suspiro, bajando la voz—. No quiero seguir con esta conversación, has entrado en un bucle.

—Eres un cabrón. Un hijo de puta.

Ya estamos otra vez con los insultos. Me da igual. Que diga lo que quiera.

—Estabas conmigo. Tú eres mi pareja.

Eso sí que no. Que no se invente ahora una movida. Estaba todo claro.

—No, Bruna —le digo firme—. Nunca hemos sido pareja. Te lo dejé claro al principio. Te lo he dicho por activa y por pasiva, y no voy a repetírtelo más. Solo escuchas lo que quieres.

—Esa tipa es un bicho. Un fraude, una mentirosa y una aprovechada. Te está engañando. No sé cómo no te das cuenta, pero cuando lo hagas, será tarde.

—Basta ya —gruño—. No quiero enfadarme contigo. Deja de insultarla.

—Oriol, estás muy equivocado y lo vas a lamentar después. Luego me vendrás a buscar, cuando estés mal otra vez. Y a lo mejor entonces ya no te querré hacer caso.

—No voy a seguir discutiendo, Bruna.

—Estás enfermo —me suelta la cabrona.

—Estoy al tanto.

—¿Entonces qué haces con ella?

—Vale ya, por favor. Entiende de una vez que esta es mi vida y yo decido cómo vivirla y cómo acabarla. Punto final.

—Te vas a arrepentir, Oriol. Os vais a arrepentir los dos.

Y, sin más, me cuelga. Menos mal. Espero que se calme y entienda las cosas, porque me ha puesto histérico.

Para calmarme, he ido a buscar helado. Ecológico, por si acaso. No sé si a Mariona le gusta el helado, pero a mí sí. Además, aunque no le guste comerlo, tiene muchos usos no gastronómicos. Aunque si la

palabra «gastronómico» se puede aplicar a todo lo que uno puede meterse en la boca, igual sí los tiene. Me río solo y pienso en todos los nuevos platos gourmets que se me ocurren para el helado mientras espero en la cola. Le voy a hacer un menú degustación.

—¿De qué lo quiere? —me dice el dependiente.

—Un par de tarrinas de chocolate y otra de nata.

—Un clásico.

Y resulta que sí le gustaban, porque se me ha lanzado en plancha cuando ha visto la bolsa con el nombre de la heladería. Le gustan tanto como a mí. Nos hemos tomado un cucurucho cada uno, sentados en las rocas delante de una espectacular puesta de sol.

—¿Ha ido bien la comida?

—Muy bien.

—¿Están bien las dos?

—Sí, aquí el único enfermo soy yo.

Le pega un lametón a la bola de chocolate y se gira para mirarme.

—Yo no lo tengo tan claro, Oriol. Estás mejorando mucho.

—Eres una cabezota, doctora Hierbas. Pero gracias por creer en los milagros.

—Bueno, el tiempo lo dirá.

—Sí, el tiempo lo dirá.

Nos hemos quedado de nuevo callados, enarbolando nuestros cucuruchos frente a las olas.

—Por cierto, se lo he dicho.

Casi se le cae el helado al agua.

—¿Qué?

—Que se lo he dicho. Pero si ya lo sabías, te he avisado esta mañana.

—Joder, pensaba que estabas bromeando... —Hace una pausa y luego me pregunta—: ¿Pero por qué?

—Pues porque se lo quería decir. ¿Qué problema hay en que lo sepan?

—Pues... que... no sé. Es sexo, ¿no?

—Sí, sexo. ¿Te da vergüenza el sexo?

—No. Claro que no.

—Pues a mí tampoco, y ya estoy hasta los huevos de esconder las cosas. Esta enfermedad me está quitando más filtros que neuronas.

Vuelve a darle un lametón al helado con los ojos fijos en el horizonte. Lo está gozando, tiene todo el bigote manchado de chocolate.

—Pero... ¿Se lo has dicho a las dos?

—Sí. Les he dicho que he pasado todo el finde contigo.

Ahora le pega un mordisco al cucurucho y yo la imito.

—¿Y qué ha dicho Abril?

—Casi se mea encima. Le he dicho que todo es por su culpa, por haber hablado del pintor cabrón, y hasta le ha hecho ilusión.

Le lamo el bigote lleno de chocolate.

—Qué mona es. ¿Seguro que no se ha enfadado?

—Qué va. Le ha encantado.

Se le ha quedado la sonrisa puesta. Me flipa cómo le gusta mi niña.

—¿Y Nina?

—Nina se ha sorprendido, pero no ha dicho nada, ni bien ni mal. Está más agobiada por lo mío y por lo que te dijo. Yo creo que hablará contigo un día de estos. Está arrepentida, te quiere mucho.

Ahora ha suspirado y ha puesto una cara que me han entrado celos. Creo que quiere más a mis niñas que a mí. Y no me extraña, me ganan de calle. Es lo que hay.

Al final no hemos cenado más que el helado. Pero es que nos lo hemos zampado todo, así que le he tenido que decir adiós a mis ideas de chef sexual. Lo de ahora ha venido porque le he vuelto a hacer la broma de que es una dominatrix. Ella y las bromas. No hay manera de que pille una. Y claro, en vez de reírse de mi gracia, va y me responde:

—Os lo tomáis siempre muy a la ligera, pero el BDSM no es solo una práctica para alegrar el sexo, es toda una filosofía.

—Entonces, lo eres, ¿no?

—No. Ya te dije que lo respeto mucho. Me encanta la estética, el juego y la ciencia que tiene detrás, pero no lo comparto.

—¿Ciencia? ¿Qué ciencia?

—Pues para empezar neurológica, precisamente. El equilibrio entre dolor y placer, ese casi orgasmo que uno siente al aliviar un dolor intenso. La plasticidad cerebral que puede hacer que se confundan estímulos y terminaciones nerviosas. Lo encuentro apasionante. No sé si realmente las personas que disfrutan del BDSM lo son de base o entrenan sus receptores para ello, quizá ambas cosas, pero estoy segura de que las sensaciones que experimentan son mejores que cualquier droga.

Cuando se pone a explicar cosas, me pierdo. No porque no sea interesante lo que explica, que seguro que lo es. Pero es que su inteligencia me pone muy burro y se reduce mi riego sanguíneo cerebral.

—Yo te veo muy domina, Kampanilla.

—Oriol, ¿me estás escuchando?

—Claro, me encanta cuando te pones en modo profe. Pero es que, mientras hablas, te imagino vestida de látex con una fusta en la mano y pierdo el hilo. El oxígeno se va a otras partes de mi cuerpo sin tantas neuronas.

Ahí me pega un manotazo y, claro, yo gimo como si tuviera un orgasmo, llamándola *mistress,* ama y señora. Es que me las pone a huevo.

—Tú has visto mucho porno.

—No creas, me gusta mucho más leer que ver. Pero he leído sobre el tema.

—¿Ensayos?

—No, quita, quita, ensayos no, novelas.

—¿Novelas sobre BDSM?

—Las guardias son muy largas. Me zampé toda la saga del Grey en su época. Y a Megan Maxwell. Y a tu prima, que es la caña.

De Martina me lo he leído todo, aunque hasta hace poco no sabía que era familia de Ona y Joan. Ni se me hubiera pasado por la cabeza, es que no se parecen en nada.

—¿Tú lees novelas románticas?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Es un crimen o algo?

—No, no, pero no me lo imaginaba. No te pega mucho.

Otra como Cesc, que odia este tipo de libros y solo lee divulgación o gran literatura.

—¿Te parece poco masculino? ¿Poco culto?

—No, no. Al revés. Me encanta, pero te hacía más de... No sé... ¿Reverte?

Eso me hace reír a mí. Al parecer, los alternativos también tienen prejuicios.

—También me gusta, sí. Y más géneros. Me encanta leer. Devoro libros. ¿Es que hay que elegir? ¿No se puede ser omnívoro?

Cuando le digo eso, me doy cuenta de la cara que me está poniendo y de que se está mordiendo la esquina del labio inferior. Ya la empiezo a conocer y sé lo que significa ese gesto: a la tía le está poniendo cachonda descubrir que leo.

—Claro que sí. Es que no sé, me has sorprendido. No imaginaba que leyeras novelas románticas.

—Pues sí. Y las que tienen ese rollo *kinky* y BDSM me ponen mucho, la verdad.

—¿Sí?

—Sí.

—Ven.

Y así he acabado por hacerle una bromita: sin cenar y atado de pies y manos a su cama, con una erección tan bestia que se me están saltando las lágrimas.

—Kampanilla, por favor, vale ya, que esto me va a explotar y te vas a quedar sin juguete.

—¿Yo te he dado permiso para hablar, perro?

Capítulo 17

ONA
En el oasis que me inventé

—*Bon dia*, Miquel.

No puedo dejar de sonreír. Creo que he venido dando saltitos por la carretera. Tengo tantas neurohormonas de placer circulando por mi sangre que hasta al entrar en ese mar de la calma que es mi consulta me dan ganas de cantar como si fuera la protagonista de un musical.

Miquel se levanta de su asiento para abrazarme. Lo hace como siempre: fuerte, intenso y apretado, pero el abrazo de hoy le ha durado un poco más de lo habitual. Está preocupado por lo del viernes, claro.

—Ya sé que me lo has dicho doscientas veces por WhatsApp, Ona, pero... ¿de verdad estás bien?

—Que sí, cansino, de verdad. Estoy muy bien.

Se queda mirándome a la cara extrañado, como si no se lo creyera, y me saca un mechón de pelo del moño, pero no dice nada más. Dejo que me quede suelto, me quito la mochila y entro a la consulta con ella en la mano. De repente, me acuerdo.

—Oye, Miquel, ¿Lluna o alguno de ellos tiene un paciente frecuentador, que sea muy delgado, con un gorro negro de esos de rapero? ¿Te suena?

—Sí que me suena, pero no de aquí. He visto un tío así estos días por el hospital, con pinta de guiri. Pero no es nuestro. Yo creo que debe de ser de Onco. Se le ve bastante malito. ¿Por qué?

—Me han preguntado por él. Pensaban que era nuestro.

—Pues no. Si quieres le pregunto al secre de Onco.

Le pido que lo haga. Hoy me ha parecido verle de lejos, en la entrada del recinto, pero cuando he llegado, ya se había esfumado. Probablemente solo se trate de un paciente que vive por mi zona, pero Oriol me ha contagiado su preocupación. Prefiero saber quién es y controlarlo.

Dejo la mochila en la taquilla, pongo la música, coloco los sofás y las sillas sobre su línea de la baldosa y me pongo a abrir todos los cajones de la mesa, de uno en uno.

Miquel me observa desde la puerta.

—¿Qué buscas?

—Nada.

—¿Nada? ¿Curiosear en los cajones del despacho es tu nuevo ejercicio de meditación activa?

Le saco la lengua.

—Quería una hidratante vaginal. ¿Dónde están las muestras de Naturbody?

—Las guardé en el armario grande para ir organizando lo de las obras, te las saco. ¿Son para alguna cita de hoy?

Saca una caja decorada llena de muestras del estante más alto.

—Eh... No, es para mí.

Lo digo lo más bajo que puedo. Pero me oye. Vaya si me oye.

—¿Qué? ¡Lo sabía! Te lo he notado en la cara al entrar.

Yo también lo sabía. Qué cabrón. No sé cómo lo hace, no sé cómo se entera de todo. Intento disimular.

—¿El qué? ¿Que tengo sequedad?

—Nooo, cabrona. ¡Que has follado como una reina! ¡Se te ha quitado el rictus!

Me da la risa y voy corriendo a mirarme al espejo del baño. Yo no veo ninguna diferencia en mi frente.

—¡Miquel! Qué pesados sois con el dichoso rictus. Nadie puede saber si una persona ha tenido sexo mirándola a la cara. Me tomáis el pelo siempre.

Me empuja hasta el sofá y hace que me siente. Él hace lo mismo a mi lado y me coge las dos manos.

—Cuéntamelo todo, perra. Al final me hiciste caso y entraste en Love App, ¿no?

—¿En Love? Ni hablar. Eso es para vosotros, los de treinta.

Se me acerca y me toca el entrecejo y las patas de gallo.

—¿Entonces? Porque digas lo que digas, esto está terso y relajado, aunque tengas el chirri escocido.

—Vete a la mierda, Miquel. Que no me ha cambiado la cara.

—¡Sí! ¡La cara y la patatona, aunque esa no la vea! Vengaaa, tía, cuentaaa.

—Te lo cuento si me das las cremas.

Se levanta a por la caja, la abre y me da una. Le levanto una ceja. Me enseña la caja entera abierta y yo cojo un puñado. Monta de nuevo un escándalo.

—¡Madre míaaa! ¡Todo lo que hay que hidratar! Te han dejado muerta. ¡Qué poderío, *bitch*! Cuéntamelo todo ya, cabrona, y no seas mala.

—Vale, pero no lo cuentes mucho por ahí, porfa. Él ya lo ha contado, pero yo paso de que todo el mundo lo sepa.

—¡Él! O sea, que es un tío. Y yo que pensaba que te molaban más las tías.

—¿Por qué?

—No sé, por cómo eres.

—¿Qué tendrá que ver eso? La orientación sexual no tiene que ver con...

—¡Calla, cansina, y cuéntame con quién te has enrollado!

—Creo que siempre me han gustado más los rasgos masculinos, pero una vez...

—¡Al grano, coño! Déjate de rasgos, rasgas o rasgues. ¿Quién es? ¿Es del hospital?

Cuando asiento con la cabeza, pega tal grito que se asoma uno de los fisios del fondo a ver qué pasa. Le pido perdón con un gesto y le tapo la boca a Miquel mientras el pobre hombre se vuelve a meter en su consulta. Él sigue en modo cansino.

—Quién. Quién. Quién. Quién. Quién. ¡Dime quién!

—Valeee. ¿Te acuerdas de que me preguntaste si Oriol y yo nos habíamos enrollado en la terraza?

Une sus manos y se las pega a la boca, con cara de expectación.

—¡Sí! ¿Me mentiste? ¿Tú has mentido? ¡Te ha poseído una demonia!

—¡No!

—¿Demonio, *demonie*?

—¡Serás bobo! ¡Que no! Que no te mentí.

—¿Entonces?

—Entonces te dije que no le había besado y que Oriol me daba asco.

—Sí, me acuerdo.

—Pues ya no me lo da.

—Ah. Ya no...

Se queda un momento callado, da un bote, se levanta y vuelve a hacer aspavientos.

—¡Nooo! ¡Oriol! No me lo puedo creer. ¡Oriol! ¡Es flipante! ¡Oriol!

Intento hacerle callar, pero no puedo, hace que me desternille de la risa con sus gestos, es que no para quieto.

—No me lo puedo creer, Ona. Es que no me lo puedo creer.

—¡Pero chitón!

—Que te lo crees tú eso, Ona, ni chitón ni chitán. ¿Cómo me voy a callar esto? Si él ya lo ha dicho, yo no me callo. Madre mía. ¡Si es una bomba! ¡Vaya salseo! Me explota la cabeza. ¡Follando con tu enemigo! ¡Como en la película! ¿O era durmiendo?

No puedo parar de reír mientras le suplico que baje la voz. Al fin, se calma, vuelve a sentarse en el sofá y a cogerme de nuevo las manos suplicándome.

—Por favor, Ona, por favor, necesito saberlo.

—¿El qué?

—Dime la pura verdad y no me mientas, que yo sé cuándo lo haces.

—¿El qué?

—Cómo folla. Dímelo. Cómo folla Oriol. ¿Es tan brutal como dicen?

—¡Miquel!

—Es que dicen que es un dios, una bestia parda, el Thor del sexo.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos recordando toda la intensidad y las risas del fin de semana.

—Bueno, un poco sí.

Y pongo una sonrisa que le hace estallar de nuevo en gritos y exclamaciones guarras. Acabarán saliendo de todas las consultas a llamarnos la atención. Le vuelvo a tapar la boca.

—Shhh. Para o nos echan.

—Ay, Ona, que le voy a mirar con otros ojos a partir de ahora. ¿Y la tiene como dicen?

—¡Miquel! No puedo contarte cómo la tiene.

—Por fiii.

—Que no.

—Dame una pista, al menos.

Suspiro. Sé que no va a parar hasta que diga algo.

—Es acorde a Thor.

Otra escandalera. Ahora con gestos obscenos y haciendo bromas sobre el tamaño y la dureza del martillo del dios del Trueno. Le vuelvo a tapar la boca.

—Shhh. En realidad Oriol sería más Loki que Thor.

—¿Por qué?

—Porque es un poco payasete, la verdad. Me hace reír mucho.

—Uy, qué cariñoso te ha salido eso. ¿Te me has enamorado, Hierbecillas?

—¡No! Pero me hace reír. Por eso siempre me ha gustado más Loki que Thor.

—Los actores.

—Y los dioses.

Se acerca hasta rozar mi nariz con la suya y me mira a los ojos.

—India Hierbas... A ti te brillan mucho las pupilas, yo creo que tú te me has colado.

—No, Miquel, no, que va. No es amor. Ha sido sexo y ya. Muy buen sexo, un fin de semana brutal, pero ya está.

—¿Cómo que ya está? ¿Te ha follado el finde y hasta luego, Mari Carmen?

Levanto una ceja y le pongo morros.

—No me ha follado. Nos hemos follado los dos.

—Vale, perdón. Tienes razón. Pero ¿un folleteo y ya está? ¿Punto final?

—Claro. Ha estado muy bien, superbién, dejándonos llevar, pero ahora cada uno tiene que seguir su vida. Que bastantes problemas tiene él con lo que tiene.

—Ostras, es verdad, no me acordaba de lo de su enfermedad. Y, aun con eso encima, ¿te ha follado tan bien?

Le miro fulminándole.

—Perdón... ¿Os habéis follado los dos tan bien, el uno al otro equitativamente, de igual a igual, pero tan bien?

No puedo con él.

—Pues sí, supongo. No sé cómo suele ser de normal, pero te aseguro que a mí no me ha dado un respiro en todo el fin de semana.

Ahora es él quien levanta la ceja.

—¿Y no parecía débil o enfermo ni nada?

—En absoluto.

—A ver si va a ser todo mentira.

Tonia y Xec no parecen las mismas personas que vinieron la semana pasada. Han entrado a mi consulta con una actitud totalmente diferente, mucho más erguidos y como rejuvenecidos. Se han ido directos a sentarse al sofá blanco y me miran expectantes y cogidos de la mano.

—Buenos días. Me encanta volver a teneros por aquí. Se os ve genial.

—Hola, Mariona.

—¿Cómo os ha ido? ¿Os ha ayudado la conversación que tuvimos el otro día y el tratamiento de fisio?

Se miran entre ellos. Están decidiendo quién va a hablar. Tonia es la que toma la palabra.

—Mira, Mariona. Se lo hemos dicho a Roser.

—¿El qué?

—Que tendría que enviarnos a todos aquí. A todos los que vamos a tratamientos.

Sonrío y me emociono un poco. Estas son las cosas que me hacen seguir luchando por la salud sexual.

—¿Eso es que estáis contentos, entonces?

—Mucho. Es que, además de que él está mejor, nos has quitado todo ese agobio que teníamos a la hora de mantener relaciones. Sobre todo a él.

—Claro, Mariona, es que ahora entiendo que no pasa nada si no se me pone dura un día, con perdón, que puedo hacer muchas otras cosas. Lo que decías el otro día de que siempre hay lengua, hay mano, hay boca y más. Hay muchas más cosas para usar que el pene, con perdón.

Xec siempre pide perdón cuando dice algo sexual. Eso es algo en lo que deberíamos trabajar también, pero lo dejaré para otro día.

—Muchas, y puede que hasta mejores.

—Sí, algunas mejores. Eso del placereado y la erotización me ha resultado muy interesante. Me... Me excitaba. Y ella también dice que se lo pasaba bien, aunque yo no usara la... El pene. Con perdón.

Le sonrío.

—Puedes llamarla polla, Xec. Y no has de pedir perdón. Se llama así. Puedes decírmelo sin problemas. O verga, o nabo, o mango, o manubrio... Lo que te apetezca. A mí me parecerá bien cualquier nombre que le pongas.

Cruza una mirada con Tonia y les entra la risa boba. Yo también me río con ellos. Él vuelve a mirarme.

—Hojeamos las páginas que nos pasaste. He aprendido muchas cosas. Y hemos pensado en comprar algún juguete, aunque ella no está muy convencida.

—Lo único es que...

Tonia me levanta la mano para hablar como si estuviera en una clase.

—Dime, Tonia.

—A mí tanto juego me ha dado un poco de escozor. Este fin de semana ha sido... —Mira a Xec y le sonríe—. Un poco intenso.

A él le vuelve a entrar la risa floja y yo casi le digo que ya somos dos. Sonrío y saco de mi bolsillo las cremas de Naturbody que me ha dado Miquel.

—De los juguetes ya hablaremos el próximo día. De momento, te daré unas cremas. Y si más adelante necesitas algo más que hidratación, ya lo miramos. Pero empieza con esto.

Me levanto y le tiendo los botecitos.

—Esta es mágica, créeme.

—Hola, Mariona.

—Isabel, ¿cómo estás?

Es mi última visita antes del descanso. Viene como siempre, de punta en blanco, y deja otro de sus bolsos carísimos sobre la mesa.

—Pues mira, fenomenal, la verdad. Eres increíble. Ahora entiendo por qué tu departamento es el más rentable.

Eso me ha recordado a Nina y se me ha retorcido algo por dentro. La dichosa rentabilidad.

—El mérito no es solo mío. Los terapeutas solo os mostramos un montón de caminos a elegir, las que los elegís para mejorar sois vosotras.

—Pues tú nos muestras muy bien los caminos, eres mejor que el Google Maps.

Me río de la comparación y me levanto a servirle un vaso de agua. Ella husmea el aire y mira hacia el difusor de aceites esenciales.

—¿Qué me has puesto hoy? Es diferente.

La miro extrañada, qué sensible es a los aromas. Cada día me sorprende más mi paciente política.

—La misma mandarina y el *ylang-ylang* del otro día, pero hoy he añadido además bergamota.

—¿Y para qué sirve?

—Dan alegría. Y confianza. También son bastante afrodisíacos los tres juntos.

—¿Forman parte de mi terapia de hoy?

—Sí, claro. La aromaterapia siempre está presente en mis tratamientos.

Sonríe y descruza las piernas, colocándolas hacia un lado con las rodillas juntas.

—He hecho las listas. Es curioso, me he acordado de cosas que tenía muy muy arrinconadas. Recuerdos muy olvidados. Te he hecho caso y las he escrito a mano y en clave para que mi marido no lo vea ni se entere.

—Mmm. Vale.

Frunzo el ceño.

—¿Qué? ¿Lo tenía que ver él?

—¿Tú qué crees?

—No sé, por la cara que pones deduzco que sí, pero no sé si estoy preparada aún para que me lea esas cosas.

—Pues entonces no se lo muestres.

—¿Y si un día me veo preparada?

—Pues entonces se lo muestras.

Suspira y vuelve a cruzar las piernas.

—Cuando hablo contigo todo parece muy fácil, pero luego...

Me la quedo mirando sin hablar. Espero.

Niega con la cabeza.

—No puedo. Es que algunas de las cosas que he escrito son... Como muy... No sé. ¿Qué hago? ¿Y si se piensa que soy diferente a lo que cree?

Le sonrío y le toco el dorso de la mano.

Lleváis juntos más de veinte años. Creo que tiene claro quién eres.

Isabel resopla y sacude la cabeza.

—No sé.

—Si te apetece en algún momento, le puedes proponer un trato.

Arruga la frente y me escucha atenta.

—Que él también haga una lista privada de sus fantasías.

—¿Él?

—Sí. Y el trato es que seleccionéis unas pocas cada uno... No sé, cinco. Las apuntáis en papelitos, los dobláis varias veces y las metéis juntas en una caja. Cuando te veas preparada, desdobláis juntos uno al azar y os planteáis cumplirlo.

—En una caja.

—Sí. La caja de las fantasías. Puedes aprovechar esta misma.

Le acerco una caja rosa que se queda mirando intrigada.

—Esta es algo pequeña, ¿no?

—Lo que tiene dentro es muy grande. Ábrela.

Lanza un gritito al abrirla.

—¡Es el juguete!

—Sí, de momento, juega tú sola con él. Y cuando veas que estás preparada, puedes usarlo en pareja.

—¿Puedo usarlo? ¿Se levanta la veda de la penetración?

—Con el juguete sí.

—¿Y con él?

—La levantarás tú cuando quieras. Cuando veas que es posible. Y siempre dirigiendo y mandando tú, que ya sé que se te da muy bien mandar.

Se echa a reír.

—Creo que voy a probar ya. Primero con el juguete y luego con él. La zona me ha mejorado una barbaridad con el tratamiento.

Sonrío. Sabía que iba a ser un caso fácil.

—¿Y cuándo nos vemos?

—Ahora te voy a dejar en libertad, Isabel. Creo que ya estás en el camino. Experimenta, juega, pon en marcha lo que te he dicho. Y llámame o ven cuando me necesites o quieras que valore algo.

—De acuerdo. Ahora estaremos unos días de relax porque mi marido se tiene que operar de un lipoma bastante grande. Le opera Oriol. Supongo que le conoces, es el jefe de Plástica.

—Sí, claro que le conozco.

Me he puesto nerviosa solo de oír su nombre. Uf, a ver si se me pasa la tontería, que ya es lunes y la fantasía del fin de semana se ha acabado.

—Todo el mundo dice que es muy bueno. ¿A ti qué te parece? Me dijeron que no os llevabais demasiado bien.

—Tenemos algunas discrepancias, pero como cirujano es muy bueno. De lo mejorcito que tenemos.

Me agacho a buscar en mi cajón los libros que le prometí que le regalaría y así de paso no se da cuenta de que me he puesto como un pimiento.

—Ten, mi regalo. Te los prometí.

Sonríe y los ojea.

—Muchas gracias. Pero, Mariona, si eres tan rápida con tus terapias y encima regalas cosas, no vamos a ganar un duro en la

fundación. Tienes que ir más lenta, hacer más visitas y cobrar más. Que si no, dejarás de ser rentable.

Me pongo seria.

—Isabel, el regalo es de mi cuenta y yo...

—¡Doctora Hierbas! Que era una broma. Ya me dijeron que no pillas ni una.

—¡*Bon dia*, Miquel! ¿Está Mariona?

Oigo la voz de Oriol en la puerta y asomo la cabeza desde detrás de mi pantalla. La boca que se le ha quedado a Miquel parece un buzón de correos. Oriol no espera su respuesta, entra en mi consulta y cierra la puerta con el pestillo. Me lo está diciendo todo con los ojos y yo se lo niego con la cabeza.

—Ni se te ocurra.

—Es tu hora de descanso.

—Nina ha dicho que no puedes acercarte a mi consulta.

—No, Nina ha dicho que no puedes tratarme, pero no ha dicho nada de venir a verte. Y, además, ya sabe que estamos liados.

Me rasco la cabeza, le miro la sonrisa malvada y el pantalón hinchado.

—Pero pensaba que... Aquí no, Oriol. No es apropiado.

Se pone a mi lado en dos zancadas y me tapa los ojos.

—No me mires el asunto si no vas a probarlo. Tranquila, si solo vengo a saludarte, me gusta mucho charlar contigo y, además, tenemos que hablar de la radiofrecuencia.

Respiro aliviada. Qué susto me ha dado.

—Ah, vale. Pues precisamente estaba con el protocolo ahora mismo.

Y le señalo la pantalla del ordenador.

—A ver, quiero verlo. Déjame leer ese protocolazo.

Se pone detrás de mí para ver bien la pantalla. Acerca su cabeza a la mía y es sentir su aliento a mi lado y ya se me altera el pulso. Él también debe de notarlo, porque cuando estiro los brazos para colocar la pantalla a su altura, aprovecha para meter las manos, como dos serpientes, debajo de mi camisa.

—¡Oriol!

—Es que se me van solas. Te huelo y me pongo como un toro.

Intento enfadarme, pero su cara... Es imposible no reírse con esa cara que me pone.

—Sigue enseñándome ese maravilloso documento. Me interesa mucho. Y yo soy capaz de hacer dos cosas a la vez. ¿Tú no? ¿Teniendo vulva? Me decepcionas.

Me entra la risa tonta y abro el documento, aunque me cuesta mover el ratón de lo que me está temblando la mano. Ya empiezo a notar mucha tensión entre mis piernas, pero no puedo demostrárselo o la tendremos. Le miro. Él finge mucho interés en la pantalla, pero mientras lee el texto en voz alta, ya me ha desabrochado el sujetador, me está pellizcando los pezones y yo me estoy poniendo a mil. Joder, que es mi despacho y ahora mismo lo cogería, le quitaría la ropa y me lo tiraría sobre la mesa. ¿En quién me ha convertido este hombre?

—Oriol. Para. Paremos. No es el lugar. Ni el momento.

—Pero si es tu hora de descanso. Cada uno descansa como quiere, ¿no?

Me da un lametón en los labios y me señala la mesa ginecológica.

—Ese sí es un buen lugar. ¿No te da morbo?

—Ni se te ocurra.

—Tienes razón. Y mira que me gusta, pero ahí no puede ser.

—Claro que no.

—Desde luego. Te recordaría siempre a este dios del sexo y ya no conseguirías jamás hacer ecografías sin ponerte cachonda.

Me intento aguantar la risa y me hago la ofendida.

—¡Oriol!

—Te voy a llevar a un sitio en el que tú no entras. Así no te creo ningún condicionamiento psicológico para tus futuras consultas.

—¿Qué sitio? ¿Qué dices?

Como respuesta, me coge en volandas y me lleva al vestuario de los pacientes.

—Qué recuerdos me trae esto de llevarte en brazos, Kampanilla, pero ahora pesas el triple y no sé si voy a poder contigo.

—Oye, vete a la mierda.

Me coloca en la repisa de obra donde están las toallas y tira todas al suelo con el brazo.

—¡Oriol!

—Que luego te las recojo, maniática mía.

No me ha dado tiempo ni a contestarle, porque ya se la ha sacado y me está bajando las bragas. Solo de ver cómo me mira, ya me he fundido entera y le he abierto las piernas buscándole. Sé que cuando hago eso, se vuelve loco. Entra en mí como si yo fuera de mantequilla y le agarro del pelo. Por favor, no me creo que esté haciendo esto en mi consulta y con Miquel a dos metros. Me muero de la vergüenza. Oriol suelta un gemido ronco.

—La semana pasada me estaba imaginando esto.

—¿Esto? ¿Aquí?

—Sí, cuando te agachaste a por la toalla y te vi esas tetazas. Qué escondidas las tenías bajo esas túnicas que me llevas, mi amor.

Le tiro fuerte del pelo enfadada.

—Serás capullo.

—Dios, me encanta cuando te enfadas. ¿Cómo puedes ponerme tanto, nena?

Gruñe y empieza a moverse como un poseso. Le quiero insultar por llamarme «nena» otra vez, pero no me salen más que gemidos. Le tapo la boca para intentar acallar los suyos, aunque imagino que los golpes de mi culo contra la pared deben de oírse por todo el departamento. Solo cuando me quedo jadeando sobre él, después del orgasmo, me doy cuenta de la magnitud del escándalo que debemos haber hecho los dos. Nos han debido de oír hasta en la cafetería. Abro la boca para decirle que está loco y me la cierra con un beso.

—Me tienes un poco loco, Kampanilla.

—Eso es lo que te iba a decir.

Y le doy un lametón en los labios. Me gusta su sabor y me encanta comprobar que me va a dejar saborearlos unos días más.

—Pero loco o no —continúo—, vas a colocarme otra vez todas las toallas en el estante. Ya.

Aunque protesta y me llama otra vez dominanta y mandona, coloca las toallas, me ayuda a vestirme y se va de la consulta todo digno, dejándome sentada ante la pantalla de mi ordenador, roja y totalmente despeinada.

—Hasta otra, Miquel. Me ha encantado repasar el protocolo de radiofrecuencia. Está muy bien diseñado, pero creo que volveré otro día a pulir algunas cosillas más que me han quedado pendientes.

Miquel me mira y yo parezco el farolillo de un restaurante chino. Me cago en todo, ahora el muy cabrón me va a recordar esta visita toda la vida que me quede.

He olido su perfume antes de levantar la cabeza para verla. Pone su mejor cara de circunstancias y yo no sé cuál de las mías elegir para saludarla. Para regocijo de Miquel, ha dejado la puerta abierta y veo sus ojillos chafarderos asomar desde la esquina, con las cejas como dos arcos de media punta.

—Hola.

—Hola, Nina.

Me parapeto detrás de la mesa por si le da otra vez por empujarme, aunque parece estar más tranquila que el viernes. La miro con la cabeza bien alta desde mi trinchera.

—Me enviaste un mensaje —dice al fin.

—Ya. Y me dejaste en visto.

—Ya. Lo sé.

No le contesto.

—Me cabreaste mucho, Ona.

La miro, respiro profundo y sigo sin decir ni media palabra.

—No empieces con esa mierda del silencio psicológico que usas con los pacientes y dime algo.

Espero unos segundos más, solo por fastidiar, y le respondo despacio.

—Es que no tengo nada que decirte. Me has dicho que te cabreaste y eso ya lo sé. Me quedó muy claro. Cuéntame algo que no sepa.

—Pues podrías decirme que tú te cabreaste también.

—Es que yo no me cabreé, Nina. En ningún momento.

Levanta las cejas. La he sorprendido.

—Ah, ¿no?

—No. En absoluto. Yo me decepcioné, que es peor. No tenías derecho a decirme eso.

Se rasca la oreja. No le gusta lo que estoy diciendo.

—Ya.

—Me dijiste cosas horribles.

—Ya. Me pasé un poco.

—¿Un poco? Y una mierda.

Se sienta delante de mí y suspira. Se retuerce un mechón de pelo como si quisiera hacerse un tirabuzón. Está nerviosa.

—No es cierto.

—¿El qué?

—No es cierto lo que te dije. Solo era para joderte, porque estaba muy enfadada.

—Pues me jodió —le confieso—. Y mucho.

—Ya.

—Conseguiste lo que querías. Como siempre. ¿Estás contenta?

—No. —Sacude la cabeza—. No estoy contenta. Perdóname.

La miro de arriba abajo y no le contesto. La conozco y lo está pasando fatal. Pero me hizo mucho daño.

—Perdóname, Ona, por favor, yo no quiero que te vayas.

Y me coge las manos por encima de la mesa. Se las aparto.

—Ya, ya sé que no quieres: soy muy rentable. Ya me lo dijiste. Arruinaría tu hospitalito.

—Que no, capulla, que no quiero que te vayas tú, coño, que se me fue la olla.

La miro y respiro profundo.

—Pero se te fue mucho, tía.

—Joder, es que me acababan de decir que Oriol se moría.

La miro sin responder. Me pongo en su lugar por un segundo y entiendo lo que pudo sentir al saberlo. ¿Pero qué culpa tenía yo?

—Y que tú no habías dejado que se tratase. Que le habías engañado aposta para joderle y que se muriera.

—Eso no es verdad.

—Ya. Ahora sé que no es verdad. Pero Bruna... Joder, me lo creí todo. Me quedé en *shock* con lo de Oriol, me cabreé mucho y entré en barrena.

—Yo pensaba que me conocías un poquito más. —Me cruzo de brazos—. Eso es lo que más me ha decepcionado.

—Que te digo que se me fue la olla, tía. Coño, que tú no soportabas a Oriol. Podías querer que muriera.

—Nina, tú tampoco soportas a tu tía y no te la cargas.

—Joder, que me creí lo que dijo Bruna. Me trajo la resonancia y sonaba todo muy convincente.

—Y a la niña esa, ¿desde hace cuánto la conoces?

Nos quedamos mirándonos sin decir nada. Nina suspira. Ahora soy yo la que le cojo las manos.

—Nina, entiendo que te cabrearas, pero te pasaste un huevo. Y si te envié el mensaje, es porque te quiero mucho, aunque seas una insoportable y te hayas portado como una hija de puta conmigo. No debería perdonarte, pedazo de perra.

—Entonces me perdonas.

Le sonrío.

—Claro. Pero porque yo sí te conozco. Y te quiero. Pero me parece que tú a mí no tanto. Y me jode mucho que desconfiaras de mí, sabes de sobra que yo nunca miento.

—No mientes porque no sabes, no porque no quieras. Las mentiras te salen peor que las bromas. Que ya es.

—Por lo que sea, pero yo no miento. Y tú lo sabías.

Nos miramos a los ojos una eternidad.

—Perdona, tía, de verdad. Bruna me hizo creer que lo tenías planeado o algo. Ella es tan seria y tan profesional de lo suyo... Joder, me lo tragué todo como una imbécil.

—Pero tía, no soy tan rara para hacer eso.

—Bueno, lo de rara mejor lo dejamos estar.

—¡Nina!

—A ver, a friki solo te gana uno que me conozco... Por cierto, ¿lo de follártelo ha sido una venganza?

—Hostia, tía. —Le suelto las manos frunciendo el ceño.

—Es que... Como no me has pedido ningún tipo de permiso para follarte a mi marido...

—¡Nina! No es tu marido. Es tu ex.

Se echa a reír a carcajadas.

—Que es una broma, joder, qué siesa eres. Como si te quieres follar a mi abuelo. Que te tires a Oriol hasta me hace gracia. Además, ahora podremos comentar las jugadas y podré recomendarte que... —Deja de hablar al ver mi cara y se ríe—. Que es broma, gilipollas.

Se levanta a darme un abrazo tan fuerte que me deja sin aire. Lo necesitaba tanto que se me escapan un par de lágrimas y ella me las recoge con los dedos.

—Te quiero mucho, friki catalana. Oriol tendrá muchos defectos, pero tiene buen gusto y es muy buen tío. Además, veo que sigue follando de vicio: te ha dejado sin rictus.

Miquel se levanta y grita desde la entrada.

—¡Yo se lo he dicho el primero! ¡Se le nota un montón!

Las dos estallamos en carcajadas y él vuelve a gritar más fuerte.

—¡Me encanta trabajar aquí! ¡No me quiero ir nunca!

Capítulo 18

ORIOL
Vamos a querernos, mi pequeño amor

Oigo vibrar un móvil. Abro los ojos y me deja ciego el sol que arrasa el cuarto. Pestañeo hasta acostumbrarme a la luz y sonrío al reconocer mi alrededor: me he vuelto a quedar a dormir en casa de Ona. Cuatro noches seguidas en la misma cama, estoy batiendo mi propio récord. Y debería contar doble por lo incómodo que estoy en este colchón. O triple. El ruido del teléfono ha cesado, así que me quedo un ratito más remoloneando. Qué gusto da dormir oyendo este rumor de olas; esta casa es un lujo. No es lista ni nada, mi doctora Hierbas.

Llaman de nuevo. Ya me había quedado otra vez sopa. Sin levantar la cabeza de la almohada, alargo el brazo hacia la mesita y cojo el móvil. Miro la pantalla de reojo. Es Nina.

—Buenos días, gerenta.

Vaya voz de cazalla que tengo.

—Hola. ¿Te he despertado?

—Sí, pero creo que ya me tocaba. ¿Qué hora es?

—Las once.

—La hostia. No sé qué me ha pasado.

No pensaba que fuera tan tarde. Mierda, me he quedado grogui y no recuerdo qué tenía que hacer hoy.

—Bueno, Oriol, estás de vacaciones.

Suspiro de alivio, es verdad, no me acordaba. Qué susto. Pensaba que llegaba tarde a algo. Nina quería que pidiese la baja cuando se enteró de lo de la atrofia de mi cerebro, pero yo he pasado de hacerlo. Como no sé si podré llegar a mis vacaciones, me las he cogido antes. Me siento mejor de vacaciones que de baja.

—Sí, pero quería aprovechar estos días para hacer algunas cosillas pendientes.

No se lo quiero decir, pero he de dejar todo arreglado, testamentos y demás. Y tengo que hablar con Cesc en cuanto llegue de Barcelona.

—Pues yo te quería pedir una.

—Dime.

—Pero no te enfades.

—Joder, si ya empiezas así, mal vamos. Dispara.

—He estado hablando con el director del Hospital Central.

—¿El Central de Barcelona?

—Sí.

—Es donde trabaja Joan, el hermano de Ona.

—A él no le conozco, pero a Pere sí, es el director. Coincidimos en el máster de Gestión.

—Sí, me acuerdo de él.

Un tipo muy agradable y colado por Nina. Me suena que se enrollaron en el máster y se quedó enganchadísimo de ella. Para variar. Esta mujer no me deja a uno vivo.

—Le he pedido que su jefe de Neurología valore tu caso.

—¿Y eso? ¿Te ha comido el coco Mariona?

—No, no. No hemos hablado de ti. Bueno, sí, pero no de eso.

—Vaya par de arpías.

Nina se echa a reír. Ayer ya me dijo, feliz, que habían hecho las paces.

—Tranqui, Mariona es muy discreta para todo. No es como yo. Aunque tampoco me iba a sorprender nada que me pudiera contar, ¿no?

—Bueno, quizá sí que te sorprenderías.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

—¿Por ti o por Ona?

—Por ella, claro, me da mil vueltas.

—¿Ella? No me lo puedo creer. ¿Estamos hablando de la misma persona?

—De tu amiga.

—Flipo. A ver si has dado con tu alma gemela.

Sonrío y me llevo la mano a la entrepierna.

—En lo demás no, pero en la manera de ver el sexo, puede. Ona es... muy especial.

—Uy, qué cariñoso ha sonado eso, a ver si te has enamorado.

—¡No! Nina, esto es solo sexo.

—Sí, sí. Lo sé. Si ella también me lo ha dejado bien claro.

No sé por qué oír eso me decepciona un poco. Debe de ser la falta de costumbre, eso es algo que suelo decir yo. Ona va a acabar por ser mi alter ego sexual, qué cosas.

—Sí. En eso también somos iguales. Lo tenemos muy claro los dos.

—Ya. De todas formas, es muy raro.

—¿El qué?

—Joder, que te folles a mi mejor amiga, Oriol. Es superraro.

—Oye, que yo no me la follo: nos follamos los dos, el uno al otro y el otro al uno.

—Ya, ya. Pero me agobia un poco.

—¿Por qué? Somos tus mejores amigos, ¿no? Antes nos odiábamos y ahora follamos: progresamos adecuadamente.

—Ya, pero si volvéis a odiaros, me dejáis otra vez en medio. Y eso es una mierda.

—Le propondré hacernos follamigos y todo arreglado. Todos contentos y si ella se enfada conmigo, nos follamos y se nos pasa.

—Qué tonto eres.

—Al grano. ¿Qué te ha dicho Pere? ¿Tengo que ir a Barcelona?

—De momento, no, pero quería pasar tu historia al de Neuro. Y necesito tu permiso para eso.

—Claro, claro. Lo tienes.

—Te envío el consentimiento al *mail* para que me lo firmes, ¿vale?

—Perfecto. Te lo envío en cuanto me arregle y encienda el ordenador.

—¿No te molesta que le haya llamado?

—Qué va. Me parece bien una segunda opinión. Pero no pienso entrar en ensayos ni mierdas sin garantías, Nina. Recuérdalo. No quiero perder los buenos días que me queden.

—Sí, sí. Tú decides. No haré nada sin ti delante. Quedaremos con ellos por vídeo cuando revisen tu historia.

—Gracias.

Cuando cuelgo, intento enviar un mensaje a Ona para contárselo, pero mi móvil muere. Otra vez me he dejado el cargador y me he quedado sin batería. Voy a darme un chapuzón primero en este paraíso y luego ya iré a mi casa a firmar la mierda esa, a arreglarme y a enchufarlo.

Me hubiera gustado llegar otra vez a su descanso, pero hoy estoy en modo relax y paso de correr a ningún sitio. Me he duchado con tranquilidad, me he puesto guapete y he esperado a tener al menos un cincuenta de batería. Igual, para cuando llegue, ha acabado ya la consulta y nos podemos ir con Nina a tomar algo al Mátame.

El *parking* está hasta los topes. Me ha tocado aparcar lejísimos, así que llego al hospital a lo Mariona, caminando con la música puesta en el móvil y contemplando el paisaje. Me pareció adorable verla caminar el otro día sin que ella se diera cuenta. Iba dando saltitos y canturreando. Qué rara y qué mona puede llegar a ser a la vez. En fin. Supongo que ahora me tiene totalmente encoñado y no hay nada en ella que no me guste. Se nos pasará, el problema es que se le pasará antes a ella que a mí y luego se irá y me tirará a la basura. Entro al departamento de Integrativa y lo primero que veo es su puerta cerrada. Miquel está en su mesa, contestando al teléfono. Me mira y me pone cara de cachondeo. Joder, ayer lo debió de oír todo, me va a costar mantener la compostura delante de él. Pero lo intentaremos. Me siento en la silla que tiene enfrente, más digno que un rey, y espero, con mi mejor sonrisa, a que termine de concertar una cita.

—La única que queda es la de las doce, cariño. No, todo lo demás, petado hasta dentro de dos meses. De acuerdo, amor, pues te apunto. Sí, te llegará el mensaje recordatorio, no te preocupes.

Ona cuenta maravillas de su eficiencia y de lo que facilita el trabajo a todos. Desde luego, siempre me ha parecido muy agradable. Y debe de ser muy amigo de mi Hierbas, se los ve muy cómplices. Cuelga el teléfono.

—Hola, doctor García.

—Oriol.

Mueve la cabeza de arriba abajo despacio, muy teatral.

—Hola, Oriol.

—Hola, Miquel.

—Ona no está.

—¿No está?

—Ha salido un momento. Supongo que vienes a meter... más texto en el protocolo de la radiofrecuencia.

Me mira con bastante sorna y su voz suena con mucha más. Saldremos de esta.

—Exacto, vengo a trabajar un poco más en el documento.

—¿A pulirlo un poco más?

Le están brillando los ojos de la risa. Será cabrón, el tío. Intento no sonreír.

—Sí, venía a pulirlo un poco más.

—Vaya, a Ona le va a quedar el protocolo divino.

Me tengo que morder el labio para no descojonarme. Se me está escapando una lagrimita de risa por la esquina del ojo.

—¿Y se puede saber dónde ha ido la dueña del protocolo que me gustaría tener ahora entre manos?

Se le ha escapado una carcajada, pero ha disimulado con un acceso de tos y me señala con el dedo hacia arriba.

—A su terraza.

—Pues voy allí. A por ella y a por su protocolo. Gracias, Miquel.

—Un placer. Una cosa...

—¿Qué?

—La puerta de la terraza no tiene pestillo.

Ahora soy yo el que se echa a reír. Qué tío. Me encanta. Como se descuide Ona, lo ficho para mi departamento.

Efectivamente, la puerta del escondite de Ona no tiene pestillo, pero hoy tampoco lo voy a necesitar. O eso creo. Al abrir, me la encuentro como el primer día que la vi aquí, con los ojos fijos en el trocito de mar del horizonte y escuchando su música. En eso es bastante predecible.

Hoy no la he asustado. No sé si es que me ha olido o ha visto mi sombra, pero en cuanto he abierto la puerta, se ha girado sonriendo y se ha quitado los AirPods al tiempo que me sentaba a su lado.

—Hola.

Le respondo con un morreo en toda regla.

—Me vas a malacostumbrar, Oriol.

—Y aún no sabes lo que viene ahora.

Mira hacia la puerta preocupada.

—Aquí no hay pestillo.

—No hace falta.

Le muestro la bolsa que escondo en la espalda. Cuando la reconoce, lanza un grito de alegría y me devuelve el morreo.

—¿De qué me lo has traído?

—De chocolate.

Es como una niña pequeña. Le abro su vasito de helado y clavo en el chocolate la cucharita de madera.

—Ten. Goza, mi vida.

Se parte de risa, coge un poco de helado y me lo acerca a los labios. En vez de tomarlo, le cojo la cucharilla.

—Gracias. Pero yo me he traído otro también, así que te lo devuelvo.

Me meto el helado en la boca, pero no lo trago y con la lengua llena de chocolate me voy a la suya. Ella me la estruja para quedárselo todo y después se relame. La miro en silencio, diciéndole de todo con los ojos.

—Oriol, que no hay pestillo.

—Vale, ya me calmo.

—Podrías traer luego un poco más de helado a casa.

—¿Me estás invitando otra vez a dormir contigo?

—Bueno, si te apetece. Es que esto del helado me ha dado ideas.

—A mí también. Estoy deseando que llegue el fin de semana para encerrarte en casa y no darte un respiro.

Ha puesto una cara de agobio que me da miedo.

—Uy, ¿qué pasa?

—Es que este viernes vienen mi hermano y mi sobrina a casa.

—Vaya, me han chafado el plan.

—Lo siento. Se me había olvidado decirte que venían.

—Ya puedes sentirlo, porque ahora voy a tener que hacerte antes del viernes todas las cosas que tenía planeadas para el finde. Yo te llevaré helado, pero tú llévate un montón de esas cremas hidratantes que usas o no vas a poder ni caminar.

—Oriol, que me estás poniendo nerviosa.

—Creo que «nerviosa» no es la palabra.

—¿Y cuál es?

—Hay para elegir. Ya sabes que leo mucho.

—Demuéstramelo, experto en romántica.

—La palabra más acertada sería «cachonda». Pero también serían correctas «acalorada», «caliente», «excitada», «animada», «juguetona», «lúbrica», «exaltada», «perra», «perraca»...

Se parte de risa.

—Para... Por favor.

—¿Cuál eliges, entonces?

—«Cachonda» me gusta más.

Me inclino hacia su cuello y le doy un lametón en el lóbulo de la oreja antes de susurrarle:

—Pues cachonda te vas a quedar hasta que vaya a verte por la tarde, con tu helado. Piensa en todas las cosas sucias y chocolateadas que te voy a hacer. Mira que no haberle puesto pestillo a la puerta, qué incompetencia. Integrativa tenías que ser. Esto a un cirujano no le pasaría.

Se ríe a carcajadas y pasa la lengua por el fondo del vasito para no dejar ni una gota de chocolate. Ahora el cachondo, excitado y lúbrico soy yo. Se lo digo y vuelve a reírse. La beso en la mejilla y la abrazo hasta que pone su cabeza en mi hombro. Me encanta, parecemos dos críos en un parque. Ahora se ha puesto a darle vueltas con el pulgar a su anillo, como cada vez que piensa. A saber qué maldades tendrá en la cabeza mi Kampanilla.

—Ese anillo es el de tu...

No sé cómo llamar al muerto, porque ex no es y marido tampoco.

—De Xavier, sí. Bueno, es el mío de casada, no el suyo. El suyo no lo encontraron. Solo la mochila con sus cosas.

—¿Tu mochila?

—Sí.

Ahora entiendo lo de la mochila remendada y cutre que arrastra siempre. El anillo tampoco se lo quita nunca, ni para dormir.

—Debías de quererle mucho.

Se queda un momento en silencio y mira el mar.

—Le quise, sí.

—¿Nunca has pensado en quitarte el anillo?

Le da un par de vueltas más, mirándolo.

—Sí. Pero no es solo por él. Significa muchas más cosas.

Me la quedo mirando, esperando que me las explique, pero no lo hace.

—Me lo quitaré cuando sepa que voy a morir.

—¿Para tirarlo al mar?

Como comparte conmigo esa obsesión por el mar, es lo primero que se me ha ocurrido.

—No, al mar no, lo dejaría en algún sitio para que lo recogiera alguien y lo usara. Yo sí que me tiraría al mar. En mis voluntades he puesto que me tiren, incinerada o no, como quieran, pero al mar.

—Yo también lo he pensado. Ayer, cuando tomábamos el helado en las rocas, pensé en que ese sería un buen sitio para morir.

—Sí, es el mejor sitio. Yo lo he pensado mucho... Algunas noches, me he tirado al agua y he estado un rato en el fondo a oscuras pensando en lo bonito que sería morir allí.

Creo que ha pensado en voz alta sin darse cuenta de que yo estoy aquí con ella, porque se ha sobresaltado y ahora me mira preocupada.

—Tía, eres una pedazo de friki. Pero no puedo estar más de acuerdo contigo.

Sonríe. Me derrito cuando me mira así. Como si estuviéramos los dos solos en el mundo. Le planto otro beso en la boca.

—Ona, ¿te apetece que nademos los dos juntos allí esta noche?

Me ha besado antes de irse de una forma que casi se me olvida que no hay pestillo. No sé si es por lo que sabe o por lo que transmite, pero hace que me atraviesen rayos por el cuerpo. Lástima que se tenga que ir. Me ha dicho que le quedan aún un par de pacientes presenciales y que por la tarde tiene una reunión con Lluna, su compañera de departamento, que ha vuelto por fin de no sé qué *training* de sus cosas alternativas. Yo me he quedado un ratito más en la terraza al sol, contestando a mis mensajes acumulados.

Abril me ha escrito.

Bon dia, papi.
Solo era para saber si estás bien.
Disfruta de tus vacas.
Y pásalo bien con Ona:P

Le contesto dándole los buenos días y las gracias, y contándole que estaba sin batería y que iré a comer a casa, que nos veremos allí.

Cesc me ha dejado una de sus frases crípticas.

Todo ok, ya aquí. Mañana guardia. Parlem.

Este se piensa que aún le cobran por tipeo en el teléfono. Pero dice *parlem*, que hablemos. Eso es que le he dejado preocupado y lo siento. Cada vez tengo más cosas que contarle.

También tengo un mensaje de Joan, el hermano de Ona.

Bon dia, Oriol.
Te he enviado el programa del máster, este fin
de semana voy a ir a la isla, así que podríamos
quedar y vernos.

Le respondo que me encantará quedar cuando quiera y que iré a buscarlo al aeropuerto.

No sé si Ona le ha dicho algo a su hermano de lo nuestro. Supongo que no y es lógico, total, él no vive aquí y esto nos durará poco. No sé si menos que yo o lo mismo. Espero que lo mismo y así me ahorro el disgusto. ¿Se acordará él de cuando me echó de su casa?

Guardo el móvil y me levanto. Voy a comprar el postre para comer en casa de Nina. Iré a la heladería de nuevo y así mato dos pájaros de un tiro. Me van a hacer cliente del año.

Cuando salgo de la terraza, me topo de frente con Bruna. Está apoyada en la barandilla de la escalera con los brazos cruzados y un morro de tres palmos. Creo que me estaba esperando.

—Hola, Bruna.

—Hola.

—¿Me esperabas o qué?

—¿Ahora folláis también en la terraza?

Me echo para atrás, arqueando las cejas. ¿Aún estamos así?

—¿Perdón?

—¿Tú te crees que soy imbécil?

—No, ni sé a qué viene esto.

—¿Qué estabais haciendo?

—No tengo que darte ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer.

Se acerca y me coge de las manos. Se las aparto. Me pone nervioso.

—Es una mala persona y no te das cuenta. Se está aprovechando de ti y de tu enfermedad. ¿Es que no lo entiendes?

—No. Me parece que la que no entiendes nada eres tú.

Se acerca a mí con ojos de loca. Me echo aún más hacia atrás hasta chocar con la pared del descansillo.

—No sabes lo que haces, Oriol.

La tengo pegada al pecho. Le pongo la mano en el hombro y la aparto de mí empujando suave.

—Sí que lo sé: vivir el presente como si fueran los últimos días de mi vida, porque lo son.

Pone los brazos en jarras y niega sacudiendo la cabeza. Yo me aparto de la pared y me escabullo a la escalera para perderla de vista, ella se va girando sin dejar de mirarme.

—Pero podrías conseguir unos meses más.

—¿Cuántos? ¿Dos, tres?

—Con nuestro tratamiento podrían ser más.

Me apoyo en el pasamanos, listo para huir escalera abajo.

—Que no quiero tratamiento, Bruna.

—Esa tía te está engañando.

—Por favor —le suplico—, deja ya de insistir.

—No la creas, vas a suicidarte por su culpa.

Se acabó. Me doy la vuelta y empiezo a bajar, no quiero escucharla más.

—Yo ya he tomado mi decisión, y Ona no tiene nada que ver.

—Estás muy equivocado y te lo voy a demostrar.

He llegado a Sol del Sur a media tarde. Me la he encontrado en el jardín, en posición de loto y mirando al mar.

—¿Qué haces?

—Respirar.

—¿Respirar?

—Sí. ¿Te apuntas?

—Claro, me sale muy bien, llevo cincuenta y ocho años preparándome.

—¿Sí?

No pilla ni una. Qué cruz.

—Era una broma, quiero decir que respiro desde que nací.

—Ah. Pero no es eso.

Me mira seria. Ni una gota de gracia, le hace. A veces me parece de otro planeta.

—Supongo que te referías a lo de la respiración del yoga.

—Exacto. Como la del yoga, pero sin asanas, sin posturas.

—Vale. Venga, me apunto, me vendrá bien para relajarme.

—La respiración consciente no es solo para relajarse.

—Ah, ¿no? ¿Para qué más sirve?

—Para todo. Y todo bueno. Ven, siéntate aquí conmigo.

Me siento al lado de ella. Madre mía, qué bien huele hoy. No sé qué se ha puesto.

—Solo con prestar atención a tu respiración ya puede cambiarte la vida.

Ella es la que me lo está cambiando todo, así que respiraré todo lo que le apetezca. Y que me lo explique. Me encanta en modo profe entusiasta.

—Respirar bien impacta mucho en la salud, pero no nos enseñan nada de esto en la carrera. Y tiene más evidencia que muchas cosas, que lo sepas.

—No te lo voy a discutir, tranquila, nunca más discutiré contigo.

—Nunca digas nunca. No es científico.

—Vale, vale, no diré nunca, señora científica. Pero empieza ya a respirar, porque necesito relajarme, que te estoy oliendo y me pongo como una moto.

Me mira el paquete y se echa a reír al darse cuenta de que es verdad.

—¿Ves? Ya me has hecho perder el hilo y solo me queda este pedazo de carrete.

Me señalo la entrepierna y se vuelve a reír a carcajadas.

—El punki salido.

—Sí. ¿Te digo sinónimos de «salido» antes de respirarnos?

Ya se me ha ido a otro mundo, dándole vueltas al anillo. Debe de estar pensando en qué tipo de ejercicio de respiración va a enseñarme. Da un par de vueltas más y ahora se levanta y me da la mano para que yo lo haga también. De repente, se quita toda la ropa. No pierdo un segundo y me la quito yo, agarrándola esperanzado de las caderas.

—¿Ya no respiramos? ¿Vamos al lío directamente?

Me da un beso suave en los labios.

—No, vamos a respirar de verdad. Hazme caso.

Pues habrá que hacérselo. Me dejo arrastrar hacia sus sofás, en los que quita los cojines para hacer una especie de trono de almohadones en el que me sienta, con las piernas abiertas y el mástil erguido.

Ahora se sienta ella enfrente, me abre las piernas y se arrima a mí hasta abrazarme con ellas y colocar más almohadones a su alrededor. Y me pide que esté quieto. Madre mía, más que respirar, me tiene jadeando.

—Kampanilla, qué haces, que me vas a matar.

Ha puesto su vulva pegada a mi pene, pero no me deja entrar ni hacer nada.

—Quieto. Déjame hacer, anda. Tú no te muevas. Confía en mí.

—No, si yo confío, pero este tiene vida propia. No sé si lo voy a poder controlar.

—Claro que sí. Fluye. Déjate llevar por mí. Confía.

No sé si voy a poder frenarme. Siento como su pelvis late sobre la mía. Me pide que confíe. Esto es una tortura, pero confío.

—Yo te llevo.

—Llévame, llévame donde te dé la gana.

—Dame la mano y respira conmigo.

Pone mi mano en su pecho y la suya en el mío. Con la otra, me toca la cadera y se acerca hasta meter mi erección en ella. Ahí es donde yo quería estar. Muevo el culo hacia ella, pero me frena. Sigue insistiendo en que no me mueva, así que me quedo quieto y obedezco, inhalando y exhalando como me dice. Sintiendo el aire que entra. Y el cielo. Y las nubes. Y todas las cosas que me describe con su voz de hechicera.

Respiramos y noto su corazón latir en la palma de mi mano. Respiramos desde la pelvis y hace que mi corazón se vaya allí, a mi

pelvis y a la suya. Respiramos por la columna, y en la cabeza. Ha puesto mis pulmones en todos los sitios imaginables. Respiramos en un círculo que nos une y que pasa por todos esos lugares. Respiramos sin parar, inhalando y exhalando hasta conseguir sincronizar nuestros latidos con nuestras respiraciones. Sentimos en cada inhalación como si fuésemos solo uno, un todo, los dos, con el mar y con el cielo. Y, ahora, cuando más relajado estaba, voy y estallo en mil pedazos.

No puedo ponerle palabras a lo que nos ha pasado, joder, no sé si es que no las hay o que se me quedan todas cortas. Ya me había dicho ella que esto iba a ser una pasada, pero yo pensaba que se refería a que me daría más placer o más excitación. Pero no, esto ha sido distinto, ha sido más. Una cosa rara. Como lo de esa llama sagrada de la Biblia que arde, pero no se consume ni quema. Me he vaciado del todo para llenarme otra vez. Sin tiempo ni espacio, como en una de esas dimensiones de la película del doctor Strange. Y el orgasmo, joder, ha sido tan tarde y tan bestia que me he quedado como en un limbo.

Quizá Kampanilla es una bruja, pero yo me dejaría encantar por ella cada día. Y que me esclavice si le apetece. Quiero morir aquí, con ella.

Después del cataclismo, nos hemos quedado abrazados sobre los almohadones del sofá.

—Esto es sexo tántrico, ¿no?

—No exactamente. El tantra es algo más complejo.

—¿Y qué es lo que hemos hecho?

—Respirar.

—Joder, Ona. Ha sido más que eso.

—Respirar es mucho más de lo que crees. Es todo, es la esencia de todo. Si lo usas bien, haces que todo cambie.

—Desde luego. He flipado con lo que me has hecho, con lo que me estás enseñando.

Nos volvemos a quedar en silencio. Le beso los párpados.

—¿Esto lo hacías con Xavier?

—Sí.

No sé por qué lo he dicho. Nunca he tenido la necesidad de saber si era mejor que otro tío, pero Mariona me hace sentir... diferente. Quiero gustarle mucho.

—¿Y qué tal?

Se gira hacia mí riendo y me planta un beso.

—¿Quieres que te puntúe? ¿Ya estamos con el ego del machito ibérico?

—No, no es eso. Es que...

—No voy a hacer comparaciones. Cada persona es distinta.

—Vale. ¿Pero he aprobado?

—No es cuestión de nota. Oriol, tú me gustas mucho y la experiencia ha sido una pasada. Pero no es algo que dependa solo de la compañía, es, sobre todo, de uno mismo. Si tú lo has pasado bien, no es por mí, es por ti.

Pues yo debo de estar de puta madre, diga lo que diga mi resonancia, porque para mí ha sido la hostia. Pero me hubiera gustado que me dijera que conmigo ha sido el mejor de su vida. Si, como deduzco, el marido era más hierbas que ella, en esto debían de ser la pera. No debería tener celos de un muerto, pero me da un poco de envidia.

—¿Cómo le conociste?

—¿A Xavier?

—Sí.

—En el Human Rights.

—Anda, en un concierto de El Último, como a mí.

—No. A ti no te conocí en un concierto de El Último.

—¿Cómo que no?

—A ti ya te conocía de antes de Studio 54. Te tenía bastante fichado.

Ahora me ha dejado a cuadros. No me lo esperaba.

—¿Me perseguías? ¿Con dieciséis años?

—Es la edad de perseguir. No lo iba a hacer con treinta.

—Bueno, si yo te contara lo que hacen las de treinta...

Pienso en Bruna, claro. Aunque esa mentalmente parece que tiene hasta menos.

—Me tenías un poco loca, con esa cresta y esa ropa punkie que llevabas. Te había visto en varios conciertos y estaba totalmente enamorada de ti: ya sabes, la adolescencia y las hormonas.

La adoro. Con eso ya lo ha arreglado todo. Estaba enamorada de mí. Desde el principio. Ahora ya me da igual cómo follara su marido, o si se ha tirado a Rocco Siffredi, yo fui el primero del que se pilló. Y la verdad, me gustaría que volviera a hacerlo. Al menos para lo que me quede en el convento.

—Bueno, y que yo siempre he estado muy bueno, chica, no me quites mérito.

—No te lo quito. Sí que estabas muy bueno.

Me la como a besos y le acaricio ese pelo de plata que tiene.

—¿A Xavier también lo perseguiste?

Mierda. Ya se me ha vuelto a escapar lo del machito que dice ella. No sé por qué me cae tan mal el muerto.

Vuelve a ponerse a dar vueltas al anillo.

—No, a él no. Yo no le había visto nunca hasta esa noche.

—¿Y te liaste en el concierto con él también?

Se echa a reír.

—¡No! Eso solo pasó contigo.

Bien. 2-0 para mí.

—Un amigo me lo presentó en el concierto, cuando se enteró de que él también estudiaba Medicina en Oxford.

—Anda, en Oxford también. ¿Y no os conocíais de allí?

—Oxford es un poco más grande que esta isla, Oriol.

—¿Me estás llamando paleto?

Se desternilla y se abraza a mí.

—Un poco, sí.

—Hostia, Ona, pero por muy grande que sea Oxford, si los dos sois de Barcelona y los dos hacíais Medicina, podíais haber coincidido.

Se sigue riendo de lo ofendido que estoy.

—No, yo aún no había empezado la carrera, y él era de Girona. No teníamos tanto en común.

—¡De Girona! Ah, por eso acabasteis allí.

Ahora se le ha cortado la risa de golpe.

—Sí, acabamos allí. En realidad, todo acabó allí.

No entiendo a qué se refiere, pero se ha quedado tan seria y lo ha dicho de una forma tan triste que me agita el alma y siento que la tengo que abrazar mucho más fuerte. Y lo hago. Toda la noche.

Capítulo 19

ONA
El beso de tu voz en el alma

Me he deslizado muy despacio hasta el suelo para no despertarlo. Ni siquiera se ha movido el edredón cuando me he escapado por debajo como una serpiente, pero él ha debido de notar algo, porque al instante se ha desplazado al hueco que he dejado a su lado para abrazar mi almohada. Se ha puesto a olerla como en sueños. Qué mono es. Ahora pensaba que iba a abrir los ojos y decirme algo, pero no, gesticula pero sigue absolutamente grogui. Está sopa total. Es muy divertido: a Oriol no hay quien lo duerma de noche, no para, pero por las mañanas es una marmota.

El sol ha asomado hace rato, y yo ya estaba despierta antes de que lo hiciera, pero no me podía despegar de él. No por incapacidad, sino por falta de voluntad. No quería soltarle ni dejar de sentir su tacto y su olor. Es que hasta me ha dolido separarme de su piel. Pero no me queda otra, he de irme.

Me voy a preparar primero un café. Tengo que espabilar y salir pitando porque hoy tenemos un montón de reuniones. Lleno una taza y me vuelvo a la puerta de la habitación con ella en la mano. Duerme como un bebé grande. Enorme. Uf. Esto está sobrepasándome un poco. Pensaba que iba a durar un suspiro y ya le estoy cogiendo cariño. Le voy a echar de menos cuando nos

cansemos de follar. Voy a añorar mucho esta sensación que tengo ahora. Y nos hartaremos pronto, lo sé, lo sabemos los dos, no somos ningunos pipiolos. Esas drogas neurohormonales que ahora nos llevan locos tienen fecha de caducidad, y es de unos pocos meses a lo sumo. O semanas. Se acabará. Y entonces llegará ese momento en el que no me pondré nerviosa al imaginarle conmigo, y su voz no me besará el alma. Ya no nos excitará olernos, y si se nos ocurre empeñarnos en seguir, aparecerán los defectos y las críticas. Yo me cabrearé por su desorden y sus convencionalismos. Él se enfadará por mis manías y porque no entiendo sus bromas. Y nos gritaremos y nos odiaremos.

Pero seguro que se nos ocurre alguna excusa para continuar intentándolo cuando la química no exista, y la liaremos. En esto del amor, los humanos somos estúpidamente masoquistas. Quizá deberíamos cortar antes de que pase eso y empezar a follar solo de vez en cuando, sin tanta locura ni intensidad. Así lo alargaríamos. Ser follamigos. Mensuales. O semanales, sexo de finde. Se lo tengo que proponer. Así igual no lo pasamos tan mal después. Voy a tomarme otro café. Lo necesito.

Cuántas veces he soñado despierta con volver a sentir esto. Toda esta noradrenalina y dopamina rebosándome por la piel. Me pasaría toda la mañana mirando cómo duerme. Ahora se ha destapado del todo y no deja nada oculto a mi vista. Uf. Le doy otro sorbo a mi taza. Podría llamar a Miquel y decirle que estoy mala y que no voy. Me quitaría la ropa y volvería a la cama a frotarme con él hasta impregnarme de nuevo con el perfume de su cuerpo. Huele tan bien. También podría despertarle a besos, lamiéndole o metiéndome... ¡Parad, hormonas! Más vale que me vaya o tendré que quedarme.

Lavo la taza, la seco y la dejo en su sitio. Se me ocurre que debería pedirle a Miquel que avise a mantenimiento para poner un

pestillo en la puerta de arriba. Estoy segura de que hoy vendrá a verme de nuevo. Y traerá helado. Ya me lo imagino haciéndome de todo en la terraza del hospital, entre paciente y paciente. No, mejor no pongo pestillo. Tengo que ser más seria. Le echo un último vistazo. Solo uno.

Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, pienso en Bruna. No me creo su diagnóstico, es imposible que Oriol tenga una atrofia multisistémica. Ya sé que el cerebro se adapta a todo y es imprevisible, pero su cuerpo funciona de maravilla y se le han quitado todos los signos de enfermedad que tenía aquel primer día en mi consulta. Hasta sus uñas. Lo que sea que tuviera, ya no lo tiene.

Me giro a mirar el reloj. Mierda, mierda, qué tarde se me ha hecho. Más vale que me vaya o no llegaré a la sesión con Lluna. Cierro la puerta de casa con cuidado y me pongo los auriculares. Los vecinos han debido de alquilar el chalet otra vez, porque hay un coche negro nuevo aparcado delante. Miro al cielo gris, parece que va a llover, pero el día sigue siendo precioso. O al menos a mí me lo parece. Ay. Entre unos y otros me han cambiado la vida. Soy muy feliz. Madre mía. Más que nunca. No me imaginaba que podría pasar esto.

Dejo atrás el camino de piedras de la urbanización y me pongo en el arcén de la izquierda. He de acelerar más el paso o Miquel se preocupará, porque nunca llego tarde. Pienso en enviarle un mensaje para que no se agobie, pero cambio de opinión, no puedo perder el tiempo parándome a escribir. Caminaré más rápido. Ya empiezan a caer gotitas, creo que va a diluviar, pero me da igual: ni siquiera me pongo la capucha. Canturreo lo último de Manolo García

y acaricio con la mano izquierda los dientes de león que huyen de la pared seca y se están empezando a mojar. Me empapan la mano y la huelo. Todas las plantas huelen mejor cuando llueve. Joder, estoy como drogada, benditas moléculas del follo-enamoramiento. Me da igual llegar tarde, que llueva o que se caiga el mundo. Ahora mismo en mi cabeza solo hay una cosa y se apellida igual que mi cantante favorito.

Al doblar la primera curva, le veo de espaldas. Lleva el gorro negro embutido y una sudadera de Open Arms. Los vaqueros parecen buenos, pero le quedan enormes. Debe de vivir por aquí cerca.

—¡Hey! ¿Hola? ¡Hey!

No se gira. Vuelvo a gritarle y voy corriendo hacia él, pero no me oye y desaparece en la entrada de una casa. Ya lo decía yo, no es ningún acosador, merodea por aquí porque es un vecino. Debe de haberse mudado hace poco a la zona. Al pasar, me fijo en el recinto en el que se ha metido y memorizo el número de la casa. No se ve a nadie. A la vuelta ya entraré a ver quién vive aquí.

Miro el reloj. Con la tontería de espiar su casa, se me ha ido aún más el tiempo. Es que estoy atontada. Subo el volumen de la música y empiezo a trotar un poco al ritmo de la batería. Si corro, llegaré en quince minutos. Puedo correr muy bien. Nunca lo hago por no sudar y oler mal, pero bueno, ya me daré una ducha rápida en el vestuario. Echo a trotar por el arcén, sonriendo como una boba. La cancelación de ruido de mis AirPods me impide escuchar el grito de advertencia de los chicos. También el rugido del motor del coche que se lanza directo a por mí.

No me ha dado tiempo a sentir el golpe. Los auriculares han salido volando al mismo tiempo que yo, que he sido lanzada con fuerza contra la pared seca. He visto cómo se acercaban las piedras a mi cara y, antes de que todo se hiciera negro, un chasquido de huesos y un ruido de motor acelerando.

Creo que ha pasado mucho tiempo. Oigo gritos que no entiendo y abro los ojos. Joder, me duele mucho la cabeza y tengo la cara y el cuello empapados. Debe de estar lloviendo a mares, mucho más que antes. ¿Dónde he caído?

—¡Está viva! Tranquilo, tío, ella también está viva.

Me giro al murmullo de voces de mi derecha. Dos chavales hablan con un hombre tendido en la carretera. El pobre está hecho un auténtico desastre. Creo que nos ha atropellado un coche a los dos en el camino, pero él está destrozado y a mí solo me duele la cabeza. Muevo los pies y las manos. Me responden. Muevo los hombros y las caderas. También. Me intento incorporar y una chica morena me lo impide. Debe de tener veinte años, lleva el pelo rapado y va vestida de ciclista, como los otros dos chicos. El maillot amarillo fosforito resalta mucho su piel y yo ni siquiera me había dado cuenta de que la tenía a mi lado.

—¡No! No te muevas hasta que no llegue la ambulancia. Ya la hemos llamado.

Murmuro que soy médica, como si eso me hiciera inmune, pero no surte efecto. Me sujeta apretando mis hombros contra el suelo.

—Tu amigo te ha salvado, ese coche se te iba a tirar encima.

Pestañeo y la vuelvo a mirar. No entiendo nada. ¿De qué está hablando? ¿Mi amigo? ¿Oriol? Me vuelvo a girar hacia la carretera. No es él. No puede ser. Yo no caminaba con él, le he dejado en casa. Y no iba con ningún otro amigo. O no lo recuerdo. Dichosa cabeza, me duele un montón. ¿Se me ha olvidado algo? Espero que el que

esté en el suelo no sea Oriol, porque me muero. Veo muy borroso. Entorno los ojos para distinguir quién es. Reconozco la sudadera roja, el que está en el asfalto no es él, es el paciente misterioso, el merodeador. Suspiro aliviada, pero me siento mala persona al segundo de hacerlo. Pobre hombre.

Vuelvo a intentar incorporarme y ella insiste en sujetarme.

—No. Tenéis que estar quietos hasta que llegue el 061. No se puede mover a los accidentados.

Cierro los ojos. Me pesan mucho los párpados. Tengo la esperanza de que esto sea una pesadilla. Seguro que lo es. Intento dormirme, pero los chicos empiezan a gritar de nuevo.

—¡Se ha desmayado! Anna, ¡se ha desmayado! Tía, que este hombre se muere. ¿Qué hacemos?

La chica me suelta para ir hacia ellos y yo aprovecho para incorporarme un poco y mirar a mi supuesto salvador. Un par de coches se han parado en la carretera y han puesto los triángulos de advertencia. Se está acercando mucha gente. Un señor me grita.

—¡No se mueva, señora, no se mueva!

No le hago caso y empiezo a gatear hacia el herido. Gimo de dolor al primer paso, joder, no me habré roto nada, pero me duele todo el cuerpo, sobre todo, la cabeza. Y sigo sin poder enfocar bien. Creo que me ha entrado barro rojo en los ojos.

Le han puesto de lado, en postura de seguridad, y me da la espalda. Me acerco un poco más. Me duele tanto la frente que creo que voy a vomitar. El herido tiene las piernas destrozadas. Hay un montón de cristales en el suelo. Agarro su hombro y le pongo bocarriba para ver si respira. Todos me gritan escandalizados al ver lo que hago. Todos menos la chica.

—Es médica —dice ella.

A ella sí que le ha funcionado la palabra mágica, porque se hace el silencio y yo puedo comprobar que el herido late y respira. Está caquéctico. Al tacto es pura piel y huesos.

Le doy unos golpecitos en el pecho.

—¡Hey! ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

El accidentado suelta un gemido de dolor y abre lentamente los párpados y mira a su alrededor. Cuando lo hace, todo el mundo suspira aliviado menos yo, que, de repente, dejo de respirar. No me atrevo a hacerlo. Porque cuando ese hombre abre los ojos y los fija en los míos, se me congela la sangre, me mareo y no entiendo nada. Me giro a los chicos un momento, como si ellos pudieran explicarme algo de lo que ocurre, para volverme después a hundirme en sus ojos azules. ¿Qué hacen aquí esos ojos?

Ahora me está sonriendo y la cabeza me estalla. Niego vehementemente aunque me mate el dolor. Se me llenan los ojos de lágrimas. No. No es posible. No puede ser. Él agarra mi mano y me susurra antes de volver a desmayarse.

—Perdóname, Ona.

—Joder, Xavier, joder.

Me tienen que arrancar las manos de su pecho. Cuando ha entrado en parada, he empezado a reanimarlo y no he podido parar hasta ahora. Estoy sudando a chorros. Noto las gotas deslizándose por la frente y las mejillas. No me ha importado la cantidad de gente que se ha ido congregando, dejando un círculo vacío, de miedo o respeto, entre nosotros. He seguido comprimiendo su pecho sin cesar ni un segundo. Tampoco he parado al oír llegar a la ambulancia, ni cuando los chicos le explicaban a la policía lo que había ocurrido.

—No ha sido un accidente, nosotros lo hemos visto desde el desvío.

—Ha acelerado a por ella. Pero directo.

—Llevaba gafas de sol.

—Y un gorro negro.

—Y el señor de Open Arms se ha tirado en plancha para salvarla.

—Como un portero de fútbol.

—Sí, pero el coche le ha pasado por encima.

—Le ha aplastado todo entero, ha sido horrible.

—Y, ahora, ella le ha salvado a él.

—Ella es médica.

—Está sangrando mucho.

Alguien con mucha fuerza me sujeta las manos. Yo le suplico que me deje seguir.

—Para ya, Mariona. Ya tiene latido. Estate quieta, por favor. Déjanos a nosotros.

Le reconozco sin mirarle y paro. Esa voz siempre me acaricia el corazón, menos mal que ha venido él. Le suplico sollozando.

—No puede morirse otra vez, Cesc. No puedo permitirlo. Ayúdame a salvarlo.

Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero no quiero dejarlas salir. Él me mira de arriba abajo preocupado y me toma el pulso. Me acaricia el dorso de la mano y se gira a sus compañeros.

—Lleváosla vosotros, está en *shock*. Yo me encargo de este. Déjame a mí, Mariona.

No consiguen arrastrarme, me resisto como una loca porque no me quiero separar de él ni de Cesc. Quiero seguir vigilándole. No quiero que vuelva a desaparecer. Pero cuando me ponen de pie, lo empiezo a ver todo rojo. Me doy cuenta de que lo que me cae a

borbotones de la frente no es sudor, sino sangre. Y dejo de luchar porque vuelvo a quedarme inconsciente.

Suena un monitor. La frecuencia cardíaca es rítmica y regular, pero está un poco acelerada, a unos noventa latidos por minuto. Cuando me doy cuenta de que es la mía, abro los ojos y el ritmo se acelera tanto que la máquina pita como loca. Me incorporo de golpe y se me escapa un quejido. Estoy en la cama de un box de observación de Urgencias. Dios, me estalla la cabeza y la cara me duele horrores. Me la intento tocar, pero está cubierta por un vendaje. ¿Qué coño está pasando?

Miquel me empuja por los hombros para que me vuelva a acostar.

—Ona, quieta, te acaban de coser la frente, menuda hostia te has dado.

Le miro como borracha, me miro el brazo y después el soporte al que estoy unida. Tengo una vía puesta y me están pasando un suero a chorro. Intento hablar, pero no puedo mover los labios. Se me escapa un gemido que me da pena hasta a mí. Le susurro:

—Miquel, ¿qué hacemos aquí? ¿Y la consulta? Voy a llegar tarde. Voy a llegar tarde.

Me da la sensación de estar en un sueño en el que tengo algo superimportante que no recuerdo y los pies no me responden. Quizá es eso, estoy soñando, porque intento moverlos y casi no puedo. Mi cuerpo está como dormido. ¿He tomado algo?

—Deja la consulta tranquila, que te lo he anulado todo. Has tenido un accidente, Ona.

De repente, me acuerdo de todo. La carretera, la lluvia, la pared seca. ¡Sus ojos!

Me vuelvo a acelerar mucho y el monitor enloquece. Me quiero levantar y Miquel vuelve a empujarme hacia el colchón sin contemplaciones.

—Que te estés quieta, coño, que llevas un zurcido en la cara y has perdido mucha sangre.

—¿Dónde está Xavier?

—¿Qué Xavier?

Me mira como si estuviera loca. No lo estoy. No es un sueño. Lo he visto. Era él.

—Xavier. Me salvó. Estaba conmigo en la carretera.

—Ah, el que te sacó de la carretera. No sabía que se llamaba Xavier. Está en Politrauma. Al pobre le ha pasado todo el coche por encima. Está fatal.

Me levanto de la cama otra vez, quiero ir a verlo, pero las piernas no me aguantan. El palo del suero cae sobre la tarima montando un estruendo del demonio y yo no me caigo al suelo con él porque Miquel me sujeta.

—Quieta, Ona, por favor. Que si no te van a meter otro chute de esos. Dicen que te has puesto como una loca en la ambulancia por el golpe en la cabeza.

Mierda, me acuerdo. Creo que he pegado a uno de los médicos. O a todos. Igual a todos. Vale, me han sedado, por eso estoy así de zumbada. Nunca me han sentado bien las benzodiacepinas.

—Tengo que ir a verlo.

—Ona, le están estabilizando, déjales currar.

—Es Xavier. Me salvó.

—Ya me lo has dicho, Ona. Descansa, luego preguntamos por el señor que te salvó.

Me tumbo y respiro. No lo entiende. No entiende nada y no sé cómo explicárselo. No me escucha. Se cree que estoy loca o

atontada por el golpe en la cabeza.

—Eso, respira y descansa. Inhala y exhala. Como tú sabes. Ya le verás luego. Deja estar a ese hombre. Que descanse.

—Que ese hombre es Xavier. Xavier es el hombre que me salvó. El herido.

Me mira con pena y me da la razón para que me calle.

—Ya, cariño. Que sí, que es Xavier. Tú descansa. Cierra los ojos. Luego le vamos a dar las gracias.

No hay manera de que lo entienda, ya no sé cómo decírselo. Me vuelvo a incorporar, le muestro mi anillo y le doy dos golpes con el dedo.

—Xavier, Miquel. Xavier. Que es Xavier. Que ese tipo es Xavier. Mi Xavier.

—¿Xavier?

—El del anillo. El de la mochila.

—¿Cómo que Xavier? ¿Tu Xavier?

—Síííí, joder, síííí.

—La hostia puta.

Me ha obligado a ir en una silla de ruedas. Creo que podría haber venido caminando despacio sin problemas, pero no he podido convencerle de ninguna manera. Me da igual. Con tal de que me acerque a ver a Xavier, me dejo llevar a hombros si hace falta. Pero no hemos ido al box de Politraumas, Miquel ha empujado mi silla hasta el despacho del jefe de Urgencias, que nos ha mirado al entrar con cara de asesino.

—Cesc, o te la traía, o me mataba.

Le miro desafiante, me tiene que entender. Estoy segura de que él habría hecho lo mismo en mi lugar, los médicos somos los peores

pacientes y los acompañantes más insoportables. Sobre todo, en Urgencias. Y si no lo entiende, me da igual, yo no me voy de su despacho sin que me explique cómo está Xavier y me dé permiso para verlo.

He entrado pidiéndole guerra, pero Cesc me ha desarmado en un segundo. Primero me ha sonreído y ha hecho que Miquel se sentara a mi lado. Después se ha apoyado en el escritorio de cristal de su despacho que, como el mío, solo tiene encima un par de cosas perfectamente alineadas. Eso me ha relajado un poco, pero cuando ha empezado a hablar y he oído su voz, entonces sí que se han calmado los golpeteos de mi corazón. Su voz es sedante, calma a quien le escucha como si le pusiera un ungüento.

Nos ha explicado a los dos y en detalle todo lo que me han hecho y que a Xavier ya lo han conseguido estabilizar, pero que no lo van a ingresar en la UCI.

—No se llama Xavier, Mariona, sino Narcís. Narcís Martí Roig.

Al oírlo, abro lo que puedo los ojos y se me escapan un par de carcajadas. Qué cabrón. Ha elegido para su nueva identidad al patrón de Girona y nuestros segundos apellidos. Cesc me mira preocupado y se acerca a mí. Me toma de nuevo el pulso y se gira a Miquel enarcando las cejas. Los dos creen que me he vuelto loca. Realmente, mi risa ha sonado como de brote psicótico.

—Mariona.

Me está mirando fijamente. Noto su pulgar caliente en mi muñeca. Él también tiene los ojos azules como Xavier, pero los de Cesc no son fríos. Cesc no tiene nada frío. Es cálido, tranquilo y acogedor.

—Mariona, ¿estás bien?

—Sí, sí. No se me ha ido la olla ni tengo ningún delirio. No os asustéis. Es que no se llama así, de verdad. Es un nombre falso,

pero es que lo que ha elegido es por... Vaya, que me ha hecho mucha gracia.

Creo que lo he empeorado más. Cesc vuelve a mirar a Miquel consternado. Y la cara de Miquel no es que se diferencie mucho de la suya.

—En teoría, el TAC está bien, debe de ser todo del golpe. Se le pasará, Miquel.

Me enfado un poco.

—¡Coño, Cesc! ¡Que no es el golpe! ¡No estoy loca ni en *shock*! Estoy orientada y consciente. En mal estado general porque me duele un huevo la puta cara, pero tengo bien la cabeza. Hostia.

—Tranquila, Mariona.

Miquel sacude la cabeza y mira a Cesc, al que se le han quedado las cejas en triángulo al oírme.

—Lo de los tacos y la verborrea es algo por lo que le ha dado últimamente. Eso te aseguro que no viene del golpe.

—Es un nombre falso. ¡Ese hombre es mi marido! ¡Era! ¡O es, yo qué coño sé ahora! ¡Joder! ¡Que no sé qué mierdas pinta ahora aquí!

Es obvio que Cesc no me cree. Igual ni Miquel me cree, en el fondo, porque me sigue mirando con mucha pena. Insisto.

—Su nombre es Xavier. Xavier Gómez Martí.

—Ona, en el DNI que llevaba pone Narcís y su historia cuadra con el TAC, es un paciente terminal de Onco. Tiene historia en el hospital.

—Es Xavier Gó....

Dejo de insistir porque ahora me ha matado de pena. Es como si me hubiera dado un bofetón. ¿Pero qué coño está diciendo Cesc?

—¿Terminal?

—Sí, este hombre ya estaba muy mal antes del atropello. Pero esto ha sido la guinda. Por eso no va a ir a UCI.

—¿Qué?

—No le queda mucho, Ona. Horas. No creo que lleguemos a mañana.

Agacho la cabeza y me miro las manos. Empiezo a retorcerlas y a pellizcarme. Ahora sí que me pongo a llorar desconsolada. Lloro a gritos, desesperada. No puede morirse otra vez. Y menos así, de nuevo, como un estúpido y maldito héroe. Miquel intenta abrazarme y yo le doy un manotazo, no quiero que nadie me toque. Intento cubrirme la cara con las manos, pero grito aún más porque no puedo ni rozarla de lo que me duele.

—Ona, Ona.

Miquel no sabe qué hacer, nunca me había visto así. Bueno, ni él ni nadie. Se ha puesto a llorar a mi lado con la cabeza gacha y al verle se me ha triplicado la pena. Tiendo los brazos hacia él y le dejo al fin que me abrace y que me bese, pero con eso no consigue más que empeorar las cosas, porque entonces lloro más. Me deshago en gritos y sollozos guturales como si me fuera la vida en ello, y es que en realidad se me va. Se me está yendo. Medio servicio de Urgencias, o quizá el servicio entero, nos mira desde la puerta, pero me da igual. Todo me da igual ya. Se me va a partir el pecho por la mitad de la angustia. Que alguien me lo acabe de abrir y me remate, por favor. No quiero sentir otra vez esto.

Poco a poco me voy calmando y me doy cuenta de que también Cesc me está abrazando y acariciando el brazo.

Cuando el despacho vuelve a quedar en silencio, un médico entra con una *tablet*. Es uno de los compañeros a los que he pegado en la ambulancia. Me mira y me sonríe con ojos de pena.

—Perdona, lo siento. Lo siento mucho.

Me sale una voz ronca y oscura, como la sustancia que acaba de invadirme el alma. Ya tardaba en llegar. Todo era un espejismo.

—Tranquila, no pasa nada.

Le muestra la pantalla de la *tablet* a Cesc, que lee algo, frunce el ceño y le murmura no sé qué al compañero. Luego me mira. Entonces se acerca a mí de nuevo y se agacha para poder hablarme cara a cara, a la altura de la silla. Me agarra las dos manos.

—Ona, lo vamos a subir a planta para que pase tranquilo sus últimas horas. Allí podrás estar con él. He pedido que lleven una butaca de los boxes de observación a su habitación. Tú no estás para sentarte en una silla normal ni tampoco en esta de ruedas, aunque me temo que tampoco tendrás que aguantar mucho rato. Le queda muy poco.

Asiento y vuelvo a llorar. Esta vez en silencio. Le doy las gracias. Me estoy muriendo de pena, pero iré con él.

Cesc coge aire. Parece que no es lo único que me tenía que decir.

—Lo que me acaban de pasar es su documento de últimas voluntades. Tiene firmada una no reanimación. No lo sabíamos, ni tú ni yo, pero ahora, o luego, cuando entre en parada otra vez, que lo hará, no podremos hacer nada. Nada. ¿Vale?

Me mira fijamente. Quiere que se lo asegure. Vuelvo a asentir y miro a la pared blanca. Lo que me cuenta es lógico. Xavier nunca hubiera querido que se le hiciera ningún tipo de tratamiento para prolongar su vida.

—En el documento completo pone a quién deja de familiar responsable de sus últimas voluntades.

Interrogo con mis ojos a Cesc. Los suyos siguen preocupados, pero ya no me tienen lástima, ahora noto que me comprende, ya me cree. Ya sabe que digo la verdad. Y yo también sé lo que me va a decir.

—Dice que solo tiene un familiar vivo.
Asiento. Lo tengo muy claro.
—Mariona Muscat Roig. Te ha nombrado responsable a ti, Ona.

Capítulo 20

ORIOL
Quiero estar donde tú estés

Su consulta está vacía y Miquel tampoco se encuentra en su puesto. Me imagino que, aunque es tarde y está medio lloviendo, habrán ido a su rinconcito en la terraza para el descanso, así que subo allí con mis helados. Hoy le he traído uno a Miquel, va a flipar. Con lo exagerado que es, seguro que me la lía buena y nos reímos un montón, estoy deseando dárselo. Abro la puerta sonriendo y dispuesto a soltarles una broma, pero allí solo hay una gaviota que me mira con muy mala cara. Qué extraño. Vuelvo a bajar al departamento de Integrativa y entro hasta el fondo. Todas las puertas están cerradas. En una de ellas, se oye una especie de música de ambiente de esas que Mariona pone siempre, igual es que hoy ha cambiado de consulta. Recuerdo que me dijo que iban a empezar las obras de la radiofrecuencia y habían hecho cambios en los espacios. Debe de ser por eso. Llamo con un par de golpes suaves de nudillo. Se abre la puerta y se asoma una médica rubia de ojos claros. Me suena mucho de verla por el hospital, pero no sabía que trabajaba aquí. Miro dentro buscando a Mariona, pero no veo nada más que unos pies descalzos de hombre que asoman sobre una camilla y un montón de mandalas en las paredes.

—¿Hola? ¿Tenías hora?

Tiene una vocecita dulce y musical. Relaja solo de oírla. Sonrío y ella ladea su cara pecosa de duendecilla irlandesa.

—Hola, buscaba a Ona.

—Mariona no está aquí ahora mismo. ¿En qué puedo ayudarte? Me llamo Lluna, trabajo con ella en el departamento.

Casi se me escapa la risa. Me he imaginado que iba a decir que trabajan en el departamento de magia. Me recuerda mucho a un personaje de esos de Harry Potter o de cualquiera de esas series de niños mágicos.

—Encantado, Lluna, no habíamos coincidido. Yo soy Oriol, el jefe de Plástica.

—Es verdad, me suena haberte oído en alguna sesión clínica.

—Sí, tú también me sonabas mucho, pero no te ubicaba aquí.

Y no entiendo cómo no lo había hecho, porque un ser tan mágico como ella no podría estar en otro departamento que en este. Me parto. Se lo tengo que contar a Ona, seguro que se cabrea conmigo.

—Dime, Oriol, ¿en qué puedo ayudarte?

Ya ha vuelto a ladear la cabeza. Madre mía, es que parece que vaya a agitar las alas o a levitar en cualquier momento. Su consulta huele tanto a incienso que me estoy colocando.

—Gracias, eres muy amable, pero solo venía a saludarla. Solemos tomar algo juntos en su hora de descanso.

—Ah, pues no sé dónde puede estar ahora, lo siento. Yo tenía apuntada una reunión con ella a primera hora, pero no ha venido. Igual se ha dormido.

—¿No ha venido?

—No. Ni me ha enviado un mensaje ni nada. Es raro, no se habrá acordado.

—Sí que es raro. Yo estoy de vacaciones, pero ella se ha levantado pronto para venir.

Ahora me mira alucinada. Paso de dar explicaciones, porque lo de que no esté me mosquea y no quiero perder más el tiempo.

—¿Y Miquel? ¿Tampoco está?

—Miquel sí que ha venido, pero le han llamado de Urgencias a primera hora y no ha vuelto.

—¿De Urgencias? ¿Trabaja también para Urgencias?

No me extrañaría de él, igual le han pedido algún favor y está cubriendo a alguien.

—No sé, creo que no, solo le he oído hablar desde la consulta. Me parece que le llamaban por algún familiar. Puede. Él no me ha dicho nada.

Esta mujer vive en otro mundo. Creo que no se entera de nada. A ver si no va a ser incienso lo que estoy oliendo.

—¿Y sus pacientes? Los pacientes de Ona. ¿No tenía hoy consulta?

Se encoge de hombros y cierra un momento los ojos, pensativa.

—Pues no sé. Aquí no ha venido nadie más que tú y una médica de Onco, o de Neuro. Me la he encontrado en el despacho de Mariona, buscando algo que se había dejado el otro día en una visita, pero no lo ha encontrado. Al final no me ha dicho su nombre.

—Esto es muy raro. Voy a llamarla. Gracias por tu ayuda, Lluna.

—Ha sido un placer.

Y se vuelve a meter en su consulta. Me da la sensación de que sus pies no tocan el suelo al andar. Dejo la bolsa de los helados en la mesa de Miquel y saco el móvil. No sé. Puede que sea un neuras, pero estoy un poco intranquilo, tengo la sensación de que está pasando algo raro, algo malo. Escribo a Mariona. No me contesta, ni está en línea desde hace horas. La llamo. Tampoco. Vuelvo a marcar. El contestador. Cada vez estoy más nervioso. Telefoneo a Nina.

—¿Qué pasa?

—Nina, ¿tienes el teléfono de Miquel, el del departamento de Mariona?

—No, pero estará por aquí, ¿por qué lo quieres?

—Igual es una tontería, pero me estoy agobiando un poco. No sé qué ha pasado, pero no están ninguno de los dos en el departamento. Mariona no me coge las llamadas y Lluna me ha dicho que tenían reunión y que no ha venido ni ha avisado. Y a Miquel no le he podido preguntar porque se ha tenido que ir a Urgencias y no ha vuelto.

—Pero tú vienes de su casa, ¿no?

—Sí. Cuando me he despertado ya no estaba.

—Es raro, sí. Incluso de ellos. Deja que le diga a Cati que me pase el teléfono.

Oigo el ruido de sus tacones alejándose. Habla con su secretaria y después vuelve.

—Te está enviando su contacto al móvil. ¿Dices que ha ido a Urgencias?

—Sí.

—A trabajar no ha sido porque no ha habido ningún descubierto de personal hoy en Urgencias.

—Lo sé.

—Será cualquier chorrada. Ahora llamamos a Miquel y que nos cuente. Espera que mire el mapa informático de Urgencias. Te pongo en altavoz.

—Vale.

—Voy a ver cómo están de ocupación.

La oigo arrastrar la silla y luego teclear.

—No ha habido mucho movimiento esta mañana en Urgencias, el panel está casi vacío. Un par de banales y dos traumas en boxes. Los nombres ya sabes que no se pueden ver. Déjame ver las salidas.

Solo ha habido una esta mañana, con dos ambulancias por dos heridos, uno muy grave. No sé si serían familiares de Miquel, tampoco puedo ver los nombres. Hostia. Joder.

—¿Qué?

—El accidente ha sido en la carretera de Sol del Sur.

Le cuelgo el teléfono y echo a correr hacia Urgencias. El corazón se me va a salir del pecho. Ahora necesito alas, no corazón. Que no sea verdad lo que pienso. Por favor.

Nina y yo llegamos a la vez a la puerta de Urgencias y no hace falta que nos digamos nada: cruzamos todo el pasillo corriendo y entramos en la sala común de los médicos como dos huracanes. Todos dejan de teclear y se giran.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está Ona?

Niegan con la cabeza y dirigen sus miradas a Cesc, que ya ha salido de su despacho al oír los gritos y se nos queda mirando sin saber qué decir.

—Cesc, ¿es Ona? ¿La del accidente es Ona? —pregunto.

No abre la boca. Mira a Nina, después a mí y niega con la cabeza.

—No. Oriol. Nina. Yo no puedo... No podemos...

Lógico. Nuestra directora-gerente lleva una buena temporada machacando con el rollo de la confidencialidad y la protección de datos. Sin cesar. Nos ha hecho varias pruebas sorpresa, de esas para pillar. Fantástico. Vivan las moderneces de la dirección. Me cago en todo.

Miro a Nina con cara de mala leche. De eso sirven sus chorradas. Me pone los ojos en blanco, se da cuenta de lo que está pasando y toma el mando.

—Cesc. Es en serio.

Pestañea un momento, dudoso, me mira fijamente y luego se cruza de brazos y niega rotundo. No hay manera. Es un cabezota. Le conozco.

—Cesc, coño, que no lo entiendes, dinos si ha venido a Urgencias. No la encontramos y queremos saber si está bien.

—No, no puedo.

Pego un golpetazo a la mesa.

—¡No me jodas, Cesc! ¡Coño!

—¡Oriol!

Ahora va y me grita Nina a mí. Pero ¿de qué va?

—¿Te quieres calmar? Cesc lo está haciendo muy bien, pero no se ha dado cuenta de que como familiares puede decírnoslo. Sobre todo, si ha sido un accidente y una emergencia.

—Ya, pero vosotros no sois familia de Mariona.

—Yo quizá no, aunque soy su mejor amiga y eso debería de contar. Pero él sí que lo es.

Y me señala a mí, la muy ladina. Pero qué lista es la tía. Cesc la mira sorprendido.

—¿Qué dices?

—Que a Oriol puedes considerarlo como si fuera su familia. Mariona es su pareja. No están casados y lo llevaban en secreto, pero viven juntos en Sol del Sur. Así que a él sí que le puedes informar.

No sé quién de la sala se ha quedado con la cara más flipada al oírla. Todos los médicos del despacho han arqueado las cejas a la vez y un par de enfermeras se han asomado a la puerta. Cesc me mira interrogante y yo le muevo la cabeza de arriba abajo.

—Sí, sí. Vivo con ella en Sol del Sur desde hace... un tiempo. Por eso, entre otras cosas, quería comer contigo, para explicártelo todo.

No... No te lo podía decir aún. Pero justo esta mañana me quedé en casa durmiendo y ella se fue andando. Si la hubiera llevado en coche...

No estoy mintiendo en nada, de hecho, lo del coche lo llevo pensando un buen rato. Cesc asiente, me conoce y se ha dado cuenta de que digo la verdad.

—Ella siempre viene andando, Oriol. No te eches la culpa por eso.

Eso es verdad. Siempre viene andando. Lo que no sé es por qué Cesc lo sabe también. No sabía que fueran amigos.

—No sé, tío. Tenía que haber estado con ella.

—Tranquilo, Mariona se ha llevado un buen golpe, pero está bien. No te hemos dicho nada porque no sabíamos a quién avisar, hemos llamado a su consulta para preguntarlo y ha venido Miquel, que la ha acompañado todo el rato. ¿Os ha llamado él?

Nina asiente, la cabrona. Yo contengo la respiración.

—¿Pero qué le ha pasado?

—Un atropello. Al parecer, la iba a arrollar un coche que iba como un loco. El otro herido es el que la ha empujado para evitarlo y se ha llevado la peor parte.

—¿Y ella?

—Se ha estampado de cabeza contra la pared seca y se ha abierto entera la frente. Ha perdido mucha sangre, pero ya está suturada. Se ha agitado mucho, muchísimo. La hemos tenido que sedar y todo. Pero el TAC está bien.

Mi suspiro de alivio se ha oído por toda la sala.

—¿Y el otro?

—Ese no creo que salga, pobre. Es un paciente terminal, con un cáncer hepático muy avanzado y las heridas son graves.

—¿Dónde están? ¿Dónde está Ona?

—Ha subido a planta. Miquel está con ella. Yo quería ingresarla en el box de observación, sobre todo, por el brote de agitación. Pensábamos que era del golpe, pero no, era del *shock* y, bueno, lógico, porque claro, al ver que encima era... Bueno, ya te contará ella luego, pero, vaya, que se ha negado a estar en observación, quería irse a la habitación con el otro tipo, Narcís, o como se llame de verdad. Y allí está con él. No creo que pase de esta noche.

—¿Y el conductor?

—Ni se ha parado. Unos chavales lo vieron todo, dicen que iba lanzado, pero no pillaron la matrícula.

—Qué cabrón.

—Ya ves.

Nos hemos sentado en la sala de espera de la planta. Hasta que no salga de la habitación la médica de guardia, hemos de esperar aquí. No voy a protestar, ahora ya estoy más tranquilo.

Abro su bolsa remendada. Me la han dado a mí, como familiar. Me hace hasta ilusión, aunque no sé si ella cuando se entere de que me he autoerigido en su novio, me va a mandar a la mierda. Suerte que Nina le explicará que solo era una trampa para verla. Aquí le han puesto sus malditos AirPods. No se han hecho ni un arañazo. Estoy por pisarlos y decir que es del golpe para que no se los vuelva a poner. Si no fuera por esa mierda de cancelación de ruido, seguro que no la habrían atropellado, pero es que siempre va en babia. Le voy a regalar unos de esos que se ponen por fuera de la oreja y se oye a través del hueso, porque estos son un peligro. Aquí está el estuche vacío, tiene todo tan ordenado como su casa, aunque tampoco es que tenga muchas cosas en la mochila. Guardo los

auriculares en su sitio. Nina se sienta a mi lado mientras le pide a Cati que anule todas las reuniones que tenía hoy.

Saco la *tablet* de la mochila, tiene toda la pantalla resquebrajada del golpe. Se la enseño a Nina, que acaba de colgar.

—Pobre, se ha quedado sin iPad.

—Eso es lo de menos.

—Sí, desde luego.

La vuelvo a guardar en la bolsa y sigo rebuscando. No sé qué busco, supongo que explicaciones a todo lo que no me cuadra. Es que no entiendo nada. ¿Cómo puede ir un coche a esa velocidad por ese camino? Veo que tiene la cartera intacta y el móvil. Llaves no necesita, ya sé dónde las guarda siempre. La piedra que siempre tiene en la mesa. No sé por qué la trae y la lleva tanto. El teléfono ha tenido suerte, estaba en un bolsillo protegido con un paquete negro blandito. La leche, si son las bragas enanas que le regalé, la tía las lleva en la mochila, pero qué rara puede llegar a ser. Desbloqueo el móvil. 123456. La he visto poner la contraseña, Ona es la persona más hackeable del mundo. Si hasta deja las claves en *post-its* pegados al ordenador de su consulta. Tiene mil llamadas perdidas mías y poco más.

Guardo el teléfono en el mismo bolsillo en el que estaba, junto a mis bragas. De repente, me acuerdo.

—Nina.

—¿Qué?

—Habría que llamar a Joan. ¿Le llamo?

—¿Joan?

—Su hermano.

—¿No lo tendría que hacer ella?

—No sé si estará para muchas cosas.

—¿Él sabe lo vuestro?

—No. No creo.

—Pues ya le llamo yo. No hace falta que se entere de eso.

—Mejor.

Le he dicho «mejor», pero en realidad me ha sentado como una patada en los huevos que no crea que haya que decirle lo nuestro. De «eso», ha dicho encima. Pues bien que se lo ha dicho a Cesc como si fuésemos pareja en firme. Nina se me queda mirando como si supiera lo que pienso.

Está llamándole, pero cuelga al ver a Miquel. Ha salido de la habitación y se acerca a la fuente de agua con una botella de cristal vacía en la mano. Está claro que va a rellenarla para ella, cualquiera se atreve a darle algo de plástico, aunque se esté muriendo. Nos levantamos los dos de golpe y vamos hacia él. Yo le doy un abrazo.

—Nos acabamos de enterar, Miquel. Vaya susto.

—Hola, Oriol. Joder, sí. Menuda hostia se ha metido, en todos los sentidos.

—¿Está bien?

—Sí, ahora mejor, pero se le veía el hueso de la frente.

Hace un gesto de asco antes de continuar.

—Y estaba como loca, gritando y diciendo de todo. Yo pensaba que se le había roto algo en la cabeza. Daba mucho miedo, pero ahora se ha quedado más tranquila. Creo que porque la han drogado un poco.

Nina lo abraza también.

—Miquel, muchas gracias por estar con ella.

—No hay por qué darlas, Nina. La quiero mucho. Menudo mal rato.

—Pues sí. ¿Cómo la ves ahora? Queríamos pasar, pero... lo que tú creas.

Miquel duda.

—Del golpe está bien, ya la conoces, es como un roble. Le dieron los puntos dormida, pero porque la habían sedado antes. Había pegado a los sanitarios en la ambulancia: al sanitario y al enfermero.

—¿Qué?

A mí no me sorprende tanto como a Nina. Ya sé el pronto que tiene.

—Creo que fue la leche. Sangrando como una fuente por la cabeza y los tumbó de dos hostias. Ya les ha pedido perdón a los dos.

—¿Pero qué le dio? ¿Se agitó por el traumatismo?

—No, porque quería cambiar de ambulancia para ayudar a reanimar al otro.

Sonrío triste. Muy de ella.

—Su salvador.

—Sí, es por eso por lo que está muy jodida. Por el golpe no. Por eso.

Pego un respingo. No entiendo qué me está diciendo.

—¿Por qué?

—¿No os lo han dicho en Urgencias?

—Nos han dicho que Ona estaba bien.

Que no me diga ahora que está mal. Cesc no puede habérmelo ocultado. ¿O sí?

—Digo lo del otro.

Suelto un suspiro. Lo del otro es una pena, pero no le conozco.

—Ah, sí, del otro. Que estaba muy mal, pero ya de antes. ¿Es que ella le conocía?

—Joder, Oriol.

—¿Qué? —No entiendo nada.

—¿En serio no te lo han dicho?

—¿El qué?

—Que el otro herido es su marido.

Entramos los tres en la habitación. Ella está sentada en uno de esos butacones del hospital de día, a la cabecera de la cama. Se ha quitado el vendaje compresivo y lleva la herida al aire. Es impresionante, no parece ella, me recuerda a un boxeador después de un combate. Si no fuera por el pelo blanco, ni la reconocería con esa cara tan hinchada y morada.

Nos oye entrar y se gira. Menuda brecha. Le divide la frente en dos y le llega hasta el ángulo externo del ojo. Le han dado puntos sueltos. Ya tiene otra cicatriz para la colección. Esta es terrible, habrá que arreglársela un poco más adelante. Ahora me mira a los ojos, tiene tanta pena dentro de ellos que dan ganas de llorar.

Me agacho a darle un beso, con los ojos llenos de lágrimas, pero me aparta la cara. Imagino que es porque le duele, pero también me retira la mano cuando voy a tocarla. Entonces me señala sin decir palabra al hombre de la cama, que reposa con los ojos cerrados.

—Ya, ya. Es la hostia. Miquel ya me ha dicho quién es. ¿Tú cómo estás?

Se toma unos segundos para contestarme con voz ronca.

—Bien.

—Pues no lo parece.

—Yo estoy bien. Es él el que está mal.

Volvemos a mirarlo. Casi no ocupa espacio en la cama, está extremadamente delgado, aunque es muy alto. Creo que más que yo.

Me siento con Nina y Miquel en el sofá cama de acompañante. Vuelvo a poner mis ojos en la boxeadora de la ambulancia.

—Ona, te he traído la mochila. ¿Quieres que te traiga algo de casa?

Niega con la cabeza.

—Me quedaré contigo aquí esta noche.

Vuelve a negarse, esta vez mucho más firme.

—No.

—No pienso dejarte sola.

—Oriol, tengo que estar sola. Gracias, pero no.

Y mira a la cama.

—Pero tienes que descansar.

—Ya tendré tiempo para descansar.

Tiende la mano a Miquel. Sin mediar palabra, este le entrega la botella de agua que le ha traído y una pajita de bambú. Este tío es la hostia, yo no habría caído en eso. Claro, la pobre no puede ponerse la botella en la boca con esos labios tan hinchados. Le da las gracias a Miquel y bebe un poco a través de la pajita. En ese momento, Xavier suelta un pequeño gemido y le miramos todos. Sigue con los ojos cerrados. Ona se remueve intranquila en la silla.

—Gracias por venir, a los dos, de verdad. Pero ahora tengo que estar sola. Se va a despertar. Mejor que os vayáis antes.

—Pero Ona...

—Miquel, vete tú también a descansar, llevas aquí toda la mañana acompañándome.

Le miro un poco celoso, me habría gustado ser yo el que recibiera ese agradecimiento. Yo tenía que haberla cuidado y darle esa agua y acariciar su mano. Pero no me ha dejado ni acercarme a ella.

—Estoy bien, Ona.

—Gracias a todos, pero, de verdad, tengo que estar a solas con él. Por favor.

Miramos al hombre tendido a su lado. Ha abierto los ojos y me está observando en silencio. A mí. Tiene los ojos fríos, de un azul casi transparente. Hostia, es el paciente que vi en su consulta, el que la vigilaba. Reconozco esos ojos de guiri. ¿La estaría siguiendo en el camino? Sea como sea, la ha salvado.

—Hola, Xavier. Gracias por lo que has hecho, tío.

Asiente con un gruñido, pero sigue sin decir nada. Dan un poco de miedo esos ojos, debe de ser por lo mal que está.

—Ona, vengo a verte luego.

—No, no, por favor, no vengas.

—¿Pero y si necesitas algo?

—Si necesito algo, te llamo.

Me acerco a ella y le susurro.

—Por favor, llámame con cualquier cosa.

Se aparta de golpe y mira a Xavier.

—Lo haré, tranquilo.

—¿De verdad no quieres que me quede?

Ha dudado un momento, pero insiste.

—No. Tengo que cumplir la voluntad de Xavier.

Me he venido a comer algo a casa de Nina, porque pasaban de las seis y no habíamos ni desayunado. Ahora me estoy poniendo ciego a pan con sobrasada y queso. Qué hambre y qué sed. Nina también está devorando, ha sido un día muy intenso.

—Quédate a dormir, Oriol. Aquí estamos más cerca del hospital por si nos llama.

—Sí, lo estaba pensando y te lo iba a pedir. Gracias.

Me dirijo a la nevera y saco una cerveza.

—¿Quieres una?

Nina asiente, saco otra, las abro y las llevo a la mesa. Ella le da un sorbo al botellín y suspira.

—Le he dado a Miquel el día libre mañana. Se ha portado muy bien con ella.

Yo la imito y me bebo media cerveza de un trago.

—Es una pasada ese tío.

—Sí, es brutal. Hace tiempo que pienso en él para meterlo en un proyecto.

—Ona te va a matar si se lo quitas.

—Bueno, cuando ella esté a media jornada, no lo necesitará tanto.

Me atraganto con el último sorbo. ¿Qué está diciendo?

—¿Media jornada? ¿Y eso?

—¿No te lo había dicho?

—No.

Frunzo el ceño. No sabía eso de la media jornada, Ona no me ha dicho nada. ¿Por qué no me lo ha contado? ¿Qué más cosas me esconde? No entiendo nada.

—Se quiere ir a trabajar con su hermano. Me lo comentó el otro día, después de que hiciéramos las paces. De momento, reducirá la mitad de la jornada.

—¿De momento? ¿Es que piensa dejar la isla?

—Creo que él le insiste mucho.

Noto una sensación de vacío en el estómago. Me doy cuenta de que Mariona no me cuenta nada de ella. ¿Por qué será tan rara? Lo lógico es que me lo hubiera comentado también a mí, no solo a Nina. Ya sé que lo nuestro es principalmente sexual, pero, coño, creo que ya somos un poco amigos después de todo lo que nos ha pasado.

—¿Y Abril? ¿No está en casa?

—Tenía entreno de vóley, debe de estar al llegar.

—¿Le has dicho algo?

—No. ¿Se lo dices tú? Conmigo lleva unos días muy cruzada.

Asiento mientras me preparo otro trozo de pan con sobrasada.

—Se va a asustar. La quiere mucho y es muy aprensiva, cuando la vea con esa herida... Pero habrá que decírselo. ¿Tienes miel?

Se ríe y me la acerca.

—Lo has pasado mal, ¿eh?

Dejo el pan en el plato. Es cierto, los nervios siempre me hacen comer como una lima. Tener el estómago lleno parece que me calma.

—Hombre, es que menuda mañanita. Y tardecita.

—Sí, pero no has dicho ni una palabra sobre el tema.

—¿De qué tema?

—Del no muerto.

Pongo los ojos en blanco y doy un sorbo de cerveza.

—Yo no tengo nada que decir sobre eso.

—Oriol, no hagas lo de siempre. No finjas que no pasa nada y que las cosas no te importan, que luego explotas cuando no toca.

—No digas chorradas. Es que no pasa nada. Es su vida. Yo qué sé.

—No me jodas, Oriol. Lo de que aparezca ahora su marido muerto es muy raro.

Sí que es raro. Mucho. Y a saber el tiempo que hacía que la perseguía este hombre por la isla, no sé si Nina lo sabe.

—Yo he visto a ese tío por Sol del Sur y también esperando en la puerta de su consulta.

Nina arquea las cejas. Está claro que no lo sabía.

—¿La vigilaba?

—Yo creo que sí.

—¿Y ella no lo había visto nunca?

—Nunca. Ni le sonaba.

—Qué extraño. Mira que es pequeña la isla.

Le pego un mordisco a la sobrasada con miel. Por Dios, qué rica está, pero la cabeza sigue yéndome a mil.

—¿Tú crees que ya lo sabía, Nina? ¿Crees que sabía que estaba vivo y aquí en la isla?

Ella ya ha acabado y se ha puesto a recoger la mesa y a guardarlo todo para que yo no coma más. Hace bien, porque estoy tan nervioso que no puedo parar. Engullo todo lo que me pone delante.

—No sé, no la veo tan maquiavélica, la verdad.

—Bruna dice que sí lo es. Que es muy maquiavélica. Yo me niego a creer lo que dice, aunque a veces hace algunas cosas tan raras que me hace dudar.

—¿Bruna o ella?

—Joder, pues las dos.

Suena el teléfono de Nina y lo coge al instante.

—¡Hola, Pere!

Vuelvo a soltar lo poco que me queda de rebanada en el plato. Pere es el director del Central, la debe de llamar para darle la opinión de su neurólogo sobre mi caso.

—¿Qué tal? Yo muy bien, gracias. Ay, no me digas esas cosas, que ya soy una señora mayor. Sí, sí. Claro que quedaremos.

Ya está ligando. No pierde una oportunidad, la tía.

—Escucha, Pere, estoy precisamente ahora con Oriol. ¿Te puedo poner en manos libres? Ja, ja, ja. Sí, eso mejor no lo digas por el altavoz. Lo pongo.

Pone el móvil sobre la mesa después de apretar la tecla.

—¡Hola, Pere! Soy Oriol.

—Hola, Oriol. Encantado de conocerte. Precisamente ayer hablábamos de ti con Joan Muscat. Me ha dicho que vendrás a las presenciales del máster.

—Sí, sí. Estoy encantado de participar.

—Y nosotros de que vengas. Escucha, he hablado con mi jefe de Neurología, le he comentado lo que me dijo Nina de los síntomas y la resonancia. Él opina que lo de la atrofia es raro, y que el origen podría ser cualquier cosa, hasta nutricional. Pero que le gustaría ver las resonancias.

—Claro, Nina os envió el enlace a mi historia.

Nina asiente, aunque Pere no la vea.

—Sí, yo os envié el enlace abierto.

—Nina, allí no había nada.

—¿No funcionaba el enlace?

—Sí, el enlace a la historia de Oriol, sí. Pero en su historia no había nada. Ni una anotación, ni resonancia, ni análisis, ni nada. Alguien ha borrado todos los documentos de su historia.

—¿Qué?

Capítulo 21

ONA
He visto el paraíso y el infierno

Los quiero mucho a los tres, pero estaba deseando que se fueran. Xavier ha pedido que le acompañe en su muerte, es mi obligación. Y para estar con él, he de estar sola: no quiero que vean en lo que me convierto cuando le tengo delante.

Yo siempre me he sentido culpable de la muerte de Xavier. No solo por no haber estado allí, que es lo que piensa todo el mundo, sino por habérsela deseado muchas veces. Demasiadas. Tantas que llegué a creer que fui yo la que lo mató. El maldito universo y su puta ley de la atracción.

Me porté como lo que soy: un monstruo.

Él siempre ha sido el príncipe encantador y yo no he sabido ser su princesa, porque soy la mala del cuento, la ogra, una mierda de secundaria a la que nadie quiere. Xavier siempre ha tenido el papel protagonista, él es el personaje principal y el que acapara a todos los fans.

El atentado pilló a su equipo volviendo de ayudar en una aldea en guerra. Él no tenía que haber estado allí.

Doctora Muscat. Siento tener que darle esta noticia.
Su marido era un héroe.

Murieron por salvar a todos esos niños.
Han salvado a cientos.

Qué ironía. A cientos de niños. Y cuando era solo una, la suya, no fue capaz de hacer nada.

No hemos encontrado su cuerpo en el río.
Esa zona es bastante salvaje.
Está infestada de cocodrilos.
De los demás tampoco ha quedado mucho.

No supe qué responder, pero luego pensé que ese había sido su deseo de siempre, formar parte del ciclo de la vida. Tierra a la tierra, aunque sea desde el estómago de un depredador africano. Xavier había tenido el final que quería y yo me había librado por fin de él.

Pero no me sentí nada feliz. Todo lo contrario.

He dado un respingo. Me he asustado pensando que me estaba mirando en silencio, pero no, es que se ha quedado grogui con los párpados entreabiertos. Me inclino a cerrárselos y observo su cara sobre el blanco de la almohada. Está muy delgado y cambiado, pero su perfil es inconfundible. No entiendo cómo no he sido capaz de reconocerle nada más verlo.

Yo fui su única familia en el funeral. Su madre murió en un accidente doméstico, como la mía. No tenía hermanos y su padre falleció poco después de regresar nosotros a Girona. Se parecía mucho a él.

En el sepelio todo el mundo me abrazaba y me consolaba. Sus compañeros y los míos, que eran muchos menos. Yo debía de dar mucha pena, sola en ese banco de madera, vestida entera de negro y con su mochila en los brazos.

Joan también vino, pero no le dirigí la palabra; aunque él no se movió de mi lado y se encargó de todos los trámites.

No puedo olvidar aquella sensación nueva en mi cara, como si se hubiera vuelto de piedra, inmóvil y fría. Solté algunas lágrimas, pero no eran de pena, sino de culpa. Se había cumplido mi deseo, me había librado de él y yo pensaba que a partir de ese momento podría ser feliz, pero no. Me creía más asesina que los propios cocodrilos.

Antes, cuando los demás todavía estaban aquí, Xavier se ha quedado mirando fijamente la mochila y ha sonreído. La debe reconocer, sabe que es la suya. No he sido capaz de deshacerme del anillo ni de ella. Ni lo podré hacer jamás, porque ahora se va a repetir toda esa mierda. Y lo peor es que sigue siendo verdad: la culpable de todo vuelvo a ser yo. Si no me hubiera vuelto loca en Girona, él no habría regresado a Somalia. Y si no hubiera estado tan distraída hoy, él no habría tenido que salvarme. Pero claro, me entretuve encoñándome con Oriol y luego corrí para no llegar tarde. Sin pensarlo, sin mirar, flotando como una imbécil. Por eso no vi el coche.

Soy una mierda de persona, un trozo de carne sin control ni medida, un desastre.

Y se va a morir otra vez por mi culpa.

—Estás horrible, Ona.

Xavier ya ha vuelto a revivir y me observa desde su almohada. Le miro de refilón para evitar sus ojos de hielo.

—Ya.

—Pero fatal. Vaya cara se te ha quedado. ¿Te duele?

—Sí.

—A mí me duele más.

—Lo sé.

—Menudo zurcido te han hecho. Vaya inútiles. Pareces Frankenstein.

—Podría ser peor.

—Y tanto. Mucho más. Te he salvado la vida de nuevo.

—Ya.

—Que te he salvado, nena. ¿Me has oído?

—Sí.

—¿Y?

—Gracias.

—Qué poco efusiva eres. ¿Es que te querías morir?

¿De verdad estamos manteniendo otra vez esta conversación? Lleva diciéndome esto desde que hemos subido. Siempre igual, ¿por qué todo es tan complicado con él? No quiero contestarle más.

—No me respondes, así que es verdad. Querías morir. ¿Era otro intento de suicidio?

Cierro los ojos y respiro lentamente. Lo saca todo de quicio.

—No, Xavier, no. No era un suicidio.

Desde luego que no quería morir, aunque no lo descarto. Todo mi mundo se ha teñido de oscuridad y dolor y he vuelto a convertirme en la bestia que odio, en ese monstruo que nadie quiere cerca.

—¿Entonces? ¿Por qué estás enfadada conmigo ahora?

—No lo estoy. Ya te he dicho que te lo agradezco mucho, pero no puedo mover la cara, está hinchada y me duele, no me pidas efusividad.

—No le eches la culpa a tu cara. En realidad, nunca has sido muy cariñosa, al menos conmigo.

—No empecemos.

—Es la verdad. Eres la mujer más fría que existe. Ni cuando éramos novios.

Se le ha movido la manta. Me inclino a colocarla y vuelvo a recostarme en mi silla. Menos mal que Cesc me la ha traído.

—Muscat, llórame al menos un poco, que me estoy muriendo. ¿O es que estás en *shock* aún? El médico morenito decía que lo estabas.

—No, pero podría estarlo, ¿no? Para mí estabas muerto hasta hace unas horas.

—Para ti y para todos. Y lo estaré dentro de un rato, no te preocupes. Ya no te daré mucha más guerra. Podrás volver a disfrutar de tu viudedad.

Más puñaladas. Calma. Pienso en el aire entrando y saliendo. Inhalo y exhalo.

—¿El zurcido te lo ha hecho también el africano?

—No es africano, Cesc es de aquí, de la isla.

—Te mira con ojitos. ¿Te lo tiras también a él?

Cierro los párpados y exhalo un suspiro. Tengo el alma con más morados y remiendos que la cara. Pensaba que nunca tendría que volver a pasar por esto. No le respondo ni abro los ojos.

—Seguro que sí. He visto la conexión. Pero me parece que te folla mejor el otro.

Resoplo. Me cuesta mucho volver a mirarle. Esto es una tortura. La mala leche parece que le da vida. Se ha incorporado un poco y me está clavando los ojos azules. Ni la morfina le borra ese brillo maligno.

—Hablo del blanquito, de tu cirujano... El que me ha dado las gracias por salvarte.

—Vale ya. No quiero enfadarme, Xavier.

—Ya estás enfadada. Nunca has sabido controlar tus impulsos. Ni tu coño.

Me levanto y me voy a la puerta. Me da igual el documento y su puta madre. Que se muera solo. Ya no soy nada de él, Xavier no existe. Él mismo borró su nombre. No tengo ninguna obligación de estar con este desconocido.

—No te vayas, nena, por favor. Lo siento.

Me giro. Sus ojos me paralizan como siempre.

—El dolor me hace decir estas cosas, perdóname, Ona, mi amor.

No me muevo ni abro la boca. No quiero que me cace otra vez. Quiero irme.

—Te quiero.

Inhalo, exhalo, intento tomar conciencia del aire y no responderle.

—Te quiero mucho y lo sabes, Mariona. Amor de verdad. No hace falta que me quieras tú, ni que me lo digas.

Sigo sin decirle nada. Que se calle ya, por favor. Vuelve a toser y a ahogarse. Le levanto un poco más la cabecera de la cama. Él me mira con cara de pena y ojos de odio.

—Tú nunca me has querido. Ahora solo te pido compañía terapéutica. Eres médica. Estás en mis voluntades.

Resoplo. Tiene razón, yo soy médica y él se está muriendo. Aunque no lo quiera, es mi deber. No puedo discutir con él. No debo.

—Quédate conmigo, nena. Si solo será un rato.

Vuelvo a la silla en silencio y procuro tranquilizarme. Le estoy acompañando en su tránsito. Todo debería ser pausado y dulce. Lo tengo que conseguir. No creo que dure mucho.

Él se mira las uñas, se las aprieta para ver el flujo de retorno y se toma el pulso. Me ha leído la mente.

—Un par de horas, no me doy más. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé.

—Claro que no lo sabes. Yo sí. ¿Qué es, la tercera vez que te salvo?

—La segunda.

—No, la tercera. Tú solo cuentas la histerectomía y hoy. Pero te falta el día del chapuzón. Cuando te saqué del agua. Esa obsesión que tienes con morir en el mar.

—Solo estaba nadando.

—En febrero, sí, nadando. Da igual. Lo gracioso es que he vivido lo suficiente para volver a salvarte la vida. Qué cosas, ¿eh?

—Sí. Qué cosas.

—Siempre he estado a tu lado cuidando de ti, ¿te das cuenta, nena?

—Sí.

Vuelve a adormecerse y a respirar mal.

—Hasta cuando estaba muerto... a miles de kilómetros de ti... yo seguía sintiéndote entre mis brazos... mía.

Le coloco de nuevo la manta, se ha vuelto a destapar. Me sonríe, cierra los ojos, recupera el aliento y yo vuelvo a recostarme en la butaca.

—¿Tú te acordabas de mí? ¿Me añorabas?

Me pellizco la mano y asiento. Claro que sí. Su maldita sombra siempre ha estado a mi lado.

—Nadie puede cuidarte como yo lo he hecho.

—No, nadie.

Tiene los labios secos, le acerco el vaso de agua y bebe un poco sin dejar de clavarme los iris.

—Sigues destrozándote la mano cuando te pones nerviosa. Yo te enseñé a respirar para no hacerlo, ¿no te acuerdas?

—Sí.

—¿No lo haces? ¿Ni para el sexo? ¿Ya te has olvidado de todo lo que te enseñé?

Le seco la comisura de los labios con un golpe de servilleta como respuesta.

—No te enfades, nena, era una broma. Sabes que yo te quiero mucho.

Le coloco mejor la almohada y vuelvo a recostarme en la silla con un gruñido. Miro su cuerpo inmóvil en la cama, insignificante y amorfo. Me siento muy mal por enfadarme, pero es que no me sé controlar con él. Aunque hable así de despacio y entrecortado, lo que dice es lo de siempre. No puedo tener compasión, no me sale con él. Soy lo peor cuando está conmigo, soy el monstruo.

—En el fondo me has añorado. Siempre he sido tu culpable necesario.

No entiendo lo que dice ahora. Debe de estar delirando. Vuelvo a mirarle a los ojos.

—Todo el mundo necesita culpables, Ona, culpables para justificar las desgracias de su vida.

Cada vez necesita más tiempo para recobrar el aliento entre frase y frase.

—Y yo era el tuyo. Me elegiste como tu culpable.

Porque lo era, claro que lo era. ¿Quién si no? Pero ahora no, llevo años intentando eliminar la culpa y a los culpables de mi vida, y ya no queda ninguno.

—Ahora que te he salvado, me tendrás que perdonar, nena. ¿Me perdonas?

—Sí, Xavier, te perdono.

Hace tiempo que le perdoné todo a él, a mi padre y a todo el mundo. A la que no hay quien la perdone es a mí.

—¿Ves? Hasta en eso te ayudo... Ahora podrás descansar de tanto odiarme... Te he cuidado y... te he dado... toda... mi vida. Tú siempre has sido muy... débil... Ona...

Sí, siempre lo he sido. Si no, no estaría aquí, le habría enviado al infierno. Oigo un ronquido. Se ha vuelto a dormir.

La tramontana ya está empezando a soplar. En esta habitación no se nota tanto como desde otras zonas del hospital, pero se oye. Y me encanta. Adoro sentirla, este viento es puro poder, naturaleza salvaje en acción. Me hace sentir que todos somos iguales y muy pequeños, invisibles. Ahora mismo, en mi casa, se estará cayendo el mundo y el mar debe de estar destrozando las rocas, salvaje y precioso. Desearía teletransportarme allí.

—Ona...

Me tiende la mano y me acerco a dársela. La piel se le cuelga sobre los huesos.

—Lo siento, nena... De verdad.

—Ya.

—Ya sabes que se me va... la olla... a veces.

—Sí.

—Yo no quería que me vieras así... Quería que me velaras ya muerto.

—¿Por qué lo hiciste?

—Tenía que... salvarte. El coche iba directo a por ti.

Le aprieto más la mano.

—No. No me refiero a lo de hoy. ¿Por qué no volviste después del accidente de Somalia? ¿Por qué dejaste que te dieran por muerto?

Coge aire con dificultad y mira al techo.

—No lo había planeado. Bueno, un poco, aunque no así ni tan pronto.

Le ofrezco más agua, pero niega con la cabeza.

—¿Qué pasó en tu accidente?

—La radio se estropeó... Sabía que tardarían horas en venir y los otros estaban muertos, así que vi la oportunidad y me largué.

Se queda mirando mi anillo.

—Dejé la mochila en el coche y tiré el anillo al río. ¿Lo encontraron?

—No. Este es el mío. ¿Pero por qué? ¿Para qué?

—Ya estaba enfermo. Necesitaba el dinero para tratarme en Alemania.

—¿Qué dinero? Si el seguro de vida estaba a mi nombre.

—Había otra cuenta. Y otro seguro de vida.

—Ah, a nombre de Narcís, claro.

—Exacto. Y bastante más alto.

Arqueo las cejas y le suelto la mano. Me vuelvo a echar hacia atrás en la silla.

—Aún te va a quedar un pico cuando yo me muera. —Tose de nuevo—. Narcís te lo va a dar todo: la vida y la bolsa... Vas a poder dejar de trabajar gracias a mí.

—No quiero dejar de trabajar.

—No me jodas, no me digas que te gusta estar en el hospital, haciendo esa mierda integral que haces.

—Integrativa.

Cada vez habla con más dificultad y más despacio, pero no se calla. No quiere desperdiciar su última oportunidad de hacerme daño.

—Mira que te encanta someterte a ellos. La Integrativa es un invento para lavarle la cara a la medicina sucia. Prostituye la esencia de la sanación. Pero tú siempre has sido un poco de prostituirlo todo.

—Xavier.

Cuando empezamos a salir era un hombre maravilloso y su ilusión era que hiciéramos Gine juntos. Pero algo se torció. A los dos nos atraían la vida y las terapias más alternativas, pero lo suyo acabó siendo enfermizo.

—Siempre te ha gustado mezclarte con ellos. ¿Al cirujanito blanco le gusta tu rollo alternativo?

—Xavier, no empieces otra vez.

Me estoy volviendo a cansar. Miro la puerta y hago amago de levantarme, pero él se da cuenta y cambia el tono.

—No estoy celoso, tranquila. Ya te lo he dicho antes. Yo me alegro por ti si eres feliz. Lo eres, ¿verdad?

Vuelve a apuñalarme con las pupilas llenas de sarcasmo y le miento.

—Sí. Muy feliz.

—Pues entonces merece la pena que tires por tierra todos tus principios.

—No lo hago. No he tirado por tierra nada. Mis principios siempre han sido mis pacientes.

—Pues los estás engañando con esas mierdas que haces. Tú sabrás.

—Tú te has tratado en Oncología, ¿no?

—No, no me han hecho ningún tratamiento. No he dejado que me metieran ninguna mierda. —Hace una pausa y al poco sigue hablando, cada vez más flojito—: Solo vine para poder tener historia aquí y hacer el documento de voluntades finales. Muy breve y simple. No te lo he puesto nada difícil, hasta tú podrás entenderlo.

—Vete a la mierda, Xavier.

Se ríe y me vuelve a tender la mano. Dudo un momento, pero se la vuelvo a coger.

—Perdona. Era una broma, nena, se me olvida que no las entiendes. ¿Has leído el documento?

—Sí.

—Pues eso. Haz lo que pone, que es fácil.

Señala con su dedo los papeles encima de la mesita al lado de su cama.

—Yo solo quería que me velaras después de muerto y que tirases mis cenizas en el campo.

—Vale.

—Si puede ser, en un bosque.

Le asiento sin mirarle.

—En el mar ni se te ocurra, no tengo esa obsesión tuya y de medio mundo. Ya bastante sucio está. Que mi cuerpo alimente la tierra como debe ser.

No le contesto. Él insiste.

—Tierra a la tierra. ¿Lo harás?

Cierro los ojos y respiro.

—Ona.

—Sí, lo haré.

—No siempre me has odiado así. Al principio, las cosas nos iban muy bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien.

—Tú estabas entusiasmada con la idea de venir a vivir conmigo.

Cómo no lo iba a estar. Yo solo quería evitar mi casa llena de golpes y gritos. Oxford era horrible, pero las vacaciones eran lo peor. Estaba muy enamorada de él y creía que, yéndome, nadie me pondría más la mano encima. Pero todos acabamos por seguir patrones.

—Sí.

—Pero luego empezaste a mirar a otros y a tirártelos. Porque a mí dejaste de buscarme.

—Ni miré ni estuve con ningún otro, Xavier.

—Coqueteabas con todos. Siempre has sido muy zorra. Te tenía que frenar.

—Xavier, yo no miraba a nadie, pero las cosas se acaban.

—Pero no te fuiste.

—Me dejaste embarazada.

—Era lo normal. Éramos pareja.

—Yo no quería tener hijos.

—¿Ves? Tú no la querías. Y luego me culpas a mí de lo que pasó.

He estado a punto de levantarme a abrirle el gotero de morfina a chorro. Menos mal que se ha quedado inconsciente otra vez sin que me haya tenido que mover. Está empezando a respirar un poco mal. Le queda poco. Puedo aguantarlo. Puedo aguantarlo.

La cabeza me va a estallar. Cojo la mochila para buscar un ibuprofeno. Aunque me intoxique. Menos mal que Oriol me la ha traído. Mierda, mi *tablet* se ha roto con el golpe. Espero que todo esté guardado en la nube. Miro el móvil. Está lleno de llamadas perdidas y mensajes de Miquel, Oriol, Nina y Joan. Les contesto a todos.

Lo primero que leo es de Miquel.

Llámame con cualquier cosa. Luego paso a verte.

No dudo en responderle.

Estoy bien, de verdad. Gracias.
Tranquilo, descansa, esto acabará pronto

y mañana me tocará hacer todo el papeleo.

Tengo otro de Oriol.

¿Estás bien?
Avísame si necesitas algo. Lo que sea.
Da igual la hora. Estaré pendiente toda la noche.

Le contesto dándole las gracias, y abro el siguiente, que es de Nina.

Ve contándonos todo, preciosa. Vamos en cuanto
silbes.
Te queremos mucho, friki.

También le doy las gracias y le digo que no voy a ir a trabajar mañana. Ella no tarda en responderme que no quiere que me reincorpore hasta que esté bien, que me coja la baja. Pero que de sus achuchones no me voy a librar.

El último es de Joan, está en línea, y sé que querrá hablar de lo que sucede.

Llámame en cuanto puedas.
Me lo han contado todo.

No puedo llamarte ahora,
estoy acompañando a la persona que me salvó.

Ya sé con quién estás y no me
gusta nada que estés a solas con él.

Se está muriendo, Joan.

Pues llámame en cuanto esté bien muerto.

Dejo de escribir cuando noto que Xavier se mueve.

—¿Con quién te escribes?

Ya ha vuelto a revivir. Su piel tiene un tinte grisáceo y empieza a jadear bastante.

—Con Joan.

—Ah, ahora te llevas bien con él. Lo vi en tu casa.

—¿Me acosabas?

—No. Solo te vigilaba para asegurarme de que estabas bien, nena.

—Me acosabas.

—¿Qué tal le va a Joan?

—Muy bien.

—A él nunca le caí bien. Celos de mellizos, supongo.

—Supongo.

—Me echó la culpa de lo de Sara. Como tú.

—Yo no te he echado la culpa, Xavier. Lo que pasó, pasó.

—No mientas, que yo sé cuándo lo haces.

—Me hubiera gustado verla.

—¿Para qué? Tú no la querías. Lo has dicho antes.

—Tú nunca has sabido lo que yo quería.

—No, nena. Eres tú la que nunca sabe lo que quiere y nos culpas de tus errores a los demás. Solo piensas en ti y nos jodes la vida a todos. Eres muy egoísta.

Me quedo mirando al suelo. Tiene razón. Siempre culpé a Joan de la paliza, y él me defendió. Fui yo la que desobedeció a papá y a él. Y Peter. Le eché la culpa por abandonarme cuando él había vuelto a por mí. Pero yo le había mentido diciendo ser lo que no era. En realidad, todo lo que hice aquella noche de Studio 54 fue culpa mía, no de ellos, la lie parda yo solita. Y con Xavier siempre me enfado. Le echo la culpa de todo. Fui yo la que le ponía nervioso, fui yo la que tuvo el accidente con Sara. Soy yo, siempre yo. No tengo control y la cago. Y ahora vuelve a morirse por mi culpa. Ya se ha vuelto a dormir. Necesito otro analgésico.

Se está acabando todo. Me ha dicho mil veces más que me ha salvado la vida y yo le he perdonado otras tantas. Ya no puede hablar. No sé si es consciente de algo. Le tengo agarrado de la muñeca para notar su pulso, que ya es como una culebrilla, apenas se le nota. Se va, y no se despertará nunca más.

Debería sentir más pena por él, me ha salvado la vida.

Ha entrado el enfermero y la médica de la planta. Han confirmado la muerte y me han dejado estar un rato más agarrada a su mano. Me miran con mucha pena. Ya no palpita nada en ella y cuando me he dado cuenta de que era el fin, me he puesto a llorar. Todos piensan que lloro su muerte, como aquel día, pero tampoco hoy es por eso. Me acabo de dar cuenta de que pronto podría estar haciendo esto mismo con Oriol, tal y como él me pidió. Seguro que si la enfermedad le ataca de nuevo me rogará que lo haga y me rompo solo de imaginarlo. No puedo volver a perderle, no aguantaré un dolor así. No puedo seguir con él, he de irme de alguna manera. Le tengo que decir que se ha acabado.

Me he puesto a llorar otra vez, abrazada a los huesos de Xavier, pero solo pienso en los suyos. Quiero que todo esto se acabe ya. Me estoy cansando de la vida otra vez.

Ahora se lo llevan, envuelto en una sábana blanca como si fuera Jesucristo. Vaya salvador de hombres. Me dejan estar un rato más en la habitación a solas.

Llamo a Oriol, aunque oír su voz ya no me alivia, me llena de angustia.

—Hola.

—¿Ya está?

—Sí.

Le oigo respirar en silencio, como cuando duerme, y me entran ganas de llorar.

—¿Cómo estás, Ona?

—Bien. Gracias por preocuparte y haber venido antes.

—Es lógico, ¿no?

—No, no tenías por qué.

—Yo creo que sí.

Me quedo un momento callada. Creía que no me quedaba nada más por rompérseme por dentro.

—Has sido muy amable. De verdad. Y con él también.

—Me ha parecido un buen tío. Y te ha salvado.

—Ya. Me ha salvado. —Suspiro, harta ya de esa puta frase.

—¿Voy a buscarte, te llevo a casa?

—No, no hace falta. —Busco rápido una excusa—: Cesc igual me acerca ahora, al salir del turno.

—Voy entonces a Sol del Sur.

—No, mejor que no. Mañana tengo mucho lío. Quiero dormir y madrugar.

—¿Lío? ¿De entierro y demás? Puedo ir a ayudarte.

¿Cómo puede ser tan bueno conmigo, con lo borde que estoy siendo?

—No, prefiero ir sola. Ya has hecho mucho, de verdad, gracias. Le he dicho a Nina que mañana no iré a trabajar.

—Claro que no, deberías cogerte una baja hasta que estés mejor.

—No, no, el viernes estaré de vuelta. Ya tengo mejor la cara.

—¿Seguro que no quieres que vaya a tu casa? ¿Te llevo helado?

—No, no. De verdad, gracias. Nos vemos el viernes.

—Claro, iré a buscar a tu hermano por la tarde. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias. Mañana hablamos.

He bajado a la cafetería. Todo el mundo me mira la cara, parezco un monstruo. Y no solo lo parezco, también lo soy. En vez de ayudar a Xavier a hacer un tránsito pacífico, he permitido que discutiéramos como siempre. No valgo ni para eso. No debería haberme salvado. Habría muerto feliz. Se han acercado dos médicos de guardia de Urgencias a preguntarme si estaba mejor. Tengo que esperar a que hagan el certificado y venga la funeraria. Mañana a esta hora lo podrán incinerar. Afortunadamente, Miquel y Nina ya han avisado a todo el mundo y me han facilitado las cosas. Así podré irme a dormir ya. Lo estoy deseando. Dormir escuchando el viento y las olas. Sola, como merezco.

No voy a esperar a Cesc. Voy a pedir un taxi. Mientras viene marco el teléfono de mi hermano.

—Hola, Joan.

—¿Ya está?

—Sí —le respondo en un susurro.

—Vaya, ha sido muy rápido.

—Estaba muy mal.

—Ya veo. ¿Y cómo estás tú?

—Estoy bien.

—¿Tu cara?

—No voy a ganar ningún concurso de belleza. —Intento sonreír, pero aún me duele todo.

—Miss Hampa puede que sí, me ha dicho Nina que pareces un sicario.

—¿Has hablado con Nina?

—Sí, ella fue la que me llamó para contarme lo de tu accidente. Es un encanto.

—Sí, pero pensaba que te había llamado Oriol.

—¿Oriol? ¿Por qué? ¿Tu amiga no es Nina?

A ver cómo se lo digo. Cojo aire.

—Sí, bueno... Es que... —No sé por qué titubeo tanto—. Oriol y yo nos hemos enrollado un poco.

—¿Tú y Oriol? Vaya. —Se sorprende. Pues si supiera quién es de verdad...

—Es solo un rollo. Tranquilo.

—No, no. Si no lo digo porque no me guste, solo me sorprende.

—Ya.

—Es buen tío. Me gusta para ti. Me encantaría.

—No te entusiasmes. Es sexo y ya está.

—Vale. Siento no haber estado allí, Ona. Estoy intentando que me cubran mañana.

—No es necesario, de verdad. No cambies nada. Estoy bien. Me estoy yendo a casa ahora. Además, venís en nada.

—Oye, ¿quieres que pillemos un hotel el viernes y así no interrumpo tu romance?

—¡No! Ni hablar. Ya te digo que es solo sexo. Es algo temporal. Fácil que ni lleguemos al viernes.

Capítulo 22

ORIOL
Zozobra

He recogido la lavadora, he tendido toda la ropa y he planchado. Entremedio, me he leído una novela en el Kindle, he contestado a todos los *mails* que tenía pendientes y me he limpiado los zapatos. También he ordenado los armarios de la cocina y colocado la despensa con toda esa dichosa comida ecológica.

Pero ella sigue sin llamarme.

Vuelvo a mirar el móvil. Nada, ni un puto mensaje. La llamada que me hizo ayer ya fue bastante rara, que si gracias por tu interés, que si era muy amable con ella, que si no me preocupase tanto y que si prefería estar a solas. A solas. ¿Pero cómo coño va a querer estar sola una persona a la que se le ha muerto alguien? ¿Sin nadie que le acompañe? ¿Sin ningún amigo? Ona es un poco psicópata, de verdad. Y un pelín maleducada también, la tía me ha dejado en visto en todos los mensajes que le he enviado.

Doy un portazo a la puerta de la nevera, que ya la he abierto diez veces y no sé qué más mirar, limpiar, ordenar o comer. Mejor voy a darme una ducha. Me quito toda la ropa y me observo en el espejo. Por delante, de perfil y por detrás. Aunque estoy muy bien, se me van notando los años. Y la edad me debe estar volviendo tonto, porque nunca me habían preocupado estas chorradas con las tías de

si me llama o me deja de llamar. Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me golpee la cabeza y se deslice por mi espalda. Qué gusto. Siento relax. Y placer. Inhalo profundo y pienso en el día de la respiración, a ver si me lo anima un poco. Estuvo de puta madre eso del tantra que no fue tantra, dentro de ella, pero sin moverme. Ese orgasmo sin orgasmo. Intento imaginármela tocándome, lamiéndome o con esa cara de diosa que pone cuando se corre. La visualizo aquí, en la ducha, jugando conmigo, mirándome dominante mientras me devora. Cierro los ojos. Me la toco. Mierda, es que ni con esas: vaya porquería de erección que tengo. ¿Qué cojones me pasa hoy otra vez?

Me seco y me vuelvo a mirar en el espejo. Nada, parece una gominola. Ahora va a resultar que sí, que es verdad que los brotes de la mierda esa se me van a ir a la polla. Pues preferiría que volviese el temblor. Esto me hace sentir aún más inútil.

Mientras me visto, se me van otra vez los ojos al móvil, le voy a desgastar la pantalla de tanto mirarlo. Lo cojo y marco el teléfono de la persona que más me conoce en este mundo.

—Hola, Nina.

—Dime.

—¿Sabes algo de Mariona?

—Sí, estaba haciendo lo de la funeraria, le dan las cenizas esta tarde.

—¿Ha hablado contigo?

—Sí, claro. Hace un rato.

—¿Te ha llamado ella?

—Sí. Para contármelo. ¿Por qué?

No me lo puedo creer. Mariona habla con todo el mundo menos conmigo. ¿Qué coño habré hecho? ¿Ya se ha cansado de mí? ¿Ya no

le sirvo? ¿Ya me tira a la basura? ¿No se puede esperar a que enferme un poco más y se me vaya la pinza?

—¿Pero te ha llamado de voz? ¿O ha sido por mensaje?

—Las dos cosas.

La madre que la parió. Me estoy cabreando mucho.

—Joder, ¿y a mí por qué no me contesta?

—Pero si ella me ha dicho que habíais hablado ayer.

—Sí, pero solo una vez, y me dijo chorradas. Me daba las gracias por todo, como si no fuéramos ni amigos. Le dije que si quería que la acompañase y me dijo que no. Que quería estar sola. ¡Sola! ¿Eso es normal? Nadie quiere estar solo en situaciones tan horribles.

—Quiere estar tranquila, Oriol.

—Pues no lo entiendo. Se ha pasado todo el día fuera de casa. Mucha tranquilidad no tiene.

—¿Has ido a su casa?

—Sí, y no estaba ninguna de las veces que he ido.

—¿Cuántas veces has ido?

No le contesto. Me están entrando ganas de llorar de rabia.

—Oriol.

—Y además ha quitado las llaves de detrás de la maceta. ¡Las ha quitado!

—Oriol.

—¿Qué?

—¿Por qué estás tan obsesionado?

—No sé. Tengo la sensación de que esto es muy raro. Algo va mal.

—Claro que va mal. Mariona ha tenido un accidente, tiene la cara como un nazareno y va a enterrar a su marido por segunda vez. No creo que tenga ahora muchas ganas de follar.

—Pero que no es por follar, Nina.

—Lo tuyo siempre es por follar.

—Que no, hostias, que es por estar con ella.

—Oriol, tranquilo. Déjala respirar. Cuando se recupere, le seguís dando.

—¡Que no es eso!

—Entonces ¿qué es lo que temes?

Me pregunta qué es lo que temo, como si no estuviera claro. Pues qué va a ser, que se haya hartado de mí. Eso temo. Que ya no le guste. Que me deje tirado. Abandonado. Que me haya dado el piro por culpa de un muerto. ¡De un puto muerto!

—Nada. No temo nada. Solo quiero que esté bien.

—Pues déjala en paz. Además, mañana está empeñada en volver a currar. Todo volverá a ser como antes.

—Sí.

Quizá sí que estoy sacando las cosas de quicio y es verdad lo de que quiere descansar. A la pobre le debe de doler todo y quiere evitarme para no tener sexo. Pero eso no es lo que quiero yo. Bueno, sí pero no. A mí me gustaría que ahora me quisiera para otras cosas.

—Vale. Perdona, es que estoy muy agobiado y le doy vueltas a todo.

—Ya.

—Debe de ser la dichosa enfermedad. ¿Puedo ir a dormir con vosotras?

—Claro, no hay problema.

—Gracias.

—Pero no te lo tomes como una costumbre, que con este ya llevas dos días.

—Que no. Solo hoy. Y ya, de verdad.

—Es broma, tonto. Serás panoli. Ya sabes que puedes venir cuando quieras.

—Gracias.

Cuelgo. A ver si me calmo. Ayer, cuando nos fuimos de la habitación, Ona tenía una cara de tanta pena y cansancio que se me rompió el alma. Me muero por cuidarla, pero ella no me deja. Y yo sigo teniendo esa sensación de que le va a pasar algo malo. Algo más, algo diferente, diga lo que diga Nina.

Nina me sorprende abriendo la puerta con la cara lavada y en chándal. Vale que está guapísima, que es de marca y tiene letras doradas, pero sigue siendo un chándal. No estoy acostumbrado a verla tan poco arreglada.

—¿Y eso?

—Que me he liado, perdona. Vengo del *gym* y no me ha dado tiempo a cambiarme. Voy a recoger a Abril al entreno de vóley. Vuelvo en nada.

—¿Preparo la cena?

—Na, pide una pizza y harás feliz a tu hija.

—No, no, nada de procesados. Os haré algo rico y sano, que he aprendido mucho de eso estos días.

—Lo que quieras.

Me da un beso en la mejilla y se va repitiendo que no llega, con las llaves del coche en la mano. Vuelvo a estar solo. Pero esta vez solo será un rato. Abro la nevera para ver qué se me ocurre, aunque, antes de decidirlo, me suena el móvil. Lo miro esperanzado, pero no es ella.

—Hola, Oriol.

—¿Qué tal, Joan? ¿Cómo estás?

—Bien. A punto de ir a veros.

—Lo sé. Le vendrá muy bien a tu hermana. Llegas mañana por la noche, ¿verdad?

—Sí.

—Os iré a buscar al aeropuerto, avísame al llegar.

—No hace falta, Oriol, por eso te llamaba. Te lo agradezco muchísimo, pero mi hija, Álex, ha querido que alquilemos un coche para recorrer la isla. Quiere ir a ver el hospital de Ponent, que han sacado una plaza de Gine y se lo está pensando. A lo mejor se presenta.

—Que no se preocupe por eso, si hace falta, la llevamos allí todas las veces que quiera.

—Se lo he dicho, y sabía que me lo dirías, pero está empeñada en alquilarlo y no hay tutía. Qué te voy a contar, es igual que mi hermana.

—Uh, entonces, no hay nada que hacer.

Le oigo reír. Se ríe igual que ella.

—Oye, Joan, ¿cómo está? ¿Has hablado con ella? Porque a mí no me contesta.

—Sí, ayer hablamos toda la noche, y esta mañana un par de veces.

Vaya. Aquí todo el mundo habla con ella menos yo.

—¿Y? ¿Está mejor?

—Bueno, esta mañana me he tenido que enfadar un poco con ella.

—¿Por qué?

Vaya novedad. No sé por qué lo pregunto. No conozco a nadie normal y en sus cabales que no se enfade con ella por algo, salvo sus pacientes. Y Joan es una persona normal.

—Bueno, es que cuando está Xavier por medio, ella se vuelve...

Una psicópata, dilo. Si es que al final lo va a ser, esto es como la historia de la novela del gemelo malo asesino. Uno perfecto y el otro cabrón.

—Oriol, su marido no era tan bueno como ella va diciendo a todo el mundo.

—Pero si le salvó la vida.

—Ni eso le redime, era un hijo de puta, ya te lo contaré algún día.

—No hace falta, tranquilo.

—Bueno, sí, creo que sí hace falta. Quería que lo supieras, porque ella ya me dijo que...

—¿Qué?

—Que habíais tenido un... rollo.

Un rollo. Anda, ahora soy su rollo. Y encima en pasado.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí. Perdona. Igual no tenía que habértelo mencionado. Ya me ha comentado que no es nada serio.

Claro, nada serio. Un rollito nada serio. Muy bien, Hierbas. En tu línea. Solo te importas tú misma. Y a los demás, que nos den. Un rollito.

—Sí, bueno, surgió. Ya sabes cómo son esas cosas.

—Que sepas que me hubiera gustado mucho que lo fuera, no creas, tú eres muy buen tío. Y ella...

Ella no, ya lo sé. Ella es una egoísta manipuladora que hace lo que le da la gana y juega con los sentimientos de la gente, con nuestra buena fe. Nos hace creer cosas y luego nos deja tirados.

—Ella siempre toma malas decisiones, Oriol, pero no le digas que te lo he dicho.

—No, no te preocupes. No creo que la vaya a ver mucho estos días.

—Igualmente, quedamos este fin de semana para tomar algo, ¿eh?

—Claro que sí.

—Aunque no sea con mi hermana. Si no queréis veros, nos vemos tú y yo. Tengo muchas cosas que hablar contigo.

—Sí, sí. Llámame cuando estés aquí. A mí también me apetece mucho.

Cuelgo y suelto una retahíla de tacos. No sé por qué estoy tan enfadado. Si esto tenía que acabar tarde o temprano, yo lo quería así. Se lo dije a Nina, que acabaría. Siempre me quejo de las historias que duran mucho y de las tías que se me enganchan, así que me ha ahorrado el trabajo de cortar a mí. En el fondo me ha venido bien que me haya dado el piro ella. Debe de ser eso lo que me cabrea tanto, no haber cortado yo y que se me haya adelantado. Ya lo dice Nina, que he topado con la horma de mi zapato. Pero es que ella no ha tenido ni los ovarios de cortar como Dios manda, me ha hecho un *ghosting* con todo el morro. Es una macarra. Yo soy mucho más elegante. Y encima voy a tener que aguantarla hasta en la sopa, porque Nina la adora incluso más que antes, y mi niña ni te cuento. Y luego está su hermano, que es un sol y encima ahora voy a pasar mucho tiempo con él. Joder, vaya cruz me ha tocado. Se me va a hacer hasta largo lo que me quede de vida. ¿No podía haber aguantado un poco y fingir hasta que me muriera? ¿Tanto asco le doy ya?

Miro en internet el número de una pizzería y llamo. Pido de todo y mucho, lo más guarro y lo más procesado que leo en la carta. Que le den.

—Papiii, ¡me encanta la cena que has pedido!

Las he recibido con la mesa puesta. Nina se ha quedado a cuadros.

—¿No ibas a hacer tú la cena?

—He pensado en mi niña. Mírala, está feliz.

—Desde luego. Con esto vamos a cenar un mes. Espero que se pueda congelar bien.

—¿Qué plan tenemos para el fin de semana, chicas?

—Mariona quiere que conozca a su hermano —dice Nina—. Estoy pensando dónde irnos a cenar.

Vaya, a ella sí que la invita a su reunión familiar. Qué nivelazo tienen algunas.

—Me alegro mucho, Joan es un encanto.

—¿Cómo es?

—Pues como Ona, pero en normal.

—¡Oriol!

—¡Papá!

—Es que es así, joder, son mellizos y se parecen físicamente un montón, pero solo en eso. Joan es un tío normal y Ona ya sabes, más rara que una sargantana lila.

—¿Tienes alguna foto con él? Solo he visto la del LinkedIn.

—¿Le has bicheado ya en internet? No me jodas, Nina.

—¿Qué?

—Que no te lances, que luego me los dejas a todos hechos mierda y me dan la vara a mí.

Abril y Nina se ríen.

—Que no, que solo es curiosidad. En la del LinkedIn no se parece tanto a Mariona.

Rebusco en las fotos de mi móvil. Encuentro la que nos hicimos en el curso del hospital de Ponent y se la enseño.

—Aquí tienes.

Abril mete su cabeza entre los dos para ver el móvil.

—Hostia, papi, es igual que Ona, pero en tío.

—¡Abril! Ay, es muy mono.

—¡Nina! Ni se te ocurra.

Abril se lanza a por un pan de ajo pasando por encima de mí y se ríe.

—Pues molaría mucho. La melliza con mi padre y el mellizo con mi madre.

—No, ya no. Siento decepcionarte, pero ya no estoy con Mariona.

—¿Cómo? Pero si Ona no me ha dicho nada.

—A ti no, ni a mí, pero a Joan sí.

—¿Qué?

—Me lo ha dicho él. Ya te dije que era algo breve. No pasa nada, estoy bien. No se me va a alterar el pulso por esto.

Nina me mira y frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—No estás bien ni de coña.

No le contesto y me dirijo a Abril.

—Bueno, señorita, a lavarse los dientes y a la cama. Que hoy no es viernes. Y mañana hay clase.

—Puf. Valeee. Voy.

Se me lanza a los brazos, la estrujo y me la como a besos. Se acerca luego a besar a su madre y se dirige hacia su cuarto.

—¡Y nada de *tiktoks*, Abril! Dientes y a dormir.

—Síííí.

Ya estamos recogiendo la mesa cuando suena el timbre. Miro el reloj de la cocina. Son las diez de la noche, no sé quién puede ser a estas horas. Nina niega con un gesto.

—Yo no he quedado con nadie.

Me levanto y abro la puerta. No me lo puedo creer.

—¿Qué haces aquí, Bruna?

—Vengo a hablar con vosotros.

Y sin más, entra y deja una carpeta sobre la mesa. Nina la mira, primero a ella con los brazos en jarras y luego a mí, levantando los hombros.

—Vengo a hablaros a los dos de Mariona y de lo que ha hecho esta vez. Os lleva engañando a todos desde el principio. Pero esto último no se puede tolerar, ni desde el punto de vista médico, ni ético, ni personal; y yo no pienso quedarme de brazos cruzados.

Apunta la carpeta con su dedo.

—Y vosotros tampoco lo haréis después de leer esto.

No hemos dormido nada. Ninguno de los tres. Llevo sentado en silencio en la sala de reuniones de gerencia desde hace veinte minutos. Bruna está a mi lado. Nina ha venido al hospital antes que yo y me ha dicho que la esperemos, porque quería comprobarlo todo bien. Soy imbécil. Soy gilipollas integral. No sé cómo estaba tan ciego. Si es que siempre me pasa lo mismo.

Bruna me da la mano, pero se la aparto y hace un mohín. Me da igual. Agradezco lo que ha hecho por mí, por nosotros, pero yo, a partir de ahora y hasta que me muera, no quiero más problemas. Estoy harto de la vida.

Ahora llega Cati, la secretaria de Nina. Tan eficiente como Miquel, pero sin nada de gracia. Coloca, como siempre, un par de folios delante de cada silla y su *tablet* en la cabecera de la mesa, al lado de la silla de Nina. Me mira brevemente y sacude la cabeza. Le doy

pena, está claro. Si es que soy digno de lástima, si no estuviera tan enfadado, hasta lloraría.

Empieza a aparecer gente. El primero es Pedro, el jefe de Neurología, que mira sorprendido a Bruna. Ella le saluda y se aparta de la mesa, colocándose en una silla al lado de la pared, no quiere molestar a nadie. La jefa de Ginecología la mira de reojo, pero no le hace ni caso, y la de Urología ni la ve. Van todos ocupando sus sillas. No es que tengamos sitios asignados, pero, con los años, todos acabamos por sentarnos en el mismo lugar, y hasta te sienta mal que alguien lo ocupe. Cuando llegó Mariona a trabajar, ya no quedaba espacio en la mesa, así que le tocó ponerse en una esquina, al lado de Cati.

Aquí viene. El corazón me ha dado un vuelco al verla, y casi sollozo, pero estoy muy enfadado. Se le ha deshinchado la cara, aunque aún tiene toda la frente morada. Tiene la herida cubierta con un apósito delgado que le cruza la frente. Vaya huevos, me sonríe como si no hubiera pasado nada. Yo no muevo ni un músculo de la cara. La muy mentirosa se me queda mirando un segundo, como extrañada, pero no dice nada y saca una carpeta llena de papeles de su mochila remendada. Mira por dónde, hoy va a ser el día de enseñarnos los papeles.

La jefa de Cirugía golpea la esfera de su reloj de muñeca y se inclina hacia Cati.

—¿Y Nina?

—Está reunida solucionando unos asuntos desde esta mañana temprano. Ha dicho que la esperemos.

—Yo tengo quirófano, no puedo estar toda la mañana aquí.

—Y yo tengo consulta —dice la de Otorrino, mirando su móvil.

—No tardará mucho —les responde Cati.

Y, entonces, Mariona carraspea y levanta la mano.

—Si no os importa...

Todos la miramos. A ver ahora qué coño quiere decir.

—Nina lo sabe, así que puedo empezar y ahorraros tiempo. Quería comunicaros que he solicitado una reducción a media jornada. Eso implica que, a partir de ahora, la jefatura pasará a las manos de Lluna, si estáis de acuerdo.

—¿Y eso? —le pregunta Roser. La jefa de Oncología es la única que se lleva bien con ella. El resto debe de estar encantado de que deje de venir a dar la murga.

—Mi hermano quiere que trabaje en la fundación que ha montado en el Central.

—¿Donde hacen la cirugía solidaria para las mutilaciones genitales?

—Sí.

—Vaya. No podemos competir con eso.

Mariona le sonríe. Todo el mundo se queda callado y ella entrega las hojas con las peticiones de reducción de jornada y de cambio de jefe a Cati, que las guarda en su carpeta.

—Ella será la que venga a todas las reuniones a partir de la semana que viene. La gerente la incluirá el lunes en el grupo que tenemos de directivos y entonces me saldré yo.

Joder, se lo dijo a Nina y ahora se lo ha dicho a todo el mundo, pero de decírmelo a mí ha pasado como de la mierda. Es que no sé cómo he estado tan ciego. Estoy hirviendo. Levanto la mano.

—Yo también tengo que decir algo. Iba a esperar a Nina, pero como todos tenéis prisa y ella tarda, lo voy a empezar a decir de parte de los dos.

Todo el mundo me observa sorprendido. Me pongo de pie, miro a Mariona a los ojos y se lo disparo de golpe.

—Me opongo a que le concedamos la reducción de jornada.

—¿Por qué? —me pregunta ella, aunque casi no se la oye sobre el murmullo que se ha originado con mis palabras.

Estoy intentando no llorar. Qué huevos tiene. Y me pregunta que por qué. Pues se lo suelto a bocajarro.

—Porque lo que mereces es un cese. Un despido inmediato. Y Nina gestionará un expediente disciplinario por todo lo que nos has hecho. A todos. No deberías volver a trabajar en ningún hospital, eres un auténtico peligro.

No he dejado de observarla desde que lo he dicho y apenas se ha inmutado. No sé si ha abierto más los ojos, porque están muy hinchados aún. Quizá respira algo más rápido de lo normal, pero no ha abierto la boca. Lo que está claro es que no me ha quitado los ojos de encima, me está taladrando con ellos sin mirarme, como si pudiera ver más allá de mi nuca. Los demás no paran de hablar.

—¿Pero qué dices?

—¿Y ahora qué ha hecho?

—Lo que dices es muy gordo.

—Cómo te pasas, Oriol.

—Oriol, lo vuestro es algo personal que no debería afectar al hospital.

Asiento y me explico ante los directivos.

—Sí, estoy de acuerdo en que lo nuestro es algo personal, pero afecta al hospital. Porque lo que ha hecho esta tipa conmigo y con Nina lo podría hacer con todos vosotros y con vuestros pacientes, y, además, no es la primera vez que lo hace.

—Explícate.

Me lo ordena con contundencia y muy mala leche. Qué poca vergüenza tiene.

—Ahora mismo, y además te traigo las pruebas, para que todo el mundo las vea.

Me vuelvo hacia Bruna, que me pasa la carpeta que revisamos ayer por la noche. La pongo encima de la mesa y saco todos los papeles. Los directivos se levantan y se acercan a mirarlos. Mariona no, ella sigue sentada expectante, mirándonos a todos sin mover un músculo.

—Primero. Y esto no lo voy a denunciar judicialmente para no implicar al hospital, pero te lo merecerías.

Tiro sobre la mesa la copia de la declaración obligatoria de enfermedad a nombre de mi hija. Gonococia. Chlamydia. Casi nos da un ataque a Nina y a mí cuando Bruna nos la enseñó.

—Diagnostica a una menor de una enfermedad de declaración obligatoria y no se lo comunica a sus padres. Además, la trata sin permiso. Sin nuestro permiso. No nos dice nada, ni que mantenía relaciones de riesgo, ni nada.

—Ella no quería decírtelo porque os tiene miedo. Y, desde luego, viéndote ahora, me parece de lo más normal.

—Claro, a ti te parece normal que las menores vayan follando por ahí, ¿verdad?

Ha apretado la mandíbula y hace un gesto de dolor. Pues más me duele a mí.

—Abril tiene dieciséis años.

—Es una menor.

—Es una menor responsable.

—Los cojones responsable. Es una niña. Tú no puedes visitarla sin mi consentimiento.

—No tienes razón.

—Sí que la tengo.

—La ley es clara. Abril no quería que os lo dijera.

—Ya, también decías eso de mí.

—¿Y no era cierto?

—No. Bruna me ha abierto los ojos. Todo lo haces mediante trucos psicológicos. ¿Sabéis que tiene un máster en técnicas de persuasión inconsciente?

Miro a mi audiencia y todos murmuran. No lo sabían. Ella se queda muda. La hemos pillado. Pues no hemos acabado aún.

—Segundo. Muchos no lo sabéis, pero tengo una enfermedad neurológica grave, una atrofia multisistémica.

Se vuelve a oír un murmullo general. Yo sigo.

—Ella nunca ha estado de acuerdo con ese diagnóstico y me convenció, supongo que con sus malas artes, para que no me tratase.

Mariona niega con la cabeza.

—No digas que no. Usaste todo eso que sabes. Seguro que no es solo a mí al que has engañado en este hospital. —Miro a la oncóloga que no ha dejado de fruncir el ceño desde que he empezado a hablar—. Pero cuando viste que te íbamos a pillar porque hemos pedido una segunda opinión a Barcelona, has borrado mi historia.

—¿Que yo qué?

Le tiro la hoja con el registro informático del acceso a mi historia y el borrado de las pruebas. Con su número de usuario subrayado en fosforito amarillo.

—Usaste tu usuario para borrarlo. Lo tuyo nunca ha sido la tecnología, Hierbas, no sabías que todo queda registrado, ¿verdad?

—Claro que lo sé y eso no es cierto. Yo no he borrado nada, ni he accedido a tu historia desde que Nina me lo prohibió.

—Sí que es cierto, mentirosa, y demuestra tu falta de escrúpulos. Como la de pagar tu casa con el seguro de vida de un marido que decías que estaba muerto y del que vas a cobrar otro pastón ahora.

Ya hay quien dice que lo del coche ha sido cosa tuya para sacar más dinero. Y le tiro la copia del seguro de vida y del testamento que aún no sé cómo ha conseguido Bruna.

—¿De dónde has sacado esto?

—No nos creías capaces de averiguarlo, ¿eh? Te crees que todos somos unos paletos de isla pequeña.

—Sacar eso del juzgado es un delito, Oriol.

—Lo tuyo sí que es un delito. No solo eres un fraude, sino un peligro.

Y tiro el último papel, el recorte de periódico del diario de Girona.

—¿Sabíais que ella y su marido resucitado se cargaron a un bebé y casi a su madre en Girona? La convencieron de no ir al hospital con nosotros, los terribles médicos normales. Los malvados alopáticos. Una embarazada de alto riesgo pariendo en una casa perdida en la montaña. ¿Sabéis por qué Ona ya no hace de gine? Porque no la han dejado ejercer más después de eso. Solo le dejan dar aceititos y masajes.

Ahora se ha quedado pálida. Esta sí que no se la esperaba.

—Nos has engañado a todos. Pero se ha acabado. Todo se ha acabado ya, Hierbas.

Pensaba que se iba a poner a gritar y a discutirme todo. Que se iba a enfadar como en todas aquellas sesiones de antes de que estuviera enfermo. Imaginaba incluso que podría darme una hostia. Con lo larga que tiene la mano, no me hubiera extrañado nada y nos habría venido muy bien para añadirlo al expediente disciplinario. Pero no, esta bruja siempre tiene que hacerlo todo diferente.

Cuando le he dicho lo de Girona, que es donde pensaba que se iba a enfadar más por ese orgullo y esa soberbia que tiene, no ha

dicho nada y se me ha quedado mirando de forma extraña, como si se estuviera acordando de algo muy importante. Ha empezado a darle vueltas al anillo, debía de pensar cómo insultarme. Pero al final no lo ha hecho, y creo que hasta me ha sonreído. O se ha reído, no sé. Muy sutilmente, pero juraría que lo ha hecho. Después, nos ha mirado uno por uno y nos ha dicho a todos.

—Me aburrís. No hace falta que me ceséis, dimito.

Ha cogido su mochila andrajosa y se ha levantado para irse.

—No te irás de rositas, Hierbas. Me aseguraré de que no trabajes en ningún hospital.

—No pienso hacerlo.

—Claro que no. Ni lo intentes.

—Tranquilo. No me verás más, ahora ya sé lo que quiero.

Y se ha largado.

Capítulo 23

ONA
No soy el centro del mundo

Me sujeto la cabeza para no golpearme con el váter. Tengo los codos apoyados en la taza y estoy vomitando con tanta intensidad que me parece que el estómago se me va a dar la vuelta. Como siga haciendo fuerza con la barriga, se me van a saltar los puntos de la frente. Ahora noto cómo me sube otra vez y me muero de la angustia. Menudo escándalo estoy montando en el departamento, se deben de oír mis arcadas desde la calle.

Miquel me mira preocupado, escondido tras el quicio de la puerta. He entrado corriendo, sin poder decirle nada y me he lanzado en plancha a la taza.

—¿Te ha sentado algo mal?

El pobre me lo dice sin mirarme, porque no hay cosa que le dé más asco que esto. Es capaz de empezar a vomitar solo de imaginarse que alguien lo hace, con lo que, si se ha atrevido a acercarse tanto a mí ahora, es solo porque me quiere mucho. Me mira con cara de pena y susto mientras se tapa la nariz y la boca con la palma de la mano. Le contesto mientras me limpio los morros con papel higiénico.

—Todo. Todo me ha sentado mal y ni lo entiendo. Pero me da igual. Ya no me importa nada.

Me echa una mirada de reojo, pero gira las pupilas para el otro lado enseguida. La visión de lo que hay dentro del inodoro no es apta para nadie, y menos para él. Tiro de la cadena mientras él se fija en un punto lejano y esnifa el frasco de menta que ha robado de mi mesa. Solo de tomar conciencia del olor denso que me rodea, me vuelven las náuseas.

—Creo que hay una epidemia de gastroenteritis.

—No, Miquel, lo que hay es una pandemia de gilipollas.

Y vuelvo a vomitar con estruendo. No sé de dónde me sale tanta comida, no recuerdo haber desayunado tanto.

Miquel cierra los ojos y pega más el frasco a su nariz, como si eso pudiera silenciar los sonidos guturales que salen de mi garganta. Siempre he sido de vomitar con muy poco glamur. Ahí debe de estar también mi vena poligonera. Se está poniendo cada vez más pálido.

—Lárgate de aquí, Miquel. Espérame fuera o acabaremos los dos peleándonos por el sitio en el váter.

Me obedece, menos mal. Él cierra la puerta y yo los ojos. Pongo de nuevo la frente sobre las manos. Ya no me duele tanto la herida.

A pesar de su pestilencia, intento concentrarme en el aire de la habitación y respirar profundo y rítmico. Inhalo hacia el diafragma y exhalo desde él. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Me imagino que estoy en mis rocas, bajo el sol, respirando tranquila y sola. Mis cactus y yo. Visualizo las olas, la brisa y el agua fría tocándome los pies. Nada más, no necesito a nadie. Nunca he necesitado a nadie. El mar y yo. Las olas y yo. Son mi vida, somos uno, somos todo.

Ahora sí que lo tengo claro.

Vomito otro par de veces. Aún me quedaba algo de comida y bastante bilis. Creo que ya ha salido todo lo que había en el

estómago, aunque me ha dejado un recuerdo amargo y asqueroso dentro de la boca.

La barriga ya me empieza a doler menos. Me levanto del suelo y me enjuago en el lavabo. Sí, estoy mejor. Aprovecho, me miro al espejo y me echo a reír. Vaya cara se me ha quedado, parezco Rocky Balboa, aunque me veo bastante mejor que cuando he llegado, muchísimo mejor. Soy Rocky, sí, pero el que ganó el combate por fin, el del final de la peli, el que queda campeón después de romperse y caer a la lona mil veces.

Soy una campeona.

Se empeñaron en romperme y lo han intentado a lo largo de toda mi vida, golpeando, humillando, insultando, engañando. Debe de ser lo que más les pone de mí. Así me ha quedado el cuerpo y la cara de cicatrices, y por eso me dolía tanto el alma. Me pesaba mucho, como esa mochila cutre, pero esta vez ya tengo claro el camino. Xavier tenía razón cuando dijo que yo no sabía lo que quería, pero Oriol me acaba de ayudar a entenderlo. Se lo agradezco, porque ya lo sé, sé lo que quiero y por fin voy a dejar de sufrir.

Hoy sí que es el día.

Escupo en el váter, me pongo el índice en la boca y toco el velo del paladar para intentar acabar de vomitar, pero ya solo me sale ruido. No me queda nada. Estoy vacía y me siento limpia, aunque huela a estercolero. Tiro de la cadena y me quedo mirando cómo se van todos los trocitos de mi corazón por el sumidero. Ya no os necesito.

Bebo un poco del grifo delante del espejo. El agua está asquerosa, pero yo me siento mejor. Pongo mi mano sobre el pecho y miro mi reflejo. No parezco yo. Me toco la cara y susurro lo que me enseñó la psicóloga.

—Te quiero, te amo, te perdono.

Ya no volverá a pasar más.

—¿Ona, estás bien? ¿Necesitas que pase?

—Tranquilo, estoy mucho mejor. Enseguida salgo.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad.

Me mojo la cara y me suelto el pelo. Saco del bolsillo de la bata el pintalabios que me regaló Miquel y me pinto con cuidado. Me duelen y aún están un poco hinchados, como si me hubiera puesto hialurónico. Me sacudo el pelo sin tocar la cicatriz y dejo que caiga a su bola.

Abro la puerta y sonrío a Miquel. Ha abierto las ventanas para que el aire se renueve y ha enchufado el difusor. Huele a menta y limón. Parece que no se entera de nada, pero el tío se sabe todo el protocolo de aromaterapia. Me mira preocupado un momento, pero enseguida se aproxima y me escanea.

—Hay que ver lo bien que te sienta vomitar.

Me echo a reír y me acerco a mi mesa. Voy a sentarme en mi silla por última vez.

—Sí. Estoy muy bien. Muy aliviada.

—Voy a meterme los dedos yo también a ver si me pongo más guapetón, que hoy es viernes.

Me río a carcajadas y rebusco en mis cajones hasta encontrar el *roll-on* de limón. Él me mira sorprendido.

Me unto los dedos con el limón y me lo paso por la lengua. Es genial, en un instante me ha quitado toda esa amargura que me quedaba en la boca.

—¡Me alegro! —Aplaude sin mostrar ya ni un ápice de asco—. Eso quiere decir que la reunión de directivos se te ha dado mejor que el desayuno, ¿no?

—Ha sido mi última sesión.

—Lo sé, ya me lo dijiste.

Asiento y me toco la barriga sonriendo. La siento ligera, sana y perfecta; me indica que ha llegado mi momento.

—Pero ya te dije que a mí me gustaría que te quedases a *full*.

—Todo llega, Miquel. Todo tiene un principio y un fin.

—También hay puntos medios, ¿no? Y puntos y coma. ¿Puntos suspensivos?

—No. No hay vuelta atrás.

No sé cómo decirle que es un final sin epílogo. El punto final de mi novela. La vida me estaba mostrando el camino tan claro que no sabía verlo, pero hoy me lo ha dejado todo despejado.

—Ya, yo sé que estarás muy bien con tu *brother*. Pero yo te quiero aquí, de jefa. No de cuando en cuando. No me veo con la Lovegood mandando.

Me parto de risa y Miquel sigue mirándome con esos ojos de sorpresa. No se me había ocurrido compararla con ese personaje de *Harry Potter*. Es verdad que se le parece mucho.

—Lluna es muy válida, muy buena y un encanto.

—Lo que digas. Pero se debió de caer en un barril de maría de pequeña, porque me cuesta mucho seguirla. Te hace hasta normal a ti.

Me vuelvo a reír y le doy un golpecito en el hombro.

—Tranquilo. Es mucho mejor que yo, os adaptaréis en unos días. Todo irá mejor con ella.

—No sé, no sé. ¿Te digo lo que hay hoy?

—No, no, hoy no voy a pasar consulta. Anula lo que puedas y pásale el resto a los demás.

—¿Qué? Vale. Lo que digas.

Se me queda mirando extrañado, pero vuelve a su mesa para hacer las gestiones. Solo tiene que hacer un par de clics y ya lo tiene todo solucionado.

Me siento en mi escritorio y desbloqueo el ordenador. A este no le voy a echar de menos. Miro la pantalla, tecleo un par de veces y le doy al botón de imprimir. Mientras espero a que salgan todos los documentos en la bandeja de la impresora, meto mi piedra corazón en un sobre. Recojo los papeles, los leo, los grapo y los coloco sobre la mesa. Le doy las últimas vueltas a mi anillo, dejo la mochila en la silla, me guardo el móvil con la llave de casa y cuelgo la bata. Reviso que todo esté bien alineado y salgo de mi consulta.

Miquel está colocando más muestras en el armario. Me mira de arriba abajo.

Me acerco y le doy un abrazo muy apretado.

—Ay, Ona, ¿y eso?

Le coloco el flequillo y le beso la mejilla con ternura. Me gustaría poder devolverle todo lo que me ha dado, todo lo que me ha querido, pero es imposible.

—Te quiero mucho, Miquel. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Te voy a echar mucho de menos.

—¿Qué?

Se aparta y me mira asustado. No quiero que lo esté, va a vivir mucho mejor sin mí y mis amarguras, estoy segura. Sonrío para que no se agobie.

—¿Cómo que me vas a echar de menos? ¿Pero qué me estás diciendo? ¿No te ibas solo media semana? ¿No hemos quedado que era un *fifty-fifty* con tu hermano?

—No, ya no. Me voy del todo.

—¿Qué? ¿Del todo? ¿Por qué? Joder, que ya sé que tu hermano mola, pero ¿y yo? ¿Qué voy a hacer sin ti?

Le doy otro beso.

—Te quiero y eres lo mejor que me ha pasado aquí, pero estoy cansada de escuchar a tantas personas vacías, a esa gente gris que suelta palabras que no son más que cansancio y dolor.

Me mira con la boca abierta. Cree que me he vuelto loca, claro. Se lo explico mejor.

—He dimitido. Me iban a cesar.

—Pero... ¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo que cesar? ¿Cuándo?

—Ahora, en la sesión.

—¿Has dimitido? ¿Y no pensabas decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—¡Por eso has entrado vomitando! ¿Qué te han hecho esas perras? ¡Que les saco los ojos!

Me quedo callada un momento. No sé ni cómo explicárselo.

—Miquel, todo lo que dicen y lo que te van a contar es mentira, aunque eso a mí siempre me ha dado igual. Quiero que lo sepas.

—¡Claro! Te importa una mierda. Siempre te ha importado un carajo lo que digan los demás. Tú a lo tuyo. Plántales cara, como siempre. Lucha, no te vayas.

—No, Miquel. Paso. Ya me he cansado. He hecho lo que tenía que hacer. Ahora les toca luchar a otros.

—Jo, Ona, pero aún hay muchas cosas por hacer y tú las haces muy bien. Eres la mejor. No te vayas, porfa, piénsalo.

Le vuelvo a besar en la cara y se la acaricio. Se le están llenando los ojos de lágrimas y yo no quiero que llore.

—Que siga Lluna. Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer en esta vida. —Me callo un instante y miro hacia la puerta de mi

consulta—. Bueno, ahora que lo pienso, todo no.

—En realidad me queda una cosa pendiente.

—Ona, no. Una cosa no, todo está pendiente. Yo soy una de tus cosas pendientes. No te vayas, por favor.

Me mira triste, él es la única persona que me va a echar de menos aquí. Pero ya se le pasará, todo pasa. Nadie es imprescindible. Y además lo que voy a hacer ahora le va a encantar. Se va a olvidar de todo esto porque se va a reír mucho, muchísimo. Le va a dar para mil cotilleos.

—Ven.

Me acompaña de nuevo a la consulta intrigado, frotándose las manos.

Abro la mochila que reposa en mi silla y saco la urna. Al verla se lleva las manos a la cabeza.

—Hostia, hostia, Ona. ¿Eso es lo que me imagino?

—Sí.

Grita escandalizado.

—¡No! ¡No me jodas! ¿Llevas las cenizas de Xavier en la mochila?

—Claro. ¿Dónde las iba a llevar? Es su mochila.

No hay nada más lógico, no sé por qué se sorprende. Le sonrío y me voy con la urna al baño. Vuelve a chillar y me sigue.

—¿Pero qué haces? ¿Dónde vas con eso, Ona?

Subo la tapa del váter y destapo la urna.

—¡Ona! ¡No! ¡Estás loca! ¡Se te ha ido la cabeza!

Vuelco la urna y dejo caer en cascada todas las cenizas al agua. Miquel grita y dice que se va a desmayar. Yo tiro de la cadena sonriendo.

—¡Estás como una cabra! ¡Por favor! ¿Pero qué haces?

Cojo un trozo grande de papel higiénico y limpio las cenizas que han quedado manchando el borde del inodoro y vuelvo a darle al

botón de vaciado.

—Poner a Xavier donde debe estar.

—Con tus vómitos.

—¡Sí!

—¿Pero por qué?

—Porque ya era hora de hacerlo, tenía que haberme deshecho de él hace muchos años.

—Pero ya se había ido. Estaba muerto. ¿O tú sabías que no había muerto?

—Creo que mi alma lo sabía de alguna manera. Por eso no podía deshacerme de él. Ahora sí, ahora ya se ha ido y he podido hacer lo que quería.

—¿Querías tirarlo por el váter?

—Sí. Eso es. Tenía que tirarlo por el váter.

—Tía, estás como un puto cencerro. ¿Esto no está prohibido?

—Que yo sepa no. Son aguas negras, es donde ha de estar.

Se tapa los ojos con la mano y sacude la cabeza.

—Yo esto no se lo voy a poder contar a nadie. Madre mía. Qué asco. Nadie volverá a sentarse aquí. Yo ya no meo aquí ni loco. ¡Pero qué grima!

Nos hemos quedado los dos mirando el agua clara del inodoro.

—Ya no está.

Me mira con lástima. Está convencido de que se me ha ido la pinza.

—No, Ona, ya no está. Es lo que pasa cuando vacías la cisterna.

—Lo sé. ¿Y sabes a dónde se ha ido?

—A la mierda.

Le doy otro achuchón.

—También, a la mierda también, pero ¿a dónde más?

—A la depuradora, supongo, ¿no?

—Sí. ¿Y de ahí a dónde llega?

—¿Al mar?

—Exacto.

La cara de Miquel sigue siendo un poema.

—¿Xavier quería que lo tiraras al mar?

—No. Quería cualquier cosa menos eso.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

—Para que antes de llegar a formar parte de otro ser, le hagan una buena limpieza con los químicos de la depuradora.

—Ah.

Creo que no lo entiende, pero da igual. Seguimos mirando los dos el agua del váter. Lo de que acabe en el mar no es una venganza. Voy a cumplir su deseo, pero de una forma más divertida. Sus moléculas, una vez limpias, serán primero plancton, después peces y luego gaviotas. Con ellas descenderá a la tierra que tanto ansiaba. Que primero cagarán en un vertedero con cucarachas y ratas, sí, pero todo eso también es tierra. Y un buen ciclo de la vida. Más que el del agüita amarilla. Todo lo que él quería. Su voluntad cumplida. *Check.* Ya no tengo tareas pendientes.

—Madre mía, lo que ocurre en este departamento da para una novela.

—Ya te digo. Y para cien. Daría para una saga entera.

—Cuéntaselo a tu prima. Que las haga y que me saque guapo.

Me río de nuevo. Qué gusto me da poder reírme así de limpia y sin mochila.

—Te quiero mucho mucho, Miquel. Muchísimo.

Se ha puesto a llorar desconsolado, le he dado otro beso y me he ido. No quiero que me llore más. Camino rápido hacia la salida, porque no quiero llegar tarde ni mirar hacia atrás. No sé cuánto

durará la tramontana, y lo que quiero hacer lo quiero con ella a toda potencia.

Al salir del departamento, me he cruzado con dos guardias civiles que entraban. He oído que le preguntaban a Miquel por Nina. Ha sido providencial, porque se le ha pasado el disgusto de golpe, le he oído poner su voz más sexi mientras les explicaba dónde estaba el despacho y se ofrecía a llamarla por teléfono.

También he visto a Xec y Tonia en el pasillo, salían de una visita con Roser y me han preguntado por mi cara de púgil. Les he contado que había tenido un accidente. Ya sabían lo del atropello, ha salido en el periódico local. Yo les he dicho que me marchaba del hospital, pero que les iría superbién con Lluna.

Cesc estaba en la entrada del *parking*. Se ha acercado a saludarme y se ha sorprendido de verme tan bien la cara ya. Me ha mirado con mimo los puntos y me ha acariciado la mejilla. Me ha contado que acababa de llegar de un viaje relámpago y me ha dicho que me convendría un poco de descanso, yo le he dicho que el reposo iba a ser definitivo, y se ha sorprendido bastante. No he querido entrar en detalles. Supongo que aún no le han comentado nada de lo de esta mañana, ya se enterará. Me gusta mucho Cesc. Me ha encantado conocer a alguien tan bueno y normal como él. Espero que pronto pueda soltar esa mochila pesada que lleva, sea la que sea.

Miro el cielo. Realmente estoy genial, me siento genial. Estoy tan liviana que creo que me deslizo por el aire en vez de caminar. Noto cómo todas las personas con las que me cruzo me miran con admiración al pasar. Estoy guapísima. Me despido de todo el mundo y me responden con un feliz San Viernes.

Me paro a la entrada del camino de Sol del Sur. He de llamarles ahora. Busco la sombra del olivo más grande y me apoyo en la pared seca. Responde al teléfono la secretaria de Joan.

—Hola. ¿Me pasa con el doctor Muscat, por favor? Soy su hermana.

—El doctor Muscat no se puede poner ahora, está reunido. Llame luego.

Y me cuelga. Me quedo un instante sin saber qué hacer. Me ha roto los esquemas. Pruebo ahora con Álex y me sale su contestador. Qué voz tan bonita tiene. A ver Martina. Contestador también. Esta está durmiendo fijo, se lo debió de pasar bien anoche. Vuelvo a intentarlo con Joan.

—Hola. He llamado antes. ¿Podrías decirle a Joan que se ponga? Es urgente, dile que soy su hermana.

—Ahora le daré el recado al doctor.

Y, de nuevo, me cuelga. Vuelvo a intentarlo.

—Ya le he dicho que está en una reunión muy importante.

—Lo sé, pero dígale que me llame ya, es urgente.

Por fin. No me cuelga. Oigo sus pasos que se alejan y después vuelven.

—Dice que la llama en cuanto pueda, que ahora no se puede poner.

Me quedo sin hablar con él. Me apetecía oírle, pero igual va a ser mejor así para ellos. La verdad es que no era buena idea llamarlos ahora, se iban a poner nerviosos. Soy un poco egoísta. Solo pienso en mí y ahora he de pensar en ellos. Voy a grabarle un audio a cada uno.

Abro la conversación de Martina y le doy al micrófono.

—Hey, *yupiyei*. Ojalá estés durmiendo porque te has pegado la juerga padre en tu escondite de Barcelona. Tu padre hizo muy bien

en darte ese palomar donde puedes ver y hacer de todo sin que nadie se entere. Espero que te estés probando todas nuestras pelucas de *Pretty Woman* y que le hayas dado bien duro a quien sea que te haya hecho dormir tanto hoy. Disfruta, pero quédate solo con quien sea de verdad. Tina, quería decirte que te quiero un montón y que siempre has sido mi ejemplo y mi apoyo, incluso cuando no quería hablar contigo para que no se cabreara Xavier. Ahora sí. No quiero que se te olvide. Me siento satisfecha con la vida gracias a ti. Te agradezco todo lo que me has dado. Eres la mejor prima, la mejor hermana, la mejor Muscat.

Le doy a enviar, abro otra conversación y grabo otro audio.

—Hola, chiqui. Creo que no nos vamos a ver esta noche. —Miro las hojas del árbol. Ahora no sé qué decirle a Álex. El contraste del verde del olivo y el azul del cielo es precioso. Son tan distintos que el azul se ve más azul y el verde más verde—. ¿Sabes? El día que naciste me sentí tan madre como la primera vez que Sara se movió en mis entrañas. A ella siempre me la he imaginado como tú, fuerte y maravillosa, valiente y hermosa, una guerrera. Estoy muy orgullosa de ser tu tía. Es mi mejor título, un honor que no me merezco. Tu padre dice que te pareces a mí, pero eso es porque me quiere mucho. Yo no te llego ni a la suela de los zapatos, tú eres una estrella brillante y única. Cuida mucho a tu padre por mí y sigue siendo feliz. Te quiero muchísimo.

He de coger aire. Se me están cayendo los lagrimones. Siempre los he querido a morir, pero no estoy acostumbrada a decir estas cosas. Tendría que haber aprendido antes, porque me hacen sentir muy bien a pesar de las lágrimas. Le doy de nuevo a enviar. El último audio va a ser el peor. Este me va a costar mucho.

—Joan, te hago un audio porque todo el rato se ponía tu secretaria, pero no te enfades con ella ni conmigo. En el fondo es

preferible. No era el plan, pero creo que es mucho mejor para los dos que te lo diga así. —Respiro hondo un par de veces. A ver cómo se lo cuento sin que me tiemble la voz—. Eres lo mejor que existe y que me ha pasado en este puto mundo. Qué suerte tiene la humanidad de teneros a ti, a Álex y a Martina, y qué poco os merece. —Trago saliva y suspiro—. Pero tú, tú eres lo que más quiero en este mundo. Ha sido un lujo haber compartido útero contigo. Ya siento haberme quedado con la mejor parte de los genes. —Reírse llorando es una sensación muy rara, pero es lo que hay. Me despido de él con carcajadas—. Te quiero mucho. Muchísimo. Desde antes de que naciéramos. Nunca te he dejado de querer aunque me escondiera de ti tras esa barrera de odio. —Mierda. Ahora me está temblando la voz. Toso un poco para que no se note—. Quiero que sepas y recuerdes que he tomado esta decisión, mía, propia, libre y sin coacciones. No lo hago por nada ni por nadie, no le eches la culpa a ninguna persona, es algo totalmente meditado. —Me apoyo en el tronco del árbol y vuelvo a respirar un par de veces—. La culpa no existe, es un invento. La vida son accidentes y caminos que se toman, y ya está. Esta es mi decisión, la he pensado muy bien y nadie puede convencerme de que no la lleve a cabo. Nadie podrá pararme. La otra vez estaba triste, hoy no. Me llevo mucho amor y me he liberado del rencor, de la culpa y de la pena. —La cabeza me duele un poco, deben de ser las lágrimas. Me tenía que haber tomado otro ibuprofeno, pero me he dejado el pastillero en la mochila. Ya no puedo volver a por él, no tengo tiempo. En el cielo empiezan a aparecer nubes. No me puedo entretener más—. Te quiero. Os quiero. A donde sea que vaya, estaréis siempre conmigo.

Lo envío. Ya está. Todo dicho. Ya no me tiembla la voz. Ahora ya es el momento, mi momento, y voy a disfrutarlo. Voy a casa.

Miro el horizonte. La tramontana está soplando tan fuerte que se va a llevar el mundo. El mar tiene que estar precioso ahora. Es el mejor día.

Pongo el modo avión en el móvil y busco el directo de El Último de la Fila. Quiero escuchar esa versión de «Insurrección» una y otra vez, es la mejor de la historia. Activo la cancelación de ruido de mis AirPods y empiezo a andar. Nadie me había visto jamás tan sonriente en el camino de la carretera de Sol del Sur.

Capítulo 24

ORIOL
El difícil arte de vivir

Le he soltado casi todo lo que le tenía que decir. Le he detallado sus mierdas una a una. Pero no me he podido quedar a gusto. Me ha faltado decirle lo que me ha dolido su engaño y cómo me jode que me haya utilizado para no sé qué mierda de objetivos. También me ha gustado contarle que ha roto mis ilusiones de un plumazo y que nunca me había sentido tan solo en mi propia casa. Quisiera haberle dicho cómo me ha jodido la vida, y que, en la poca que me quede, no podré volver a ser el mismo. La odio porque creía que podríamos habernos querido los últimos días de mi vida. Ahora sí que quiero acabar con todo.

Estoy agotado y vacío. Me he quedado de pie, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza gacha. Me duele el pecho, que se me ha quedado hueco, y estoy luchando para no ponerme a llorar delante de todos. Ahora sí que quiero morirme, desaparecer del mundo. No soy necesario para nadie. Me han vuelto a tirar a la basura, pero esta vez no deseo que nadie me rescate, quiero hundirme en el fondo del vertedero y quedarme donde nadie me vaya a buscar jamás.

Roser me pone la mano sobre el hombro.

—Oriol, me has dejado helada. Siento mucho lo de la atrofia.

Asiento con la cabeza, pero no soy capaz de levantar los ojos de la mesa.

—¿Pero tú estás seguro de todo lo que has dicho? No es que dude de ti, pero Ona es una de las personas más íntegras y buenas que conozco. Yo creo que debe de haber algún error, tiene que ser un malentendido.

Intento gruñir, pero solo me sale un suspiro. La miro de reojo porque paso de ver los ojos de lástima. Debo de dar mucha pena, tan enfermo y tan panoli. Soy un pedazo de imbécil.

—Ojalá, pero me temo que no. Las pruebas que nos ha traído Bruna son bastante claras.

La oncóloga mira con recelo a la neuróloga, que se ha puesto a mi lado a acariciarme en silencio el otro hombro. Roser insiste.

—A veces las cosas se pueden malinterpretar, Oriol. Yo le ofrecería la oportunidad de darnos su propia versión. No la hemos dejado hablar.

—No se la merece. Como has visto, no es la primera vez que la lía. Eres demasiado ingenua y buena. Me temo que te ha engañado tanto como a mí.

Nina entra en la sala de reuniones cargada con un montón de carpetas. Yo sigo medio tirado en la mesa con los otros jefes a mi alrededor, intentando consolarme. La gerente nos echa un vistazo, extrañada, y mira a Cati.

—¿Qué coño ha pasado aquí? ¿Dónde está Mariona?

—Se ha ido —le responde triunfal Bruna—. Ha dimitido y se ha marchado sin esperarte.

Nina nos mira a todos con una cara que acojona. Está muy enfadada, está claro, pero no sé por qué la toma con nosotros. La

causante de todo ya se ha ido, que vaya a pegarle la bulla a ella.

—¿Y tú qué haces aquí?

Ahora está fulminando a la neuróloga. Ya veo que hoy vamos a recibir todos, uno a uno.

—Tengo derecho a estar presente, yo soy la que os he traído todas las pruebas.

Nina entorna los ojos, pensativa, como valorando la situación.

—Es cierto. Tienes razón. Sí, es mejor que también estés. Siéntate con todos, anda.

Bruna sonríe satisfecha y obedece, acercando la silla a la mesa. Se coloca a mi lado aprovechando que todos siguen en pie susurrando entre ellos. Nina sacude su melena y se acerca a Cati para comentarle algo al oído. La secretaria abre los ojos sorprendida y sale corriendo de la sala. En cuanto se va, Nina se sienta en su silla y tira el montón de carpetas que ha traído sobre la mesa. Hace tal estruendo que todos nos callamos y la miramos. No nos pone buena cara.

—¿Alguien me va a explicar por qué cojones habéis empezado la sesión sin mí?

Ahora me miran todos. Yo trago saliva.

—A ver, Nina, tú has dicho que tardarías, y ellos tenían prisa. Mariona ha contado lo de su media jornada, y entonces yo le he soltado todo lo que teníamos que decirle.

—¿Que qué? ¿Pero qué coño le has dicho?

—Pues todo, Nina, se lo he dicho todo.

—¡Pero tú eres imbécil! ¿No te había dicho que me esperases?

—Nina, se lo tenía que decir. Además, es a mí a quien ha engañado. Era cosa mía, no tuya.

—Tú no eres más gilipollas porque no entrenas.

—¿Pero qué dices, Nina?

Resopla y sacude la cabeza. ¿Y ahora qué le pasa?

—Qué cruz, de verdad. Llevo aquí currando desde las seis de la mañana para que llegues tú ahora y la líes. No sé de qué me sorprendo, tan listo para unas cosas y tan capullo para otras.

—¡Nina!

Abre las carpetas y enseña un montón de papeles impresos. Todos estiran el cuello para mirarlos, yo no, ya tuve bastante anoche.

—Esta madrugada he llamado a Joana, de Servicios Jurídicos, para que me consiguiera un permiso urgente. Necesitaba entrar en varias historias y comprobar si era cierto lo que nos dijo ayer esta.

Señala a Bruna con la cabeza, que protesta por el tono con que lo ha dicho.

—Oye, Nina, no te tolero...

Nina mira al techo y no le contesta. Nos mira de nuevo al resto, uno por uno.

—Joana es increíble, a primera hora ya lo tenía todo listo. He revisado la actividad clínica reciente de Mariona, la de todos sus pacientes, incluyendo dos historias en detalle: la de mi hija y la de Oriol.

Abre una de las carpetas y le da un par de golpecitos a la montaña de papeles inundados de *post-its* y marcas en fosforito. Ahora yo también estiro el cuello.

Me desliza un papel.

—Los informáticos me han dado esto. Lee.

Agarro el papel y varias sillas chirrían a mi alrededor. Todos han movido la cabeza hacia delante y el culo hacia atrás para mirarlo conmigo.

—Esto ya lo teníamos, Nina. Lo vimos ayer. Es el registro de cuando se borró mi historia.

—Sí, exacto, lo he comprobado con Informática y hemos chequeado el día y la hora exacta a la que se borraron tus archivos; que, por cierto, ya están recuperados del servidor de seguridad y enviados a Barcelona. Léelo otra vez. Con más interés, por favor.

Mientras me lo dice, se mira un mensaje en el iWatch y sonríe. Leo la hoja, no entiendo qué me quiere decir. No hay ningún cambio, es el mismo informe.

—Pero esto ya lo vimos ayer, Nina. Es el número de usuario usado para borrar la historia, el suyo. Y luego el día, mes y año, y la hora. Lo mismo que vimos ayer.

Chasquea la lengua unas cuantas veces. No soporto que me haga eso.

—Tanta Agatha Christie leída y no has aprendido nada. Fíjate bien en la fecha, Oriol.

—Ya me fijo. Y no entiendo qué me quieres decir.

—Concéntrate. Fíjate en el día de la semana que era.

—Ya. ¿Y?

—¿Qué más pasó ese día?

—Ahh. Es el día...

—Exacto, el día del accidente. Y mira la hora.

—¿Qué pasa con la hora?

—Quédate también con ella en la cabeza.

Y ahora me lanza otro informe, el del 061. Se oyen más chirridos de sillas.

—Contrasta día y hora con las horas del informe de los chicos de Cesc.

—Oh... Es cuando...

—Sí, señor. A la hora en la que se borró tu historia, Mariona estaba recién sedada dentro de la ambulancia, después de haber hostiado a dos médicos.

—¿Qué? Pero...

—Os lo he dicho y no me hacéis caso. —Bruna sacude la cabeza y vuelve a rezongar—. Es violenta y una sociópata. Atacar a un sanitario es un delito, y encima a ellos, que la estaban salvando. Pegó a los sanitarios que la salvaron. No sé qué estamos discutiendo aquí todavía. Nos hemos librado de una asesina, una enferma mental.

Si Nina me mirase a mí como está mirando a Bruna, ya me habría cagado en los pantalones.

—A esa hora, Ona ni estaba ni consciente ni en el hospital, así que no pudo hacerlo. Ella no fue quien borró tu historia.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No lo sé, y no lo podemos saber. Pero está claro que alguien usó su ordenador y sus claves, aprovechando que ella estaba fuera de combate.

—¿Le hackearon la cuenta?

—¿Hackear? Oriol, Mariona guarda las llaves de casa en una maceta y tiene las contraseñas en *post-its* clavados al corcho. Para entrar en su ordenador no hace falta ser ningún genio, cualquiera podría haberlo hecho. Bueno, cualquiera con mucha mala fe.

Miro a Bruna, que me ha quitado el informe de la ambulancia de la mano y lo revisa.

—No la trates de santa, Nina, que esto no es lo único que ha hecho. Es muy lista, habrá cambiado las horas.

Yo acabo de recordar que Lluna dijo que una médica había entrado en la consulta esa mañana, pero no especificó quién, solo que era de Onco o Neuro. Voy a decirlo, pero Nina ya me ha lanzado otra cosa, esta vez es un montoncito de hojas grapadas con el nombre de mi hija resaltado en amarillo.

—Lee esto también. Es la copia impresa de la historia de Abril. Está todo lo que le hizo, escrito y firmado. Le insistió con que hablara con nosotros en las dos únicas visitas que le hizo, la revisó de arriba abajo, le hizo una ecografía y todo el cribado de enfermedades de transmisión sexual. Y ya la había tratado con antibióticos antes de saber el resultado. Antibióticos, con el asco que le dan a Ona. Pero era lo indicado y lo que necesitaba Abril. Hizo lo correcto.

Cojo las hojas y las leo por encima.

—Vale, bueno, médicamente lo habrá hecho bien, pero tenía que habernos avisado, Nina. ¿Y si hubiera sufrido una alergia y no nos enteramos? ¿O una anafilaxia? ¿Y si hubiera estado embarazada? ¿Iba a darle las pastillas para abortar sin decirnos nada tampoco?

—Sí. Si Abril lo hubiera querido, sí. Tiene dieciséis años. No podía decirnos nada sin su permiso, y tu hija no se lo habría dado.

—Me parece increíble. Pues si yo fuera ginecólogo, se lo habría dicho a sus padres.

—Pues si tú fueras ginecólogo, habrías acabado en la cárcel, porque eso es un delito.

Gruño. No entiendo esa mierda de leyes. Abril es solo una niña, hostia. Vuelvo a abrir la boca para protestar, pero Nina sigue al ataque y sin dejarme hablar. Ahora me saca otro montón de hojas grapadas, esta vez con mi nombre.

—Tu historia. Impecable también. Si es que da gusto leerla. Perfecta y ordenada. Con una descripción exhaustiva de todos tus síntomas y los signos que te veía en la piel y en las uñas.

—Y en el iris, no te jode —suelto—. Vaya chorradas.

—Qué vergüenza. ¿Ahora tenemos que leer predicciones y conjuros? ¿Pone cómo le cameló con sus técnicas psicológicas?

Intento ver si lo pone, pero Nina ya me está tirando otro papel. Esta hoja lleva el membrete del Laboratorio.

—¿Chorradas, dices? Esta es tu puta analítica. La que te pidió el primer día, antes de ponerte la tiamina. No la ha visto nadie, ni ella, porque le cerramos el acceso a tu historia. Míratela, anda, míratela.

La leo y me quedo helado. La hostia. Son todo asteriscos: no hay nada bien. No tengo casi vitamina B y el plomo está por las nubes. Miro a Nina.

—Pero..., ¿entonces?

—Exacto, Mariona tenía razón. Tenías un beriberi y la tía te lo curó en la primera visita.

Vuelvo a mirar el papel. No es que dude del laboratorio, pero es que no quiero pensar... Joder.

—Joder.

—Sí, joder, Oriol, joder. Porque si no te pilla ella, te habrías muerto de algo de lo que ya no se muere nadie desde el siglo xv. Y todo por lo mal que te tratas y por esas mierdas que te comes.

La cabeza me está dando vueltas. Creo que me estoy mareando un poco.

—¿Tengo beriberi?

—Tenías. Por eso los síntomas han desaparecido y las resonancias han cambiado. Barcelona dice que las últimas pruebas que te hiciste son normales.

—¿Cómo normales?

—Normales, Oriol, ni atrofia ni pollas en vinagre. No tienes nada. ¡Nada!

—¿No me estoy muriendo?

—Antes sí, pero no de atrofia, sino de un déficit de tiamina. Mariona es la mejor médica que he conocido jamás, te ha

diagnosticado a ojo y te ha salvado la vida. ¿Lo entiendes? Ella te ha salvado la vida. Ya no te mueres, aunque yo te mataría por gilipollas.

Ha pegado un nuevo carpetazo sobre la mesa y todos se han abalanzado sobre la analítica. El de Interna está analizando la historia. Yo me estoy mareando. Apoyo las manos sobre la mesa. No estoy enfermo. No me muero.

—¿Pero y todo aquello del parto? ¿La madre que casi se cargan y el bebé muerto?

Nina se gira a mirarnos preocupada.

—¿Le habéis dicho eso también?

Todos asentimos y ella se muerde los labios y sacude la cabeza de lado a lado.

—De verdad. Me dais vergüenza. Vaya panda de gilipollas al mando de este hospital.

—¡Nina!

Sigue resoplando y negando con la cabeza, y ahora solo me mira a mí.

—He hablado con el director del Hospital de Girona a primerísima hora. Es amigo de Isabel, la del Govern, y gracias a que ella le ha llamado, me ha atendido enseguida. Me ha dicho que cuando pasó eso, trabajaba de adjunto de Urgencias y los conocía bastante. Al parecer, el marido de Ona era un radical y un tipo bastante peligroso que ni se acercaba al hospital, pero que a ella siempre la han considerado una médica muy agradable y prudente. Ona hizo varias guardias de Gine en el Hospital de Girona, hasta que lo dejó por una depresión grave y un intento de suicidio. Eso yo ya lo sabía. Me lo dijo cuando la conocí en Barcelona y le propuse venirse a la isla como integrativa.

Bruna salta ahora.

—¿Veis? Ya os he dicho que estaba loca. Y la gerente encima lo ocultaba porque es su amiga del alma. Eso es nepotismo. Amiguismo. A ti también debería caérsete el pelo, Nina, por usar tus influencias para contratar a personas inestables. Has puesto a la gente de la isla en peligro.

Nina aprieta el puño y respira hondo. Yo intento entender lo que me está diciendo.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos creer? ¿Que Xavier la obligó a asistir ese parto en la montaña? ¿Y que por eso se deprimió? ¿O qué otra historia te has montado para defenderla?

Nina sacude la cabeza.

—No, ella no lo hizo. No pudo hacerlo.

—¿Entonces?

—Fue Xavier el que asistió un parto de alto riesgo en un domicilio. Un parto que acabó con un bebé muerto y una madre en la UCI. Después de la cesárea le tuvieron que hacer una histerectomía urgente por una hemorragia masiva.

He dejado de respirar y mi cabeza ha empezado a girar como una peonza. No, no puede ser.

—¿Sabes cómo se llamaba esa madre, Oriol? —Se gira y se dirige ahora a todos los demás—. ¿Sabéis cómo se llamaba esa madre, pandilla de capullos?

Sí. Yo ya lo sé. Ya sé la respuesta. Me acabo de dar cuenta. Y todos los demás también. Su cara pálida cuando dije lo de Girona. La cicatriz de su vientre. Su hermano poniendo a Xavier a caldo.

—Esa madre se llamaba Mariona Muscat, y si yo fuera ella no os lo perdonaría en la puta vida.

—Joder. Joder. La he cagado.

—Pero mucho. La habéis cagado todos mucho, pero tú el que más.

Me he quedado paralizado en mi silla, ardiendo de vergüenza, absolutamente incapaz de decir nada. Bruna se ha puesto a darnos voces a todos, como en un ataque de histeria.

—Estáis todos equivocados. Os está engañando. No lo entendéis. Ella hace esos trucos. Es todo mentira. Lo ha maquinado todo. Es una farsante. Una mentirosa. Un fraude.

Nina se planta ante ella. Creo que le va a dar una hostia como alguien no la pare.

—Cállate ya, Bruna. Cierra el puto pico de una vez. Tú eres la que está equivocada.

—Le vas a matar, claro, a ti no te importa Oriol. Tú también quieres que se muera. Seguro que te conviene y todo. Él necesita que yo le cuide, tiene una enfermedad grave.

—Mira, no quiero pensar que hayas sido capaz de inventarte un diagnóstico tan horrible por esa obsesión que tienes con él, espero que solo haya sido un error.

—No es ningún error. Está enfermo. Mira la resonancia.

—Bruna, que Oriol no tiene ninguna atrofia, que en el Central ya se lo han revisado todo. Me lo acaban de decir por mensaje.

—Os ha vuelto a engañar. Ella habrá cambiado la última resonancia.

—Seguro, con su varita mágica. Yo creo que tú eras la más interesada en borrar esa historia.

—Estáis locos. Os ha trastornado.

—No, loca estás tú. Loca de atar.

—¡Yo no estoy loca!

—¿Sabes lo que te digo? Que más te vale estarlo. Pero como una puta cabra, porque si no, no te vas a salvar.

—¿De qué?

—De la ley. Te esperan afuera.

Ahora se ha quedado callada y mira intranquila hacia la puerta.

—La jueza de guardia no entiende cómo has podido acceder a un testamento que aún no está ni abierto.

—Yo no he incumplido ninguna ley. Se puede acceder a todo eso por internet.

—Por el que yo navego no. De todas formas, ellos no han venido solo por eso. Me han dicho que querían preguntarte si era tu coche el que estaba aparcado en la casa de los vecinos de Ona el miércoles.

Bruna traga saliva.

—Elegiste mal la casa. Los dueños son unos ingleses forrados. No son como Ona, que deja las puertas abiertas y las contraseñas en la pared. Estos tienen cámaras de seguridad hasta en el baño.

—Esto es una caza de brujas. Me habéis odiado siempre. Todos.

—No, Bruna, siempre no. Pero como lo del coche sea verdad, te juro que te va a quedar la cara peor que la de Ona. Esos cachas de verde que están fuera van a tener que protegerte de mí, pedazo de zorra. Vete con ellos o les diré que entren y te esposen aquí, delante de todos.

Estoy oyéndolas, pero no las escucho ni las miro. Me cubro la cabeza con las manos. Soy un mierda, un hijo de puta, un cretino, un malnacido. Ella no me va a perdonar jamás. Yo que me creía un justiciero y resulta que soy peor que el cabrón de su marido. Y encima le dije que era buen tío.

Roser se ha plantado ante la gerente.

—Tienes toda la razón, Nina. Somos una panda de capullos y creo que deberíamos ir todos a pedirle disculpas. Aunque se vaya a ir igualmente de aquí, yo también lo haría. Después de lo que le

hemos dicho, no creo que le interese estar más en este hospital ni en la isla. Hemos sido unos cabrones con ella. Y no solo hoy. Siempre. Le hemos hecho la vida imposible.

El alegato de Roser me ha hecho reaccionar. Me levanto para contestarle.

—No, Roser, tú no has sido, tú la que menos. Ni ninguno de vosotros. Todo esto es culpa mía, vosotros solo me habéis hecho caso, pero el cabrón con Ona he sido yo. Joder, siempre he sido el cabrón de su vida. Soy yo el que ha de ir a pedirle perdón y a rogarle que vuelva. Y si alguien tiene que dimitir aquí, soy yo.

No me replica nadie. Todos saben que es lo correcto. Pero a Nina le parece mejor la propuesta de la oncóloga.

—Vamos todos. Se merece que nos disculpemos todos con ella.

Todos asienten y nadie le replica. Hasta la de Cirugía llama al quirófano para que la sustituyan y se apunta también. Nos vamos en comitiva por el pasillo ante el asombro de todos los que nos cruzamos de camino al departamento de Integrativa.

Miquel está en la puerta de la consulta de Mariona, hecho un manojo de nervios. Está tan agobiado que ni le sorprende que hayamos venido a verle los doce jefes juntos. Echa a correr hacia nosotros en cuanto nos ve.

—Nina, menos mal, te he estado llamando al despacho.

—¿Qué pasa?

—Que Mariona se ha ido.

—¿Ya se ha ido?

—Sí. ¿Tú lo sabías?

—Me lo imaginaba. Yo también me habría largado cuanto antes. Ahora la llamo, no pasa nada.

—Sí que pasa, joder. Sí que pasa.

Miquel se retuerce las manos y no para de moverse.

—¿El qué? ¿El qué pasa?

—Que estaba muy mal, Nina, estaba muy rara. No era ella.

—Ya, ya. No me extraña. Lo que ha tenido que aguantar la pobrecilla esta mañana.

Nina me mira y yo bajo los ojos. Me siento tan mal que no sé si gritar, llorar o darme cabezazos contra algo.

—No me entiendes. Que estaba muy mal. Pero fatal. Me ha dejado muy preocupado. Ha vomitado hasta la primera papilla y después ha tirado las cenizas de Xavier por el váter.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Las cenizas de... su marido?

—Esas. Las ha tirado. Las llevaba en su mochila, ¡en su mochila! Las ha sacado y zas, a la mierda.

Le miramos todos perplejos.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo. Lo ha hecho. Por el váter. Tiraba de la cadena y sonreía. Me ha abrazado, me ha besado, me ha dicho que me quería un montón y se ha ido.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—¿Y cuándo?

—Hace nada. Me ha dicho que me va a echar de menos.

Rompe a llorar y Nina le abraza.

—Ya. No te preocupes. La convenceremos para que vuelva.

—¡Que no vuelve, Nina, que no vuelve! ¡Que se va de verdad! ¡De verdad!

Sigue llorando desconsolado. Ya sé que la quiere mucho, pero no me esperaba que tanto. Que se va a ir. Pues claro que se va a ir. ¿Y

quién no se iría después de esa mierda que ha tenido que aguantar esta mañana? Y ya debe de estar bien lejos.

Nina mira alrededor como si quisiera encontrar una pista de a dónde se ha ido. Me mira.

—¿Dónde habrá ido?

—Pues a Barcelona con su hermano, seguro. Si él lo estaba deseando.

Miquel sacude la cabeza. Nina le pone la mano en el hombro.

—La haré volver, tranquilo.

—Que no, que no me entiendes. Que se le ha ido la olla. Por completo.

Yo sí le entiendo. Y a ella. Yo también lo habría tirado todo. Poco me parece lo que ha hecho. Si a mí me dicen lo que le he dicho yo, destrozo el hospital. Lo quemo. Pero ella no, y encima lo ha dejado todo como siempre, ordenadito como la casa de Marie Kondo. Yo habría lanzado hasta el sofá blanco ese por la ventana. Me acerco a su mesa.

—Se ha dejado la mochila en la silla. No se puede haber ido muy lejos. ¿Has mirado en la terraza de arriba, Miquel?

—Que no, Oriol, que se ha ido. Cesc me ha dicho que la ha visto salir del hospital.

—¿Cesc? ¿No se había vuelto a ir a Barcelona?

—Sí, pero ha venido en el vuelo de las nueve. Dice que Ona estaba muy rara y que le ha dicho que se iba a tomar un descanso definitivo.

—Claro, porque ha dimitido.

—No lo entiendes. No lo entendéis. Que está muy mal.

Me acerco a ver los papeles grapados que tiene sobre la mesa, deben de ser los de la renuncia. Los leo por encima y pego un grito.

—¡Nina!

—¿Qué?

—¡Nina! ¡Ven! ¡Mierda! ¡Joder!

Entra en el despacho a ver qué me ocurre. Roser asoma la cabeza también.

—¡Es un documento de voluntades anticipadas! ¡Su documento de voluntades anticipadas! ¡Lo ha dejado en la mesa!

Y lo agito en el aire para que lo vea. Al hacerlo, se oye el tintineo de algo que cae rebotando al suelo. Miquel se agacha a recogerlo, y cuando reconoce lo que es, entra en pánico y nos grita.

—¡Es el anillo! ¡Se ha quitado el anillo!

Se me para el pulso al oírle. Miro a Miquel y me asiente, gritándolo de nuevo.

—¡Que se ha quitado el anillo!

Los ojos se me llenan de lágrimas al entender lo que significa eso. No se va con Joan. Por eso no le cuadraba nada a Miquel.

—Nina, se va a matar. Joder, que se va a matar.

Capítulo 25

ONA
Dame mi alma y déjame en paz

Me he puesto el directo de «Insurrección» en bucle. Me encanta el sonido de ese uh-uuh que se oye al principio de la canción, mezclado con la batería. No puedo no ponerme a botar en cuanto lo escucho. Es magnífico. Este tema siempre me ha gustado, y aunque no es mi canción favorita del grupo, en vivo suena increíble. En lo demás puede que sea un desastre, pero en lo musical siempre elijo muy bien. Y esta es la mejor banda sonora para recorrer mi camino de vuelta, mi retorno al mar.

Me fijo más en la letra, hoy parece escrita para mí y tiene más significado oculto que nunca. Cada *riff*, cada palabra, cada frase me representa. Nadie es mejor que nadie, desde luego, y esa desconexión de voz que marcan en el tú-ú es perfecta, es que ese hombre lo borda. Él es el verdadero García, el auténtico, porque Oriol, el García de la isla, solo ha sido un espejismo.

Pensar en él hace que me detenga un instante en el camino de paredes secas. Me quedo mirando mi *ullastre* favorito y sigo sus ramas, desvaídas y retorcidas como ha sido siempre mi vida. Hace unos días pensé que podía volver a enamorarme. Creía que Oriol y yo éramos como esas dos ramas del árbol, que nacen juntas, se separan en mil curvas y acaban por unirse de nuevo al final,

renaciendo en ese precioso penacho cruzado de hojas verdes. Es una bonita metáfora, pero no es la nuestra. La rama que nace conmigo es mi hermano Joan, no él. Oriol nunca ha sido mi amigo, es mi némesis, y eso le ha hecho mi mejor guía. Su odio ha sido tan importante en mi vida como el amor de mi hermano, porque ha dado significado a mi existencia. Peter apareció en mi vida de niña para que aprendiera algo, y ahora, vestido de Oriol, ha vuelto a enseñármelo todo a mi adulta. No, él no me ha sido enviado para caminar junto a mí y por eso nunca lo ha hecho. Desde el principio, vino a mostrarme cuál era el mapa de mi destino, como hacen los sherpas, señalando firme y certero, sin desviarse ni un solo paso de su propio sendero.

No me había dado cuenta hasta ahora, pero mi querido enemigo ha sido dos veces mi aguja náutica. Siendo Peter me mandó al mar del Norte y ahora que es Oriol, me envía directa al fondo del Mediterráneo.

Sonrío al horizonte y vuelvo a caminar. Ya lo comprendo todo, mi destino y mis respuestas. He cumplido el cometido de mi vida y he representado bien toda mi obra de teatro. Completa. Finita. Ya no me queda nada por hacer, solo salir discreta de la escena en un mutis perfecto, azul y de espuma blanca.

Reinicio la canción dando un toque a la pantalla de mi móvil. Retales de mi vida. Supongo que eso es lo que veré cuando esté allí abajo: todos esos retazos que he acumulado en mi cabeza durante cincuenta y dos años, cosidos uno detrás de otro. Cuando mi cuerpo se quede sin oxígeno, mi cerebro empezará a morir y despertará una tormenta neuronal de recuerdos. Un maravilloso *patchwork* mullido que me arropará con los pedazos de mi vida.

Ojalá mi cerebro decida elegir solo los trocitos buenos.

Ya no tengo ninguna incertidumbre, ninguna, porque tengo claro lo que quiero, lo único que deseo: que mi alma esté por fin en paz.

En todas las vidas, en todas las historias, hay muchos días de color *beige*, días neutros en los que nada nos llama la atención y que nos parece que pasan sin pena ni gloria. Son como un relleno, como los extras de las películas, uno de esos capítulos de las novelas en los que no pasa nada relevante ni especial. Nunca solemos recordar esos días ni lo que ocurre en ellos, pero en el fondo son los más importantes; ya que solo en esa tranquilidad del *beige* podemos ser nosotros mismos y mostrar sin miedo nuestra esencia. En esa neutralidad del color están la serenidad, la paz y la auténtica felicidad.

Yo he tenido pocos días *beige*, la verdad. Mi vida ha sido una montaña rusa desde que Joan me dejó sin oxígeno al colocarse el primero para salir en el útero de mi madre. He transitado en un Dragon Khan tortuoso. Mi hermano suele decir que alternamos momentos altos con bajos, pero lo mío ha sido una caída permanente y vertiginosa hacia el infierno. Por eso ahora deseo tanto la calma y el sosiego, un aburrimiento absoluto y eterno entre los peces.

El día de Peter no fue un día neutro, y mucho menos los que le siguieron. Cuando salí del hospital me aislaron del mundo, de todos, hasta de Martina. Me había convertido en una paria y en la peor influencia para mis primos. Era la única manzana podrida de la perfecta cesta de los Muscat, y como ya no tenía una madre que me enderezara, mi padre decidió que desapareciera de su vida. Eliminó a su hija, su mayor problema, como hacía con todo lo que le molestaba: a golpes. En este caso de talonario.

—Te vas a Oxford.

—Pero si ya nos hemos apuntado en la Autónoma, papá.

—Ya no. Joan ha ido a anular tu solicitud de matrícula. Nos vamos el lunes. Tú y yo.

—Si aún es verano.

—Allí se empieza antes.

—Pero, papá...

—No hay más que hablar.

—Papá...

—Haz tu maleta, Mariona, te he dicho que no quiero oírte más. Y no volverás hasta Navidad.

Los odié a los dos. Con toda mi alma. A mi padre por enviarme allí y a mi hermano por darle la idea. Joan y yo éramos los mejores de clase y queríamos entrar en Medicina. No entendía nada. Aborrecía mi casa, mi familia, mi vida. Sin embargo, los primeros años en Oxford fueron geniales y me lo cambiaron todo. Allí me sentí libre, única, valorada y parte de algo. Aunque Joan seguía siendo un traidor con el que dejé de hablarme, el capullo había elegido muy bien mi destino.

Xavier tenía razón en eso, siempre culpo a los demás de mis problemas y de mis inseguridades. He sido muy injusta con todos.

El día de Sara tampoco fue *beige*, fue un puto desastre desde el principio. Todo salió mal. Aunque Xavier me lo había prohibido, por la mañana me fui en coche hasta Barcelona para ver a Álex, que acababa de llegar de Inglaterra. Ella estudiaba en el mismo sitio que yo, y le encantaba, como a mí. Mi marido iba a estar trabajando todo el día en Olot, así que me escapé por la autopista y me planté en una hora en el portal de la casa de mi hermano. Seguíamos sin llevarnos bien, pero siempre me dejaba ir a ver a su niña.

—Papá está arriba, dice que si quieres desayunar con nosotros.

—Ya he comido en casa, baja ya que tengo el coche en doble fila.

—Nos encantaría que subieras un rato.

—No tengo tiempo, Álex, otro día.

Pobre Joan, él siempre me ha cuidado, me ha querido y me ha tendido sus brazos abiertos. Y yo nunca he sido capaz de verlo hasta ahora. Ojalá su vida vuelva a llenarse con los mismos colores que él tenía antes de todo lo que pasó. Los mismos que tiene su hija.

Ellos siempre lo intentaban, los Muscat somos muy cabezotas.

—¿Vendréis por fiestas?

—Xavier no cree en estas cosas.

—¿Y tú?

—Nos vamos a ir unos días a la cabaña.

Adoro a mi sobrina. Se parece a mí, pero la fortuna ha hecho que su montaña rusa tenga muchos más subidones que la mía. Ese fatídico día nos fuimos juntas a la Illa a comprar cosas para Sara. Vaqueros, gorritos, baberos, juguetes. Nada de color de rosa, todo era naranja como el sol o azul como el mar. Los colores de mi preciosa niña. A Álex le pareció genial, pero me seguía criticando que no escogiese un nombre neutro, como el que ella usa ahora.

—Si no le gusta, que se lo cambie de mayor como has hecho tú, antigua Alexandra.

—Te odio. Que no te oiga nadie, por favor.

—Pues a mí Alexandra me parece precioso, pero siempre quise que mi niña se llamase Sara.

—Lo sé, por la canción de ese grupo.

—Sí, mi dulce Sara.

—¿Y si no es una niña? No te has hecho ninguna ecografía.

—Sé que es una niña. Lo sé, lo siento en las tripas.

—En las tripas, qué científico.

—Seguro que tiene alguna ciencia, muchas madres saben lo que es antes de que nazca. Algún día alguien lo demostrará.

—¿Por qué no te haces una y la vemos juntas?

—No me hace falta, de verdad.

—Él no tiene por qué enterarse. Vamos al Central, papá seguro que puede conseguir que te vean.

—No es solo por él, yo tampoco la necesito. No quiero interferir en un proceso natural.

—Ya.

Álex sabía que mentía. Yo lo estaba deseando, pero no podía hacer nada. Me moría por ver su cara, sus manitas y esos pies incansables que no me dejaban dormir. Me hubiera encantado poder hacer como todas las madres que conocía y llevar la foto de su eco en la cartera o escondida entre las páginas de mi agenda. Pero él no quería, se negaba, y yo le obedecía porque le tenía miedo, tanto que me daba vergüenza.

Creo que nadie podía imaginarse lo que me aterraba Xavier. Yo, la guerrera rebelde. Siempre he sido la más fuerte de los primos, tirando a auténtica macarra, sobre todo cuando me juntaba con Tina. Las *yupiyeis* de Poblenou y sus disfraces. No le temíamos a nada ni a nadie.

Hasta que llegó él.

Me lo presentaron en otro maldito concierto.

—Hola, soy Xavier.

—Hola.

—Me han dicho que vas a empezar Medicina en Oxford.

—Sí, en unas semanas.

—Yo estoy en segundo.

—¿Ah, sí? ¿Allí? Qué casualidad.

—Sí. Podríamos quedar algún día.

—Vale.

Xavier era guapo, listo y encantador. Casi sin darme cuenta, ya le tenía cada tarde en mi cuarto ayudándome con las asignaturas de primero. Para las de segundo ya vivíamos juntos. Me parecía un milagro que alguien tan perfecto se hubiera fijado en mí, y yo le dejaba hipnotizarme con esos ojos inmensos que tenía, tan azules como un mar de hielo. Nos casamos en un juzgado antes de acabar la carrera. Todo parecía un sueño, una novela romántica, si hasta le gustaba a mi padre. Pero Joan le caló desde el principio.

—¿Estás bien con él?

—Claro. ¿Te molesta?

—Joder, Mariona, no.

—¿Entonces?

—Te lo digo en serio.

—Estoy genial con él.

—¿Seguro?

—Sí.

—Yo te veo diferente.

—Porque soy feliz.

—Ya.

Mi hermano siempre ha sido el más listo de los dos. No recuerdo muy bien cuándo empezaron a cambiar las cosas, quizá en algún momento de África. Nos fuimos allí al poco de acabar la especialidad. Sí que me acuerdo del miedo, de lo que me asustaban los primeros gritos. Me recordaban tanto a mi padre que empecé a evitar los conflictos, cualquier cosa que le hiciera subir el tono de voz. Como nunca le gustaba mi ropa, empecé a vestir a su gusto. Me recogía el pelo, dejé de maquillarme y de llevar joyas. Pero siempre encontraba algo nuevo para enfadarse conmigo.

La casa está hecha un puto desastre.
¿Estás casada con tu familia o conmigo?
Vivimos en África, niñita de papá, esto no es Barcelona.
Vas coja porque no caminas, no le eches la culpa a la fractura.

Dejaba de hablarme cuando discutíamos sobre medicina, así que dejé de estudiar y solo aprendía lo que él me explicaba. Reírme con nuestros amigos era bronca asegurada, por lo que también dejé de hacerlo, aunque luego me reñía por ser una aburrida. Lo peor era con Martina y Joan, a ellos no los podía soportar. También se me ha olvidado el día del primer bofetón, pero estoy segura de que tuvo que ver con alguna llamada de ellos.

Todo fue yendo a peor poco a poco: su mal humor y mi apatía. Me aislaba de todos y solo me relacionaba con la gente cuando volvíamos a España. El día que me fui a dormir al ático de Martina casi me mata al volver. Esa mañana, algo me hizo reaccionar y le pedí el divorcio. Entonces él se arrodilló y me suplicó que le perdonara, llorando desconsolado. Decía que todo lo hacía por mí, porque me quería demasiado y tenía miedo de perderme. Que yo ya sabía que él tenía un trauma por lo de su madre y que por eso a veces no se controlaba. Me repitió que yo no le quería tanto como él a mí. Que él me amaba de forma incondicional, como nadie lo había hecho antes y como nadie lo haría jamás. Y yo me lo fui creyendo, vez tras vez, día tras día. Y me iba sintiendo responsable de obligarle a pegarme. Era por mi culpa, por mi comportamiento, por mi falta de amor. Siempre he sido un ser arisco, torpe, feo y antipático. Tenía mucha suerte de que alguien me quisiera tanto como para soportarme.

El problema era que sabía cómo iba a acabar todo: a los pies de una escalera, como nuestras madres.

Por eso, cuando no me vino la regla, me dieron todos los males. Yo nunca quise tener hijos y me consideraba demasiado mayor para eso, pero, sobre todo, no quería que nadie más pasara por lo mismo que yo. Así que decidí no decirle nada. Me callé. Pero me pilló las pastillas para abortar en el bolso. Gritaba como un poseso, aunque la que decía que tenía el diablo dentro era yo. Lo que llegó a decirme ese día. Pero no me pegó. Ni me rozó. Lo bueno de estar embarazada, lo maravilloso de esos meses, fue que le daba miedo zurrarme para no cargarse su semilla.

El embarazo fue físicamente muy tranquilo, pero lo que salía por su boca era peor que los puñetazos.

Las hormonas te han vuelto más imbécil. No he visto embarazada más tonta.

Estás muy gorda, no vas a poder parir si sigues comiendo así.

El embarazo no es ninguna enfermedad: deja de quejarte.

Ni me toques, no pienso follarte, estás horrible.

El día de Sara, ese horrible día, volviendo de Barcelona, me di un golpe con el coche. El conductor de delante frenó en seco, yo lo hice también y el de atrás no pudo evitar chocar conmigo. Tuvimos que parar a hacer los papeles en la cuneta y los Mossos se detuvieron al vernos. En ese momento, apareció él. Había acabado antes y tuvo que pasar por la general en ese preciso instante. Vaya mierda de suerte la mía. Me fulminó con la mirada, pero fue exquisito y amable con los Mossos y con los conductores. Se mostró muy preocupado por mi barriga, en la que se había quedado grabada la marca del cinturón de seguridad, le dio un beso y le aseguró a todo el mundo que iríamos a dejar el coche y después al Hospital de Girona para comprobar que todo estuviera bien. Cuando llegamos a casa y vio

las bolsas de la Illa en mi maletero, me dio la primera bofetada. Acostumbrada a hacerlo, me hice un ovillo en el suelo del garaje para proteger la barriga, pero no me dio más. Le rogué que me llevara al hospital para ver si estaba bien la niña, pero fue imposible.

—Se mueve menos de lo normal.

—Mariona, si se ha movido, es que está bien.

—¿No podríamos ir un momento?

—No.

Por la noche, me despertó el dolor. Era como un retortijón enorme que me abría la espalda en dos, como si me arrancaran la médula espinal tirando de la cabeza. No imaginaba que una contracción pudiera doler tanto. La barriga se me puso como una piedra. Ya había cumplido treinta y ocho semanas, así que podía ser perfectamente el inicio del parto. Le desperté. Me hizo un tacto vaginal para ver si había dilatado. Eso me hizo hasta gracia, hacía meses que no me tocaba y ahora me metía los dedos hasta la garganta.

—Estás de parto.

—Pues vámonos al hospital, Xavier, por favor.

—No, a saber lo que te hacen allí.

—Solo para escuchar el latido.

—Te ingresarán. Te pondrán fármacos. Yo quiero que mi hijo nazca aquí, en el campo y de forma natural.

—Pero solo es para que vean que todo va bien, por favor. Que me hagan un monitor y nos volvemos para casa.

—No, Mariona, estás de parto, nos van a obligar a ingresar.

—En el Hospital de Girona me conocen, me dejarán irme si se lo pido.

—No.

—Y si no quieren, pedimos un alta voluntaria.

—Que no, si no hace falta. El niño se mueve y tu embarazo ha ido bien. Yo sé que tú vas a ser capaz de parir como una leona.

Se lo supliqué toda la noche. Yo ya lo sabía, ya lo había notado, pero no quería reconocerlo. Sara había empezado a irse en esa primera contracción. Me había dolido demasiado. Había durado demasiado. Como las otras fueron más tolerables, pensé que me había equivocado, hasta que empecé a sangrar.

—Xavier, por favor, llama a la ambulancia, esto es un desprendimiento de placenta.

—No seas exagerada. Es el cuello que se está dilatando.

—No, de verdad. Me duele mucho otra vez, creo que me estoy mareando un poco.

—No sabes aguantar un parto.

Eso es lo último que recuerdo. Mis venas se quedaron sin sangre y mi cerebro se desconectó de la realidad.

Cuando desperté en la UCI, me lo encontré pegado a mi cama, sujetándome la mano. Sus ojos azules no se separaban de los míos y todos los sanitarios decían lo maravilloso que era mi marido, que no se había movido de mi lado en todo el proceso. Había mostrado mucha entereza y valor ayudando a los médicos en la ambulancia.

Lo primero que me dijo fue todo lo que me quería y lo que se había preocupado por mí. Yo no le contesté. Solo tenía una pregunta que hacerle y me respondió que no, que ella no había sobrevivido.

Ella. Era una niña. Le pedí verla, pero también me lo negó. Dijo que ya la habían incinerado porque yo llevaba dos días intubada, y que era lo mejor para mí. Que así me había ahorrado sufrimiento y que él ya lo había pasado todo por mí. Él y la manía de todos los hombres de mi vida de decidir qué es lo mejor para mí. Malditos héroes de mierda. ¿Pero qué coño sabrán ellos lo que necesitamos? A mí me daba igual que fuera peor o mejor, yo solo quería besar a

mi niña muerta, aunque no me mirase o estuviera helada. Como si hubiese estado podrida, era mi niña, mi Sara, mi dulce Sara. Yo necesitaba despedirme, abrazarla, decirle todo lo que la quería, ver su cara preciosa. Quería pedirle perdón por no haber podido hacer nada más por ella. Por haber permitido que pasara por eso. Quería quererla.

Pero no me dejó, no me dejaron y mi bebé se esfumó mientras yo dormía.

Sara se escapó de nuestro lado, huyó, y muy bien que hizo. Menuda familia le habría tocado de haber sobrevivido.

En la planta de hospitalización, me dijo también lo de mi útero. Se había ido con mi niña. La verdad es que eso me dio igual, no me supuso ningún trauma. Mejor no tenerlo. El mundo me parecía tan horrible que lo último que quería era traer con él a otro ser inocente a este infierno.

Lo único bueno de toda esa mierda fue que dejó de ponerme la mano encima de forma definitiva y en todos los sentidos. Me apartó de él y empezó a echarme la culpa de todo: de haber cogido el coche ese día, de no saber conducir ni parir, de ser una deforme por mi pelvis rota, de haberme quedado estéril. Empecé a darle asco y me lo demostraba cada día. Ya no me quería.

Un perito vino a hablar conmigo cuando me dieron el alta. El Colegio de Médicos había denunciado a Xavier por imprudencia temeraria, pero yo les dije que no recordaba nada de lo que había pasado. Y era cierto, me dolía tanto el alma que no podía ni pensar en el presente, como para volver a hurgar en ese pasado. Lo de la denuncia fue cosa de mi hermano, que se había pasado la semana de la UCI yendo y viniendo con Martina de Barcelona a verme de lejos, porque entonces yo no me hablaba con nadie y Xavier dio orden de restringir mis visitas. La demanda no llegó a juicio, porque

cuando lo citaron a declarar al juzgado ya estaba en África y nunca más volvió de allí, hasta ahora.

Después de que él se fuera, intenté volver a trabajar. Ya me habían ofrecido varias veces hacer guardias de Ginecología en el Hospital de Girona, así que acepté. Martina ya estaba en Londres, pero yo no quería cruzarme con mi hermano, así que Barcelona no era una opción. No quería hablar con ellos. Ya hacía bastante contestando con un «ok» a algunos de sus mensajes.

Trabajar en Girona fue toda una experiencia, ya que hasta entonces solo había ejercido de ginecóloga en África, y por esa época, cuando volvíamos a Girona, solo nos dedicábamos a la alternativa, y Xavier no me dejaba ni oler un hospital. Los odiaba.

Me gustó mucho trabajar allí. Nadie se metía en mi vida y todo estaba perfectamente organizado y protocolizado. Estuve muy bien una temporada, pero las guardias, sobre todo los partos, acabaron por remover demasiado mis heridas y opté por dejarlo. Entonces me encerré en casa y dejé de comer. Joan me arrastró a una consulta de Psiquiatría para que me tratasen. Aproveché las pastillas que me dieron para construirme una salida rápida de este mundo, pero me salió mal. Mi hermano me encontró y me metió los dedos hasta la garganta. Me ingresaron en Salud Mental un mes. Joan me trajo un Kindle cargado de novelas y libros de autoayuda que me hicieron más efecto que las pastillas. Al principio no quise abrirlo, no quería nada que viniera de él. Pero Álex me lo pidió. Volví a devorar libros. Y, además de literatura, me lancé a leer psicología y medicina integrativa. Dejé las pastillas y me puse a estudiar. Y en el primer congreso de humanización terapéutica me encontré con Nina. El bendito Kindle de mi hermano fue el que me trajo a esta isla, mi maravilloso paraíso y mi destino.

Ya he llegado a mi lugar en el mundo, abro la puerta y vuelvo a dejar las llaves tras la maceta. Así, Joan y Álex podrán entrar y quedarse a dormir esta noche. Martina está en Barcelona, igual hasta se apunta. Creo que no dejo muchas cosas en la nevera, pero siempre pueden pedirse algo. Ahora la casa será para ellos y sé que la aprovecharán muy bien, a los tres les encanta la isla. Ojalá la disfruten tanto como yo.

Reviso que todo esté en su sitio, como cada día y por última vez. Miro las paredes, es la casa más bonita que he tenido. He sido muy feliz aquí, más que en ninguna parte y más que nunca, sobre todo en esta última semana. Rodeada de estos muros blancos, he vuelto a creer que el dolor podría marcharse de mi vida y que podía volver a darle una oportunidad a mi corazón. En fin, aunque haya sido un espejismo, lo de Oriol ha merecido la pena y no me lamento. Las emociones son tan unilaterales como los orgasmos. De nadie más. No me arrepiento, porque las he disfrutado y me las llevo conmigo con todos los buenos recuerdos.

Empiezo a rebuscar en los cajones de la cocina, intentando no desordenarlos. Juraría que me quedaba alguna brida de cuando hicieron las obras. Sí, aquí están, son transparentes. Esta vez no fallaré.

Abro el ventanal. Lo dejaré entreabierto por si no encuentran la llave. Si saltan el muro como Oriol, también podrán entrar en la casa desde aquí.

Me descalzo y me despido de mis preciosos cactus, no me van a echar de menos. Como el resto del mundo, podrán vivir perfectamente sin mí.

No sé cuánto me durará la música en los AirPods, espero que lo suficiente. Quiero estar acompañada. Nací con Joan y moriré con

música.

Dejo el móvil sobre las rocas y cambio la canción. Mi querido disco rojo. El Último para el último instante de mi vida. Me habéis acompañado siempre. Pongo en modo bucle «Cuando el mar te tenga» y subo el volumen a tope. Me quito la ropa y ajusto las tres bridas, una en cada muñeca y otra uniendo las dos. Tengo que usar los dientes, pero me ha quedado bien. Así no podré nadar, aunque lo intente.

Miro el horizonte. Hay muchas olas y mucho viento. Sobrecoge sentir sobre mi piel toda esa fuerza, todo ese poder sin control. Las plantas de mis pies acarician la piedra fría y se despiden de ella. Llega el momento de fluir, de rendirse, es mi hora. Inhalo profundo. Exhalo todo. La tramontana ruge y levanta toda la espuma del mar, como en la canción. Respiro de nuevo. Que hable el mundo y calle el hombre. Los hombres. Mis hombres. Todos. Que se callen de una puta vez. Cojo de nuevo aire y salto.

Dentro del agua abro los ojos, no quiero cerrarlos, quiero verlo todo. El agua está helada, pero la luz del sol llega hasta el fondo. Sus rayos se abren en abanico hacia la arena, como el plisado del vestido azul de mi madre. La inmensidad del agua me emociona, y aunque el sonido de la música empieza a apagarse, en mi cabeza sigue sonando la canción. Sonará eternamente porque el mar ya me tiene.

Capítulo 26

ORIOL
Vuela al viento, espuma del mar

Todo el mundo se ha puesto a dar gritos y a moverse como loco por el pasillo de Integrativa. Los fisios, Lluna y un par de pacientes han salido de sus cubículos y no entienden nada de lo que está pasando. Miquel solloza, no para de repetir que Mariona está muy mal. El departamento de la calma se ha convertido en un guirigay de gente y gritos.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ocurre?

—¿Qué dices?

—Está fatal. ¡Fatal!

En medio de todo este caos, Nina me coge de los hombros y me sacude con fuerza. Me repite por enésima vez lo mismo.

—¿Pero qué estás diciendo, Oriol?

No sé si no me cree o no quiere creerme.

—¡Que se va a matar, Nina, que Mariona se va a suicidar! ¿No lo ves? ¡Ha dejado el anillo! ¡Y la mochila! ¡Está claro!

Miquel asiente compulsivamente. Acaba de recoger todas las hojas que yo he tirado al suelo y las ha dejado ordenaditas en el escritorio de Mariona, como si eso fuera a solucionar algo. A mí desde luego no me calma, estoy cada vez más nervioso.

—Sí, Nina, sí, ella no se lo quita jamás. ¡Jamás!

Se le cae un lagrimón mientras lo dice. Tiene el anillo de Ona en la mano y lo está apretando entre sus dedos. Me acerco a mirarlo. Es un anillo de plata ancho y muy sencillo, estoy harto de verla dándole vueltas en el anular. Cuando barrunta algo, lo gira con el pulgar o con los dedos de la otra mano. Nunca se lo saca, ni para dormir, y ahora se lo ha quitado y lo ha dejado abandonado en la mesa, con esa mierda de voluntades. Es que me va a dar algo. Miro de nuevo a Nina.

—Ella me dijo que solo se lo quitaría el día que supiera que iba a morir.

Miquel me lo corrobora y Nina sigue sin creernos.

—¿Os ha dicho eso ella? ¿A los dos? ¿Qué solo se lo quitaría para morir?

Asentimos los dos a la vez.

—Sí, si lo ha dejado es porque sabe que va a morir.

—Sí, Nina, por eso estaba así.

—Nina, lo sabe porque lo va a hacer, y todo es culpa mía.

—¡No sabemos nada! ¡Calma!

Nina respira hondo y abre la mochila de Mariona. Mete la mano y saca un sobre.

—Pone «Para Abril». Bueno, su cumple es en nada, debe de ser por eso.

—Ábrelo —le ordeno, y el corazón me late a mil.

Al abrirlo, Miquel suelta un grito que nos desgarra.

—¡Es su piedra! Joder, que nunca va a ningún lado sin ella. ¡Que se la ha dejado a la niña! ¿No lo veis? Que se va a matar. ¡Por favor, haced algo ya!

Ahora es Roser la que se ha puesto a llorar. El alma se me está deshaciendo y el corazón se me sale por la garganta. No sé si llorar

o vomitar.

Le tiendo la mano a Miquel para que me deje ver el anillo, y él me lo da, depositándolo como si fuera un tesoro sobre mi palma. Dentro está grabado el nombre de Xavier y una fecha, pero también pone Sara. Debe de ser así como se llamaba el bebé.

—Sara.

—Su hija.

—¿Tú lo sabías, Nina? ¿Sabías lo de Sara?

—No, solo sabía lo de Xavier en África.

—Joder.

Aprieto los labios. No paro de pensar en todo lo que le he dicho antes. Soy lo peor, soy un monstruo. Su marido casi se la carga, pero yo he sido tan hijo de puta que se va a matar por mi culpa, porque soy un imbécil que no piensa las cosas. Me gustaría poder retroceder en el tiempo y coserme la puta boca. Nina me pone la mano en el hombro y yo cierro los ojos intentando no llorar. No lo haré. No me lo puedo permitir, tengo que parar esto. Me pongo el anillo de Ona en el dedo meñique y les grito a todos.

—Vamos. ¡Hay que encontrarla! ¡No podemos perder más el tiempo aquí!

Roser me corea.

—¡Sí! ¡Vamos! ¡Tenemos que pedirle disculpas!

Miquel asiente y se quita la bata.

—¡Tenemos que pararla, por favor!

Nina coge su bolso y se dirige a la salida. Me mira desde el marco de la puerta.

—¿Pero a qué sitio?, ¿a dónde coño vamos, Oriol?

—¡A Sol del Sur!

Si lo hubiera sabido hace cuarenta años, también habría corrido para salvar a Maica. Pero ese día Cesc y yo íbamos sin prisa, ilusionados y tranquilos, sin imaginarnos lo que a mi madre le estaba pasando por la cabeza. En realidad, no sabíamos absolutamente nada de ella y por eso nos habíamos inventado un cuento precioso, una historia la mar de romántica. Pero la novela de Maica no iba de ningún romance, su libro siempre fue una tragedia barata, un puto drama sórdido y sucio.

Tenía muchas ganas de encontrarla, de verla, de hablar con ella. Solo quería un porqué, que eligiera una de los millones de excusas que yo me había ido imaginando durante dieciocho años. Tenía que haber una, una importante, una tan lógica que no me dejara lugar a dudas. Y esa razón me explicaría por qué se fue, por qué me dejó tirado a pesar de lo que me quería. Tenía que saberlo y convencerme. Así mi vida cambiaría.

—A veces es mejor no saber algunas cosas, Oriol.

—Cesc, yo necesito saberlo, así lo entenderé. La perdonaré y podré quererla.

—Creo que no es a ella a la que tienes que perdonar y querer.

—¿A quién, entonces?

—A ti.

—No digas chorradas.

—No lo son, Oriol.

—La americana esa te ha sorbido el seso.

—Tú también deberías leer a Louise Hay.

En esa época a Cesc le volvían loco esos libros hippies. Supongo que le ayudaba con lo suyo, pero yo solo tenía una cosa que solucionar y era encontrar a mi madre. Había rebuscado en los papeles de mis abuelos, cartas o tarjetas, pero no había conseguido nada. Ni lo habría hecho jamás si no se lo hubiera pedido a Cesc. En

aquel entonces su padre podía conseguir de todo y él le pidió que encontrara a Maica. No pasó ni una semana y ya tenía su dirección y su teléfono.

—Oriol, lo tengo. ¿Estás seguro?

—¡Claro! ¡Dámelo!

La llamamos. Se había cambiado el Maica por Selena, y vivía con un tipo en una urbanización que estaba algo lejos de Barcelona, así que decidimos ir los dos en autobús. Cesc no quería dejarme ir solo.

Su voz me pareció bonita, creo que era por las ganas que tenía de escucharla. Hablaba muy lento. Le dije que solo quería conocerla, que no le pedía nada más que eso.

—Oriol. Es un nombre muy bonito.

—Gracias.

—Mi abuelo se llamaba así. Murió en la guerra.

—Lo sé. La abuela me lo puso por eso.

—¿Te pareces a él?

—Ella decía que sí.

No me preguntó por ellos. La abuela hacía unos años que ya no estaba. Al abuelo no se me ocurrió decirle nada, sé que no me hubiera dejado ir a verla.

A Maica me la había imaginado alta, elegante, como en las fotos que tenían con ella los abuelos en el salón. Sacudiendo ese pelo castaño y ondulado que la abuela decía que había heredado de ella. La visualizaba sonriendo, abriéndome la puerta de su casa y mirándome de arriba abajo con los mismos ojos orgullosos que le ponía la tía Aminata a Cesc. Soñaba con un beso suyo, con un abrazo que me haría llorar de amor y de emoción. Pero mi madre no me dio nada de eso, solo un despojo mustio y macilento sobre el sofá del salón, con las venas de los brazos abiertas. Cesc se las apretó con los trozos de su camiseta. Yo lloraba y él gruñía.

Intentamos reanimarla con lo poco que sabíamos entonces, pero no hubo manera. A Maica no la mataron sus venas abiertas, sino todo lo que se había metido en ellas antes.

No se quiso despedir de mí. En realidad, ni siquiera había llegado a saludarme.

Me he puesto en el asiento de atrás con la cabeza pegada a la ventana para distraerme con algo y no ponerme a llorar. He llamado a Cesc tres veces, pero no me contesta. Vamos en el Mercedes de Nina, pero lo va a conducir Miquel, ella lleva demasiado tacón y yo estoy de los nervios.

Roser se ha metido en nuestro coche y el resto nos van a seguir en comitiva con los suyos. Ona no se podrá creer la que hemos montado para ir a buscarla. Pensemos en positivo, como dice Cesc, espero que sí, que nos vea. Por favor, que todo acabe en unas risas y me haya equivocado.

—¿Nina, puedes avisar por la central? Cesc no contesta, no debe de llevar su móvil.

—Ya verá los mensajes.

—Pero pide una ambulancia por si acaso.

—No puedo pedir una ambulancia por si acaso, no sabemos si ha pasado algo.

—Pero puede pasar, Nina, y si pasa, tienen que estar ahí.

—Esperemos que no pase, y si es que sí, los llamamos.

—¿Pero no podrías...?

—Calla y ponte el cinturón.

—Pero Nina...

—Oriol, que te calles. Miquel, deja de llorar y vuela.

Me he golpeado en la cabeza con el giro que ha dado el coche al entrar en la general.

—Adelanta a esa tortuga y pisa a fondo hasta el desvío.

Nina está a mi lado y no calla, no para de dar instrucciones a Miquel. Ahora me mira y me pone la mano en el muslo, que no para de movérseme.

—Tranquilo. Que no va a pasar nada.

—Nina, qué imbécil soy.

—Sí, lo eres, pero ahora no pensemos en eso.

—Es que como le pase algo, me muero.

Lo estoy diciendo en serio y creo que Nina se está dando cuenta. Si ella desaparece, yo me mato. Pero después de ella y sin esperar un segundo. Si se tira, yo iré detrás. Nunca había estado tan agobiado ni tan arrepentido de algo. Mariona me ha abierto su casa, me ha salvado la vida, me ha hecho sentir cosas que ni conocía, y yo solo he sabido hacerle daño y fastidiarle la vida desde el principio. Por favor, que estemos a tiempo. No puede hacer esto. No puedo haberla hecho hacer esto.

—¿Estás seguro de que se ha ido a su casa y no a otro sitio, Oriol?

—Seguro. Lo va a hacer allí detrás, en las rocas, donde la escalera. Se va a tirar desde allí.

—¿Cómo estás tan convencido?

—Porque lo hemos hablado.

—¿Qué? ¿Habéis hablado de cómo suicidaros?

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar por la ventana. ¿Por qué vive tan lejos, coño? El camino no se acaba nunca.

—Yo alucino con vosotros. No me extraña que os hayáis liado. ¿Y tú también te ibas a tirar de allí?

—Sí. Y te juro que lo haré ahora mismo como no lleguemos a tiempo para salvarla.

—Llegaremos.

He vuelto a llamar a Cesc y a Mariona. Salta el contestador en los dos teléfonos. A él ya le he enviado mil mensajes. Por favor, que no haya salido a ninguna urgencia, que sea él el que venga aquí. Si alguien puede salvarnos a los dos es él. Cesc es capaz de salvar a todo el planeta. Le necesito a mi lado, siempre le he necesitado junto a mí.

Cuando se lo llevaron de la isla, yo creí que me moría. Nos quedamos solos el abuelo y yo, y el pobre no sabía qué hacer para consolarme.

—Oriol, no llores, vendrá en vacaciones.

—¿Pero por qué no puede seguir estudiando aquí?

—Porque su padre le quiere con él, en Barcelona.

—¿Y por qué no le ha querido hasta ahora?

—Porque no sabía que existía.

—Pues vaya mierda de padre.

—¡Oriol!

—Tú eres mucho mejor padre que ese.

Desde luego que el abuelo era mucho mejor padre para Cesc y para mí que el Xarly. Pero Carlos José Jiménez estaba tan forrado como arrepentido y se desvivió por su hijo perdido. Le dio de todo, y a mí también, de rebote, porque gracias a él pude estudiar sin ahogos en ese piso que le regaló en Ronda Sant Antoni. A esa habitación habría llevado yo a mi Kampanilla si las cosas hubieran pasado de otra manera.

Me muerdo el puño mientras veo cómo pasan uno detrás de otro los *ullastres* del camino. A ella le encantan esos árboles tan típicos de la isla, sobre todo los que más ha retorcido el viento. Busco su silueta en el arcén. Ojalá se haya entretenido mirando uno de ellos. Que se haya parado a mirarlos como hace siempre y no le haya dado tiempo a llegar. Hay un montón de gente caminando y nadie es ella. Los odio por no serlo. Por favor, que lleguemos ya, que me estoy muriendo de angustia.

Nina me coge de la mano, pero ya no hay nada que me calme.

—Llama ya al Cero, Nina. Cesc sigue sin dar señales.

—Ya te he dicho que no puedo aún. No sabemos si es verdad que se va a tirar, igual nos la encontramos tomando café.

—¡Pero si no contesta al teléfono!

Miro el móvil y vuelvo a llamarla. De nuevo, el contestador.

—Tened fe. No está tan loca.

Miquel se gira para mirar a Nina.

—¡Sí que lo está! Y se va a tirar, yo también estoy seguro. Todas esas cosas que me ha dicho eran por eso.

Me enfado al ver que desacelera para hablar con Nina.

—¡Tú calla y corre!

Roser habla por primera vez.

—No puede correr más, Oriol. Si no, nos vamos a matar nosotros. Y si es verdad que se va a tirar, tenemos que llegar vivos para impedírselo.

Miquel grita mientras acelera.

—¡Que sí es verdad! ¡Que se va a tirar! ¡Que ella es así! ¡Vosotros no la conocéis bien!

Nina se cae sobre mí al tomar la curva de entrada en el camino de la urbanización.

—Nina, llama ya al Cero.

—Oriol, que no sabemos aún si...

—Díselo al menos por el interno. Que estén pendientes.

—Ya se lo he dicho. Tranquilo. Llegaremos a tiempo, ella no corre tanto.

Que ya se lo ha dicho. Ella dice que no, pero siempre va por delante. Les ha enviado un mensaje y yo ni me he enterado. Pero les ha avisado. Eso es que sabe que tengo razón.

—Ha pasado demasiado tiempo, Nina. Teníamos que habernos venido antes.

Me suena el móvil. Mierda, es Joan. Se lo enseño a Nina.

—No contestes. Se va a poner histérico y no podrá hacer nada.

Rechazo la llamada. Al cabo de dos segundos, Joan llama a Nina. Me enseña su móvil.

—Eso es que ya lo sabe.

—¿Qué va a saber?

—Se lo debe de oler por algo. Son mellizos.

Ella también rechaza la llamada, ahora se ha puesto más nerviosa y mueve la pierna como yo. Ya no soy yo solo el loco.

—Nina, por favor. Que no haya llegado a casa, por favor, que no se haya tirado.

—Oriol, tranquilo, que llegaremos.

Rompo a llorar desconsolado encima de su hombro.

Por fin estamos llegando a su casa, no han pasado ni diez minutos desde que hemos salido del hospital, pero creo que han sido los más largos de toda mi vida. Estoy aterrado porque no he podido ver su silueta en el horizonte y a ella siempre se la ve desde aquí por encima del muro. Me estoy temiendo lo peor.

Miquel está conduciendo tan rápido que, al llegar, el coche derrapa descontrolado sobre la gravilla. Roser y Nina gritan asustadas con las manos en las agarraderas del coche y pensando que vamos a volcar. Yo ya he abierto la puerta antes de que frene y me he estampado contra el suelo. Salimos los cuatro como locos hacia la puerta de la casa de Mariona y, sin dudarlo, le pego un patadón para romperla y entrar. Grito porque me he destrozado el pie, pero no consigo abrirla. Cuando me giro agobiado para mirar a Nina, ella ya ha sacado las llaves de debajo de la maceta y me está diciendo todos los sinónimos que conoce de bestia y de imbécil. Entramos corriendo, llamándola a gritos, pero no está. Ni rastro de ella dentro de la casa. No sé qué esperaban, yo tengo claro dónde ir a buscarla. Camino rápido hacia el ventanal y se me escapa un sollozo al ver su pelo blanco.

—Está ahí.

Vienen los tres a la ventana. Nina suspira a mi lado.

—¿Lo veis, exagerados? Está en las rocas, como siempre: en pelotas y mirando el mar.

Miquel asiente, Roser suspira y yo grito porque me doy cuenta al instante de que algo va mal.

—¡No! Ella siempre se sienta en el borde de la roca. Solo se pone de pie para saltar. Joder, creo que lleva atadas las manos. Va a tirarse ahora. Os lo dije. ¡Va a tirarse!

Salgo por el ventanal y echo a correr hacia el acantilado gritando su nombre. No se gira, debe de llevar puestos esos putos AirPods de mierda. Que me mire, por favor, que me mire. Mariona, joder, gírate.

Justo cuando llego a su altura y estoy a punto de tocarla, se tira. ¡Se tira! Se ha hundido. No me ha oído. Ni se ha dado cuenta de que yo ya estaba a su lado y se ha ido. Me quedo paralizado un milisegundo, mirando el móvil apoyado en una piedra y con el

nombre en pantalla de la canción que está sonando: «Cuando el mar te tenga», de El Último de la Fila. Yo hubiera elegido la misma.

Nina llega al mismo tiempo que yo y también se fija en eso.

—Hasta para matarse. ¡Tírate a por ella, imbécil! ¿A qué coño esperas?

Oigo a Roser y a Miquel gritando histéricos que me tire. Y lo hago. Me tiro. De cabeza y sobre la misma espuma que ella nos ha dejado de despedida. No me he dado cuenta de que aún voy completamente vestido y sacudo los pies para poder nadar. Mis pobres Jaime Mascaró se deslizan suavemente hasta el fondo del mar.

El agua está helada. Abro bien los ojos y la busco entre las rocas. No la veo, mierda, no la veo. No se ve nada. El mar está superrevuelto con este viento y estas olas. Por favor, tengo que encontrarla. Por fin atisbo su pelo blanco flotando abajo del todo, donde deben haber ido mis zapatos, parece una medusa. Ya distingo su cuerpo desmadejado, ahí está, se mueve como una muñeca de trapo. Mierda. La corriente la está golpeando contra el peñasco. Buceo hacia ella buscando sus manos, no sé qué mierdas lleva en las muñecas, no puedo tirar de allí. Le tiro del pelo hasta que puedo cogerla de las axilas, está inconsciente. Se ha debido de dar en la cabeza. Espero que haya hecho un espasmo y no haya aspirado agua. Jalo de ella hacia arriba. Nado como puedo, la ropa me pesa un montón, pero la tengo que sacar, como sea, ya veo la escalera de cuerda.

Cojo una bocanada de aire al llegar y saco su cabeza del agua.

—¡Ayudadme, la tengo!

Nina grita de alegría y se acerca al borde de la roca.

—¡La tiene!

—¡Ayudadme a subirla!

Roser y Miquel se arrodillan y tiran de Ona hasta dejarla tendida sobre las rocas. Yo los ayudo empujando desde abajo, haciendo fuerza con los pies descalzos en los nudos de la escalera. Oigo a Nina hablar por teléfono.

—Ven pitando, Cesc, Oriol la ha sacado del agua y está inconsciente. Sí, azul como un pitufo. Ahora lo mira. ¿Late?

Le toco el cuello, está gélido.

—¡Sí!

La oncóloga le coloca la cabeza de lado y mira sus pupilas y sus manos.

—¿Lleva una brida?

Miquel le responde.

—Tres.

—¿Tres? ¿Para qué?

—No sé, para asegurarse de no nadar, supongo.

No hago caso a lo que dicen, que lleve una brida o cincuenta, yo solo quiero despertarla. Y que venga Cesc. Tiene pulso, pero es muy débil, apenas un hilillo. Tiene que aguantar. Aguanta, por favor. La piel de los labios es violeta, están totalmente cianóticos. Le golpeo las mejillas.

—Ona, Ona.

No me responde. Su pelo blanco destaca en la piedra. Dios, hasta así está preciosa. Por favor, mi amor, no te mueras. Sigue sin dar señales de nada.

Vuelvo a darle golpecitos en la cara, esta vez más fuerte.

—Ona, Ona, por favor, Ona.

Hace un pequeño amago de respirar, sus labios palidecen y Miquel da un grito.

—¡Está sangrando!

La herida de la frente se ha puesto a sangrar a borbotones y su pelo se está tiñendo de rojo. Debe de tener más heridas en la cabeza.

—¡Haced compresión en las heridas!

Solo le faltaba esto, con toda la sangre que perdió en el accidente. Roser pone las manos en la frente de Mariona y aprieta con fuerza. Miquel busca más heridas de la cabeza y hace lo mismo.

Vuelvo a darle en las mejillas.

—Ona, Ona, por favor, espabila.

Cuando le tomo de nuevo el pulso, me bloqueo.

—¡Está en parada! ¡Mierda, no! ¡No!

Miro al cielo, luego a la casa, Roser grita y Miquel chilla llamando a Nina.

—¡Está en parada, Nina!

—¡Reanimadla! ¡Oriol! ¡Hazle RCP, cojones! ¡Que Cesc está llegando!

Reacciono y empiezo a reanimarla como un loco.

—No te mueras, Ona, no te mueras. Yo ya no podré vivir si no estás tú. Quédate conmigo, por favor.

Comprimo las treinta veces que tocan, o eso creo, y le insuflo aire en la boca. Miro a Roser. Le está apretando con una mano la herida de la frente y tiene los dos dedos de la otra en su cuello, comprobando el latido de su carótida. Niega con la cabeza. Suelto un gemido y vuelvo a presionar con más fuerza su pecho con mis dos manos unidas. Espero no romperle nada. Estamos todos callados y, aparte de las olas, solo se oyen mis gruñidos del esfuerzo y los sollozos de Miquel. Ella sigue inerte. Nada. Ni una pista de vida. Roser sigue negando con la cabeza y le he pedido que haga las insuflaciones ella, yo no voy a parar. Me van a tener que arrancar los brazos porque no pienso separarme de ella. Sigo comprimiendo sin

parar. De reojo, veo que todos los jefes han llegado y se aproximan. Por favor, que llegue ya Cesc en su ambulancia y la salve.

Capítulo 27

ONA
Duérmete al arrullo de la brisa

El murmullo de su respiración. Sí, puede que me haya sugestionado con la letra de la canción que he escuchado antes de saltar, pero lo que he visto ha sido eso: a Oriol roncando plácidamente en mi lado de la cama. Su cara relajada y todas esas arruguillas que la adornan se han convertido en el último retal de mi vida, la clausura de mi álbum de recuerdos.

Mi hermano dice que para el último viaje solo te llevas lo bueno. Supongo que, a pesar de todo, Oriol me ha dado más cosas buenas de las que pensaba. Podría haber llegado a enamorarme.

Después de verle dormir sobre mi almohada, todo se ha fundido a negro, como en el final de una película. Yo esperaba entonces el apagón, la paz de un dormir sin sueños, pero no ha sido así. Ha aparecido una luz blanca, ascendiendo desde un túnel cavado en el fondo del mar. Es una luz preciosa, que al mirarla te hace sentir muy bien. Produce un resplandor brillante, muy intenso, pero no ciega ni molesta a los ojos, es muy agradable y me relaja. Siento paz.

Estoy viendo a mi madre a lo lejos, esperándome en el fondo de ese camino luminoso. Mi madre, preciosa con su vestido azul plisado. Me sonríe y eso es muy raro de ver. Me hace sonreír también a mí. No sé si es que ya me he muerto o están apareciendo

ahora los archivos más antiguos de mi memoria. Es bonito. Debo de estar en medio de ese último diluvio de recuerdos, los chispazos postreros de las conexiones de mi cerebro.

Tengo la sensación de que he pasado mucho tiempo mirando a mamá y por eso, sin darme cuenta, mi cuerpo se ha acabado por meter en esa agua brillante. Mi carne se mezcla con la luz y siento mucha paz, flotando fundida en el río de luz tibia. Esta es el agua serena que somos todos, ahora lo sé y lo entiendo, todos somos uno, no existe el tiempo ni la distancia, fluimos en agua. Deseo con toda mi alma formar parte de ese conocimiento líquido y convertirme en una gota de luz ingrávida y sin nombre. Me dejo hundir de mi nada al todo y me duermo. Al fin. En calma.

¡No! ¿Por qué me tiráis del pelo? ¿Dónde me he ido? No, eso no, por favor. No quiero ningún recuerdo de mi padre ni de Xavier, quiero ir a ese túnel con mi madre, al río, con todos los demás. ¿Dónde están las gotas? ¿Dónde está mi camino? Mamá se ha ido y esa nueva luz que aparece no me gusta, está helada y me molesta mucho en los ojos. Ya no hay paz, ya no hay calma, tengo frío, siento mucha pena y quiero llorar. Me han dado una bofetada, me están pegando otra vez y me riñen. No me grites. ¿Por qué me duele todo?

Noto que Oriol me está besando, pero no quiero que lo haga. No quiero besarte. No me empujes así. No me pegues. Me está doliendo el pecho. Y los ojos. Quiero que me dejes en paz. Quiero volver allí, con mi madre. Otra vez me fundo a negro.

Me duele mucho la cabeza. No puedo abrir los ojos, hay algo que me los tapa. Tampoco puedo mover los brazos ni las piernas, me pesan

demasiado. Es como si tuviera una losa caliente encima. Quiero gritar, pero no consigo que me salga la voz, tengo la boca cubierta. No entiendo qué ocurre. ¿Estoy prisionera? No recuerdo qué me ha pasado ni dónde estoy. No sé por qué estoy atada así. Creo que andaba perdida y triste, pero se me ha olvidado la razón. Estaba durmiendo y alguien me ha despertado. Piensa, Mariona, piensa. Igual aún estás dormida. Voy a descansar, me vuelve a entrar sueño.

Iba a la sesión, sí, iba a la sesión del hospital. Creo que no he llegado a entrar. He parado a vomitar porque algo me ha sentado mal. Debe de ser eso, me he puesto mala, quizá sea un virus, en las noticias dijeron que había una nueva variante de viruela. Joan me ha pedido que trabaje con él y aún no lo he decidido. Miquel lo sabe. Empezaré a media jornada, pero sé que si voy acabaré por quedarme allí. Se lo tengo que decir a Oriol. No le va a gustar, pero he de irme. No quiero verle morir como a Xavier. En él sería demasiado doloroso. No sé cómo se lo voy a decir. No me atrevo, pero lo tengo que hacer. Me duele la cabeza.

¿Por qué no soy capaz de abrir la boca? Creo que tengo atadas las manos y los pies. Y los ojos. Puede que me hayan secuestrado. ¿Me habrán enterrado viva? Los chicos decían que aquel coche iba a por mí. Igual me han atropellado otra vez. Quizá ha sido cuando iba a la sesión.

Oigo muchos gritos y gente corriendo. Se insultan. Se echan la culpa de algo. Piden sangre de mi grupo. Debemos de ser más personas en el accidente. No puedo hablar para decirles que yo soy cero negativo, podrían utilizar la mía. Quiero decírselo. Podéis tomar mi sangre, yo soy como una bolsa de emergencia, tengo la sangre que vale para todos. Intento moverme para decírselo, mi cuerpo se

mueve y entonces gritan más. No se dan cuenta de que quiero hablar. No reconozco a nadie, me estoy poniendo muy nerviosa, vuelvo a intentar moverme y hay más gritos. Me hundo otra vez entre las sombras.

Tengo mucho sueño, pero quiero despertar de esta pesadilla. Oigo el pitido de un monitor. Esto ya me ha pasado antes. Sigo soñando. Creo que he vuelto al día del accidente de coche y por eso me duele tanto la cabeza. Me van a estallar los ojos.

Siento el ritmo de un corazón. No, no es el día del atropello. Mi frecuencia era mucho más rápida ese día y hoy está baja. Sesenta, tal vez. Ahora sube. No oigo más monitores a mi alrededor. Ahora hay un pitido. ¿Habré tenido otro accidente? Yo iba a la sesión. No he llegado. He vomitado. Mi hermano quiere que trabaje con él. Se lo tengo que decir a Oriol. A él no le va a gustar. Ay, creo que esto ya me ha pasado antes. Me estoy poniendo muy nerviosa y el pitido suena mucho más fuerte. Recuerdo un río con luz en el agua, pero yo me voy a un pozo oscuro.

No estoy en Urgencias. No oigo el ruido de los otros boxes ni carreras de gente. Solo oigo mi frecuencia cardíaca y un sonido más de una máquina que no identifico. Intento moverme y abrir los ojos, pero sigo sin poder hacerlo, hay algo muy pesado que me lo impide. Estoy envuelta con algo que comprime mi cuerpo. Me pongo nerviosa y oigo cómo la frecuencia se acelera. Ciento diez. Suena la alarma. Ciento veinte. Creo que alguien está respirando a mi lado.

—Te has disparado otra vez, pero el trazado es correcto. Eso es muy buena señal: reaccionas.

No sé quién es la mujer que me habla, pero me ha tranquilizado tanto oírla que me están dando ganas de llorar. Mi frecuencia vuelve a bajar. Cien. Noventa. Ochenta.

—Así es, lo haces genial, Mariona. Ahora vamos a limpiarte un poquito, que aún tienes el pelo lleno de sangre.

Sabe quién soy. Conoce mi nombre. Su voz es muy dulce, no creo que me hayan secuestrado. Esa voz me cuida. ¿Me desmayé yendo a la sesión? Me he debido de dar un golpe en la cabeza y por eso he sangrado. Igual se me ha abierto la herida del accidente.

—Vaya pelazo tienes, te lo voy a dejar precioso. Espero no hacerte daño.

Sonrío, o eso creo. Mi pelo de loba blanca. Me parece que me lo está tocando, pero no estoy muy segura. Siento algo muy agradable.

—Vaya susto les has dado a todos, criatura. Dicen que fue un cabrón contigo esta mañana.

Debe de hablar de Xavier. No, ha dicho criatura. ¿Criatura? ¿Y si he vuelto al hospital de Barcelona? ¿He vuelto al día de la paliza? ¿Se puede retroceder en el tiempo? Hay tantos cabrones en mi vida que ahora no sé a quién se refiere. Vaya mierda. Esto sí que es muy triste.

El monitor va un poquito más rápido cuando lo pienso, pero después vuelve a caer y me voy no sé muy bien a dónde.

—¿Tú crees que nos oye, Vir?

Es la voz de Miquel. Qué alegría me da oírle, no estoy en Barcelona. Soy la Mariona de la isla. Entonces, ¿qué hago aquí? Esto es muy raro.

—Sí. Totalmente.

Ella es la voz que me calma, mi cuidadora, mi diosa. Mi enfermera. Ahora recuerdo que me ha dicho más cosas antes y que me ponía un antibiótico. Así que se llama Vir. Debe de ser de Virginia. Les sonreiría a los dos si pudiera hacerlo. Lo intento, pero no me responde la boca y eso me da mucha pena. Cada vez oigo las cosas con más nitidez.

—¿En serio?

Que sí Miquel, que os estoy oyendo, fíate de lo que te dice esta diosa, es tan lista y tan buena como tú.

—Estoy segura de que nos oyen, aunque estén sedados. Lo que pasa es que luego la mayoría no se acuerda de nada. Algunas veces sí, o les revienen cosas con el tiempo, pero da igual. Lo importante es que, aunque sea en sueños, nos oyen y reaccionan.

—Qué fuerte.

Así que estoy sedada. Pues me ha debido de pasar algo gordo. Llevo un respirador, eso era la máquina, no sé por qué no me había dado cuenta de lo que era. Lo estoy oyendo cerca, pero no noto nada en la garganta. En realidad, no noto casi nada de mi cuerpo y eso me está angustiando un poco; espero no haberme quedado atrapada en un cuerpo inerte.

—Además, a algunos les cambian las constantes según quién esté con ellos.

—¿Cómo que les cambian?

—Mira, ella ha cambiado varias veces de latido cuando le he hablado, sobre todo cuando digo su nombre. Y se nota a quién quieren cerca y a quién lejos. Mira contigo y conmigo lo tranquila que está. Con algún otro no ha respondido igual.

No sé a qué te refieres, Vir. No he oído a nadie más que a vosotros dos. Y no quiero dejar de hacerlo. Me gusta que me habléis. Habladme más.

—Mariona, por si me oyes, qué susto nos has dado.

El monitor se acelera y ellos rompen a reír y a dar gritos.

—¿Lo ves? ¡Te ha oído!

—Ay, Mariona, qué mal lo he pasado esta mañana, creí que me moría. ¡Lo que he llorado!

¿Esta mañana? No recuerdo nada de esta mañana. Pero me encanta escucharte, Miquel, y a Vir también. Me ponéis de muy buen humor, no os vayáis de mi lado, seguid hablando.

—Mariona, te quiero mucho. Por favor, ponte bien. Y si te vas a Barcelona, yo me voy contigo. Que además tu hermano está buenísimo.

Vir se ríe, Miquel también y mi monitor sigue acelerando, pero sin pitar. Eso es porque yo también me río, aunque no se me oiga.

—Sí que lo está, Miquel. Ya podía trabajar aquí y mejorarnos un poco la media.

—Ya te digo. Y si no, vente a Barcelona tú también.

—No me lo digas dos veces. ¿A qué hora dices que llega?

—No creo que tarde mucho. Se iba directo al aeropuerto.

Joan viene a verme. Claro, si estoy ingresada, le habrán avisado. Casi siempre que me han pasado cosas ha venido a verme, aunque yo no quisiera. Hoy quiero.

—Voy a decirle a estas que quiten el calendario del control, que como lo vea puede ser muy fuerte.

Se parten de risa los dos. Y yo también. Deben de hablar del calendario de las ostomías. Mi hermano es febrero, pero ya estamos en primavera. Anda, que ya les vale, no han debido de cambiar la hoja por tenerle a él. En esa foto está desnudo, no se le ve nada, pero se le intuye todo. Me encanta oírlos reír. Le preguntaré a mi hermano si necesitamos una enfermera más en Barcelona. Esta vez sí que me duermo a gusto, como si flotase en una nube blanca.

Vir habla con dos mujeres. A una la reconozco, es Marta, la intensivista, a la otra no. Debe de ser la auxiliar. Así que estoy en la UCI del Hospital Insular.

—¿Se ha ido ese imbécil?

—Sí, se lo han llevado a comer algo. Lo está pasando fatal.

—Ha sido un capullo, que se joda.

—Sí, pero está hecho polvo. Nunca le había visto así. Él la sacó del agua y empezó la reanimación. No se ha movido de su lado desde que ingresó y no ha parado de llorar.

No sé de quién hablan. Quizá haya otra paciente conmigo.

—Sigue pareciéndome un capullo. El otro que ha venido sí que es una monada.

—¿Cesc? Sí, es un bombón auténtico. Madre mía. Pero es como un santito: ni tira caña ni recoge anzuelo. Las de Urgencias le llaman San Francisco.

Vir se parte de risa. Sus carcajadas me animan mucho.

—¡San Francisco! Me parto, como el cóctel, le pega mucho. Y más ahora que van de rosa.

Ha debido visitar al paciente de al lado, porque yo no le he notado ni le he oído hablar y no se me habría pasado. Nunca lo había pensado, pero tienen toda la razón, Cesc es muy atractivo, aunque solo vive para el trabajo. Se están partiendo de risa otra vez.

—¡Es como un monje! Y eso le da aún más morbo. ¿Te lo imaginas?

—Bua, sí. Un rollo con un cura como en el pájaro espino. ¡O en *Fleabag*!

—Brutal el de *Fleabag*.

—¡Brutal!

—Pero yo no me refería a Cesc, la monada es el hermano de ella.

—¿El hermano?

—El plástico del calendario. Madre mía. Sí, es para perder el norte.

Hablan de Joan. Espero que venga a verme pronto. A Vir le gusta mi hermano, se lo presentaré. Aunque no sé si le gustarán las movidas eróticas que le van a él.

—¡Ostras! Es verdad. ¡Qué fuerte! Por eso me sonaba, es míster febrero.

—¡El mismo!

—No me había dado cuenta de que era él.

—Porque aquí ha venido vestido.

Noto que me están tocando y moviendo. He sentido el fonendo en el pecho.

—¿Por eso lo habéis quitado del control?

—Claro. Imagina qué apuro si lo ve.

—Ya. Menudo corte.

—Ya te digo. Es un pibonazo. Ya podía currar aquí.

—Fua, la directora ya le ha echado el ojo, ¿no la has visto? No para de revolotear a su alrededor. Y no creo que sea para una oferta de trabajo.

Vir se vuelve a reír y contagia a las otras dos. Oírlas me vuelve a hacer reír a mí por dentro. Siguen hablando de Nina y de sus diferentes estrategias de coqueteo. Yo también las conozco todas, y le funcionan siempre. No me imagino a mi hermano con ella, aunque, bueno, a él siempre le han gustado las pijas, y a ella está claro que le van los plásticos.

Vuelvo a oír la voz de Marta. No sé con quién habla ahora.

—He revisado el TAC y está muy bien. Y la analítica después de la última transfusión le ha mejorado mucho. Entró en parada cardíaca por la anemia, no por el golpe, menos mal que la aguantaron con la RCP hasta el hospital. Si no, no sale.

El golpe. El coche. Los ojos de Xavier en el hombre destrozado. Me salvó de morir. Me castigó haciendo que le acompañase y le dejase hurgar en todas mis heridas. Siempre dice que toda la culpa es mía por ser una zorra, una puta a la que le gusta follar. Mi padre también lo decía, y yo no veo que haya nada malo ni en follar ni en ser una zorra. Soy lo que me sale del coño y yo también sé pegar y puedo defenderme. No sé por qué no lo hacía, pero recuerdo que decidí ser otra. Sí, había tomado una decisión. Sé luchar. Sé defenderme. Puedo matar a Xavier, puedo matar a todos los que son como él. No harán daño a ninguna mujer más. Vuelven a sonar los pitidos y ellas gritan. Yo también, quiero decirles que sigo siendo una guerrera, aunque a veces me haya rendido. Quiero que vean cómo lucho.

—¡Se está agitando!

—¡Convulsiona!

—¡Métele un bolo de diazepam!

Dejo de dar puñetazos al aire y me hundo en una especie de barro caliente que me limpia toda la angustia y hace que me olvide de todo.

Mi hermano está hablando con Vir. Me encanta oír su voz. Sé que antes ha estado aquí, pero no lo recuerdo bien.

—Sí, doctor, le van a quitar la sedación si el segundo TAC sale bien.

—Joan, llámame Joan. ¿Y cuándo?

Qué majo es. Qué bien lo hace todo. Me gusta oírle, me encanta que esté aquí. ¿Habrá venido Álex?

—Supongo que ya, no hay lesiones aparentes y está evolucionando muy bien..., Joan.

Mi enfermera de intensivos favorita está coqueteando con mi hermano. Me parto.

—Menos mal. Qué susto. Cuando escuché su mensaje de despedida, creí que me daba algo, me fui al aeropuerto con mi hija y adelantamos el vuelo. Menos mal que Oriol la sacó del agua.

—Sí, pero...

—Ya, ya lo sé. Ha sido un capullo. Si no le hubiera dicho todo eso, quizá no se habría tirado, pero tampoco tuvo ningún apoyo de nadie estos días. La atropella esa neuróloga trastornada, incinera sola al cabrón de su marido, que creíamos muerto. Dijo que no nos necesitaba, pero no tendríamos que haberle hecho caso. Claro que necesitaba ayuda, y yo tenía que haber venido al instante. Yo también he sido un imbécil. Mi hermana es increíblemente fuerte, pero es humana. Oriol habrá puesto la guinda, pero yo no vine cuando debía hacerlo y además me llamó tres veces esta mañana y no le contesté. No le ayudé. Somos muchos los que tenemos la culpa de todo lo que ha ocurrido.

La culpa no existe. Ahora lo recuerdo todo. Oriol. La sesión. El cese. Nina. Todos ellos. ¿Para qué coño me han salvado? Ya me vuelve a entrar ese aburrimiento mortal.

Ya oigo hasta lo que dicen, aunque estén mucho más lejos. Miquel y Oriol están hablando de mí fuera del box.

—La van a despertar.

—¿Ya? Pero si no han pasado ni doce horas.

—Dicen que está muy bien. Voy a contárselo.

—¿A contárselo?

—Seguro que nadie se lo ha dicho, y yo sé que nos oye.

Cómo adoro a Miquel. Claro que me lo llevaré a Barcelona, le daré mi sueldo entero si hace falta.

—Ona, ya te van a despertar. Tengo muchas ganas de abrazarte y hablar contigo.

Pues abrázame ya. No sé por qué no lo haces. Seguro que me vendría bien un poco de esa energía tan maravillosa que tienes.

—Cuando te fuiste, me asusté mucho. Y ellos también. Nos fuimos todos a buscarte. Todos los jefes en cuatro coches. Oriol casi te coge y luego se lanzó a por ti. Te salvó la vida.

—Sí, casi te pillo en el aire. Menos mal que te saqué y te reanimamos. Nos has dado un buen susto.

Me vuelvo a enfadar, y más al reconocer a Oriol. Otro que debe de estar presumiendo de haberme salvado la vida. Como Xavier. Me cabreo mucho. La frecuencia cardíaca empieza a dispararse.

—Nos ha oído. ¿Lo ves?

—Sí, tienes razón. Nos ha reconocido. Por eso se acelera.

Escucho su voz cada vez más cerca.

—Te quiero, mi amor. Por favor, despierta.

¿Te quiero? ¿Mi amor? ¿De qué va esa rata inmunda? El monitor se vuelve loco. Me he puesto a mil. Virginia entra gritando.

—¿Pero qué coño le hacéis? ¡Todo el mundo fuera!

He notado su mano en mi muñeca. La frecuencia me baja inmediatamente.

—La estáis poniendo muy nerviosa. Salid los dos. Ahora necesita calma.

No, no necesito calma, Vir, solo necesito que ese capullo se vaya. Pero a la mierda. Al infierno. No quiero escucharle más. Nunca.

Jamás. Échale. Sácale los ojos por mí.

Me ha puesto algo fuerte, porque vuelvo a notar cómo reboto entre nubes y desaparezco.

—Les he dicho a todos que se vayan, Mariona.

Es mi enfermera. Vir. Está hablando conmigo.

—Creo que solo es por él. Será un gilipollas, pero le debes de querer mucho, porque se te altera el ritmo cardíaco en cuanto aparece en la habitación. No le hace falta ni hablar, se asoma por el pasillo y ya lo notas. Por eso no te conviene que esté cerca ahora.

Habla de Oriol. Sí, por favor, que no entre. No quiero oírlo más. No le dejes, Vir.

—Ya vendrá cuando estés despierta. Hemos cerrado la puerta y solo estaremos la doctora, tú y yo.

No, que no venga. Y tú no te vayas de mi lado.

—No podía decir que se fuera solo él, así que los he echado a todos.

Pero podrías dejar entrar a Joan y a Miquel. Ellos me hacen reír. ¿Dónde estará Nina? ¿Y Álex?

—Esto te va a molestar un poco. La doctora te va a quitar ahora el tubo.

Noto un dolor intenso en la garganta y tengo una arcada. No sé si he vomitado o he eructado, pero he hecho un montón de ruido. Qué poco *glamour*. Nina seguro que ni tosería.

—Eso es, respira.

Respiro. Respiro. Voy a intentar concentrarme en eso. Si alguien lo sabe hacer, soy yo, aunque esté sedada. O en coma. Inhala. Exhala. Inhala. Exhala.

—Ya está. Todo a ritmo. Y la saturación perfecta.

—Es una pasada lo bien que está con todo lo que ha pasado estos días.

—Sí. Lo de hoy ha sido la guinda, pero la herida de la frente es del atropello. Vaya hostia se debió de dar ese día contra la pared seca, otra no lo hubiera contado.

—¿Será por el yoga y esas cosas que hace? Porque mañana me voy directa a su departamento.

—También debe de haber algo genético. Mira a su hermano. ¿Sabías que son mellizos?

Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Inhalo y exhalo. Estoy cansada, muy cansada. Necesito dormirme otra vez.

—Respira bien. Pero no acaba de responder a estímulos.

Marta está hablando. Creo que hay un montón de gente en la habitación. Todos gritan. Oigo a Nina. Y a Álex.

—¿Cómo que no responde a estímulos? Joder, ¿se ha quedado en coma?

—Pero es pronto para decirlo, ¿no?

—¿No se va a despertar?

—¿Y no podéis ponerle algo más?

—¡No puede quedarse así!

—Vamos a ver lo que ocurre en las próximas horas. Mañana le haremos más pruebas.

Todo son lamentos. Oigo a Miquel sollozar. Así que me he quedado en coma. Atrapada aquí dentro. No quiero, no se está mal, pero no quiero. Esto no era lo que quería. Es todo lo contrario de lo que quería. No. No. Intento dejar de respirar. Aguanto el aire todo lo que puedo. A ver si consigo que se abra otra vez ese túnel precioso. El

río. Mi madre. Salid ya, por favor. Quiero cruzar hacia ese lado. El monitor empieza a pitar y me vuelvo a ir a no sé dónde.

Sigo sin poder abrir los ojos. Ya no me pesa nada en ellos ni en el cuerpo, se ha ido la losa, pero algo me impide moverme, quizá son mis ganas de morir.

Oigo la voz de Cesc, me tranquiliza. Es grave y agradable como el motor de su moto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

¿Está hablando conmigo? No sé a qué se refiere ni qué es lo que le tenía que decir.

—No lo sé. Todo ha sido una locura.

Es Oriol. Habla con él, está a mi lado. Me enfado al oírle, pero esta vez no se me altera la frecuencia. Creo que es por la voz de Cesc, que es ansiolítica.

—Ni me lo imagino, Oriol. Y me habría gustado ayudarte. Soy tu hermano.

¿Su hermano? No tenía ni idea. Sabía que eran familia de algún tipo, pero no hermanos. No es que yo me entere mucho, pero Oriol tampoco me dijo nada. Ni Nina. ¿Hermanos? ¿Cómo es posible?

—Perdona, Cesc. No sé. He estado muy perdido. Y ahora...

Se quedan en silencio. Tengo la sensación de que me están mirando y que alguien me acaricia la mano.

—Miquel dice que nos escucha.

Es él. Es Oriol el que me la está acariciando. Si pudiera moverla, se la apartaría. ¡No quiero que me toques! ¿Ahora te doy pena? ¿Me vuelves a querer? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que te dé otra vez por irte? ¿O por pensar que soy tu enemiga y la de tu familia y tu sacrosanta isla? ¡Te odio!

—Claro que nos escuchan. Aunque no todo el tiempo.

Me vuelvo a relajar con esa voz de cantante country que tiene Cesc. Y encima es listo. ¿Por qué no me habré fijado en el hermano barítono en vez de en el imbécil?

—Pues se lo voy a contar todo. Tengo toda la noche, les he dicho que se vayan a descansar todos y que me releven por la mañana.

Pues si puedo cerraré los oídos. Me inventaré unos tapones. No tengo ningún interés en nada que me puedas contar, engreído prepotente, que no eres más que un inseguro que se cree que todos somos tan mierdas y malas personas como tú.

—Me quedaré contigo, Oriol.

—¿Para qué?

—Para que le cuentes la verdad y no tus tonterías de siempre. Mariona se merece que le cuentes todo desde el principio. Así entenderá por qué eres tan capullo.

—Joder, Cesc. Que nos oye.

Abro los ojos. Lo veo todo borroso, pero se está aclarando por momentos. No estoy en casa. Sigo teniendo la cabeza embotada. Ahora recuerdo, estoy en un box de la UCI. Es uno de los nuevos que hicieron en la pandemia. Es tal cual me lo imaginaba con los ojos cerrados. Muevo la cabeza, me duele todo, pero la muevo. Intento mover los pies. ¡Bien! Qué alivio, sí se mueven, ya pensaba que no iba a poder hacerlo nunca más. Y las manos, las miro, sí, puedo mover los dedos. Los muevo más rápido, cierro y abro los puños, levanto los brazos. Gracias. Gracias. Gracias.

Me giro despacio hacia la luz que entra por la ventana, es muy pequeña, pero no tiene la persiana echada. Aunque es de día, oigo a alguien roncando a mi lado. Cuando me doy cuenta de quién es, se

activan las alarmas del monitor y empiezan a pitar como locas. Oriol se despierta y abre los ojos, mirándome asustado.

—¡Ona! ¡Mi amor! ¡Estás despierta!

Intento insultarle, pero no me da tiempo a abrir la boca. Una enfermera entra en la habitación y me habla.

—¡Mariona! Bienvenida.

Reconozco su voz, es Vir, la que me ha acompañado todo este tiempo a oscuras. Echa a Oriol sin contemplaciones, me limpia la boca, que debe de estar llena de babas, y me recoloca en la cama. Me lleno de amor mirándola.

—Voy a incorporarte un poco, ¿vale? Así verás a toda tu familia cuando entre.

Intento sonreírle. Creo que lo he conseguido, porque me devuelve la sonrisa. Le cojo de la mano e intento darle las gracias, pero no me sale muy bien la voz y toso. Debe de ser por el tubo.

—Tranquila, ya hablarás. Date un poco de tiempo. Bastante haces con moverte así. Es increíble, estás muy fuerte, Mariona.

—Vir, Vir... Te he oído... Todo el rato. Gracias.

Me sonríe y me acaricia el pelo. Entran un montón de personas y Oriol en primera fila. Se acerca sonriendo y me coge la mano. Se la aparto.

—Lo sé. Perdóname. Siento todo lo que te dije. No tenía razón.

Me está pidiendo perdón. Cojo una bocanada de aire y me intento incorporar más. Los brazos me duelen, pero me aguantan bastante bien. Él me ayuda, aunque no lo necesito, y acerca su cara a la mía. Pone cara de pena y esos ojos de querer besarme. Los tiene llenos de lágrimas. Hago un esfuerzo y saco toda la fuerza que me queda dentro. Lo quiero hacer. Lo necesito hacer. Me apoyo en la mano izquierda y le doy un bofetón con la derecha que le gira la cara.

Capítulo 28

ORIOL
Cuando todos seamos libres

Mis abuelos se empeñaron en llenarme la cabeza de recuerdos felices, supongo que para borrarme del coco lo mal que empezó mi vida. En mi memoria se guardaron todas las fiestas con ellos, las acampadas, las tardes de cantares con guitarras y las noches de ver estrellas en la barca. Un montón de retales felices que permitieron que mi cerebro tejiese un precioso álbum de infancia. Y la persona que más sale en todas esas fotos es Cesc, siempre sonriente y cubriéndome el hombro con su enorme abrazo.

Mi hermano salva personas. Es algo innato en él, porque antes de que cumpliese el primer año, a mí ya me había salvado la vida tres veces. La primera, señalándome con su dedito en el vertedero mientras colgaba del pecho de su madre. Él fue quien me vio, Aminata me recogió, un policía paró su coche y entre todos me llevaron al hospital de las monjas. Dicen que yo no paraba de llorar, a pesar de que me quedaba muy poquito fuelle entre la mierda que llevaba encima y el frío que había pasado. Eso también debe de ser innato. Cesc salva personas y yo las lloro.

Las franciscanas conocían a Aminata, le habían ayudado en el parto y por eso a mi hermano le bautizaron con el santo que tenían en la puerta: Sant Francesc. A mí me atendieron enseguida, me

limpiaron con mimo y al poco le pidieron a Aminata que me amamantase o yo no remontaría. Así Cesc me salvó la segunda vez, compartiendo conmigo la teta de su madre. Cuando apareció mi abuela, le estuvo tan agradecida, que se los llevó a los dos a casa conmigo. Los dos dejaron ese bar de alterne y mi abuela la contrató, primero de nodriza y luego de niñera. Esa fue la tercera vez que me salvaron y la más importante, porque me dieron el regalo más fantástico que un niño abandonado podría tener: un hermano mayor con el que compartir, además de teta, cole, amigos y habitación.

—Me quedaré contigo, Oriol.

—¿Para qué?

—Para que le cuentes la verdad y no tus tonterías de siempre. Mariona se merece que le cuentes todo desde el principio. Así entenderá por qué eres tan capullo.

—Joder, Cesc. Que nos oye.

—Claro que nos oye. Por eso te lo digo. ¿O es que te crees que no sabe ya que eres un capullito?

—¡Eh!

—Ona es una de las personas más listas que conozco.

—Ya...

—¿Qué ibas a contarle?

Cojo aire. La verdad es que no lo sé, pero estaba convencido de que se me ocurriría algo inteligente pasando la noche con ella. Cuando estoy a solas con Mariona soy más listo y hasta más hábil. Pero ahora, con este delante, ya me estoy aturullando y no sé por dónde empezar.

—¿Te vas a quedar aquí toda la noche, en serio?

—Claro. A los demás los habrás liado con tus chorradas, pero a mí no me la das.

He conseguido convencer a Nina para que se lleve a Joan y Álex a su casa, que es la que está más cerca de aquí. Miquel también los ha acompañado, el pobre no estaba para estar solo. Pero, aunque a Cesc ya le he dicho tres veces que se vaya, no hay manera de que me escuche, no tengo nada que hacer. Es un cabezota y tiene claro que no piensa dejarme solo. En cuanto ha acabado su turno, se ha duchado, se ha traído una silla de observación de Urgencias y se ha repanchingado como un rey aquí a mi lado.

—Oye, que yo quería hablarle de cosas íntimas.

—¿Ibas a hablarle de sexo?

Me encojo de hombros.

—Háblale de todo lo que quieras. Sin problemas.

—A ti no te gusta hablar de sexo.

—A mí no, pero tú hazlo. No me vas a sorprender, pero a lo mejor a ella sí que la convences del todo de que eres imbécil.

—¡Cesc!

—Dime qué le querías contar.

Resoplo y me rasco la cabeza. No me queda otra que aguantarle aquí.

—Pues que tú tienes razón.

—Siempre la tengo, pero sé más concreto. ¿En qué?

—En que no soy lo que vendo.

—Oriol, eso ya lo sabe desde el principio.

—¿Qué coño va a saber?

—Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Y tú mientes peor que ella.

—Pero... ¿Entonces por qué estaba conmigo?

—¿Tiene que haber una razón?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque si no valgo y no doy nada, ¿quién podría querer quedarse conmigo?

Maica desde luego no quiso. Por eso decidió tirarme a ese vertedero y largarse de la isla. Yo no le aportaba más que problemas. No era importante ni útil, y tampoco le daba felicidad.

Todo empezó allí, en esa montaña de desperdicios de la que no recuerdo nada. Tampoco me acuerdo de mi madre, ni de que me recogieran, ni siquiera de esa primera vez que vi a las monjas. Creo que he olvidado todo lo que me ha hecho daño, aunque no lo haya podido echar de mi cabeza.

Cesc sí que conoce a sus padres, él sí que tiene claro quién es y de dónde vienen todos sus genes. Se llama a sí mismo mestizo y *afritano*, porque su madre era de África y su padre del Raval, aunque eso lo supo más tarde. Aminata era muy alta y el Xarly también, el gran patriarca gitano de los ojos azules. Por eso Cesc es tan enorme. Yo también soy grande y eso nos vino genial para mantener a raya a todos los matones del cole. Si no, al pobre niño basura y a su hermano el *afritano* les habría ido muy mal.

—¿Que yo me llamo a mí mismo *afritano*? Si ese palabro lo inventaste tú, gilipichi.

Pongo los ojos en blanco. Con lo bien que me estaba quedando el relato que le estoy haciendo a Mariona, y este interrumpiendo.

—Más bonito que tu *afrocaló*, que eso más que una etnia parece el clima de la isla en agosto.

—Pero qué tonto eres.

—Yo también te quiero.

Y tanto que le quiero. Con locura. Cesc es el único que me borra esa sensación de no valer nada, de ser un estorbo. Por eso cuando se fue con el Xarly me quería morir. Otra vez me sentí dentro del vertedero.

—Me obligaron a irme.

—¿Ya me vuelves a cortar?

—Es que es la verdad. No le mientas. Me obligaron a irme.

—Y te fuiste a un casoplón.

—Ya estamos, Y tú te quedaste con el abuelo.

—Y tú con tu padre y tu otra familia, yo me quedé solo.

—Y yo. Te eché mucho de menos, Oriol.

Lo sé. Los ojos de mi hermano cambiaron cuando se fue a Barcelona. Le hicieron mayor de golpe. Solo nos veíamos en vacaciones, pero nos llamábamos por teléfono casi todas las noches.

—Y luego tú viniste a estudiar conmigo.

—Quería probar el casoplón y ser el rey del Paralelo, pero no me dejaste.

—Afortunadamente.

Yo quería cantar y ser actor, un artista. Pero Cesc decidió que haríamos juntos Medicina. El capullo como siempre tenía razón y esa vez al que salvó es al Paralelo y al mundo entero de soportarme: siempre he sido un actor pésimo. Mi hermano mayor decidió y yo le seguí. Estudiamos juntos, nos especializamos a la vez y nos volvimos a la isla en cuanto acabamos, a pesar del Xarly, que quería un hijo médico a su lado.

Le doy vueltas al anillo de Ona, que aún llevo en mi meñique.

—¿Eso que no paras de girar es su anillo?

—Sí.

—Antes no se lo he visto puesto.

—No lo llevaba, se lo quitó para tirarse. Lo dejó en su despacho.

—¿Y por qué lo llevas tú?

—Para que se lo vuelva a poner.

—¿Y si no quiere?

—Es su anillo. Iba a colocárselo antes, pero esa enfermera no me ha dejado.

—Ha hecho bien. No puede llevar cosas metálicas puestas, Oriol.

—Ya. Por eso se lo guardo. Para ponérselo cuando despierte.

Vuelvo a darle vueltas, a ver si se me ocurren cosas inteligentes como a ella cuando lo hace. Miro a su cama, sigue durmiendo plácidamente. Ona, por favor, abre los ojos, no puedes dejarme así.

—¿Qué harás cuando se despierte?

—Pedirle perdón. Y suplicarle que vuelva conmigo.

—¿Y si no quiere estar contigo?

Ya lo ha dicho. Cómo le gusta restregarme mis miedos.

—Conmigo estará bien. La cuidaré.

Cesc levanta una ceja y mira a Mariona. Después me mira a mí. Sé lo que piensa. Que si está así es por mi culpa, que muy bien no la he cuidado.

—Cesc, yo la haré feliz, la mimaré, seré mucho mejor para ella que ese cabrón de Xavier.

—Igual no le han quedado ganas de estar con alguien. Puede que ni lo quiera ni lo necesite.

—¿Cómo no va a querer alguien estar con nadie?

—Yo no lo veo tan raro. No es necesario.

—Claro, tú, que eres un ermitaño. Pero Ona es distinta y estará mucho mejor si está con alguien.

—No, Ona no es tan distinta a mí. Además, ¿no crees que eso lo ha de decidir ella y no tú?

Joder con Cesc, ahora el tío se me ha vuelto un especialista en psicología femenina. Pues para conocerlas tanto, tampoco es que a

él le vaya muy bien. Pero en algo puede que tenga razón mi hermano, igual ahora Mariona lo que no quiere es estar conmigo.

—Joan dice que ella suele tomar muy malas decisiones.

—En cuestión de hombres, desde luego. Nos lo ha dejado claro a todos.

—Vete a la mierda, Cesc.

Ahora va y se ríe. Será capullo, parece que se lo estuviera pasando pipa y yo aquí hecho mierda. Le suelto un bufido.

—Me consuelas de cine. Menudo bálsamo que eres; animas de la hostia.

—No he venido a consolarte, capullo, solo a acompañarte.

—Ya ves. Y al final no me estás dejando decirle nada de lo que quería.

—No te hace falta decirle nada, ella es muy lista. Lo pilla todo.

—Ya lo sé. Bastante bien lo sé.

—Pues sí. Menudo diagnóstico te hizo. Espectacular.

—Ya. Y nadie la creyó, nadie, y yo el primero.

—Si en vez de rehuirme todo este tiempo hubieras hablado conmigo...

—¿Qué? ¿Qué habría cambiado?

—Que te habría dicho que ella es de fiar y te habrías ahorrado todo este lío. Pero es que no piensas las cosas.

—Cesc, bastante tenías tú con lo tuyo.

—Que no piensas.

Sacudo la cabeza, suspiro y me froto la cara. Sí, es verdad, no pienso. Pero tampoco sé qué más hacer. Estoy cansado, agotado, rendido, desesperado. Mierda, y Cesc tiene toda la razón. En vez de pensar, en vez de razonar, me creí todas esas mentiras antes y después, y me dediqué a odiarla y a machacarla. Y ella me salvó la vida. Y ahora, encima, se la intenta quitar por mi culpa. Es que

siempre la cago, no valgo para nada, soy un inútil. Me vuelven a entrar ganas de llorar. Suspiro hondo para aguantarme las lágrimas, acaricio suavemente la mano inerte y miro a Cesc.

—¿Por qué dices que sabías que era de fiar?

—Porque la conozco.

—No sabía que erais amigos.

—Un poco, bastante, comemos juntos muchas veces en las guardias.

—Ella no hace guardias.

—Pero yo sí. Y ella siempre come aquí, se trae la comida de casa, como yo.

—No lo sabía.

—Hasta hemos compartido táper.

—¿Y te había hablado de mí?

—No. Nunca.

Es lógico. Ona me odiaba y supongo que sabía que él era de mi familia. Y Cesc evitaría el tema sabiendo lo mal que nos llevábamos. Además, qué coño, no soy un buen tema. Le doy un par de vueltas más al anillo de Ona y vuelvo a mirar a mi hermano.

—¿Te gusta Ona?

—Sí. Y me cae muy bien.

—Pero me refiero a...

—Sé a lo que te refieres.

—¿Entonces te gusta?

—Sí.

—¿De gustar, gustar?

—Que sí.

—Joder.

—¿Qué?

—Que no lo sabía.

—Ya. ¿Y hubiera cambiado algo?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé: no.

Mierda. Mi hermano me acaba de matar sin quererlo. Le gusta. No sé cómo no me lo he imaginado, si son iguales. Son clavados. Se me acaba de partir el corazón un poco más. Miro a Cesc a los ojos, vuelvo a darle vueltas al anillo y observo a Ona en ese sueño. Ahora sí que me caen los lagrimones sin freno. Y me da igual. Yo solo quiero que esté bien.

—Tío, tú eres mucho mejor que yo para ella. Está claro.

—Desde luego.

—Además eres mi hermano.

—Eso también.

—Y eres genial, único.

—Lo sé. No me cabe duda.

—Eres tú el que debería estar con ella. Ona será mucho más feliz contigo.

Esta última frase me ha costado pronunciarla, se la he dicho entrecortada porque me he puesto a sollozar mirando al suelo. El cabrón de Cesc, en vez de consolarme, se pone a reír a carcajadas y me tira una de sus manzanas directa a los huevos.

—¡Ay!

—No seas imbécil y deja de darle vueltas a ese anillo, que se lo vas a desgastar.

—¡Cesc! ¿Te estabas quedando conmigo?

—Te mereces eso y más. Te quiero mucho, tío, pero eres imbécil. Ona no debería perdonarte sin más, te mereces un buen castigo.

—¿Te parece poca condena cómo me siento?

—Poquísima. Debería darte a probar de tu propia medicina. Por si acaso tarda, ya he empezado yo.

Y me tira la otra manzana. Esta vez la esquivo, pero él sigue riéndose, y a mí todavía no me ha quedado todo claro.

—Entonces... ¿Te gusta o no?

—Sí. Ona me gusta mucho y me lo había planteado. Pero he conocido a alguien...

La puerta del box se abre con un chirrido y entran de golpe Nina, Joan, Álex y un Miquel de lo más demacrado.

—¡Buenos días!

—Me han dicho que ha estado toda la noche estable.

—¿Está bien?

—Oriol, Cesc, buenos días.

Todos se han acercado a la cama y se han inclinado a darle un beso a Ona. Yo me he quedado mirando a Cesc, que ha cerrado la boca a cal y canto y arrastra su butaca hacia la puerta. Nina nos mira a los dos y empieza a ordenar, como siempre.

—Venga, chicos, vamos a desayunar.

Se han ido todos menos yo. No he querido. No tenía nada de hambre, solo ganas de estar un poco a solas con ella al fin. Me he pasado la noche vaciando mi alma con Cesc y ahora he agotado las lágrimas que me quedaban sobre el brazo de Mariona. He besado su mano por enésima vez, le he dicho todo lo que la quiero y me he debido de quedar un instante dormido, porque me ha sobresaltado la alarma del monitor. Cuando he abierto los ojos la he visto, girada hacia mí, mirándome asustada. Y entonces se me ha abierto el cielo, me he llenado de tanta felicidad que podría haber empezado a saltar y a gritar como un loco. Joder, le había rezado hasta a los dioses del Olimpo. Lo ha conseguido, se ha despertado. Quiero decírselo todo de golpe, todo lo que ha pasado y lo que la quiero, todo lo que le

quería contar mientras estaba dormida y no he podido, pero de nuevo, no sé por dónde empezar. Me falta Cesc.

—¡Ona! ¡Mi amor! ¡Estás despierta!

Cuando me lanzo a abrazarla, entra la enfermera que me odia y me aparta de su lado con mala leche.

—¡Mariona! Bienvenida.

Dejo que la atienda, pero me asomo por detrás de su uniforme azul para sonreírle, quiero que me mire, que me diga algo. La enfermera se da cuenta, se gira y me envía a empellones hacia la puerta.

—Por favor, sal y ve a avisar a los demás. Yo me encargo de ella. Ahora tiene que estar tranquila.

Es que esta mujer no me soporta, creo que me culpa de todo. Y tiene razón, porque, aunque Joan diga que todos hemos acabado por empujarla a esto de alguna forma, el mayor culpable siempre seré yo. Voy a buscar a los demás.

No he parado de correr hasta la cafetería. Me he recorrido medio hospital trotando de alegría, sin prestar atención a nada ni a nadie hasta entrar jadeando en el comedor. Ellos ya estaban empezando a comer en la mesa. Al verme, Joan levanta la cabeza, suelta su tostada y me mira asustado.

—¿Qué pasa?

—¡Se ha despertado!

Los desayunos se han quedado abandonados en la mesa. Ahora somos todos los que esprintamos en dirección a la UCI.

Nos arremolinamos alrededor de ella y, a pesar de las protestas de Virginia, me siento en el borde de la cama y le acaricio la mano. Ella aparta la suya. Es lógico, supongo que está muy enfadada conmigo, seguro que solo recuerda toda la mierda que le vomité en esa horrible sesión de ayer. Necesito que me perdone. Me están entrando ganas de llorar otra vez. Intento que me salga la voz sin sollozar.

—Lo sé. Perdóname. Siento todo lo que te dije. No tenía razón.

Se intenta incorporar un poco más, pero me da la sensación de que le cuesta mucho. Quizá los músculos no le responden bien aún. Le ayudo a hacerlo. Qué alegría volver a sentirla viva, me encanta volver a tocarla y notar que se mueve. Está aquí, conmigo, ha vuelto. Soy muy feliz. Cuando me inclino a besarla, me da una hostia que casi me tira al suelo. Pues menos mal que no tenía fuerzas. Me quedo mirándola sorprendido.

Marta, la intensivista, acaba de entrar. Se lo han debido de decir por el busca.

—¿Cómo está? ¿Se mueve bien?

Miquel le responde, con cara de felicidad y aguantándose la risa.

—Perfectamente. Le acaba de partir la cara.

—¿A Oriol?

—Con todas las ganas.

Marta también ahoga una risita. Pues a mí no me hace ninguna gracia, no se la veo, podrían tener un poco de respeto. Vuelvo a intentar cogerle la mano a Mariona y la quita otra vez de mi alcance.

—Ona, perdóname, lo sé, soy un imbécil. No me tenía que haber creído lo que decía esa niñata, pero, joder, ya sabes que soy muy tonto. No pienso. Perdóname, por favor.

Abre la boca e intenta decir algo, pero pone cara de dolor. Nina se da cuenta.

—Necesita agua. Voy a que me den un vaso.

Pobre, debe de tener la garganta hecha polvo de las intubaciones y de todo. No había pensado en eso, Nina siempre está al quite de todo. Tenía que haber pensado en eso yo.

—Me has salvado la vida, Ona, tenías razón con lo del plomo y la tiamina. Me has curado tú. Perdóname. Lo siento. Perdona por no haberte creído.

Vuelve a abrir la boca, pero no dice nada. Quizá susurra. Me acerco a escucharla mejor y me da otro bofetón.

Miquel y Joan hacen un gesto de dolor. Nina entra con el agua.

—¿Qué ha pasado?

Joan le responde con una sonrisa de oreja a oreja.

—Le ha zumbado otra vez.

—¿Otra? ¿Sois todos los Muscat tan macarras?

—Todos. Y algunos hasta más.

Mariona ha mirado a Joan con mala cara y le tiende la mano a Nina para que le dé el vaso. Bebe un sorbo y traga.

Todos la miramos expectantes, deseando que nos diga algo. Vuelve a beber del vaso. Esperamos sus primeras palabras, que nos explique cómo está, cómo se siente. Me mira a mí fijamente y le sonrío. Abre la boca para hablar y me suelta:

—Eres un puto capullo.

Le he vuelto a pedir perdón. Ya no sé cuántas veces se lo he dicho. Se lo estoy suplicando. Estoy a punto de arrodillarme.

—Lo siento, Ona. De verdad que lo siento con toda mi alma. No tenía razón, tú no hiciste nada de lo que te acusaba. Todo lo que te dije eran las mentiras que me había creído de esa loca.

—Gilipollas.

—Sí, soy gilipollas. Pero yo pensaba que ya no me querías a tu lado, que pasabas de mí. Y yo quería morirme, porque yo no paso de ti. Y encima me has salvado la vida.

—Imbécil.

—Sí, es verdad. También soy muy imbécil. Yo pensaba que solo me querías por el sexo. Que está bien el sexo, y yo también te quiero por eso, pero, coño, que es más que eso. Y voy y te digo todo eso sin razón. Porque no es verdad, tú eres perfecta. Y yo un mierda.

Ahora se ha quedado callada. Se ha recostado sobre la almohada y me ha mirado el anillo, su anillo. Pone una cara rara, se muerde la esquina del labio un momento, mira a todos y suspira.

—Que eso me da igual. Es que eres tonto. ¿No lo entiendes?

—¿Cómo que te da igual? ¿Qué es lo que no entiendo?

—¿Te crees que me importa lo que dijiste? ¿Crees que me ha importado alguna vez lo que piense la gente de mí?

Jadea un poco, supongo que por el esfuerzo de hablar. Yo me quedo callado. Tiene razón, la verdad es que nunca le ha importado lo que opinásemos los demás. Ella siempre ha hecho y deshecho lo que le ha venido en gana sin importarle lo que le dijesen.

—Entonces ¿por qué me has pegado?

Vuelve a beber agua. Coge aire y me responde.

—Por no respetar mi decisión. Yo había decidido tirarme.

Todos la miramos alucinando. ¿Qué está diciendo ahora?

—Pero lo habías decidido por mi culpa. Por todo lo que te dije.

—No. Eres un puto ego con patas.

—¿Qué?

—¿Quieres dejar de creer que eres el ombligo del mundo?

—¿Yo?

Traga saliva. Su voz suena ronca y se le escapa un gesto de dolor con cada frase.

—Sí, tú. Me la suda lo que dijeras. No te hice ni caso, como siempre. Pero en ese momento me harté de todo, me cansé de vivir. Me aburríais. Me aburría la vida.

Joan interviene.

—Pero, Ona...

Ella le responde de malas maneras.

—Tú calla. A ti te lo expliqué todo en el audio. Y bien clarito. No sé cómo lo has permitido, te tenía por más listo que este.

Ahora mira a Miquel y a Nina.

—Os dejé el testamento vital impreso en la mesa. ¿Es que nadie lo leyó? En él pone que no quería que me reanimaseis.

Miquel balbucea.

—Bueno, es que... Yo encontré el anillo. Se cayó al suelo y...

—¿Y qué? ¿Por qué no habéis respetado mi decisión? ¿Es que nunca podéis respetar la voluntad de la gente?

Me quedo callado mirándola. No me esperaba esto. Está muy enfadada.

—¿Tú no lo leíste, Oriol?

Me encojo de hombros. Se ha quedado mirando otra vez mi dedo meñique con su anillo girando en él. No sé si dárselo por si me lo hace tragar. Disimulo.

—Yo solo leí el título, y entonces me cogieron todos los males. Y ya no pude seguir.

—¿Y vosotros?

Nadie responde. Estamos todos acojonados, solo queríamos salvarla y esta es capaz de demandarnos.

No se oye ni una mosca. Hasta Vir se ha pegado a la pared como aterrada. Cesc, en cambio, la está observando desde la puerta,

relajado y medio sonriendo. Claro, con él no va. Pues que tenga cuidadito, que igual también recibe, porque esta le está dando para el pelo a todos. Qué injusta. No puede hacer esto. Que me enchironen a mí, pero ellos no tienen nada que ver con esta movida.

—Mira, Ona, ellos no tienen culpa de nada. Aquí el cabrón soy yo, y por eso te he pedido que me perdones. Por todo lo que te he hecho, por haberte jodido la vida y por no haber sabido quererte como mereces. Y por no haberte creído, porque soy un mierda y no soy digno de lo bien que me has tratado. Yo tenía que decírtelo, no me podía quedar así. Por eso no te voy a pedir perdón por sacarte del agua, porque lo volvería a hacer. Para poder decírtelo. Y porque no puedo vivir si no estás tú aquí. Conmigo.

—¿Me has salvado solo para poder pedirme perdón?

—Sí.

Noto que Cesc se gira hacia mí y le miro. Me está frunciendo el ceño, pone mala cara. Vuelvo a mirar a Mariona.

—No. No, Ona. Creía que era por eso, pero no. Te he salvado porque te tenía que decir que te quiero, que te he querido desde la primera vez que te vi ese día de 1986 en Studio 54, que nunca te he dejado de querer y que te seguiré queriendo hasta después de muerto. Siempre has sido tú, y lo he echado a perder todo por imbécil. Y ya está. Nada más. Es algo unilateral y me da igual que tú me abandones también como hizo Maica. En realidad, me la suda hasta que me perdones. Estoy hasta los huevos de pedirle perdón a todo el mundo y de ser buena gente para encajar y que me quieran. Ya me importa un bledo. Te he salvado porque te tenía que decir esto y si no te ha gustado, pues te jodes. Pero deja de una puta vez a los demás tranquilos, que el que te ha jodido la vida soy yo. Y ahora, si quieres, te vuelvo a llevar de los pelos a las rocas y te tiro yo mismo al agua otra vez, punki loca.

Se me queda mirando. Supongo que me va a dar otra hostia. Pero no, hace una mueca rara. Se le llenan los ojos de lágrimas. Ay, Dios, ¿ahora va a llorar? No, joder, se está riendo. Se está descojonando viva. Miro a Joan, que se parte también como ella. Miquel se agarra la barriga y no puede parar de reír. Hasta Nina está dando golpes a los pies de la cama, desternillada. Acabo por soltar la carcajada yo también. No sé de dónde ha sacado esa risa, es muy contagiosa, como la de un bebé.

—¿Nos has tomado el pelo, Ona?

Ella asiente y se queja de lo que le está doliendo tanta carcajada, pero no puede parar. Le ha dado un ataque de risa en toda regla.

—¿Me perdonas, entonces? ¿Por salvarte también?

Vuelve a asentir y se agarra la cabeza remendada. Se están riendo hasta las celadoras. Toda la UCI está descojonándose en la puerta.

La muy cabrona nos acaba de gastar a todos la primera broma de su vida y nos está matando de risa.

Intento darle un abrazo arriesgándome a recibir otro bofetón, pero esta vez no me pega.

Al menos, de momento.

Epílogo

ONA
Déjame ser verso de amor

—Kampanilla, por favor. Salgamos de aquí. Ya no puedo más, tengo mucho frío.

—Aguanta, venga, que tú puedes.

Me pego a su cuerpo para calentarle y pongo mi mano entre sus piernas.

—Toca todo lo que quieras, pero no vas a conseguir nada. Es que ya ni la noto. Mírala, es una gambita, ya no sirve ni como cebo de pesca.

—Respira, hazme caso. Y todo cambiará.

—Qué va a cambiar, fíjate en ella, si no tiene remedio ninguno. ¿Le hacemos la RCP? Yo comprimo y tú le haces el boca a boca, que se te da muy bien.

Me tengo que aguantar la risa. Él sí que no tiene remedio.

—Respira, Oriol. Inspira y suelta. Como lo hemos hablado. Con mucho aire. Dirige la energía hacia el centro de tu cuerpo y haz crecer el calor dentro de ti. Concéntrate en la respiración. Inhala y exhala.

Nada. No hay manera, no sé qué tiene hoy que está superdisperso, no me escucha y ya se le están poniendo los labios morados.

—¿Pero cómo quieres que me concentre en otra cosa que no sea en esos pezones que me apuntan como si me acusaran?

No sé qué coño le pasa. Hoy está imposible, no se toma nada en serio.

—Esto del frío me parece muy bien, Ona, pero habría que hacerlo vestidos de neopreno.

—Respira, porfa. Hazme caso. Sígueme. —Inhalo y exhalo para que me imite, pero es inútil. No hace más que temblar, eso sí, no ha desaprovechado la oportunidad de darme un par de lametones en un pecho.

—Lo que hace el frío con cada uno de nosotros es anticonstitucional: a ti te da las tetas de una diosa y a mí una gamba de gelatina.

No puedo con él. Es imposible. Me pongo a reír y él se enfada.

—¡Es que no sé qué manía te ha dado ahora con el dichoso baño de hielo! No has parado hasta meterme en el barril este. Joder, Ona, que estamos en Navidad. ¡Dejemos esto para agosto!

Si antes ya me gustaba hacer cosas para cuidar mi salud y mi cerebro, desde que la vida me ha cambiado tanto mucho más. Cuando Oriol vio la tina eléctrica que me había comprado para el jardín se volvió loco pensando que era un jacuzzi. Al darse cuenta de que era una bañera de hielo automática se llevó un chasco enorme y hoy, cuando he conseguido que se metiera por fin, me ha dicho de todo. Pero en cuanto note sus efectos va a flipar y se va a enganchar. Lo sé.

—Eres un gallina.

—¿Gallina yo?

Me agarra del moño y hunde la cabeza en el barreño. Pues ahora verá. Finjo un espasmo, me quedo totalmente inmóvil y relajo los músculos. No es capaz de aguantar ni dos segundos y me saca del

agua, asustado, gritando mi nombre. Dejo caer la mandíbula hacia abajo y pongo los ojos en blanco. Al oírle chillar, me entra la risa.

—¡Ona!

Ya me ha dado otro de esos ataques. No puedo parar. Es muy divertido reírse así, Joan dice que también lo hacía cuando era pequeña, que llegaba a hacerme pis encima. De hecho, ahora he estado a punto de hacerlo. Oriol me ha mirado enfadado, pero no aguanta mucho tiempo serio cuando me río así, se contagia y no puede evitar reírse también a carcajadas. Como siga así, el que se va a mear de verdad es él.

—Para... Para... Ya te vale... Desde que has aprendido a hacer bromas me tienes frito a sustos. No sé si me gustabas más cuando eras la doctora Miércoles.

Hago un puchero y me coge de la cara para comerme a besos. Qué tonto es y cuánto me gusta que haga eso.

—Que no, que no. Que... me... encantas... así..., pun... ki... *meva*.

El pobre ya no me puede ni acariciar, castañetea los dientes y tirita como un perro mojado. Me levanto y le doy la mano para salir. Murmura un «menos mal», pero se vuelve a quejar en cuanto ve que le arrastro hacia las rocas.

—¿Ahora al mar? Por favor, Ona, pero mira cómo la tengo, ya no vamos a poder follarnos nunca más.

—¡Que sí! Que gracias a esto llegaremos hasta los cien o más follando. Esto nos hará eternos.

—¿Pero no ves que se me va a necrosar, amor mío?

Le empujo al agua y chilla histérico al caer. Cuando saca la cabeza, vuelve a gritar.

—Coño, ¡si está supercaliente!

—¡Pues claro, bobo! ¡Y ya verás ahora!

Me tiro al agua y le empujo a la pared de roca para jugar. Ya le han cambiado la temperatura, la gamba y el ánimo.

—Kampanilla, eres una sirena muy lista y libidinosa.

—Pues como todas las sirenas.

Y ahora soy yo la que le aprisiona contra la escalera de cuerda para hacerle el boca a boca que me ha pedido, hundida entre sus piernas.

Después de la ducha, nos hemos tirado en la cama nueva que me ha comprado, que será todo lo gigante que quiera, pero él me sigue roncando en la oreja cada mañana, bien pegadito a mi cuerpo.

—¿A qué hora les has dicho que vengan?

—A las nueve.

Me ha sorprendido que la Nochebuena fuera tan importante para él. No le imaginaba tan navideño. Ha invitado a un montón de gente a cenar esta noche y ha encargado un catering a mi restaurante favorito que ya tenemos en la cocina, listo para montar en un rato. Aunque la casa de Joan es mucho más grande, Oriol se ha empeñado en que brindemos por la Navidad y el nuevo año en nuestras rocas. Vienen Nina y Abril, Álex y Joan, Miquel, Pep, Cesc y hasta mi prima Martina, que aunque sigue en su fase creativa, ha prometido que saldría de su cueva y pasaría la semana con nosotros. Esta vez ha resurgido de sus cenizas con una novela muy calentita que está arrasando, pero sin otro churri que el narco protagonista de su novela. Dice que ahora solo quiere líos de una noche y enamorarse de su delincuente de ficción, del que quiere hacer una saga.

—¿Álex a quién de todos sus churris trae al final?

—Creo que viene sola.

—¿Y eso?

—Movidas poliamorosas. Me ha dicho que ella solo trae el cava.

—¿Ecológico?

—Por supuesto.

Oriol sacude la cabeza, resignado.

—No sufras, mi hermano ha encargado también porquerías de las vuestras.

Se le ilumina la cara al oírlo. Se lleva tan bien con él que ahora los mellizos parecen ellos. Bueno, trillizos, porque Cesc se ha apuntado al carro fraternal, aunque se le note muy poco entre esos dos escandalosos. Me alegra mucho verle con ellos y sentirle parte de la familia. Adoro a ese hombre, no es solo un salvador de vidas, es un sanador de almas y no se da ni cuenta. Le tengo que reclutar para Integrativa.

Desde que Joan compró la casa de al lado, los tres madrugan cada fin de semana para ir a pescar. Mi hermano ha conseguido que Oriol se levante antes que yo. Es alucinante. Es capaz de conseguir todo lo que pretende. Bueno, todo menos a Nina.

—Aún no entiendo cómo consiguió la casa de los ingleses.

—Tu hermano tiene mucha labia y, además, les contó lo de la psicópata en detalle.

No sé. Seguro que a los Robinson les agobió saber que Bruna lo planeó todo desde allí, pero mi hermano les ha debido de pagar un pastizal, aunque lo niegue.

—Pobre Bruna.

—¿Qué coño pobre? Ona, es una asesina en serie auténtica: os atropelló y montó todo ese pollo contra ti. ¡Y contra mí!

—Estaba enferma y desesperada.

—Pues como mucha otra gente que no va por ahí matando a nadie.

—No vendrá más por aquí.

—Más le vale, aunque ya sabes cómo son las cosas, cualquier día la sueltan y aparece con un cuchillo de carnicero en la ducha.

Me inclino sobre él y le doy un beso.

—Qué peliculero eres. Sin ella, no estaríamos aquí los dos. Ni Joan. En el fondo, nos ha hecho un gran favor.

Es la verdad. Es lo que siento. Además, cuando salió a la luz la historia de Bruna me conmovió bastante. Una niña con un padre violento como el mío y además abusador. La pobre hizo lo correcto y pidió socorro a su familia, pero hacer eso en entornos de tanto abolengo como el suyo, más que ayudar, empeora las cosas. Y así fue, la trataron de mentirosa y problemática y se la quitaron de encima. Acabó internada y llena de traumas. Espero que poco a poco consiga sanar sus heridas.

—No me seas *miss* Wonderful, Kampanilla, que nosotros dos siempre hemos sido punkis.

—¡No soy *miss* Wonderful!

Se burla de mí, pero es que yo no puedo pensar ya en nada malo, soy muy feliz. Y sí, quizá me he vuelto un poco *wonderful*, pero es que nunca me había sentido así de bien. Estos meses han sido los mejores de mi vida, aunque Oriol haya convertido mi casa en un puto desastre. Empezó trayendo solo su cargador de móvil, pero ya me ha invadido los armarios con kilos de ropa de marca y cachivaches. Si hasta le he dejado adoptar un perro, que, por supuesto, se llama Huesos, le encanta el mar y me tiene robado el corazón.

Ahora le debe estar buscando debajo de la cama, le encanta esconderse allí. No, no es Huesos, lo que ha sacado es una caja envuelta de colores, un regalo, y me lo tiende.

—Feliz Navidad, mi amor.

—Pero si los regalos se dan esta noche.

—Pero yo quiero ser el primero en dártelo.

—Para variar. El machito competitivo.

—Es que contigo nunca lo consigo, cabrona, tú siempre me ganas en todo.

—¿Y eso te da rabia?

—Un poco, pero sobre todo me pone muy cachondo.

Me río y alargo la mano para cogerlo. Lo aparta rápido de mi alcance.

—Eh, Oriol, ¡dámelo!

—No, no. Si crees que hay que seguir la tradición, te lo doy luego.

—¡No! Ahora lo he visto y quiero abrirlo. Quiero saber qué es.

—Es que creo que tienes razón. No es bueno ser competitivo. Mejor te lo doy esta noche. O igual me espero a mañana.

—¡Dámelo!

Juega un rato conmigo hasta que al fin me deja cogerlo. No pesa mucho. Lo sacudo y no suena. Lo huelo y tampoco distingo nada.

—No te canses, Kampanilla, que no lo vas a adivinar.

—¿Otras bragas?

—No. Ya sabes que prefiero que no lleves.

—Serás bobo. ¿Unos auriculares de conducción ósea?

—¿No te funcionan los que te compré?

—Sí.

—Pues tampoco. No voy a regalarte algo que ya tienes. Eso sería un pecado mortal contra tus dioses zen y me lanzarían un rayo, por lo menos.

—¿Qué es? Dame pistas.

—Ábrelo y lo sabrás.

Rompo el envoltorio sin contemplaciones. Dentro hay otra caja decorada. La abro y encuentro otra más pequeña.

—Jooooo.

—¿Qué?

—¿Me vas a tener abriendo cajas hasta el infinito?

Se encoge de hombros. En la última cajita encuentro un estuche azul con forma de corazón. Le miro, creo que él está más ilusionado que yo y me alucina ver su cara. Pero qué precioso es. Ahora mismo le están brillando los ojos como si el regalo fuera para él.

—¡Venga! ¡Ábrelo!

Lo hago y me quedo loca cuando veo lo que hay dentro. Madre mía, es un anillo de oro con un dibujo ondulado precioso.

—Joder, Oriol.

—¿Te gusta?

Me he llevado la mano al pecho, estoy un poco abrumada. Claro que me gusta, pero es un poco excesivo. Yo solo le he comprado el último libro de Martina para que se lo firme en la cena.

—Te has pasado un poco, ¿no?

—¿Pero qué te parece?

—Me flipa. Es alucinante. Es precioso. ¿Son olas?

—Claro. Lo he encargado especialmente para ti; es un mar con olas: *mar i onas*.

—Es brutal, es precioso, esta vez sí que me has ganado. Pero es una pasada.

Me mira triunfal, ahora me va a recordar que su regalo fue el mejor durante semanas. Y a estas horas a mí no me da tiempo a comprar nada más. Qué cabrón es, por eso ha querido dármelo ahora.

—¿Y qué me dices?

Me lo pongo y me miro la mano.

—Es precioso. De verdad, me encanta.

Me sigue mirando con cara de querer algo más. Claro. Le agarro de la nuca y le doy un besazo.

—Muchas gracias.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Que qué te parece.

—Espectacular. Nunca había tenido un anillo tan bonito.

—¿Y?

—¿Y qué?

Ahora me mira enfadado. No sé qué he dicho, pero algo le ha sentado mal. ¿He vuelto a saltarme alguna broma que no he entendido? Pero si ya las pillo casi todas. Intento repasar lo que me ha dicho, pero no lo capto.

—Joder, Ona, y luego soy yo el tonto.

Me arranca el anillo del dedo y lo vuelve a guardar en el estuche.

—¡Eh! ¡No te enfades! ¿Por qué me lo quitas? ¿Qué he hecho ahora? ¡No pillo la broma! ¡Lo siento!

Sacude la cabeza como si estuviera muy desesperado, hinca la rodilla en el suelo y me entrega de nuevo el estuche abierto con el anillo.

—¿Así ya lo entiendes?

Le miro y me quedo paralizada. ¿Qué? No me lo puedo creer. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Me está gastando otra broma?

—¿Pero qué haces?, ¿estás loco?

—Sí, ya sé. Esto es más para *millennials* sin artrosis y no sé si ahora me voy a poder levantar. Pero es que, si no lo hago así, no te enteras, Mariona.

Sigo sin saber cómo reaccionar. Parece que lo está diciendo en serio. Le cojo de los brazos y tiro de él hacia arriba, pero se me resiste y lo repite.

—Entonces, ¿qué dices?

—¿Pero para qué?

—Te diría que para dejar de ser la sombra que fui...

Sonrío y me quedo callada, esa es la letra de otra canción. La que más me gusta y el himno de amor más bonito de todos. Anda que no sabe camelarme ni nada.

—Pero no, en realidad, es para heredar tu casa.

Se me escapa una carcajada, le arranco la caja de la mano y le doy un manotazo.

—Serás capullo.

Se levanta y se pone en jarras ante mí.

—¿Qué? ¿Qué me dices? Aún espero tu respuesta.

Saco de nuevo el anillo del estuche y le doy vueltas. Dentro ha grabado K&P y la fecha del concierto de Studio 54. Cinco de junio de 1986. Me lo vuelvo a colocar en el dedo.

—¿Te lo pones? ¿Eso es que sí?

—No, eso es que el anillo me gusta mucho. Y me queda la mar de bien.

—¿Y la propuesta? ¿Te gusta?

—Eso ya no lo sé.

—No me jodas, que he invitado a media isla esta noche a casa para celebrarlo.

Ahora entiendo tanto follón con la fiesta navideña. Será liante. Miro las olas doradas del anillo y empiezo a girarlo en mi dedo. No me imagino en ningún otro sitio ni con ninguna otra persona a mi lado, lo tengo claro con anillo o sin él. Respiro hondo. No le quiero mirar, no quiero ver su cara, no quiero reírme. Fijo la mirada en las olas doradas y pongo mi voz más seria como en mis tiempos de doctora Miércoles.

—No sé, Oriol, de verdad, es que no lo tengo claro. No me acaba de convencer la idea. Lo teníamos que haber hablado antes. Argumentar pros y contras...

No responde. Me coge de la cara y se mete en mis retinas. Creo que se ha dado cuenta de que está a punto de darme uno de mis ataques de risa, porque me empuja a la cama, se arrodilla de nuevo y me abre las piernas. Yo empiezo a temblar solo de notar la caricia de su aliento sobre mi vulva.

—Doctora, voy a exponerle en detalle mis argumentos, todos basados en la evidencia.

Sonrío, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Creo que esta vez sí que me va a convencer, tanto con la evidencia como con la costumbre.

AGRADECIMIENTOS

> Si he visto más lejos, es porque estoy sentado sobre los hombros de gigantes.
>
> ISAAC NEWTON, 1675

Todos crecemos apoyados en gigantes: aquellos que nos preceden y los que nos acompañan. Estas grandes personas nos ayudan a ir más lejos y a comprender nuestros dones. Yo he sido bendecida con uno maravilloso: el superpoder de elegir bien. Gracias a él, he tenido la fortuna de rodearme de seres excepcionales.

Gracias, gracias, millones de gracias. Aunque no estáis todos los que sois bajo estas líneas, todos formáis parte de mí y de mis libros.

Gracias Txema, Mar y Biel, los amores de todas mis vidas.

Gracias Anna, Carol, Jaume y Toni, mis hermanos de viaje vital y literario.

Gracias Marisa, por sanarme y acompañarme.

Gracias Fabián, Albert, José de la Rosa y todos mis compañeros del máster de letras, gracias por creer en mí y en mis locuras divulguiliterarias.

Gracias Sylvia de Béjar y Lola Gulias, por regalarme fe, sonrisas y un *ticket* dorado a la final. ¡Yo ya he ganado!

Gracias equipo editorial planetario, por toda la magia que os acompaña y de la que pienso contagiarme. Quiero seguir a vuestro

lado hasta el infinito.

Gracias a mis compis de hospital, a mis pacientes y a todos los corazones que siempre siento a mi lado, de todas las especies, credos y canciones.

Y, por último, no puedo olvidarme de agradecerme a mí misma, a Myriam, a este ser humano que está a mi cargo desde 1967 y al que, por fin, he aprendido a querer, a pesar de los abandonos, errores, debilidades y fracasos. Y es que con las piedras de mis maltratos me he construido algo mejor que una pared: un hogar-universo maravilloso, lleno de amor y de orillas bañadas de agua salada.

CANCIONES Y CAPÍTULOS

Agua de mar para corazones heridos no existiría sin la música de El Último de la Fila. Soy tan fan de ellos como Mariona y Oriol, y por eso cada capítulo de la novela está inspirado en una de sus canciones. Si eres tan friki del grupo como yo, reconocerás enseguida los temas que iban sonando en mi cabeza mientras mis personajes me contaban su historia desde el teclado. Hay pistas en los títulos y en muchas frases, pero para facilitarte la tarea y que puedas disfrutar de la novela en su dimensión más musical, te comparto la siguiente lista:

Capítulo 1: Como un burro amarrado a la puerta del baile.
Capítulo 2: ¿Quién eres tú?
Capítulo 3: Dulces sueños.
Capítulo 4: Mar antiguo.
Capítulo 5: Uva de la vieja parra.
Capítulo 6: Aviones plateados.
Capítulo 7: A jazmín.
Capítulo 8: En los árboles.
Capítulo 9: Sara.
Capítulo 10: Llanto de pasión.
Capítulo 11: Lápiz y tinta.
Capítulo 12: Soy un accidente.

Capítulo 13: A cualquiera puede sucederle.
Capítulo 14: El que canta su mal espanta.
Capítulo 15: Los ángeles no tienen hélices.
Capítulo 16: Músico loco.
Capítulo 17: Sin llaves.
Capítulo 18: A veces se enciende.
Capítulo 19: La piedra redonda.
Capítulo 20: Todo el día llovió.
Capítulo 21: Lejos de las leyes de los hombres.
Capítulo 22: Ya no danzo al son de los tambores.
Capítulo 23: Las palabras son cansancio.
Capítulo 24: Dios de la lluvia.
Capítulo 25: Insurrección.
Capítulo 26: Cuando el mar te tenga.
Capítulo 27: Las hojas que ríen.
Capítulo 28: Canta por mí.
Epílogo: En mi pecho.

Todas las canciones que cito son propiedad de El Último de la Fila y de su sello Perro Records. Si lo deseas, puedes escucharlas desde estos QR

Spotify

YouTube



El Último de la Fila

El Último de la Fila es un grupo de rock que formaron Manolo García y Quimi Portet. Fue uno de los grupos musicales de más éxito en España durante las décadas de los ochenta y los noventa. Algunos definen su música como pop-rock, rock andaluz o *new wave.*

Yo no sé poner etiquetas al arte. Para mí son pasión pura, poesía y la mejor inspiración.

El Último de la Fila se separó el 13 de enero de 1998 y tanto Quimi Portet como Manolo García siguieron llenando el mundo con su arte por separado. Una maravillosa sincronía del destino ha propiciado que vuelvan a unirse justo ahora, coincidiendo con el lanzamiento de este libro en el que están tan presentes. ¿No es mágico?

No os perdáis todas sus novedades en:
https://elultimodelafila.com/
https://www.quimiportet.cat/
https://www.manolo-garcia.com/

Max

Max es el genio creador de los maravillosos personajes Peter Pank y Kampanilla, que aparecen en sus cómics *Peter Pank, El Licantropunk*

y *Pankdinista!* y que forman una parte entrañable de la trama de la novela.

Si no conoces a Max, ya estás tardando. No le falta ningún premio y le reconocen en todo el mundo. Pero lo más guay es que tiene la maravillosa costumbre de ser invisible, libre y fiel a su arte.

https://max-elblog.blogspot.com/

Agua de mar para corazones heridos
Myriam Ribes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Mark Owen / Trevillion Images y Icemanphotos / Shutterstock

© Myriam Ribes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025

ISBN: 978-84-10140-31-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta